

HERNÁN CONFINO

**LA CONTRAOFENSIVA:
EL FINAL DE
MONTONEROS**



TEZONTLE

HERNÁN CONFINO

**LA CONTRAOFENSIVA:
EL FINAL DE
MONTONEROS**



TEZONTLE

HERNÁN CONFINO

LA CONTRAOFENSIVA: EL FINAL DE MONTONEROS



En octubre de 1978, la conducción de Montoneros decidió iniciar la llamada Contraofensiva Estratégica frente al temor de que la organización armada dejara de representar una alternativa política para la sociedad argentina, luego de dos años de exilio orgánico y represión dictatorial. Sin embargo, esta estrategia política, propagandística y militar acabaría sellando trágicamente el final de su proyecto revolucionario.

La memoria de la Contraofensiva quedó restringida a lecturas retrospectivas que, desde las evocaciones militantes, los ensayos o las crónicas periodísticas, enfatizaron la equivocación política. Así, redujeron su comprensión a balances generacionales, épicos y condenatorios, sobre la trayectoria de Montoneros. Frente a eso, Hernán Confinó reconstruye la historia de la organización entre el exilio y la Contraofensiva, y la analiza no a partir de su resultado político, sino en el devenir más amplio que la enmarcó y le dio sentido. A través del examen de múltiples fuentes —publicaciones partidarias, memorias, entrevistas a militantes, documentos de inteligencia—, muestra que la Contraofensiva no fue una excepcionalidad o una “aventura mesiánica”, sino una estrategia posible en la línea de desarrollo de Montoneros, inseparable de la situación de exilio, de la historia política del país y de la región.

HERNÁN CONFINO

(Buenos Aires, 1986)

Estudió Historia en la Universidad de Buenos Aires (UBA) y es doctor en Historia por la Escuela Interdisciplinaria de Altos Estudios Sociales (IDAES) de la Universidad Nacional de San Martín (UNSAM). Es becario posdoctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) y docente de grado y posgrado en el área de Historia de la IDAES, donde también comparte la coordinación del Núcleo de Historia Reciente. Integra, además, la Red de Estudios sobre Represión y Violencia Política (RER).

Ha publicado numerosos artículos y ensayos en libros colectivos y revistas especializadas. Asimismo, ha colaborado con notas de divulgación científica en periódicos nacionales, entre ellos Perfil y Tiempo Argentino.

Índice

[Cubierta](#)

[Portada](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre el autor](#)

[Dedicatoria](#)

[Agradecimientos](#)

[Introducción](#)

[I. ¿Partir es morir un poco? Los exilios montoneros en México](#)

[II. Revolución, anhelos y culpas. El inicio de la Contraofensiva](#)

[III. De México a Líbano. El reclutamiento y entrenamiento](#)

[IV. Obediencia o traición. Los grupos de propaganda durante la Contraofensiva y la disidencia del Peronismo Montonero Auténtico](#)

[V. La ortodoxia montonera. Los atentados de la Contraofensiva](#)

[VI. Entre la sangre y el tiempo. El balance de la Contraofensiva de 1979 y la disidencia de Montoneros 17 de Octubre](#)

[VII. La Contraofensiva de 1980. El final de Montoneros](#)

[Conclusiones](#)

[Epílogo. Cincuenta años después](#)

[Bibliografía](#)

[Índice de nombres](#)

[Créditos](#)

A la memoria de mi hermano Martín.

*El recuerdo de su voz disfónica y su risa contagiosa me seguirá acompañando
como un amuleto a través del tiempo.*

Agradecimientos

ESTE LIBRO es producto de un recorrido de investigación que se inició en 2014 e incluyó mis estudios de doctorado y posdoctorado, financiados con sendas becas del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Sin el respaldo del sistema público de investigación, hubiera sido imposible llevarlo a cabo.

No me alcanzan las palabras para agradecerle a Marina Franco. Esta investigación se enriqueció notablemente con su tarea de dirección, que desarrolló con inteligencia y generosidad, con compromiso y responsabilidad. Sus observaciones y nuestros intercambios han sido una fuente constante de apoyo e inspiración. Me hubiera gustado que Juan Suriano pudiera leer este libro. Atesoro el recuerdo de nuestras charlas sobre historia y sobre la vida. Siempre le estaré agradecido por haberme abierto las puertas de la Escuela Interdisciplinaria de Altos Estudios Sociales (IDAES) de la Universidad Nacional de San Martín (UNSAM). Allí realicé mi formación de doctorado y conocí, como estudiante y también como docente, a grandísimos colegas siempre disponibles para la reflexión. Deseo agradecer a todos ellos, en especial, a Martín Albornoz, Luciana Anapios, Viviana Barry, Laura Caruso, Paula Luciani, Valeria Manzano y Cristiana Schettini. Además, quiero expresarles mi gratitud a Silvina Jensen, Roberto Pittaluga y Daniela Slipak, jurados de mi tesis doctoral. Sus lecturas y comentarios fueron una guía para la continuación del trabajo.

Este libro hubiera sido imposible sin la voz de sus protagonistas. Con ellos y ellas estaré siempre agradecido por su voluntad de hablar sobre sus experiencias de antaño. En particular, agradezco a Virginia Croatto por su predisposición conmigo y con esta investigación. También doy las gracias a Roberto Baschetti, por haber compartido documentos que recopiló, así como al Archivo Oral de Memoria Abierta y al Topo Blindado, tan necesarios para preservar las huellas del pasado en el presente.

Al equipo de Fondo de Cultura Económica, deseo agradecerle haber confiado en la historia que cuenta este libro. En especial, a Gastón Levin, su director, y a Mariana Rey, por su cuidadoso trabajo de edición.

La tarea de escritura de un libro suele ser solitaria. Afortunadamente, sus resultados parciales pudieron ser conversados con varios colegas que me brindaron valiosos puntos de vista. Agradezco a Lucía de Abrantes, Diego Bandieri, Facundo Fernández Barrio, Inés Kreplak, Esteban Pontoriero y Pablo Pryluka. Desde luego, el resultado final es de mi exclusiva responsabilidad.

En el Núcleo de Historia Reciente de la IDAES, encontré un lugar invaluable de compañerismo y estímulo intelectual. Varios tramos previos de este libro fueron discutidos en ese espacio, y siempre estaré en deuda por ello. Quiero agradecer a todos y todas las colegas que allí participan, en particular a Marina Franco, Valeria Manzano, Soledad Lastra, Cinthia Balé, Juan Luis Besoky, Yann Cristal, Maximiliano Ekerman, Diego Nemec, Ana Sánchez Troillet y Daniela Slipak. Esta obra también es deudora de las reflexiones que se tejieron en el marco de la Red de Estudios sobre la Represión y la Violencia Política (RER). Agradezco a todos los colegas con los que intercambié a lo largo de los años, especialmente a Gabriela Águila, Santiago Garaño, Pablo Scatizza y Florencia Osuna.

Desde hace más de una década, tengo la fortuna de compartir con Julián Delgado, Andrés Gattinoni, Rodrigo González Tizón y Leandro Lacquaniti un espacio cimentado con afecto y rigor intelectual. Allí aprendimos a aprender y discutirnos, con cariño y sin complacencia. Esta obra se benefició mucho de mis continuos intercambios con ellos, así como de sus agudas miradas y aliento permanente. Les agradezco por todo lo que fue y será.

Mis amigos y amigas han sido fundamentales a lo largo de mi vida, y el período que comprendió la realización de este libro no fue la excepción. Deseo expresarles mi agradecimiento por su leal compañía. Siempre le estaré agradecido a Carolina Forteza, por su apoyo y acompañamiento incondicional a lo largo y a lo ancho de esta investigación.

Por último, deseo agradecer a mi familia, en especial a mi padre Marcelo y a mis hermanas Constanza y Diana. Mientras escribo esto, mi sobrina Elena cumple un mes de vida, y ya agradezco su existencia. A mi madre Nora y a mi hermano Martín los guardo en el corazón y la cabeza, y les dedico este libro.

Introducción

EN OCTUBRE DE 1978, frente al temor de que la organización armada Montoneros dejara de representar una alternativa política para la sociedad argentina luego de dos años de “exilio orgánico” y represión dictatorial, su conducción nacional decidió el inicio de la Contraofensiva Estratégica. La jefatura montonera pronosticaba un aumento de la conflictividad sindical para 1979 y pretendía dirigirlo disponiendo la entrada clandestina de las y los militantes desde el extranjero para realizar atentados y acciones de propaganda en el país. Entre 1979 y 1980, más de doscientos montoneros y montoneras ingresaron en secreto con el objetivo de alimentar el descontento social que, suponían, existía con el régimen militar que gobernaba en Argentina desde el golpe de Estado del 24 marzo de 1976. Cerca de noventa de ellos resultarían asesinados y desaparecidos en la clandestinidad.

La Contraofensiva fue una estrategia propagandística, política y militar y estuvo organizada en tres secciones según las tareas encargadas a sus participantes. Los grupos de propaganda, nucleados en las Tropas Especiales de Agitación (TEA), tuvieron la misión de producir interferencias a las señales de televisión controladas por la censura del régimen. Con un aparato de fabricación propia que interrumpía la programación televisiva, debían transmitir en sus comunicados la presencia de la organización en el país, a la que la dictadura autodenominada Proceso de Reorganización Nacional (PRN) daba por desarticulada frente a la opinión pública. Las Tropas Especiales de Infantería (TEI) concentraron una serie de atentados que Montoneros realizó contra los funcionarios de la cartera económica del régimen. La política del ministro de Economía, José Alfredo Martínez de Hoz, era señalada por la conducción nacional como el punto de discordia al interior del elenco gobernante y su fuente de mayor impopularidad frente a la sociedad, por lo que la realización de acciones violentas contra algunas de sus principales figuras se presentaba como una posibilidad de desequilibrar al gobierno y recuperar, a la vez, legitimidad social. La tercera sección estuvo conformada por dirigentes del Movimiento Peronista Montonero (MPM), formalizado en Italia en abril de 1977, que volvieron al país con el objetivo de contactarse con otras fuerzas políticas

argentinas legales, en busca de articular iniciativas comunes.

Más allá de las intenciones de la conducción, la Contraofensiva no alcanzó los resultados pronosticados. Fue el escenario de las últimas dos disidencias que padeció Montoneros en 1979 y 1980 y acabó sellando trágicamente el final del proyecto de la organización.

LA CONTRAOFENSIVA: UN HITO EN LA HISTORIA DE MONTONEROS

Cuando la conducción de Montoneros decidió la Contraofensiva, la organización llevaba más de diez años de historia. Nació durante la segunda mitad de la década de 1960, al calor de la radicalización política que se desató en Argentina con las revueltas e insurrecciones populares que ocurrieron en distintas provincias del país entre 1969 y 1971, durante los gobiernos dictatoriales de la autodenominada “Revolución Argentina” (1966-1973). Aunque el fenómeno guerrillero no estuvo limitado a Argentina ni al peronismo. La aparición de Montoneros fue el resultado de la intersección densa de procesos políticos, culturales, sociales e ideológicos globales, regionales y nacionales. Lejos de constituir una singularidad histórica, el desarrollo de Montoneros fue simultáneo al de un amplio abanico de organizaciones armadas locales y extranjeras y estuvo anclado en dinámicas que trascendieron las geografías nacionales y se inscribieron en las cartografías de la Guerra Fría, la conformación del Tercer Mundo y la revuelta global de la década de 1960.¹ Por estos motivos, el devenir de Montoneros no puede deslindarse del crecimiento de los proyectos de la nueva izquierda que se dieron en aquella época y, muy especialmente, del horizonte abierto por la Revolución Cubana (1959), la influencia del maoísmo y las guerras anticoloniales de Argelia (1954-1962) y de Vietnam (1955-1975).² Además de estos procesos, confluyen en la explicación del inicio de Montoneros los vasos comunicantes que comenzaron a tejerse entre el catolicismo y el marxismo a partir del Concilio Vaticano II (1962-1965) y, en un plano estrictamente nacional, el impacto del autoritarismo estatal y la irresolución institucional de la llamada “cuestión peronista”, cuyo partido estaba proscripto desde 1955.³ Junto a otras organizaciones armadas, Montoneros fue la expresión de un momento histórico de Argentina, de América Latina y también del mundo, marcado por un clima de movilización social y radicalización política y por la participación pública de una generación de jóvenes que confiaba en la lucha armada para satisfacer sus expectativas revolucionarias.⁴

En los primeros años de la década de 1970, Montoneros cobró gran protagonismo y popularidad por su oposición político-militar a la Revolución Argentina, primero, y por su intervención en las campañas electorales de Héctor

José Cámpora y Juan Domingo Perón, después. Su resonante presentación pública, producida en mayo de 1970 a través del secuestro y asesinato —después de un “juicio revolucionario”— de Pedro Eugenio Aramburu, expresidente de facto del régimen que había derrocado al gobierno de Perón en 1955, le otorgó el favor del movimiento peronista y un lugar en él.⁵ Para ese momento, junto con Montoneros, aparecieron públicamente otras organizaciones guerrilleras: algunas que también se identificaban con el movimiento proscrito, como las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP) y Descamisados, y otras que provenían del marxismo y de la izquierda, como las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) y el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), brazo militar del Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT).⁶

A partir de la confluencia de distintos grupos armados de Buenos Aires, Córdoba, Santa Fe y Salta, Montoneros devino una organización de escala nacional a mediados de 1971. Este proceso, que respetó en un principio las autonomías y las dirigencias de las distintas regionales, alumbró la conformación de una dirección central que, luego de los asesinatos de Fernando Abal Medina y Carlos Ramus en septiembre de 1970, estuvo compuesta, entre otros, por José Sabino Navarro, Carlos Capuano Martínez, Mario Firmenich, Carlos Hobert, Norma Arrostito, Susana Lesgart, Alberto Molinas, Raúl Yäger y Roberto Perdía. En julio de 1971, Sabino Navarro fue asesinado en Córdoba y Firmenich quedó a cargo de la incipiente conducción nacional.

La integración de Montoneros al peronismo se expresó en su campaña por el regreso de Perón desde su exilio y en la participación en el proceso electoral para suceder a la dictadura de la Revolución Argentina, ya en retirada. Agrupada en la Tendencia Revolucionaria del movimiento, que pronto hegemonizó, y autodenominada “brazo armado” o “vanguardia” del peronismo, la organización tuvo un rol destacado en la campaña del “Luche y vuelve” que se llevó a cabo desde fines de 1972 y alcanzó notables niveles de acompañamiento social. La transformación de los primigenios grupos armados en una organización político-militar fue seguida del proceso de unificación entre las distintas guerrillas que se identificaban con el peronismo. Entre 1972 y 1974, se completó la fusión de Montoneros con Descamisados, las FAP, las marxistas peronizadas FAR y otros agrupamientos de menor peso. Por una disposición del régimen militar saliente, Perón no pudo ser candidato y, en su lugar, fue Cámpora, su delegado personal, quien encabezó la fórmula presidencial para los comicios de marzo de 1973 que consagraron, luego de dieciocho años, el regreso del peronismo al gobierno. Para ese momento, y como parte de su política legal, Montoneros había desplegado

sus agrupaciones públicas dentro del peronismo, entre las que se destacaban la Juventud Peronista Regionales (JP) en el ámbito territorial, la Juventud Trabajadora Peronista (JTP) en el sindical, la Juventud Universitaria Peronista (JUP) y la Unión de Estudiantes Secundarios (UES) en el educativo, el Movimiento de Villeros Peronistas (MVP) en los barrios marginales, la Agrupación Evita (AE), que nucleaba al activismo femenino, y el Movimiento de Inquilinos Peronistas (MIP).⁷

El flamante gobierno peronista, que comenzó favorable a Montoneros con la participación de la organización en el Frente Justicialista de Liberación (FREJULI) que había ganado las elecciones y con la liberación de los presos políticos de la dictadura saliente a través de una amplia amnistía como primera medida de gobierno, evidenció prontamente las diferentes ideas que Montoneros, Perón y otros sectores del movimiento gobernante tenían sobre el rumbo que debía tomar la política argentina. Si en un principio las “formaciones especiales” habían sido alentadas desde el exilio por el viejo líder como estrategia para desestabilizar a la Revolución Argentina, el regreso del peronismo al poder no precisaba ya de los programas de la juventud radicalizada. La disputa entre los proyectos de “la patria socialista”, esperada por la Tendencia conformada por Montoneros y sus sectores afines, y “la patria peronista”, amparada por la mayoría del sindicalismo y otros sectores derechistas y anticomunistas del movimiento, algunos incluso ligados a las fuerzas de seguridad, se profundizó desde mayo de 1973 en una coyuntura plagada de situaciones de conflicto y creciente violencia política.

En junio de 1973, Perón regresó definitivamente a Argentina. El contexto que rodeó a su llegada prefiguró el enfrentamiento que sacudiría al peronismo, y al país, en los años siguientes. La llamada “masacre de Ezeiza” ocurrió en las inmediaciones del aeropuerto, donde una multitud sin precedentes en la historia argentina había ido a recibir al expresidente, y se produjo cuando grupos armados de la derecha peronista, a cargo de la organización del acto, atacaron a los simpatizantes de Montoneros y otras organizaciones de la Tendencia que se habían acercado en masa al palco principal para darle la bienvenida al líder luego de su prolongado exilio. Según las fuentes disponibles, fueron asesinadas trece personas y más de trescientas cincuenta resultaron heridas. A partir de entonces, el enfrentamiento no hizo más que escalar. El gobierno de Cámpora no logró desactivar la movilización social que, además de las guerrillas peronistas, tuvo al PRT-ERP como protagonista, que continuó con su guerra revolucionaria contra las Fuerzas Armadas (FFAA) y de seguridad y las empresas

multinacionales.

En ese clima de efervescencia política, Cámpora y su vicepresidente, Vicente Solano Lima, renunciaron a sus magistraturas para permitir la postulación de Perón. Luego de un breve gobierno interino conducido por Raúl Lastiri, Perón, que fue acompañado por su esposa María Estela Martínez como vicepresidenta, ganó la elección de septiembre de 1973 con más del 60% de los votos.

Paulatinamente, los miembros de las organizaciones armadas peronistas comenzaron a ser vistos como “subversivos” e “infiltrados” en el movimiento. A la inversa, estos grupos señalaban a los sectores de la derecha peronista como “traidores”, “burócratas” y “agentes del continuismo”. La persistencia en las acciones armadas por parte de Montoneros se sustentó en el intento de disputar poder al interior del movimiento gobernante, lograr la aceptación del líder y jalonar la contienda política hacia el “socialismo nacional”. Dos días después de la elección de septiembre, la organización asesinó a José Ignacio Rucci, secretario general de la Confederación General del Trabajo (CGT) y aliado del presidente electo.⁸ Semanas más tarde, Perón suscribió un documento con el que se inició la “depuración ideológica” del movimiento que, tal como sostiene Marina Franco, “ayudó a instalar la noción de un nuevo enemigo, cuya proyección tendría larga vida al articularse con el continuo incremento represivo contra las guerrillas durante los años siguientes”.⁹

El 1º de julio falleció Perón. Esto provocó, en un clima de fuertes pujas intestinas y desembozada violencia política, un corrimiento aún mayor, y más profundo, del gobierno en favor de los sectores de la derecha peronista. A lo largo de su mandato, pero sobre todo luego de su muerte y de la asunción de su viuda, Martínez de Perón, las discrepancias interiores se dirimieron en diferentes planos, mediante reorganizaciones intrapartidarias, intervenciones federales y a través del ejercicio de la violencia paraestatal y parapolicial. La Tendencia fue prácticamente expulsada de los espacios de poder político e institucional al mismo tiempo que era reprimida por distintos grupos de la extrema derecha, como la Concentración Nacional Universitaria (CNU), el Comando de Organización (CDEO), la Juventud Peronista de la República Argentina (JPRA), la Juventud Sindical Peronista (JSP), y agrupamientos parapoliciales, como el Comando Libertadores de América, que funcionó en Córdoba, la Alianza Libertadora Nacionalista y la Alianza Anticomunista Argentina (Triple A), vinculada con José López Rega, a cargo del Ministerio de Bienestar Social y parte del entorno de Perón y su esposa. La Triple A fue una organización central en el entramado de violencia estatal y paraestatal que se generalizó en aquellos

años y produjo entre mil y dos mil asesinatos. El accionar de estos grupos, de todos modos, no se circunscribió a la Tendencia y alcanzó, en una reacción represiva más amplia, a miembros del gobierno, sindicalistas combativos, legisladores opositores, intelectuales y abogados de presos políticos, entre otros.¹⁰

El incremento de la represión sobre Montoneros y la forma en que la organización entendió el conflicto con los sectores “ortodoxos” del peronismo provocaron que el 6 de septiembre de 1974, en una conferencia de prensa secreta realizada en la Ciudad de Buenos Aires, sus dirigentes anunciaran el retorno a la clandestinidad que habían abandonado con la asunción de Cámpora. A partir de entonces, la organización privilegió la dimensión militar del enfrentamiento político —por ejemplo, mediante las primeras formulaciones del Ejército Montonero o las “campanas de milicias”— sin abandonar su arista pública y electoral —con la conformación del Partido Auténtico, que incluso rivalizaría con el Justicialista en las elecciones provinciales de Misiones en 1975—. ¹¹ En esos años, Montoneros buscó disputar el monopolio de la fuerza al Estado a través de cuantiosas operaciones armadas, entre las cuales se destacó, por su envergadura y sus trágicos resultados, el intento de copamiento del Regimiento de Infantería de Monte 29 en Formosa, en octubre de 1975. La acción arrojó como resultado más de veinte muertos entre miembros de la organización y del Ejército. Pero tanto la estrategia militar montonera como el marco represivo en el que se desarrolló contribuyeron al progresivo aislamiento de la organización. Durante los gobiernos de Perón y de Martínez de Perón, se construyó en el país un estado de excepción que fundamentó un recorte de libertades individuales y un endurecimiento de la legislación represiva y la censura en el discurso hipercrítico del “flagelo de la violencia” y de la “infiltración del enemigo marxista”. Este proceso fue justificado por grandes operaciones armadas, tanto de Montoneros como del PRT-ERP, y se completó cuando el Poder Ejecutivo Nacional (PEN) autorizó a través de sendos decretos, en febrero y octubre de 1975, a que las FFAA tomaran en su poder la seguridad interna del Estado con el fin de “aniquilar el accionar de los elementos subversivos”.¹²

Para el momento del golpe de Estado de marzo de 1976, Montoneros ya había sido duramente reprimida y había quedado inmersa en un proceso de pérdida de influencia que no se revertiría hasta su total desarticulación como fuerza política. No obstante, la lógica represiva del PRN marcaría una diferencia cualitativa y cuantitativa respecto de la desplegada durante los dos años previos, a través del

entramado estatal y paraestatal. El terrorismo de Estado dictatorial consistió en un plan sistemático de secuestro, torturas y desapariciones que contó con más de seiscientos centros clandestinos de detención a lo largo y ancho del país, y que involucró a las tres FFAA en su diseño e implementación.¹³

Durante el primer año del régimen, Montoneros sufrió miles de víctimas. Frente a ese cuadro de situación, y en el marco de encendidos debates internos, a fines de 1976 los dirigentes optaron por la preservación de las y los militantes y habilitaron el exilio orgánico del país, alternativa que no habían estimulado hasta ese momento. Ese desplazamiento inauguró una nueva etapa en la historia de la organización, que es la que reconstruye este libro y que se extiende hasta mediados de 1980, cuando su proyecto fue derrotado y la gran mayoría de los integrantes que aún permanecían en ella fueron secuestrados, asesinados y desaparecidos por la represión dictatorial.

A pesar de que a posteriori fue interpretada como una “locura”, un “suicidio”, una “aventura mesiánica” o una “deriva militarista”, la Contraofensiva fue una estrategia posible en la línea de desarrollo de Montoneros, solidaria con sus repertorios previos, y estuvo inscripta en la historia política del país y de la región. Para ese mismo momento, por ejemplo, el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) de Chile ideó una estrategia muy similar, bautizada como “Operación Retorno”, con el fin de oponerse a la dictadura de Augusto Pinochet.¹⁴ Sin embargo, abordada por interpretaciones que desde las memorias testimoniales o las crónicas periodísticas enfatizaron su equivocación política o su espectacularidad militar, la última estrategia montonera quedó reducida, en la literatura sobre los años setenta, a balances generacionales y lecturas esencialistas sobre la trayectoria de la organización, que conspiraron contra el entendimiento de los sucesos y de su sentido histórico.¹⁵

La comprensión de la Contraofensiva se dificulta si se la define solo como una excepcionalidad o un desatino. Este libro propone otra interpretación de la estrategia montonera, que parte de la necesidad de situarla dentro y como parte de un devenir histórico más amplio que la enmarcó y la explica. Las singularidades de la Contraofensiva descansan no tanto en la forma que esta asumió, sino más bien en el contexto en el que fue pensada y desarrollada —el exilio orgánico— y en que terminó siendo la última acción de Montoneros antes de su desarticulación como fuerza política. Durante su transcurso, se produjeron dos fracturas internas que acabaron por descomponer a Montoneros y, en el plano de las memorias, organizaron interpretaciones contenciosas sobre su

trayectoria y sus momentos finales. La Contraofensiva quedó anudada a las interpretaciones sobre “la derrota” que fueron realizadas por militantes que, en algunos casos, se habían apartado de la organización. Pese a que “la derrota” ha sido un elemento central en las memorias sobre la Contraofensiva, en este libro no se la considera como una premisa explicativa del proceso histórico y se la analiza, en todo caso, como una noción construida luego del desarrollo de los acontecimientos que aquí se abordan. Las críticas son el género dominante de las derrotas políticas; en este punto, la Contraofensiva no es una excepción.

LAS VOCES SOBRE MONTONEROS Y LA CONTRAOFENSIVA

La narrativa humanitaria que enmarcó la restauración democrática de 1983 tuvo como objetivo principal la visibilización de la masacre represiva perpetrada por el PRN. Por eso mismo, comportó un silencio sobre la condición de exmilitantes armados de quienes eran reivindicados principalmente como víctimas del proceso represivo inmediatamente anterior.¹⁶ Fueron escasas las aproximaciones a Montoneros y estuvieron ancladas en balances críticos e impugnaciones morales de exmilitantes o simpatizantes, surgidos en el exilio y proyectados hacia la década de 1980. Estos textos coincidieron en la necesidad ética de condenar cualquier tipo de violencia, ya fuera estatal o insurreccional, llegando, en algunos casos, a igualarlas.¹⁷

La segunda mitad de la década de 1990 marcó el inicio de la intervención de las y los exmilitantes en la arena pública. A contrapelo del rumbo político que celebraba la “reconciliación” a través de los indultos como política de Estado, estas aproximaciones significaron el retorno coral y conflictivo de un pasado que, pese a las voluntades políticas, no lograba ser obturado.¹⁸ Tal como ha señalado Vera Carnovale en su investigación sobre el PRT-ERP, las miradas retrospectivas sobre la historia de un proyecto político derrotado, sobre todo si son efectuadas por exparticipantes de ese proyecto, suelen asumir la forma de “impugnaciones prescriptivas” que, antes que reconstruir lo que sucedió, focalizan en lo que debería o podría haber sido.¹⁹ En el caso de la experiencia montonera, señala Daniela Slipak, el esquema de la “militarización” provocada por el “desvío”, el “espejo” y el “quiebre” —recorridos unívocos y teleológicos— ha sido la clave de interpretación hegemónica en los balances intelectuales.²⁰ El “desvío” refiere a un momento en particular señalado como el responsable de la pérdida del camino genuino de la organización, generalmente vinculado a la experiencia legal y masiva de los primeros años de la década de 1970. La teoría del “espejo” postula una transformación imitativa de Montoneros, a partir de la mimetización con otros actores políticos del período, incluidas las FFAA gobernantes. El “quiebre”, finalmente, describe una organización partida entre la conducción y sus dirigidos.²¹ Como se verá en este libro, ninguno de estos esquemas se ajusta a la fisonomía que tuvo el proceso histórico.

La mirada de las y los exmilitantes sobre su experiencia tuvo en sus extremos expresiones épicas y condenatorias.²² Entre la epopeya y la reprobación, se ubicaron las aproximaciones mayoritarias que rescataron como positivos algunos trazos de ese pasado, por lo general relacionados a los momentos de mayor legitimidad de la organización y al compromiso de los militantes, y que criticaron el uso instrumental de la violencia, la disputa con Perón o el autoritarismo interno, y en varios casos proyectaron sus objeciones al comportamiento de los dirigentes. Salvo algunas excepciones, estas intervenciones reconstruyeron los sucesos pretéritos desde las mismas lógicas políticas que imperaron en la militancia de los años setenta. Las “memorias militantes” buscaron explicar la derrota. Atendiendo también a figuras como el “desvío”, el “espejo” o el “quiebre”, tramitaron sus experiencias desde el “mandato de la autocrítica”, que se vio amplificado cuando el centro de la intervención fue la Contraofensiva. Propongo agrupar estas intervenciones bajo el nombre de “hermenéutica de la derrota”, ya que hacen del desenlace del proyecto un principio explicativo de su trayectoria previa. La “hermenéutica de la derrota” se ha mostrado limitada en el abordaje histórico de los últimos años montoneros, puesto que suele atribuir sentidos memoriales contruidos con posterioridad, como “la derrota”, como causa fundante del devenir de la organización. Prescinde, de este modo, de la incertidumbre que los militantes de Montoneros tenían sobre su propio futuro en los últimos años de la década de 1970.²³

Sin embargo, la lectura del “desvío” de Montoneros no fue privativa de las memorias y también tuvo su expresión en la literatura especializada. Este es el caso del libro *Soldados de Perón. Los Montoneros*, de Richard Gillespie, publicado en inglés en 1982 y traducido cinco años más tarde. El politólogo británico reconstruyó extensivamente la década de historia de la organización. Fue el primero, y el único en mucho tiempo, que desde el registro académico se extendió cronológicamente más allá del golpe de Estado de 1976. Según Gillespie, las prácticas de la organización se habrían transformado a la luz de su militarización tardía. Montoneros habría priorizado, alternativamente, uno de los dos componentes del binomio político-militar que definía su accionar: a un primer momento dominado por la política no armada, que habría abarcado la primera mitad de la historia de la organización, le habría sucedido otro que, merced a la intensificación de la represión que tuvo lugar a partir de 1974 y del regreso a la clandestinidad, habría escogido la comprensión militar del enfrentamiento político.

El esquema de la militarización constituyó uno de los tópicos dominantes de la interpretación del fenómeno montonero.²⁴ Este modelo, funcional para encontrar una explicación última sobre el sentido de su década de trayectoria, marginó de su consideración a la contingencia histórica y no reparó en el modo en que las experiencias de las y los militantes se transformaron en su relación con los diversos actores y a través de los cambiantes contextos atravesados. En su lugar, priorizó en sus abordajes distintas determinaciones —de extracción de clase o de ideología de sus dirigentes— que explicarían el devenir de Montoneros y el comportamiento de sus integrantes.

Junto con la proliferación de relatos testimoniales, a comienzos del siglo XXI se produjeron renovados acercamientos a la historia de Montoneros y de la militancia política de los años setenta desde los estudios de memoria. Un grupo considerable de trabajos tomó la revisión del pasado reciente como tema central y analizó las cambiantes coordenadas a las que había estado sometida su interrogación desde el retorno de la democracia. En este marco, se publicaron obras de gran agudeza que fueron productivas en detectar determinadas zonas de olvido en las memorias sociales, pero que no se plantearon estudiar históricamente las experiencias revolucionarias. Estos trabajos ensayaron balances generacionales desde los aportes de la filosofía, la teoría política y el psicoanálisis.²⁵ Se interrogaron por la cultura política de las organizaciones y por la responsabilidad que entendían que habían tenido las guerrillas en la espiral de violencia que alcanzó su apogeo con el terrorismo de Estado. Si bien ampliaron la comprensión y la discusión sobre los sentidos de la violencia y de la guerra que atravesaron a las y los militantes armados, estas intervenciones fueron menos capaces de explicar las transformaciones históricas de esa cultura y plantearon una correspondencia demasiado esquemática entre la ideología de estos grupos y su devenir histórico. En esos años, además, se produjo la crítica colectiva más exhaustiva sobre la violencia revolucionaria en Argentina. En octubre de 2004, la revista *La Intemperie* publicó el testimonio de Héctor Jouvé, en el que este hacía un balance sumamente crítico de su experiencia en el Ejército Guerrillero del Pueblo durante la década de 1960. Su intervención provocó muchas otras que distaron de ser complacientes con el pasado militante y permitieron una revisión de la experiencia por fuera de los marcos epopéyicos que proponían las memorias testimoniales.²⁶

En los últimos años, en el contexto de la reapertura de los juicios contra los militares, las miradas más densas sobre ese pasado conflictivo se articularon desde la historiografía académica, que amplió sus preguntas y multiplicó los

abordajes sobre Montoneros. Esas intervenciones encontraban su antecedente en el libro de Gillespie, publicado dos décadas antes. El ensayo autocrítico de Pilar Calveiro, politóloga y exmilitante montonera, se inserta en las coordenadas interpretativas del “desvío”. Editado en 2005 pero escrito varios años antes, *Política y/o violencia* es uno de los exponentes más sofisticados de la idea de la militarización. A pesar de que en el título de su escrito Calveiro proponga la posibilidad de una relación copulativa entre política y violencia, prima en su interpretación la matriz disyuntiva. Política y violencia no habrían coexistido. La historia montonera se caracterizaría por un desplazamiento desde los sentidos políticos a las lógicas militares. En este marco, la Contraofensiva es un punto de llegada cronológico pero, sobre todo, lógico, al representar el *súmmum* de la negación de la política, sustraída por el disciplinamiento y las concepciones militares de sus jefes.²⁷

La edición del trabajo de Calveiro se dio en un contexto en el que un número creciente de investigadores comenzaron a preguntarse por distintos aspectos de la historia de Montoneros. Entre sus novedades, las producciones académicas incluyeron recortes temporales y espaciales más precisos y numerosos estudios de caso. Se interrogaron por los orígenes de Montoneros y su relación con el catolicismo posconciliar; por la cuestión de género en la militancia revolucionaria; por el código de justicia de la organización; por la inserción de Montoneros en la clase trabajadora; por la identidad de la organización; por su prensa partidaria; por sus disidencias y por sus estrategias.²⁸ Esta renovación académica, aún en curso, complejizó el estudio de la historia de la organización y prescindió, en numerosos casos, de los modelos explicativos más generales descriptos anteriormente. Sin embargo, no alcanzó a examinar el devenir de Montoneros luego de 1976. Excepto por algunos artículos recientes que abordan tangencialmente la Contraofensiva a partir de otros problemas de investigación, como las disidencias en el extranjero o la colaboración de Montoneros con el proceso revolucionario en Nicaragua, la historia de la organización durante la dictadura permaneció como una etapa oscura.²⁹

Frente al mutismo de la historiografía, los abordajes sobre la Contraofensiva quedaron a cargo del periodismo y las memorias testimoniales. El periodismo de investigación abordó la historia de Montoneros con diverso rigor hermenéutico, aunque en varios casos con una precisa dimensión reconstructiva.³⁰ En el caso de la Contraofensiva, bajo la forma de no ficciones, construyó tramas épicas de estilo cinematográfico sólidamente documentadas que abrevaron en la estetización de la política revolucionaria y en el abordaje de proyectos colectivos

y heterogéneos dentro de un bricolaje compuesto por un sinfín de actitudes y decisiones individuales. Estos trabajos, solidarios con las memorias militantes que habían comenzado a publicarse desde la segunda mitad de la década de 1990, reconstruyeron la identidad guerrillera por fuera de las fórmulas victimológicas o demonizantes que habían cristalizado en la temprana posdictadura, con diversos grados de empatía hacia los proyectos revolucionarios.³¹ La última estrategia montonera también ha sido visitada por películas de ficción, documentales, cortometrajes y unitarios televisivos, lo que demuestra el atractivo que aún generan los últimos años de la organización.³²

Entre las memorias de exmilitantes, las intervenciones fueron heterogéneas. A la crítica sin concesiones a los dirigentes montoneros, publicada tempranamente por Juan Gasparini en 1988, se sumó el trabajo de Cristina Zuker, quien compartió el exilio en España con su hermano y se interrogó sobre sus motivos para regresar al país en el marco de la estrategia montonera. Gasparini definió directamente a la Contraofensiva como un “suicidio”,³³ mientras que Zuker, enojada con la decisión de su hermano, consideró el imaginario y las prácticas de Montoneros desde una exterioridad que impidió cualquier comprensión de su sentido.³⁴ La única intervención que trata enteramente sobre la Contraofensiva fue realizada por Eduardo Astiz, participante de la estrategia de 1979. Su relato, escrito a fines de los años ochenta y publicado a principios del siglo XXI, hibrida entre el ensayo testimonial y la novela autobiográfica. Astiz hizo un balance de los últimos años del proyecto montonero con las mismas categorías que nutrieron su militancia de la década de 1970 y disolvió el entramado de la organización entre militantes probos y traidores.³⁵

Como se analizará a lo largo de estas páginas, durante la segunda mitad de 1970 Montoneros continuó haciendo política y mantuvo la articulación entre la dimensión pública y la actividad militar característica de su historia, que tuvo sus rasgos distintivos en su vinculación con el contexto del exilio. Entendido como un “repliegue al exterior” dentro de una etapa “defensiva” de la guerra revolucionaria, el exilio orgánico modificó las experiencias de las y los militantes que permanecieron en Montoneros, su práctica política inmediata y su relación, real y simbólica, con el país. Mientras el gobierno dictatorial desarticulaba con su represión las pocas estructuras organizadas que quedaban en Argentina durante 1977 y 1978, Montoneros conformó el MPM en Italia, patrocinó campañas internacionales de denuncia de los crímenes dictatoriales y trabó alianzas con distintas fuerzas políticas del mundo, revolucionarias y socialdemócratas. También continuó preparando militarmente a los militantes

que tenían previsto volver al país. Si bien es cierto que, desde sus orígenes, la organización había pensado la política atravesada por imaginarios bélicos y horizontes revolucionarios, estos no se expresaron siempre del mismo modo.

En síntesis, a lo largo de las últimas cuatro décadas ha existido una abundante producción sobre Montoneros, fuertemente anclada, en sus orígenes, a lecturas retrospectivas. Estos relatos han sido muy diferentes entre sí, más allá de que, en varios casos, comparten la característica de explicar la historia de la organización mediante los modelos de la militarización o como el despliegue más o menos inexorable de una cultura política que no habría encontrado variaciones sustantivas a pesar de haberse desplegado a través de coyunturas tan distintas como las de la Revolución Argentina, los gobiernos del trienio peronista, la última dictadura o el exilio. La multiplicación de los abordajes que se dio en los últimos años permitió aproximaciones más densas que reconsideraron la trayectoria de la organización por fuera de estos esquemas preestablecidos y ampliaron la comprensión sobre Montoneros. Este libro intenta continuar esa estela y reconstruye la historia de la organización y sus militantes entre el exilio y la Contraofensiva, en estrecha relación con la realidad cambiante en la que esta se expresó y a sabiendas de que entre cultura política y realidad histórica no hay una relación directa.³⁶

¿CÓMO RECONSTRUIR LOS ÚLTIMOS AÑOS DE MONTONEROS?

“Montoneros” constituye un significante que ha estructurado abundantes y variadas intervenciones públicas. El nombre de la organización guerrillera circula en lo cotidiano por numerosas revistas, diarios, redes sociales, libros periodísticos y académicos, sin que ello implique, indefectiblemente, una mayor comprensión de su historia. Esta cuestión amplificó una característica común a los temas abordados por la historia reciente: la resignación del especialista a no poder sostener el monopolio interpretativo del pasado que estudia. Por eso mismo, esta investigación debió extremar dos recaudos: por un lado, adoptar la justa distancia con respecto a un objeto que, hasta el día de hoy, es prenda de debate de los posicionamientos públicos del presente.³⁷ Por el otro, la necesidad de una constante “vigilancia epistemológica”³⁸ que permitiera discernir los sentidos de la experiencia de Montoneros que se deseaban interrogar de aquellos contruidos y heredados por diversas capas de la memoria social que se corresponden más con las pasiones actuales que con el rigor histórico de los sucesos pretéritos.

En el plano del análisis, esta cuestión se expresó en los cuidados para demarcar las categorías de los protagonistas en la recuperación de sus experiencias respecto de aquellas utilizadas para su estudio. Esa previsión metodológica posibilitó asumir una posición que no cediera ni a la impugnación moral de la militancia armada de Montoneros ni al rescate épico de sus actividades pretéritas, ambas posturas reñidas con la indagación histórica. El mandato de la crítica, fundante del oficio del historiador, debió ser rescatado del balance político que anuda el recuerdo de la Contraofensiva.

El contexto de clandestinidad política y dispersión geográfica en el que se produjo la Contraofensiva planteó la dificultad de obtener fuentes que permitieran reconstruirla en este libro. A esta limitación, se sumaron las características de un abordaje interesado en acceder a la experiencia de las y los militantes. Por esas razones, en primera instancia se interrogaron los documentos partidarios de Montoneros, que brindaron el contexto “institucional” del proceso histórico y constituyeron una puerta de entrada a los parámetros de la cultura política de la organización. Sus “boletines internos” y su prensa partidaria, como

las revistas Evita Montonera y Vencer, posibilitaron asomarse a las ideas que tenía la agrupación sobre el proceso que estaba transitando.

Luego, esta investigación interrogó las memorias de quienes fueran protagonistas en tres formatos: testimonios editados, reportajes grabados y entrevistas realizadas especialmente para este trabajo.³⁹ La metodología de la historia oral permitió la construcción de nuevas fuentes para tratar la elaboración que los protagonistas hicieron sobre sus ideas y prácticas pasadas.⁴⁰ Para este libro, fueron entrevistados diecinueve exmilitantes, lo que planteó varios problemas metodológicos con respecto al abordaje de los testimonios. Los más relevantes tuvieron que ver con los límites y las potencialidades de su uso, qué tipo de información se podía extraer de ellos y cuáles serían los requisitos para la conformación de una muestra suficiente que, a la vez que repusiera la individualidad de las experiencias, diera cuenta de la dimensión colectiva que las enmarcó. Amén de un acceso privilegiado a las experiencias interrogadas, las fuentes orales posibilitaron contextualizar las fuentes escritas. Varios documentos montoneros que a simple vista resultan monolíticos y cohesionados tuvieron, detrás de su preparación, álgidas discusiones que solamente pueden ser repuestas dándoles voz a sus protagonistas.

Este libro privilegia la producción e interrogación de los testimonios en clave histórica. Esto no implica desconocer su estatus de fuente sustentada en la memoria y, por ende, basada en la elaboración de significados sobre el pasado, pero sí, por el contrario, requiere la adopción de algunos recaudos metodológicos. El primero de ellos tiene que ver con su representatividad. Teniendo en cuenta que casi un centenar de las y los militantes que retornaron en la Contraofensiva fueron asesinados o aún permanecen desaparecidos, la imposibilidad de lograr una muestra completa fue una de las primeras certezas de este trabajo. Su resolución no estuvo orientada en pos de criterios cuantitativos (¿cuántos testimonios serían necesarios?), sino cualitativos (¿cuáles testimonios serían suficientes?). Se construyó una muestra que resulta representativa en tanto que abarca diversas trayectorias que incluyen variantes generacionales, de género, de jerarquía al interior de la organización y de modalidad de militancia. Han sido entrevistados dirigentes de la organización y militantes “rasos”. También se ha conversado con exmontoneros que motorizaron las campañas de denuncia a los crímenes de la dictadura y con quienes regresaron para la Contraofensiva, ya sea en tareas de propaganda o en actividades militares. Se obtuvo, por último, la palabra de aquellos que participaron de las disidencias que sufrió Montoneros a fines de la década de

1970. En esta variedad de itinerarios, se cifró la posibilidad de enhebrar las diversas individualidades con la experiencia colectiva.

También se debió hacer frente a una problemática nodal de este trabajo: ¿en qué medida es posible acceder a las experiencias del pasado a través de los testimonios? En su trabajo sobre el valor de las fuentes orales para la reconstrucción histórica, Vera Carnovale da cuenta de la existencia de un “punto ciego” de los testimonios, “esa zona siempre difusa y lábil que separa la experiencia vivida de lo que recordamos y podemos narrar de ella”.⁴¹ Sin desconocer el efecto del contexto en el que los testimonios fueron producidos, y lejos de pretender zanjar esta aporía epistemológica, en este libro se defiende la posibilidad de acceder a las significaciones sobre las experiencias pasadas, aun a través de sus reelaboraciones presentes, de modo tal de no confinar el pasado a una fortaleza inexpugnable. Este parecer implica no entender las entrevistas como mero presente y sí, en cambio, como procesos activos de significación sobre la base de los sucesos pretéritos.

Además de los testimonios de exmilitantes y las comunicaciones partidarias de Montoneros, este libro utilizó documentos de inteligencia producidos por distintas agencias estatales durante la dictadura, desclasificados en su mayoría en los últimos años. Su principal valor histórico descansa en que ofrecen una mirada contemporánea y desplazada del objeto aquí propuesto y brindan algunos elementos reconstructivos de suma relevancia para abordar el proceso. El accionar de inteligencia fue parte constitutiva y necesaria del terrorismo de Estado. Esos documentos dejan entrever las lógicas represivas de consecución de información a través de la infiltración y la tortura sistemática aplicadas a las y los militantes. En el caso de la Contraofensiva, dichas lógicas son claras y explican la eficiencia de la represión estatal y sus efectos sobre la desarticulación de Montoneros. Antes que tomar por verdad incuestionable la información que surge de los partes de inteligencia, este libro tiene en cuenta las intenciones de sus productores. Si hay una “verdad” inobjetable en esos documentos, es la que desnuda el accionar represivo clandestino y el imaginario de las fuerzas militares y de seguridad que lo llevaron a cabo.⁴²

La narrativa del libro entrelaza distintas trayectorias individuales con el recorrido de la organización. Combina, de ese modo, una mirada al “desde abajo” del proceso histórico con otra que da cuenta de las transformaciones más generales de Montoneros y del contexto del país. De ninguna manera esta forma de exposición implica contrastar un tipo de discurso con otro. Antes bien, se

corresponden con dos registros disímiles que, en lugar de oponerse, se complementan. Tanto las y los militantes como los dirigentes fueron parte de un mismo universo de sentidos, aun con las lógicas diferencias emanadas de sus jerarquías internas. Por lo tanto, se interrogaron las comunicaciones partidarias a partir de sus intenciones políticas más amplias, destinadas tanto a convencer a los militantes como a posicionarse en la relación con otros actores en el mapa político de aquellos años. Las rememoraciones de los participantes de la experiencia, por su parte, brindaron la oportunidad de estudiar los derroteros, las sensaciones y las expectativas que tuvieron estos a propósito de sus vivencias en el extranjero y de la posibilidad de volver al país. El resultado fue un relato coral que refleja la heterogeneidad del proceso.

* * *

El hecho de que la Contraofensiva haya sido definida, incluso entre las y los exmilitantes, como “mesiánica”, “suicida” o “terrorífica” implicó que, durante la investigación realizada para este libro, varios protagonistas prefirieran no hablar de sus experiencias pasadas o eligieran figurar con un apodo y no con su nombre real. Esto da cuenta de la condición polémica que enmarcó la estrategia y del posible estigma sentido por haber participado de ella. En torno a la realización de la Contraofensiva, se tejieron intrigas que plantearon la infiltración de su máxima dirigencia como principio causal de su derrota y la funcionalidad de la cúpula partidaria a los intereses represivos del régimen militar. El reverso de este argumento implica que, de no haber mediado esa infiltración, Montoneros hubiera podido conducir una insurrección contra el PRN. Atribuir el desenlace de la Contraofensiva a una actitud individual parecería ser más sencillo que asumir los trazos colectivos de la derrota. Esta narrativa conspirativa se vio potenciada en agosto de 2003 cuando el juez Claudio Bonadio ordenó la detención de Mario Firmenich, Roberto Perdía y Fernando Vaca Narvaja, los tres jefes sobrevivientes, por considerarlos partícipes necesarios de la desaparición de quince militantes en la Contraofensiva de 1980.⁴³

En los últimos años, parecería que se asiste a un retorno a las fibras más épicas en la recuperación de la Contraofensiva. Quizás en esta situación haya influido el juicio oral y público que, mientras culmina la escritura de este libro, se está

llevando a cabo en el Tribunal Oral Federal 4 de San Martín, provincia de Buenos Aires, y que enjuicia a seis militares responsables de la estructura de inteligencia del Ejército durante 1979 y 1980. A lo largo de 53 audiencias, transmitidas en directo a través de Internet en el marco de la emergencia sanitaria provocada por la pandemia del COVID-19, muchas y muchos exmilitantes y familiares contaron sus experiencias y, más allá de testificar y brindar pruebas sobre la represión estatal padecida, reivindicaron la militancia pretérita y sus motivos, que relacionaron con el derecho natural a resistir la tiranía dictatorial. En la rememoración de la estrategia, los militantes no fueron entendidos como víctimas de su dirigencia ni como enajenados militaristas. Persistió, en cambio, el componente heroico que dificulta la interrogación de las aristas menos complacientes del pasado revolucionario.

¹ [Para una mirada transnacional sobre el fenómeno guerrillero latinoamericano, véanse Aldo Marchesi, Hacer la revolución. Guerrillas latinoamericanas, de los años sesenta a la caída del Muro, Buenos Aires, Siglo XXI, 2019, y Dirk Kruijt, Eduardo Rey Tristán y Alberto Martín Álvarez \(coords.\), Latin American Guerrilla Movements. Origins, Evolution, Outcomes, Nueva York, Routledge, 2020.](#)

² [Sobre la nueva izquierda, véanse Eric Zolov, “Expanding our Conceptual Horizons: The Shift from an Old to a New Left in Latin America”, en A Contracorriente, vol. 5, núm. 2, 2008, pp. 47-72, y María Cristina Tortti, El “viejo” partido socialista y los orígenes de la “nueva” izquierda, Buenos Aires, Prometeo, 2009.](#)

³ [Lucas Lanusse, Montoneros. El mito de sus 12 fundadores, Buenos Aires, Vergara, 2007. Sobre la “cuestión peronista”, véanse Daniel James, Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina \[1990\], Buenos Aires, Siglo XXI, 2006, y Catalina Smulovitz, “En búsqueda de la fórmula perdida: Argentina, 1955-1966”, en Desarrollo Económico, vol. 31, núm. 121, abril-junio de 1991.](#)

⁴ [Claudia Gilman, Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003; Valeria Manzano, La era de la juventud en Argentina. Cultura, política y sexualidad desde Perón hasta Videla, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2017.](#)

⁵ [Sobre el secuestro de Aramburu, véase Lucas Lanusse, op. cit., pp. 201-208. Para la publicación posterior que hizo Montoneros del hecho, véase “Mario Firmenich y Norma Arrostito cuentan cómo murió Aramburu”, en La Causa Peronista, 3 de septiembre de 1974, disponible en línea: <<https://eltopoblindado.com>>.](#)

⁶ [Vera Carnovale, Los combatientes. Historia del PRT-ERP, Buenos Aires, Siglo XXI, 2011; Mora González Canosa y Mariela Stavale, “Peronismo, izquierda y lucha armada. Balance bibliográfico y perspectivas analíticas sobre las organizaciones armadas peronistas en clave comparada”, en Páginas, núm. 31, 2021.](#)

⁷ [Richard Gillespie, Soldados de Perón. Los Montoneros \[1987\], Buenos Aires, Grijalbo, 1998, pp. 169 y 170.](#)

⁸ [Si bien Montoneros nunca se adjudicó el asesinato, diversas intervenciones y testimonios no dudan en la responsabilidad de la organización en el hecho \(por ejemplo, Jorge Gaggero, “Notas acerca de un extravío argentino”, y Marcelo Larraquy, “Los cuerpos políticos y la vigencia del cadáver de Rucci”, ambos en Lucha Armada, año 4, núm. 11, 2008\).](#)

⁹ [Marina Franco, Un enemigo para la nación. Orden interno, violencia y “subversión”, 1973-1976, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2012, p. 51.](#)

¹⁰ [Alicia Servetto, 73/76. El gobierno peronista contra las “provincias montoneras”, Buenos Aires, Siglo XXI, 2010; Marina Franco, op. cit.](#)

¹¹ [Richard Gillespie, op. cit., pp. 252-263.](#)

¹² [Marina Franco, op. cit.](#)

¹³ [Véanse Gabriela Águila, Santiago Garaño y Pablo Scatizza \(comps.\), Represión estatal y violencia paraestatal en la historia reciente argentina. Nuevos abordajes a cuarenta años del golpe de Estado, La Plata, Universidad Nacional de La Plata, 2016, y Gabriela Águila, Santiago Garaño y Pablo Scatizza \(coords.\), La represión como política de Estado. Estudios sobre la violencia estatal en el siglo XX, Buenos Aires, Imago Mundi, 2020.](#)

¹⁴ [Aldo Marchesi, op. cit., pp. 193-203.](#)

¹⁵ Por ejemplo, Juan Gasparini, Montoneros. Final de cuentas [1988], La Plata, De la Campana, 2008; Cristina Zuker, El tren de la victoria. La saga de los Zuker [2003], Buenos Aires, Del Nuevo Extremo, 2010, y Marcelo Larraquy, Fuimos soldados. Historia secreta de la Contraofensiva montonera, Buenos Aires, Aguilar, 2006.

¹⁶ Roberto Pittaluga, “Miradas sobre el pasado reciente argentino. Las escrituras en torno a la militancia setentista (1983-2005)”, en Marina Franco y Florencia Levín (comps.), Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción, Buenos Aires, Paidós, 2007.

¹⁷ Controversia para el Examen de la Realidad Argentina, Buenos Aires, Ejercitar la Memoria, 2009; Néstor Scipioni, Las dos caras del terrorismo, Barcelona, Círculo de Estudios Latinoamericanos, 1983; Envar el Kadri y Jorge Rulli, Diálogos en el exilio, Buenos Aires, Foro Sur, 1984. A modo de excepción, esta década alumbró producciones periodísticas, sociológicas y politológicas que analizaron desde los valores democráticos el accionar de la nueva izquierda: Claudia Hilb y Daniel Lutzky, La nueva izquierda argentina: 1960-1980. (Política y violencia), Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1984; Pablo Giussani, Montoneros. La soberbia armada, Buenos Aires, Sudamericana, 1984; Carlos Brocato, La Argentina que quisieron, Buenos Aires, Sudamericana y Planeta, 1985; María Matilde Ollier, El fenómeno insurreccional y la cultura política, 1969-1973, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1986, y Silvia Sigal y Eliseo Verón, Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista [1986], Buenos Aires, EUDEBA, 2010.

¹⁸ Alejandra Oberti y Roberto Pittaluga, Memorias en montaje. Escrituras de la militancia y pensamientos sobre la historia, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 2006.

¹⁹ Vera Carnovale, op. cit., p. 20.

²⁰ Daniela Slipak, Las revistas montoneras. Cómo la organización construyó su identidad a partir de sus publicaciones, Buenos Aires, Siglo XXI, 2015, p. 15. Véase también Lucas Lanusse, op. cit., pp. 41 y 42.

²¹ José Amorín plantea que la militarización tiene sus raíces en la fusión de Montoneros con las FAR (Montoneros: la buena historia, Buenos Aires, Catálogos, 2005). Pilar Calveiro rescata un efecto imitativo de Montoneros con

respecto al Ejército argentino (Política y/o violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años 70, Buenos Aires, Norma, 2005).

²² Entre las primeras, sobresalen Eduardo Anguita y Martín Caparrós, La voluntad. Una historia de la militancia revolucionaria en Argentina [1997-1998], Buenos Aires, Booket, 2010; Roberto Perdía, La otra historia. Testimonio de un jefe montonero, Buenos Aires, Ágora, 1997; Gregorio Levenson y Ernesto Jauretche, Héroes. Historias de la Argentina revolucionaria, Buenos Aires, Ediciones del Pensamiento Nacional, 1998, y Jorge Falcone, Memorial de guerrallarga. Un pibe entre cientos de miles, La Plata, De la Campana, 2001. Entre las intervenciones más críticas, se destacan Juan Gasparini, op. cit. y Héctor Leis, Un testamento de los años 70. Terrorismo, política y verdad en la Argentina, Buenos Aires, Katz, 2013.

²³ Esta cuestión se observa claramente en los textos de Pilar Calveiro, que plantea que “la contraofensiva [...] sólo podía llevar al exterminio de sus participantes” (op. cit., p. 124); o de Juan Gasparini, quien sostiene que los dirigentes “reclutaron militantes en la colonia exiliar enviando a la muerte a varias centenas de compatriotas” (op. cit., p. 188). La “hermenéutica de la derrota” también impregnó la mirada de algunos especialistas: véase la entrevista a Richard Gillespie realizada por Jorge Urien Berri, “La contraofensiva fue una locura de los comandantes montoneros”, en La Nación, 5 de julio de 2008, disponible en línea: <<https://www.lanacion.com.ar>>. La mayoría de las memorias de exmontoneros puntualizan sobre la derrota. Para una selección mínima, véanse Jorge Bernetti y Mempo Giardinelli, México: el exilio que hemos vivido. Memoria del exilio argentino en México durante la dictadura 1976-1983 [1983], Buenos Aires, Octubre, 2014; Miguel Bonasso, Recuerdo de la muerte [1984], Buenos Aires, Planeta, 1994; Ernesto Jauretche, Violencia y política en los 70. No dejés que te la cuenten, Buenos Aires, Colihue, 1997; Gonzalo Chaves y Jorge Lewinger, Los del 73. Memoria montonera, La Plata, De la Campana, 1999; Gregorio Levenson, De los bolcheviques a la gesta montonera. Memorias de nuestro siglo, Buenos Aires, Colihue, 2000; Carlos Flaskamp, Organizaciones político-militares. Testimonio de la lucha armada en la Argentina (1968-1976), Buenos Aires, Nuevos Tiempos, 2002; Marisa Sadi, Montoneros. La resistencia después del final, Buenos Aires, Nuevos Tiempos, 2004; Eduardo Astiz, Lo que mata de las balas es la velocidad. Una historia de la contraofensiva montonera del 79, La Plata, De la Campana, 2005; Marisa Sadi, El caso Lanuscou, Columna Norte. La otra historia, Buenos Aires, Nuevos Tiempos, 2009; Roberto Perdía, Montoneros. El peronismo combatiente en

[primera persona, Buenos Aires, Planeta, 2013, y Juan Carlos Garavaglia, Una juventud en los años sesenta, Buenos Aires, Prometeo, 2015.](#)

²⁴ Véanse, por ejemplo, [María Matilde Ollier, La creencia y la pasión. Privado, público y político en la izquierda revolucionaria, Buenos Aires, Espasa Calpe y Ariel, 1998; Oscar Anzorena, Tiempo de violencia y utopía. Del golpe de Onganía \(1966\) al golpe de Videla \(1976\), Buenos Aires, Pensamiento Nacional, 1998; María Matilde Ollier, Golpe o revolución. La violencia legitimada, Argentina 1966/1973, Buenos Aires, Eduntref, 2005, y Julieta Bartoletti, Montoneros. De la movilización a la Organización, Rosario, Laborde, 2011.](#)

²⁵ [Carlos Altamirano, Peronismo y cultura de izquierda, Buenos Aires, Siglo XXI, 2001; Elizabeth Jelin, Los trabajos de la memoria \[2002\], Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2021; Hugo Vezzetti, Pasado y presente. Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002; Beatriz Sarlo, Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005; Hugo Vezzetti, Sobre la violencia revolucionaria. Memorias y olvidos, Buenos Aires, Siglo XXI, 2009; Claudia Hilb, Usos del pasado. Qué hacemos hoy con los setenta, Buenos Aires, Siglo XXI, 2013; y Claudia Hilb, Por qué no pasan los 70, Buenos Aires, Siglo XXI, 2018.](#)

²⁶ [Pablo Belzagui \(comp.\), No matar. Sobre la responsabilidad, Córdoba, Del Cíclope, Universidad Nacional de Córdoba, 2007.](#)

²⁷ [Pilar Calveiro, op. cit.](#)

²⁸ [Germán Gil, La izquierda peronista. Transitando los bordes de la revolución \(1955-1974\) \[1989\], Buenos Aires, Prometeo, 2019; Gabriela Esquivada, Noticias de los montoneros. La historia del diario que no pudo anunciar la revolución, Buenos Aires, Sudamericana, 2009; Luis Donatello, Catolicismo y Montoneros. Religión, política y desencanto, Manantial, Buenos Aires, 2010; Karin Grammatico, Mujeres montoneras. Una historia de la Agrupación Evita \(1973-1974\), Buenos Aires, Luxemburg, 2011; Laura Lenci, “Justicia, política y violencia. Un análisis de los cuerpos normativos montoneros, 1972-1975”, en Revista Tiempo Histórico, núm. 3, 2011; Javier Salcedo, Los Montoneros del barrio, Caseros, Eduntref, 2011; Federico Lorenz, Algo parecido a la felicidad. Una historia de la lucha de la clase trabajadora durante la década del setenta \(1973-1978\), Buenos Aires, Edhasa, 2013; Guillermo Caviasca, Dos caminos.](#)

[PRT-ERP y Montoneros, la guerrilla argentina en una encrucijada, La Plata, De la Campana, 2013; Ernesto Salas, De resistencia y lucha armada, Buenos Aires, Punto de Encuentro, 2014; Luciana Seminara, Bajo la sombra del ombú. Montoneros Sabino Navarro, historia de una disidencia, Buenos Aires, Imago Mundi, 2015; Daniela Slipak, op. cit.; Esteban Campos, Cristianismo y revolución. El origen de Montoneros, Buenos Aires, Edhasa, 2016; Rocío Otero, Montoneros y la memoria del peronismo, Buenos Aires, Prometeo, 2019.](#)

²⁹ [Daniela Slipak, “Sobre desvíos, espejos y cúpulas. Las disidencias montoneras y las lecturas sobre los años setenta”, en Revista Izquierdas, núm. 32, 2017; Eudald Cortina Orero, “Internacionalismo y revolución sandinista: proyecciones militantes y reformulaciones orgánicas en la izquierda revolucionaria argentina”, en Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe, vol. 28, núm. 2, 2017; Daniela Slipak, “Armas revolucionarias. Discusiones sobre la violencia en los grupos disidentes de Montoneros en los años setenta”, en Páginas, vol. 13, núm. 31, 2020; y Eudald Cortina Orero, “Brigada Sanitaria Adriana Haidar: solidaridad técnica montonera con la revolución sandinista”, en Secuencia, núm. 108, 2020.](#)

³⁰ [Para una selección mínima, véanse Marcelo Larraquy y Roberto Caballero, Galimberti. De Perón a Susana, de Montoneros a la CIA, Buenos Aires, Norma, 2000; Laura Giussani, Buscada. Lili Massaferro: de los dorados años cincuenta a la militancia montonera, Buenos Aires, Norma, 2005; Felipe Celesia y Pablo Waisberg, Firmenich. La historia jamás contada del jefe montonero, Buenos Aires, Aguilar, 2010; Hugo Montero e Ignacio Portela, Rodolfo Walsh. Los años montoneros, Buenos Aires, Continente, 2010; Alejandra Vignollés, Doble condena. La verdadera historia de Roberto Quieto. Secuestrado por los militares y acusado de traición por los Montoneros, Buenos Aires, Sudamericana, 2012; Roberto Mero, Contraderrota. Montoneros y la revolución perdida. Conversaciones con Juan Gelman, Buenos Aires, Sudamericana, 2014; María O’Donnell, Born, Buenos Aires, Sudamericana, 2015, y María O’Donnell, Aramburu, Buenos Aires, Planeta, 2020.](#)

³¹ [Marcelo Larraquy, Fuimos soldados, op. cit.; Mariano Pacheco, Montoneros silvestres \(1976-1983\). Historias de resistencia a la dictadura en el sur del conurbano, Buenos Aires, Planeta, 2014, y Pablo Robledo, Montoneros y Palestina, Buenos Aires, Sudamericana, 2019.](#)

³² [Véanse Ulises Rosell, 9mm, crímenes a medida de la historia, 2007; Benjamín](#)

[Ávila, Infancia clandestina, 2011; Virginia Croatto, La guardería, 2015, y Julián Seijas, Tropas Especiales de Agitación, 2018.](#)

³³ [Juan Gasparini, op. cit., p. 183.](#)

³⁴ [Cristina Zuker, op. cit.](#)

³⁵ [Eduardo Astiz, op. cit. Astiz es primo segundo del represor Alfredo Astiz. Con respecto a las memorias sobre la Contraofensiva, véase Esteban Campos, “¿Locura, épica o tragicomedia? Las historias de la contraofensiva montonera en la era de la democracia consolidada”, en Estudios, núm. 29, Centro de Estudios Avanzados, Universidad de Córdoba, junio de 2013.](#)

³⁶ [Aldo Marchesi, op. cit., p. 228.](#)

³⁷ [Por ejemplo, Santiago Cúneo, “Montoneros y Putin”, en Infobae, 13 de febrero de 2021; Natasha Niebieskikwiat, “Sabino Vaca Narvaja: hijo de un alto cuadro de Montoneros, criado entre Cuba y Nicaragua, ahora es embajador en China”, en Clarín, 16 de febrero de 2021; y “Quién es Horacio Verbitsky: exmilitante de Montoneros y distinguido periodista de investigación”, en Ámbito, 19 de febrero de 2021, entre otras.](#)

³⁸ [Marina Franco y Daniel Lvovich, “Historia reciente: apuntes sobre un campo de investigación en expansión”, en Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”, núm. 47, 2017, p. 192.](#)

³⁹ [Para esta investigación, se tomaron dieciocho entrevistas compiladas en el Archivo Oral de Memoria Abierta. Se destacan las de Juan Salinas, Jorge Bernetti, Ernesto Jaureche, Susana Brardinelli, Elvio Alberione, Daniel Cabezas, Nilo Torrejón, Adolfo Bergerot, Susana Muñoz, Ernesto Villanueva, Oscar Galante y Liliana Mazure.](#)

⁴⁰ [Alessandro Portelli, “Lo que hace diferente a la historia oral”, en Dora Schwarzstein, La historia oral, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1991.](#)

⁴¹ [Vera Carnovale, “Aportes y problemas de los testimonios en la reconstrucción del pasado reciente en la Argentina”, en Marina Franco y Florencia Levín \(comps.\), op. cit., p. 164.](#)

⁴² Ludmila Catela, “Etnografía de los archivos de la represión en la Argentina”, en Marina Franco y Florencia Levín (comps.), op. cit.

⁴³ Véase Lucía Quaretti, “¿Castigar a las organizaciones armadas? Los intentos de persecución penal a las guerrillas en el marco de la reapertura de los juicios por crímenes de lesa humanidad (Argentina 2003-2007)”, en Revista Izquierdas, núm. 42, 2018. La detención de los excomandantes montoneros fue revocada y la causa pasó, luego de la recusación de Bonadio, a manos del juez Ariel Lijo, que entre 2007 y 2012 condenó a diez imputados en dos causas diferentes.

I. ¿Partir es morir un poco?

Los exilios montoneros en México

LA TOMA DEL PODER por parte de las Fuerzas Armadas (FFAA) en marzo de 1976 provocó un cambio sustantivo en la magnitud y sistematicidad de la represión en comparación con la que se había desarrollado en los dos años previos a través del accionar estatal, paraestatal o paramilitar, aún en democracia. De todos modos, durante los primeros meses de dictadura Montoneros no cambiaría la estrategia que había adoptado antes del golpe.¹ Para sus dirigentes, el triunfo de la organización dependía de que el Proceso de Reorganización Nacional (PRN) no lograra cumplir su plan operativo, que proyectaba la victoria total sobre la “subversión” para 1977. Montoneros debía desgastar al gobierno militar y mostrar que los plazos estipulados para su triunfo carecían de fundamentos.² La lucha montonera era, también, una lucha por el tiempo.

Desplegada la virulencia de la represión dictatorial, la organización sí modificaría su política. En septiembre de 1976, producto de la gran cantidad de víctimas que había padecido hasta ese momento, Montoneros resolvió que la etapa de Resistencia³ se ampliaría al exterior del país, donde ya se encontraban numerosos militantes que habían resuelto de forma inorgánica lo que en ese momento adquiriría un cariz organizacional. A raíz de esta decisión, la conducción nacional, integrada, luego de la desaparición de Roberto Quieto en diciembre de 1975 y de la muerte de Carlos Hobert un año después, por Mario Firmenich, Roberto Perdía y Raúl Yäger, partió al exterior.⁴ Ello incentivó la dimensión transnacional de la política montonera. Montoneros incluyó la denuncia internacional de los crímenes de la dictadura en su plataforma política, que canalizó a través de organismos y redes previas y también de otros conformados especialmente, y trabó alianzas con otras fuerzas revolucionarias y socialdemócratas del mundo.⁵ A medida que perdía espacio político en Argentina, donde la represión de la dictadura terminaría de desarticular sus últimas estructuras para fines de 1977 y principios de 1978,⁶ la organización cobraba mayor protagonismo en el extranjero y constituía, como parte de su

intento de renovación, la Secretaría de Relaciones Exteriores y el Movimiento Peronista Montonero (MPM) que la contendría.

Fuera de las fronteras argentinas, México fue el lugar donde Montoneros alcanzó mayor relevancia. Allí la presencia de argentinos fue muy numerosa y el desarrollo político e institucional de la organización, preponderante en comparación con el logrado en cualquier otra plaza del exilio. La experiencia de militancia en aquel país, extensible en algunos de sus rasgos a otros lugares como España o Cuba, permitió la conformación de un espacio político de vital importancia para explicar la trayectoria de Montoneros durante la mayor parte del período en que el PRN ocupó el poder del Estado. Marcada por tensiones y conflictos, la ampliación del radio geográfico de la política montonera habilitó un universo de sentidos novedosos que fueron interpretados de maneras diversas por las y los militantes.

La historia de Montoneros en el extranjero permite matizar la definición del exilio únicamente como el marco del surgimiento de las redes humanitarias, el abandono de los ideales revolucionarios y el redescubrimiento de la democracia. Estos aspectos fueron dominantes entrada la década de 1980 y, por eso, hegemonizaron las primeras reconstrucciones de la experiencia exiliar.⁷ En los últimos años, sin embargo, una serie de artículos ha incorporado el análisis histórico de las formaciones políticas argentinas en el exterior.⁸ En el caso de Montoneros, esta consideración permite estudiar su espacio transnacional y sus actividades, no como una “máscara” para ocultar las derivas de su proyecto político en Argentina, sino como un proceso central en la resignificación de su estrategia durante la segunda mitad de la década de 1970.

ENTRE EL GOLPE DE ESTADO Y EL EXILIO ORGÁNICO

Cuatro meses después del golpe de Estado, el 24 de julio de 1976, Horacio Mendizábal,⁹ por entonces secretario militar de Montoneros, sostuvo que la organización atravesaba una etapa de “defensiva estratégica” en la “guerra revolucionaria” y que “las fuerzas reaccionarias” contaban con “mayor poder” que las insurgentes. Por eso mismo, agregaba, había que resistir los embates represivos e ir “preparando las condiciones para la contraofensiva”.¹⁰ Montoneros justificaba su estrategia en el contexto defensivo que había inaugurado su autolandestinización del 6 de septiembre de 1974, como respuesta al enfrentamiento armado al interior del movimiento peronista. Entendido en este marco, el golpe de Estado supuso, en la perspectiva de la organización, “un salto en la relación de fuerzas entre el Pueblo y su enemigo, a favor de éste”, y también “la única alternativa que dispusieron las clases dominantes para enfrentar la situación”.¹¹ En el análisis montonero, la nueva circunstancia era el resultado de “los monopolios” y “la oligarquía” haciéndose cargo, a través del “Partido Militar”, del gobierno.

Durante los primeros meses de dictadura, la estrategia de Montoneros se concentró en el aspecto militar del enfrentamiento con el PRN.¹² Convencidos de que, frente al contexto represivo, los métodos políticos tendrían una importancia secundaria, los dirigentes de la organización plantearon la lucha armada como tarea central de la hora. Esta primera interpretación del conflicto se vio complementada a medida que la represión dictatorial continuó diezmando a la organización y esta habilitó, desde fines de 1976, la retirada de sus dirigentes y militantes históricos al extranjero. Previamente, en abril y septiembre de 1976, Montoneros realizó las últimas dos reuniones de Consejo Nacional en el territorio argentino. La primera, de abril, fue la responsable de la transformación de la organización político-militar en un partido leninista. Esa modificación se basó en dos creencias de la jefatura montonera sobre el proceso político local: la primera, que el “salto cualitativo” en la represión producto del golpe de Estado ameritaba, para ser enfrentado, uno igual desde el lado de la organización. La segunda, que luego de la experiencia de María Estela Martínez de Perón y de Ítalo Luder en el gobierno, el peronismo había agotado su posibilidad de nuclear

a los sectores opositores a la dictadura. Así lo sostuvo Firmenich, jefe máximo de la organización, en un acto clandestino de 1976: “Nos planteamos que el nuevo movimiento, el hijo del movimiento peronista, sea el movimiento montonero. Y ¿por qué el movimiento montonero? Porque los montoneros expresan, hoy, la continuidad de lo mejor del peronismo”.¹³

El montonerismo quedó organizado en tres instancias: Partido Montonero, Ejército Montonero y Movimiento Montonero. La reorganización implicó una pérdida de autonomía de las “columnas” en torno a las cuales se había confederado Montoneros y una mayor concentración de las decisiones y los recursos en sus dirigentes. Estas cuestiones, sumadas a los efectos de la militarización de los frentes políticos que venía desarrollándose desde 1975, provocaron reacciones adversas entre algunas y algunos militantes, expuestos a la violencia represiva y a la ineficacia de sus políticas. Según estimaciones de los servicios de inteligencia del PRN, un año y medio después del golpe Montoneros no alcanzaba los seiscientos militantes, de los cuales un poco menos de la mitad había abandonado el país. Richard Gillespie sostiene que para marzo de 1977 la dictadura había asesinado y desaparecido a dos mil militantes de la organización.¹⁴ Más allá de que estas cifras son concluyentes con respecto a la efectividad e intensidad de la represión del régimen sobre Montoneros, las dificultades para calcular exactamente la cantidad de militantes asesinados y desaparecidos son una consecuencia de la forma clandestina e ilegal que asumió el terrorismo de Estado del PRN.

Las políticas centralizadoras de la conducción generaron conflictos, sobre todo, en la Regional Columna Norte, aunque también se registraron discusiones internas de menor calibre en la Regional La Plata, Regional Columna Sur y Regional Columna Oeste.¹⁵ Los críticos buscaban mayor autonomía en el manejo de los recursos —que desde el cobro del rescate por el secuestro de los hermanos Born, en junio de 1975, se habían multiplicado—, pero también cuestionaban la exposición sufrida por las y los militantes desde la vuelta a la clandestinidad. Las víctimas montoneras de la represión aumentaban día a día. Por eso las voces disidentes demandaban un cambio a través de la realización de un congreso partidario, que había estado en los planes desde 1974, cuya tarea sería escoger a la dirigencia que guiaría a Montoneros en esa nueva etapa. Esta situación, que amenazaba el control político de la conducción, fue tratada en la reunión del Consejo Nacional de septiembre de 1976. Allí, la cúpula partidaria pospuso indefinidamente la realización del congreso debido a la situación represiva imperante en Argentina. Si para los críticos era precisamente esa situación la que

ameritaba la discusión política, para la jefatura montonera la conclusión era opuesta. La resolución adoptada, finalmente, incluyó la directiva de dirimir las posturas en conflicto a través de una votación que, a fines prácticos y por la forma en la que fue realizada, prorrogó la legitimidad de la conducción y tuvo un efecto disciplinador sobre los disidentes.¹⁶

Durante 1976, la represión estatal y clandestina continuó con la ferocidad que había mostrado desde el golpe de Estado, con el secuestro de gran parte de las y los militantes que permanecían en el territorio argentino. Esto profundizó la crisis interna de la organización. El extremo de esa situación se dio en octubre cuando fue capturada por la Marina y llevada al centro clandestino de detención (CCD) de la Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA) una militante que tenía en su poder el detalle de las reuniones que llevarían adelante las distintas estructuras dirigentes de la organización: las llamadas “citas nacionales” y “citas federales”.¹⁷ Como resultado, Montoneros perdió en pocos días más de un centenar de militantes. Un mes antes, además, la dictadura había desestructurado su Secretaría Política.¹⁸ Dicho nivel de daño terminó de sellar el convencimiento de la cúpula montonera de que había que resguardar a aquellos militantes con largas y notorias trayectorias al interior de la organización, que constituían ejemplos de cierto espíritu de militancia que Montoneros quería reivindicar. Firmenich salió del país en noviembre de ese año y Perdía, en los primeros meses de 1977. La decisión había sido refrendada por los canales orgánicos y el grueso de la “oficialidad” votó a favor.¹⁹

Se inauguraba así una nueva etapa en la política montonera. Si bien numerosos militantes de la organización habían partido al exilio en los dos años previos —y muchos otros permanecieron en el país—, la salida de la conducción motivó una organización en el extranjero que Montoneros no había desarrollado hasta ese momento. La retirada al exterior habilitó nuevos sentidos propios de la actividad no armada que habían sido relegados en un primer momento en pos de un entendimiento de corte militar de la tarea de oposición a la dictadura. El terrorismo de Estado en toda su magnitud había obligado a la organización a explorar otros caminos.

SOCIABILIDAD Y MILITANCIA EN EL EXILIO MEXICANO

El 20 de abril de 1977, Montoneros presentó en Roma el recientemente conformado MPM, que suplantaba al Movimiento Montonero y que evidenciaba la intención de la organización y sus dirigentes de acercarse nuevamente al peronismo.²⁰ En una conferencia de prensa realizada en el Hotel Leonardo da Vinci, a pocos metros del río Tíber y a instancias de Lelio Basso, fundador del Tribunal Russell II (encargado de juzgar crímenes de guerra) y senador del Partido Socialista Italiano, la organización difundió su propuesta política. El llamado “Programa de Roma” constaba de ocho puntos en los cuales Montoneros depositaba la posibilidad de alcanzar la “paz interior” del país e incluso abandonar su práctica militar. Para la organización, se trataba de retomar la voluntad popular que se había expresado en ocasión de los comicios de marzo de 1973 que habían consagrado a Héctor Cámpora como presidente. Los ocho puntos tenían una orientación democrática en tanto y en cuanto exigían — además de la renuncia de Alfredo Martínez de Hoz, ministro de Economía de la dictadura hasta 1981— la rehabilitación de los partidos políticos y de la Confederación General del Trabajo (CGT), la liberación de los presos políticos, las listas de los desaparecidos por la dictadura, la desarticulación de los “campos de concentración” y, finalmente, la “convocatoria a elecciones generales para designar autoridades nacionales, provinciales y municipales sin exclusiones, inhabilitaciones ni proscripciones políticas de ninguna naturaleza”.²¹ Para ese mismo momento, el PRN elaboraba una normativa sobre la “ofensiva contra la subversión durante el período 1977/78”, basada en el eslogan “Ganar la paz”. Las FFAA consideraban que ya habían triunfado en la lucha militar contra las organizaciones armadas, pero destacaban una modificación en la estrategia de estos grupos que habría virado de los métodos militares a los políticos, “a través de actividades barriales y la elaboración de campañas de acción psicológica desde el exterior”.²²

El MPM se asentó sobre redes y contactos políticos que, iniciados en el país, se habían formalizado en el exterior. Si bien Firmenich debió aclarar en la conferencia de prensa que no se trataba de “un gobierno en el exilio”,²³ lo cierto es que era el emergente de un proceso que, aunque databa desde la conformación

del Partido Auténtico en 1975, se había consolidado con la dimensión transnacional que había adquirido la política montonera desde fines de 1974. La ida al exterior de la conducción entre 1976 y 1977 brindó el impulso decisivo para la estructuración del nuevo espacio. Si ante el golpe militar de marzo de 1976 Montoneros había interpretado la lucha armada como la forma predominante de su estrategia, el carácter que tomó el flamante MPM parecía señalar otra dirección. Su documento fundacional pedía por el retorno a las consignas del Frente Justicialista de Liberación (FREJULI), exigía elecciones democráticas e introducía, quizá por primera vez en un documento montonero, el lenguaje del respeto de los derechos humanos, constituido en un significativo que, aun con sus diversas apropiaciones, atravesaría a muchos de los grupos políticos que habitaban el exilio. El accionar militar no era abandonado, aunque sí supeditado al cumplimiento de los ocho puntos necesarios para la “pacificación”.²⁴

Aquel miércoles de abril de 1977, se ubicaron en la rueda de prensa junto a Firmenich, secretario general del nuevo movimiento, Ricardo Obregón Cano y Oscar Bidegain, exgobernadores democráticos de Córdoba y Buenos Aires, respectivamente, y miembros del Partido Auténtico. Esa cercanía espacial no era casual: escenificaba la voluntad de Montoneros de ampliar su espacio político con la inclusión de dirigentes peronistas que no habían tenido militancia en la organización, más allá de afinidades ideológicas o de participaciones coyunturales. El MPM fue constituido a imagen y semejanza del movimiento peronista que Montoneros buscaba aggiornar y organizado en ramas. A las tradicionales Sindical, Juvenil, Política y Femenina, habían sumado la de Intelectuales, Profesionales y Artistas y la Agraria. Así, las autoridades del Consejo Superior del MPM quedaron establecidas de la siguiente manera: Firmenich como secretario general (que, además, continuaba como primera figura del partido y el ejército); Gonzalo Chaves por la Rama Sindical; Bidegain y Obregón Cano por la Rama Política; Lidia Massaferro²⁵ y Adriana Lesgart por la Rama Femenina; Rodolfo Galimberti y Manuel Pedreira por la Rama Juvenil; Rodolfo Puiggrós por la Rama de Profesionales, Intelectuales y Artistas, y Osvaldo Lovey por la Rama Agraria. Además se constituyeron dos secretarías: la de Relaciones Exteriores, a cargo de Fernando Vaca Narvaja, y la de Prensa y Difusión, compartida por Miguel Bonasso y Juan Gelman.

En México, la estructura de denuncia y solidaridad montonera se organizó en torno a la figura de Puiggrós, quien había sido rector de la Universidad de Buenos Aires (UBA) durante el gobierno de Cámpora y se había incorporado al

MPM en el exilio, en abril de 1977. Amenazado por la Triple A, se había refugiado a fines de 1974 con su esposa, Delia Carnelli, en la embajada mexicana y había sido conducido hacia Ciudad de México. Era su segundo destierro en aquel país, luego del vivido durante las dictaduras de la Revolución Argentina en la década previa. En aquella primera experiencia en México, Puiggrós había fundado el diario El Día y desarrollado importantes contactos políticos que serían aprovechados por todas y todos los exiliados argentinos presentes en tierras mexicanas.

Desde su segunda llegada a México, Puiggrós se abocó a conformar estructuras políticas de solidaridad. Las primeras fueron de representación mexicana y latinoamericana, y entre fines de diciembre de 1974 y principios de 1975 surgió el primer agrupamiento argentino compuesto por Esteban Righi, Noé Jitrik, Ricardo Obregón Cano, Rafael Pérez, César Calcagno, Oscar Pedrotta y el propio Puiggrós.²⁶ No obstante, fruto de las diferencias entre sus miembros con respecto a la comprensión y la definición de la acción política en el exilio, se produjo una escisión hacia fines de 1975 y quedaron conformadas las que serían las dos principales organizaciones del exilio argentino en México: la Comisión Argentina de Solidaridad (CAS), encabezada por Jitrik y Righi, y el Comité de Solidaridad con el Pueblo Argentino (COSPA), dirigido por Obregón Cano y Puiggrós y constituido formalmente en febrero de 1976.

Si bien el eje de ambos organismos estuvo puesto en la denuncia de las violaciones a los derechos humanos y en la solidaridad con los connacionales que llegaban escapando del terrorismo de Estado, la pervivencia de la estrategia político-militar de Montoneros y su intento de hegemonizar la naciente estructura para sus propios fines fueron los principales motivos de la fractura. Los historiadores Omar Acha y Pablo Yankelevich dan cuenta de este episodio. Para el primero, la división respondió al intento de Montoneros de cooptar ese espacio “como puntal de una presencia estratégica en el plano internacional”,²⁷ mientras que para el segundo, en cambio, la fractura fue más general y obedeció al “apoyo o la crítica a las actividades de [...] organizaciones armadas”.²⁸

La escisión también es recordada por Carlos González Gartland, abogado defensor de presos políticos durante la década de 1970 y ajeno a Montoneros. Fue uno de los fundadores de la CADHU y del Partido Revolucionario de los Obreros Argentinos (PROA) y arribó a México en agosto de 1976 donde se desempeñó como responsable de la CADHU en ese país. La creación de esta comisión, cuyos orígenes se remontaban a los meses finales de 1975, había

surgido de un grupo de profesionales del derecho ligados a la Asociación Gremial de Abogados.²⁹ De las reuniones previas a la fundación del organismo, formalizado en torno a abril de 1976, participaron representantes de diversas fuerzas políticas y algunos abogados que se desempeñaban en el ámbito sindical. El núcleo de la CADHU se estructuró alrededor del PROA, partido integrado, entre otros, por los hermanos Eduardo Luis, Marcelo y Carlos María Duhalde, Haroldo Logiurato, Ignacio Ikonicoff y el propio González Gartland. A ellos se sumaron, procedentes de Córdoba, los abogados Lucio Garzón Maceda y Gustavo Roca. Un tercer contingente de miembros procedía de Montoneros y el PRT-ERP, que acercaron nombres como los de Lidia Massaferro, Carlos Caprioli, Pablo Ramos, Rodolfo Mattarollo, Manuel Gaggero y Martín Federico.³⁰ Habida cuenta de estos vínculos, los servicios de inteligencia del PRN definieron a la CADHU como un “organismo de la guerrilla”.³¹

Durante el primer año de dictadura, la actividad de denuncia y solidaridad constituyó un punto de confluencia entre la CADHU y las estructuras montoneras que funcionaban dentro y fuera de Argentina, donde el organismo también se había propuesto dar a conocer los crímenes de la represión. Los acuerdos establecidos entre el PROA y las organizaciones armadas resultaron fundamentales para el cumplimiento de esta tarea, que se llevó adelante en el país principalmente a través de Ikonicoff, encargado de centralizar los datos aportados por los colaboradores de Montoneros y el PRT-ERP.³² Este circuito permitió a la CADHU acceder de manera veloz y temprana a información detallada sobre la represión dictatorial que, luego, difundía a través de sus boletines de denuncia. El esquema mantuvo bastante fluidez, incluso, para sacar información del país cuando el organismo estableció delegaciones en distintos puntos del exilio. A Montoneros, por su parte, el financiamiento y la integración de la CADHU le permitió desarrollar una política de denuncia al margen del aparato de la organización.

Frente a este panorama, y recién llegado a México, González Gartland recuerda que “la opción era fácil: los que no rechazaban la lucha armada, los que tenían víctimas directas fundantes y que no pertenecían a un ámbito académico e intelectual, estaban en el COSPA”.³³ Allí se presentó y quedó a cargo, como delegado de la CADHU, de la Secretaría de Relaciones Internacionales del comité. Esto es un indicio de que las diferencias entre la CAS y el COSPA no estuvieron fundadas meramente en la adscripción a Montoneros, si bien es cierto que sus militantes fueron dominantes dentro de este último. El motivo más amplio de distinción residía en la concepción de la tarea de oposición a la

dictadura: mientras Montoneros y otros sectores políticos de menor peso en el comité, como la Organización Comunista de Poder Obrero (OCPO) o el PRT, continuaban respaldando la posibilidad de la opción armada, numerosos núcleos de exiliados y exiliadas sostenían su agotamiento y planteaban la necesidad de rever las estrategias de oposición al gobierno militar.³⁴ César Calcagno, exintegrante del COSPA, convalida esta percepción: “La diferencia que hubo era una cosa muy sencilla que no hay que darle tanta vuelta: los que seguíamos pensando que la violencia política frente a la dictadura era absolutamente legítima y los que no”.³⁵

El COSPA, ubicado en la calle Roma 1 de la colonia Juárez de Ciudad de México, no sería el único punto de reunión de las y los militantes montoneros en la capital mexicana. El exilio de la conducción y la formalización del MPM en abril de 1977 derivaron en la apertura de la Casa Montonera, local partidario del MPM situado en la colonia Nápoles, a 7 kilómetros de la sede del COSPA. Ubicado en la calle Alabama 17, fue un intento de la organización para distinguir las estrategias denunciadoras de las propiamente partidarias. Si el COSPA, de predominio montonero, también otorgaba lugar a militantes de otras fuerzas políticas, la Casa Montonera se constituyó en el espacio partidario de quienes continuaron identificándose con la organización.³⁶

Además del COSPA y la Casa Montonera, un tercer núcleo de sociabilidad se alzó en tierras mexicanas, quizás el más coincidente con la militancia secreta desarrollada en Argentina. Montoneros estableció una base y distintas casas operativas para quienes llegaban de manera clandestina a México y tenían tareas como la confección de documentos o el entrenamiento militar para el probable regreso al país.³⁷ Por esos motivos, la organización había dispuesto que esas y esos militantes no tuvieran vínculo con otros exiliados. Así lo recuerda Perdía: “Nosotros teníamos orgánicamente prohibido el contacto con la colonia de argentinos porque se suponía que en la colonia merodeaban los servicios”.³⁸ En México, entonces, Montoneros replicó en parte la doble modalidad de militancia pública y secreta llevada a cabo en Argentina, además de la surgida propiamente en el extranjero, dedicada a la solidaridad y la denuncia. Los límites entre los distintos espacios de sociabilidad fueron porosos y lábiles y se estructuraron en tensión continua, alternando lugares y momentos de articulación con otros de conflicto. Entre las diversas redes, existieron muchos puntos en común e intercambios, por ejemplo, entre el COSPA y la Casa Montonera, pero también entre el local partidario y las casas operativas.

A casi un año de su arribo a México, la permanencia de la conducción en ese país se interrumpió por un operativo de la dictadura para capturarla. El PRN había acusado recibo de las denuncias realizadas por los organismos de exiliados y las definió como una “campana antiargentina” que era el correlato de la “merma recibida en capacidad operacional” de “la subversión”,³⁹ luego de casi dos años de represión estatal. En un contexto en el que sería anfitrión del Mundial de Fútbol previsto para junio de 1978, buscó contrarrestar estas denuncias por medio de una guerra informativa, por un lado, y de operaciones represivas en el exterior para capturar a los dirigentes guerrilleros, por el otro. El 2 de enero de 1978 en Mar del Plata, el Segundo Cuerpo del Ejército, al mando del futuro presidente del régimen, Leopoldo F. Galtieri, apresó a Edgar Tulio Valenzuela, a su mujer Raquel Negro y al hijo de ella. Fueron trasladados al CCD Quinta de Funes, en las afueras de Rosario. Valenzuela era oficial mayor en la jerarquía interna de Montoneros y se encontraba en condiciones de participar de la reunión del Consejo Nacional que se realizaría en México. Galtieri le ofreció infiltrarse allí y posibilitar el secuestro de la conducción. Valenzuela simuló aceptar, y los militares lo enviaron a México junto con miembros del grupo de tareas que funcionaba en el CCD rosarino. De rehenes en Funes quedaron Negro, que estaba embarazada, y su hijo. Si Valenzuela no cumplía su promesa, serían asesinados.

La “Operación México”, como se conoció esta acción, dependía de la colaboración de Valenzuela para ser exitosa. Sin embargo, apenas llegado a México, el dirigente montonero logró burlar a sus captores y se presentó en la Casa Montonera, donde tomó contacto con la organización y desbarató los planes militares. Su lealtad a la organización y a su dirigencia pesó más en su decisión que la extorsión recibida por parte de los funcionarios del régimen. El 18 de enero y por orden de la conducción, Valenzuela dio una conferencia de prensa en la que desnudó los mecanismos represivos del PRN y la realidad de los CCD. Con esa misma fecha, el MPM publicó y difundió internacionalmente su testimonio del cautiverio.⁴⁰ La conducción fue recibida en La Habana, Cuba, y las autoridades mexicanas expulsaron del país al grupo proveniente de Funes. Luego de la conferencia de prensa, Valenzuela también viajó a Cuba por orden de la organización y fue sometido a un juicio revolucionario y despromovido de oficial mayor a subteniente por haber brindado datos a los militares, más allá de no haber propiciado la captura de la dirigencia. Volvió al país en julio de 1978 y, al verse rodeado por un grupo de tareas de la Armada, se suicidó ingiriendo una pastilla de cianuro.⁴¹ El intento de la dictadura evidenciaba la notoriedad pública que había alcanzado Montoneros en México al mismo tiempo que dejaba al

descubierto la dimensión extraterritorial de la represión estatal clandestina.⁴²

Postales del exilio I: denuncia y solidaridad

Haciendo uso de la opción para salir del país, César Calcagno llegó a Ciudad de México en 1975, entre el primer grupo de exiliados de ese año.⁴³ Como abogado, se había dedicado a la defensa de los presos políticos que habían vuelto a poblar las cárceles argentinas desde la segunda mitad de 1974. También había sido letrado de la Confederación General del Trabajo de los Argentinos (CGTA) a fines de la década de 1960. Por la modalidad pública de sus actividades realizadas en La Plata, Calcagno era reconocido, circunstancia que dificultaba su clandestinización. Detenido en septiembre de 1974 y puesto a disposición del PEN, solicitó la opción de salir a Perú para poder retornar prontamente a Argentina. Negado este destino por las autoridades, se inclinó por México. Gracias a las redes que tenía Puiggrós con la intelectualidad mexicana, Calcagno consiguió trabajo en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y se mudó a un departamento amoblado en un edificio en el que también vivían otros peronistas exiliados, como el expresidente Cámpora.

Desde el momento preciso de su arribo, Calcagno se sintió “exiliado”: “Exiliado me sentí el primer día. Es una experiencia dura que se va amortiguando lentamente y que va desapareciendo pero uno siempre se siente extranjero”.⁴⁴ Calcagno fue uno de los fundadores del COSPA y participó de la denuncia internacional contra el gobierno de María Estela Martínez de Perón, primero, y contra el régimen militar, después: “Me acuerdo de que en septiembre del ‘76 publicamos una solicitada a doble página en los diarios mexicanos firmada por las autoridades del COSPA. Todo denunciamos: la ESMA, la tortura, la política económica, todo”.⁴⁵ Sus actividades como integrante de la comisión directiva del COSPA se conjugaron entre la solidaridad con las y los compatriotas que llegaban a México y las denuncias de las violaciones a los derechos humanos cometidas por la dictadura. Entre estas últimas, se destacaron diversos actos en locales sindicales y universidades, conferencias de prensa, ceremonias religiosas e incluso eventos que contaron con la presencia de las Madres de Plaza de Mayo. La solidaridad, por su parte, se concretó a través de la ayuda para conseguir alojamiento y legalidad migratoria, pero también con la conformación de una guardería y de un espacio psicoterapéutico para los desterrados.⁴⁶

La llegada de la conducción al extranjero y la reorganización de Montoneros en partido, movimiento y ejército limitaron la autonomía de las políticas de denuncia. Calcagno lo atribuye a las intenciones dominantes de la organización: “Montoneros siempre tuvo esa idea de hegemonía: ‘todos estamos acá pero nosotros conducimos, nosotros le damos la impronta’”.⁴⁷ Esa voluntad directiva coartó la amplitud del naciente MPM y dificultó la seducción de voluntades ajenas al peronismo montonero. Aun así, Calcagno rescata la experiencia del MPM, ya que, más allá de los conflictos, evidenció la voluntad de articular, al menos en un principio, políticas comunes con otros actores: “Antes de oficializar el MPM, estuvieron muchos conocidos y desconocidos convocados, y hubo mucha participación en las reuniones previas en las que yo estuve en Roma, en España y en Francia”.⁴⁸ Las instancias negociadoras que existieron en Europa no habrían redundado, sin embargo, en una mayor amplitud en los lineamientos políticos del MPM. Si bien el flamante espacio estuvo integrado por militantes que no eran orgánicos a Montoneros, no se libraron de su influencia directiva. El financiamiento que hizo la organización del MPM fue uno de los motivos que ratificó su predominio político y posición dirigente.

Calcagno desarrolló en México tareas parecidas a las que había realizado en Argentina: con su identidad legal, en actividades de solidaridad y denuncia. Esta forma de militancia, que para el abogado laboralista fue su tarea principal en México, tuvo un sesgo instrumental para los jefes montoneros. Para ellos, la actividad prioritaria debía desarrollarse en Argentina. Así lo plantea Perdía: “Nosotros sobre el tema derechos humanos y demás lo tomamos como una especie de descanso en el enfrentamiento que había”.⁴⁹ Al menos desde su perspectiva, extensible al resto de la cúpula partidaria, primaba una apropiación estratégica de la política de denuncia porque permitía disminuir o pausar el enfrentamiento militar.⁵⁰ Para González Gartland, la conducción no creía en la defensa de los derechos humanos, porque no tenía coordenadas democráticas. Por ello hacía un uso instrumental de la narrativa humanitaria.⁵¹ Lo cierto es que Montoneros igualmente propició y financió numerosas iniciativas de denuncia en los foros internacionales.⁵² Para la organización, las virtudes de la denuncia internacional, la “campaña antiargentina” según el PRN, descansaban en la posibilidad de desacreditar al régimen militar frente a la comunidad internacional, a la espera del momento propicio para enfrentarlo en el país y con otras políticas.

Durante 1977, en el extranjero se fue conformando una oposición a la dictadura, cada vez más articulada, de la que Montoneros formó parte, pero a la que

aportaron también otros organismos argentinos de corte humanitario, como la CADHU o la Comisión de Solidaridad de Familiares de Presos, Muertos y Desaparecidos por Razones Políticas en Argentina (COSOFAM), en conjunto con organismos internacionales de defensa de los derechos humanos, como Amnistía Internacional, que publicó uno de los primeros informes sobre la violación de los derechos humanos en el país.⁵³ En el caso de Montoneros, e independientemente del parecer de sus principales dirigentes, quienes participaron del movimiento de denuncia lo hicieron convencidos de que era una estrategia fundamental para oponerse al PRN.

Postales del exilio II: la política partidaria

Manuel Pedreira, consejero de la Rama Juvenil del MPM a partir de su conformación en 1977, comenzó su militancia en La Plata en 1972, en el Frente Universitario para la Revolución Nacional (FURN). Al año siguiente, luego del triunfo de Cámpora, el FURN confluyó con el Frente de Agrupaciones Eva Perón (FAEP) dando origen a la Juventud Universitaria Peronista (JUP), agrupación “de superficie”⁵⁴ de Montoneros en el ámbito universitario. Pedreira quedó entonces como uno de los líderes de la JUP en La Plata paralelamente a su filiación dentro de la organización, que databa de sus tiempos del FURN. Montoneros tenía una política que privilegiaba la incorporación de aquellos militantes que eran preeminentes dentro de las agrupaciones: “Como yo era uno de los referentes políticos de la universidad, la ‘orga’ [Montoneros] busca a los tipos que, de alguna manera por su personalidad, perfil, liderazgo, qué sé yo, los iban sumando”.⁵⁵

Detenido en 1974 al igual que Calcagno, logró salir a México en 1975 haciendo uso del derecho a opción con la idea de retornar a Argentina en 1976. El golpe de Estado frustró su intento. Durante sus primeros meses en aquel país, tuvo contactos con militantes de organizaciones de superficie que llegaban exiliados a Ciudad de México con la voluntad de militar desde el exterior en contra de la dictadura. Sin embargo, la participación política de Pedreira en el extranjero fue distinta a la de Calcagno. También lo fue su circuito de sociabilidad en México. Pedreira no se integró al COSPA; su militancia continuó siendo orgánica y partidaria:

Ahí había una estructura de la “orga” [Montoneros] que estaba conformada por la mayor parte de compañeros que habían logrado zafar en el 75 que estaban en cana, más un compañero, Martín Gras, que estaba a cargo de lo que se llamaba la base de México. Ahí, en toda la estructura que había, que era Martín más los oficiales que estaban volviendo, la conducción decide que hay que dejar un oficial de menor rango y me dejan a mí.⁵⁶

La experiencia de Pedreira alumbra la existencia de otro circuito de relaciones. La base mexicana cobijó a los militantes orgánicos de Montoneros cuya militancia se desplegó clandestinamente entre México y Argentina. Se trataba de militantes que, por el carácter de su tarea, y a diferencia de quienes habían encontrado en el comité de denuncia su labor política, se valían de los métodos militares. Así lo define Pedreira: “El hecho de volver tenía que ver con el compromiso de si estabas o no estabas de acuerdo con la lucha armada. Los que éramos miembros de la organización volvíamos; los miembros de las agrupaciones [de superficie] no”.⁵⁷

Las diferencias en el carácter de la militancia se replicaron en México, al menos durante los primeros años del exilio, antes del inicio de la Contraofensiva. Los “miembros de la organización” que señala Pedreira no eran otros que los militantes encuadrados orgánicamente, que ciertamente no agotaban la trama del montonerismo en Ciudad de México. Si volver al país implicaba hacer valer el compromiso de los militantes orgánicos, no era así para quienes se habían desempeñado en las llamadas agrupaciones de superficie, sin preparación militar y abocados a la política no armada. A partir de la llegada de la cúpula partidaria a México, los requisitos que debían fundamentar el regreso de los militantes al país se modificarían. Pedreira, partidario de que solo lo hicieran quienes tenían preparación militar, recrea las discusiones que se produjeron al respecto y, en particular, sus diferencias con Rodolfo Galimberti, el otro dirigente de la Rama Juvenil del MPM, quien planteaba que “todos los militantes podían volver”.⁵⁸ Luego de participar en la conformación del MPM y para respaldar su argumento de que no todos los militantes estaban preparados para lidiar con la aguda situación represiva existente en Argentina, Pedreira volvió al país: “Yo no estaba de acuerdo con lo que se estaba haciendo con las agrupaciones [de superficie]. Cuando volví, aumenté mi convicción de que no era el camino”.⁵⁹

Sustentar los dichos con las acciones resultaba perentorio en la cultura política montonera. Más aún en el extranjero, donde las acusaciones de miedo a volver al país o de individualismo por preferir no hacerlo fueron moneda corriente en los intercambios de las y los exiliados. Por el lugar que ocupaba en la organización, Pedreira se había relacionado tanto con los militantes de las agrupaciones de superficie como con los miembros del aparato clandestino que Montoneros había extendido de Argentina a México. Desde ese lugar, había bregado por conservar las especificidades de las tareas políticas que la experiencia en el extranjero y el

parecer de la jefatura montonera estaban contribuyendo a difuminar. Pedreira retornó finalmente en abril de 1978 como parte de la Campaña de Ofensiva Táctica que Montoneros planificó para oponerse al PRN durante el Campeonato Mundial de Fútbol de junio de 1978.⁶⁰

Postales del exilio III: la clandestinidad

Jorge Lewinger formó parte del circuito clandestino que Montoneros conformó en México.⁶¹ A diferencia de Calcagno, que participó en tareas de solidaridad y denuncia, y de Pedreira, que alternó contactos con los ámbitos clandestinos y públicos, Lewinger integró exclusivamente la estructura secreta de la organización. Hermano de Arturo, uno de los fundadores de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) que luego abrevaron en Montoneros, era oficial mayor en la jerarquía, es decir, se encontraba en un segundo nivel de conducción, por debajo de los jefes máximos. Abandonó el país en 1977, ante la crudeza de la represión y la transnacionalización de la Retirada Estratégica. Sin embargo, nunca se consideró un exiliado: “La idea del exilio no solo que individualmente no existía, fue una cosa orgánica, sino que en el exterior era un exilio muy particular, era un exilio muy militante. La palabra exilio como algo más de sobrevivencia pasiva me resulta extraña”.⁶² Si Calcagno se había sentido así apenas llegado a México, para Lewinger el exilio y la militancia eran categorías contradictorias, casi antagónicas. Y, antes que exiliado, se definía como militante. En esa línea se entiende su interpretación del exilio como “sobrevivencia pasiva”. Su representación del destierro, compartida también por la conducción, implicaba la cesura del activismo político sostenido en el país y la imposición de los valores individuales por sobre los colectivos. De aquí la necesidad de Lewinger de adjetivarlo como “militante”.

En tierra mexicana, Lewinger no estuvo adscripto a ninguna de las sedes públicas que congregaron al montonerismo en ese país. En sus palabras, en el COSPA y la Casa Montonera “se agrupaban los compañeros de organizaciones de superficie [...]. Los compañeros de la estructura de Montoneros tenían actividades específicas, como hacer documentos o formación militar”.⁶³

Lewinger traza, en consonancia con Pedreira, una clara distinción entre quienes estaban incorporados a la estructura militar y clandestina y aquellos que habían formado parte de las organizaciones de superficie. Dentro de este último grupo se ubicaba Calcagno. Entre los militantes orgánicos, los miembros del Partido Montonero, como Lewinger y Perdía, que incluso evitaban el contacto con otros exiliados y no se definían como de esa condición. En palabras del segundo jefe

montonero: “No nos considerábamos exiliados [...]. Considerábamos que la lucha continuaba. Estábamos afuera, pero nos movíamos de otra manera y no tocábamos al mundo de los exiliados, sacando circunstancias puntuales como alguna charla”.⁶⁴

Este modo de entender la experiencia en el exterior, vertido en los documentos partidarios de la organización, fue el que cristalizó en la producción historiográfica y en las memorias sobre Montoneros.⁶⁵ Para estos trabajos, el exilio configuró apenas un desplazamiento geográfico que no provocó grandes cambios en las lecturas y en las prácticas de la organización y sus militantes. Todos los participantes del montonerismo quedaron subsumidos al pensamiento y la práctica de sus cuadros dirigentes, perdiéndose así relevantes matices del proceso histórico. Quedó establecido un razonamiento a modo de sinécdoque entre la conducción y el conjunto más amplio de las y los militantes. En cambio, la política de Montoneros en el extranjero fue mucho más amplia y diversa e, incluso, permitió el acercamiento a la organización de algunos exiliados que en Argentina no habían pertenecido a ella.

Postales del exilio IV: el enganche

Daniel Cabezas llegó a México a fines de 1976. Era su segunda estadía en el país. Había cumplido una beca de estudios durante 1974 y, por ese motivo, aún conservaba algunos contactos en la capital mexicana. Fundador de un grupo de cine infantil, había sufrido el secuestro de su hermano montonero Gustavo a manos de la dictadura, en mayo de 1976. Frente a su desaparición y a la situación represiva del país, decidió, junto con su grupo, exiliarse en México. Allí se acercó progresivamente a Montoneros y terminó de incorporarse a la Secretaría de Prensa una vez que fue presentado de manera oficial el MPM: “Yo hacía fotos, vivía en esa época de hacer audiovisuales con slides con otro compañero y dábamos algunas clases de fotografía a militantes: cómo sacar fotos en autos en movimiento, cómo trabajar la fotografía relacionada con la militancia de aquel entonces”.⁶⁶ Si la generalidad del proceso indica que la partida al extranjero favoreció el alejamiento de numerosas y numerosos militantes de su actividad en Montoneros, lo cierto es que las redes constituidas en México también permitieron el proceso inverso, aunque en notoria menor medida. Se trata de militantes que rubricaron y, más aún, radicalizaron su compromiso con la organización en el exterior con respecto al que habían sostenido en el país. Su acercamiento se produjo a partir de ámbitos de sociabilidad comunes que concretaron, algunas veces, a través de familiares que ya participaban o habían participado en la organización.

Al integrarse al aparato de prensa de Montoneros, y al igual que el resto de las y los militantes que ya estaban en su estructura orgánica, Cabezas se fue a vivir de forma clandestina a las afueras de la capital. Su trayectoria en México es un fuerte indicio de que el exilio montonero no fue meramente una extensión de las actividades políticas realizadas en Argentina. Constituyó también un espacio sometido a resignificaciones y tensiones que contemplaron, incluso, la posibilidad del acercamiento de nuevas voluntades a la organización.

Edgardo Binstock también se vinculó más firmemente con Montoneros en el exilio.⁶⁷ Si bien, a diferencia de Cabezas, Binstock había sido militante de superficie en la zona oeste del conurbano bonaerense, había quedado

desconectado de la organización durante 1977. Pero, al igual que aquel, había padecido el secuestro y la desaparición de su hermano, Guillermo, también en mayo de 1976. Su hermano no era el único montonero de la familia. El grueso de la historia familiar de Binstock estaba imbricada con la de la organización. Su esposa, Mónica Pinus, que sería secuestrada y desaparecida en Brasil en 1980 durante la Contraofensiva, era también la prima de Silvia Tolchinsky, quien había estado casada con Miguel Villarreal, ambos militantes de la agrupación. Tolchinsky, a su vez, era hermana de Bernardo Daniel Tolchinsky, oficial mayor de Montoneros secuestrado durante la Contraofensiva de 1979 en San Justo, en la zona oeste del conurbano bonaerense.

A diferencia de lo que había caracterizado su militancia en Argentina, en México Binstock se incorporó a la estructura clandestina de la organización y se fue a vivir a las afueras de Ciudad de México con otros compañeros: “Yo no sabía nada del exilio. Ahí me engancho con Silvia [Tolchinsky], la veo, hablamos y enseguida me engancha con ‘Carlón’ [Pereira Rossi, oficial montonero]. Yo ya lo conocía y él me da las tareas”.⁶⁸ Binstock no integraría ninguna de las instituciones públicas que Montoneros había montado en la capital mexicana. En sus palabras, su recorrido había abarcado de “la marginalidad [en Argentina] al centro del aparato [en México]”.⁶⁹

En mayo de 1979, Cabezas se enteró del secuestro de su madre, Thelma Jara.⁷⁰ Desde Montoneros, intentó denunciar su desaparición: “Empiezo una campaña internacional por mi madre, muy intensa. Entonces estaba un poco en la estructura y otro poco exponiéndome con solicitadas, entrevistas, denunciando todo lo que estaba pasando. Colaboré también en el inicio del COSOFAM de México”.⁷¹ Cabezas desarrolló tareas políticas diferenciadas, cada una con su espacio preferencial. Por un lado, las actividades que requería la llamada estructura, ancladas en la necesidad de conservar su seguridad personal incluso en México. Por el otro, sus participaciones en organismos humanitarios que para ser eficaces demandaban que los sucesos y quienes los denunciaban tomaran estado público. La posibilidad de Cabezas de integrar ambas redes da la pauta del espacio común susceptible de ser articulado entre las iniciativas de solidaridad y denuncia y las tareas realizadas desde la orgánica montonera. Esa articulación también fue vivida por Binstock, cuya ligazón con los organismos de derechos humanos tenía un origen familiar: su madre, Mina Feuer de Binstock, había sido una de las iniciadoras de Madres de Plaza de Mayo, y su padre era amigo de Emilio Mignone, fundador del Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS). Luego de la Contraofensiva, entrada la década de 1980,

Binstock quedó a cargo de la política de derechos humanos de Montoneros.

LA ARTICULACIÓN CONFLICTIVA DE LAS REDES POLÍTICAS EN MÉXICO

El montonerismo en México estuvo poblado de conflictos. Las contradicciones y las disputas fueron un fenómeno corriente en la relación entre los distintos actores del exilio mexicano en general y se reprodujeron al interior de la organización.⁷² Las y los militantes no procesaron ni definieron del mismo modo su experiencia en tierras mexicanas ni el carácter de su acción política allí. Tampoco su lugar dentro de Montoneros. En los primeros tiempos del exilio, entre fines de 1974 y mediados de 1976, las redes montoneras de sociabilidad se habían conformado en torno a dos circuitos diferenciados: por un lado, el de la denuncia humanitaria y las redes de solidaridad; por el otro, el de los militantes orgánicos.

El arribo de la conducción alteró este panorama. La presentación pública del MPM derivó en la apertura de un local partidario en Ciudad de México, que involucró tensiones que repercutieron incluso dentro del COSPA y jerarquizó las pretensiones hegemónicas de la conducción, que intentó supeditar las redes políticas legales que se habían conformado a su estrategia político-militar. Acha sostiene que hacia 1977, por el debilitamiento de Montoneros, la hegemonía de la organización decreció en el COSPA a la par que otras fuerzas políticas ganaron más peso dentro del comité.⁷³ Para explicar este movimiento, habría que considerar, además, los efectos de la reorganización de la trama exiliar y el drenaje de militantes desde el comité denunciante hacia el local partidario e, incluso, hacia la estructura secreta montada en México.

González Gartland, exintegrante del COSPA como delegado de la CADHU, relata años después las cambiantes relaciones que mantuvo con las y los militantes de la organización a propósito de las actividades de denuncia: “Los montoneros que estaban en México, algunos combatientes, otros formando parte del aparato político público o semipúblico, me pasaban cierta información, pero me retaceaban otra, por obvias razones de tipo táctico”.⁷⁴ Esta cuestión no impidió que González Gartland encontrara, en varios momentos, compañeros de ruta entre las filas montoneras. Los espacios de colaboración convivieron con situaciones de tensión, sobre todo a partir de la reorganización política que

siguió a la llegada de la conducción, que aumentó las restricciones para el trabajo humanitario conjunto. Desde diciembre de 1976, Ignacio Ikonicoff, miembro de la CADHU y del PROA, había notado “el sectarismo” de Montoneros en el exterior, que debilitaba el trabajo de denuncia. No obstante, en las cartas escritas en la clandestinidad de Buenos Aires, Ikonicoff planteaba que con Montoneros había “relaciones fraternas en planos como la CADHU”, aunque “contradicciones importantes en otros planos [...] como la política en el seno del movimiento obrero”.⁷⁵ La limitada autonomía que tuvieron las estructuras políticas denunciadoras, pensadas por la cúpula montonera tan solo como un aspecto subordinado de su estrategia de poder, fue una de las razones preponderantes del desencuentro entre Montoneros y otros actores del exilio. González Gartland convalida la percepción de Ikonicoff al respecto: “Había colaboración en aquello que no tenía incidencia en el aparato militar montonero [...]. Cuando ellos lanzan el MPM comienzan a tener ciertas actitudes que yo ya no comparto porque no eran adecuadas para la denuncia”.⁷⁶

Pero las contradicciones referidas por González Gartland no se agotaban en la relación de las y los montoneros con otros organismos. También se reprodujeron al interior de la propia organización. Calcagno da cuenta de las disputas que solían darse entre quienes respaldaban la práctica armada y aquellos dedicados a la política legal:

Había diferencias de visiones, objetivos y de conducción en el MPM entre el estamento político y el político-militar, pero no eran enfrentamientos insuperables. Obregón Cano, Puiggrós y yo, por ejemplo, no teníamos la misma visión que un oficial montonero que venía con toda la posición de un chico de 28 años, sin despreciar, que Obregón Cano, que había sido gobernador de Córdoba, o Puiggrós, rector de la universidad. Venían y querían imponer. Yo me he peleado mucho por sus pretensiones de imposición.⁷⁷

Si bien sostiene que las diferencias “no eran insuperables”, Calcagno rememora las discrepancias que podían surgir en el seno del montonerismo en el extranjero. En su caracterización, quedan delimitados dos grupos bien definidos: el político, que debe ser entendido también como no armado, y el político-militar. Con una voluntad hegemónica de parte de las estructuras militares, las asperezas

atravesaron el paisaje de la política transnacional montonera, no solo en México, sino también en Europa. Perdía las atribuye al contacto que numerosos militantes habían trabado en el exterior con la realidad europea y la visión de la socialdemocracia: “Había percepciones distintas en cuanto al futuro, de la mezcla entre la socialdemocracia como aliado y la socialdemocracia como mentor: para muchos compañeros que habían vivido en Europa, la socialdemocracia era casi la forma de vida”.⁷⁸ Para el exmiembro de la conducción, la dimensión transnacional de la política de Montoneros puede ser una de las razones para comprender por qué hubo militantes que cejaron en su impulso revolucionario y se sintieron atraídos por la socialdemocracia, aliada de la organización en los foros internacionales de denuncia.⁷⁹ Las diferencias florecían dentro de la organización.

Una muestra de esas discrepancias se evidencia con claridad en el caso de Cabezas. Integrado al MPM en México, Cabezas se había ido a vivir a las afueras de la capital mexicana para evitar el contacto con los argentinos residentes en ese país. Sin embargo, la desaparición de su madre lo había convencido de la necesidad de realizar una intensa campaña de denuncia. Alternando su participación entre las estructuras denunciaistas, como el COSOFAM mexicano, y su labor en la Secretaría de Prensa, fue a ver a Puiggrós para acordar el modo en que Montoneros respaldaría su búsqueda:

Lo voy a ver a Puiggrós y el “viejo”, la mejor onda para ayudarme y comprender todo. Cuando estoy en su casa, viene Fernando Vaca Narvaja [miembro de la conducción] con su uniforme. Venía de Managua [donde había triunfado la revolución sandinista]. Había entrado al búnker de Somoza, estaba agrandado, él y su mujer. Entonces le digo: “Fernando, yo soy el hijo de Thelma. Quería saber qué podemos hacer porque creo que mi mamá está viva”, y él se da vuelta en una situación medio “milica” y me dice: “Nosotros no hacemos derechos humanos, hacemos política”, y se da media vuelta y se va.⁸⁰

La escena relatada por Cabezas refleja el clímax de la tensión que se desarrolló entre las y los montoneros en México, y en otros destinos del exilio, y que se visibilizó a propósito de sus distintas actividades y estrategias. Por un lado, las propias de los militantes político-militares, que para 1979 buscaban un desenlace

revolucionario en Argentina. Por el otro, aquellas desplegadas por quienes participaron del COSPA y la Casa Montonera y centraron su actividad en la denuncia humanitaria y otras iniciativas públicas.

Más allá de que la prioridad de la organización, sobre todo luego del lanzamiento de la Contraofensiva en octubre de 1978, fuera su reinserción en el territorio argentino y el enfrentamiento con la dictadura, las políticas de solidaridad y de denuncia realizadas en el exterior no constituyeron una mera adaptación estratégica ni una formalidad política de aquel propósito. Fueron modalidades concretas de militancia en las que creyeron quienes las llevaron a cabo. Esa creencia, como surge de la semblanza de Vaca Narvaja recuperada por Cabezas, no era compartida por la conducción. En la literatura especializada, ese escepticismo por la denuncia humanitaria fue extendido a todas y todos los militantes montoneros en el exilio, pero fue privativa, en verdad, de sus dirigentes y de los integrantes de la estructura militar y clandestina.

En México, se evidenciaron nuevos desacuerdos en Montoneros. La flamante dimensión geográfica de la política de la organización y su acuciante crisis interna permitieron el surgimiento de nuevas concepciones y prácticas, al tiempo que provocaron una articulación conflictiva con los sentidos desarrollados previamente. El espacio exiliar fue la escenografía de las disputas entre las y los militantes por la definición de la acción política. Aunque estuvieron de acuerdo en las estrategias más generales que proponía Montoneros, muchas y muchos militantes disintieron con algunos aspectos de sus políticas y se enfocaron en realizar aquellos con los que coincidían más plenamente. La diversidad resultante obliga a desnaturalizar la idea de un único exilio montonero, coherente y cerrado sobre sí mismo. Parecería más correcto, entonces, referirse a la experiencia de la organización en el extranjero en plural: los exilios montoneros.

Ya asentada en Cuba, la conducción decidió en octubre de 1978 que el contexto y los acontecimientos eran los propicios para profundizar la homogeneización de los exilios montoneros bajo su jefatura: en la reunión del flamante Comité Central del partido, que remplazó al anterior Consejo Nacional, los máximos dirigentes establecieron que la Resistencia que había comenzado en septiembre de 1974 había culminado con un triunfo y abrieron paso a la nueva etapa que enmarcaría las políticas de los siguientes años: la Contraofensiva Estratégica.

¹ Ernesto Salas, “El debate entre Walsh y la conducción Montonera”, en *Lucha Armada en la Argentina*, núm. 5, 2006.

² Roberto Baschetti, *Documentos 76/77. Golpe militar y resistencia popular*, La Plata, De la Campana, 2001, pp. 144-150; Marcelo Larraquy y Roberto Caballero, Galimberti. *De Perón a Susana, de Montoneros a la CIA*, Buenos Aires, Norma, 2000, pp. 248 y 249; Julia Risler, *La acción psicológica. Dictadura, inteligencia y gobierno de las emociones 1955-1981*, Buenos Aires, Tinta Limón, 2018, pp. 102 y ss.

³ La categoría “Resistencia” es propia de los actores y refiere a la estrategia de Montoneros entre septiembre de 1974, cuando regresó a la ilegalidad, y octubre de 1978, momento del inicio de la Contraofensiva. En adelante, conservará la mayúscula inicial.

⁴ En el país quedó Juan Julio Roqué, que había remplazado a Hobert como miembro de la conducción. Murió en mayo de 1977, luego de quitarse la vida tras horas de enfrentamiento con las fuerzas de seguridad, y su lugar fue ocupado por Horacio Mendizábal.

⁵ *Evita Montonera*, núm. 15, febrero de 1977. Sobre la relación entre Montoneros y el origen del movimiento transnacional de derechos humanos, véanse Hernán Confino, “Las redes montoneras. Revolución, solidaridad y derechos humanos (1974-1980)”, en Gabriela Águila, Santiago Garaño y Pablo Scatizza (coords.), *La represión como política de Estado. Estudios sobre la violencia estatal en el siglo XX*, Buenos Aires, Imago Mundi, 2020, y Hernán Confino y Rodrigo González Tizón, “Revolución, derechos humanos y exilio: Montoneros y la Comisión Argentina de Derechos Humanos en los orígenes de la denuncia de la dictadura argentina (1976-1980)”, en *Sociohistórica*, en prensa. Sobre la relación de Montoneros con la Organización de Liberación Palestina (OLP), véase Pablo Robledo, *Montoneros y Palestina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2019.

⁶ Dirección de Inteligencia de la Policía de la Provincia de Buenos Aires, Mesa “D(s)”, Informe especial, Montoneros, octubre de 1978.

⁷ Véanse Silvina Jensen, *La provincia flotante. El exilio argentino en Cataluña (1976-2006)*, Barcelona, Fundació Casa América Catalunya, 2007; Marina Franco, *El exilio. Argentinos en Francia durante la dictadura*, Buenos Aires,

Siglo XXI, 2008, y Pablo Yankelevich, Ráfagas de un exilio. Argentinos en México, 1974-1983, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2010.

⁸ Natalia Casola, “Una valija y un carnet. El lugar del Partido Comunista en el exilio argentino”, en Silvina Jensen y Soledad Lastra (eds.), Exilios: militancia y represión. Nuevas fuentes y nuevos abordajes de los destierros de la Argentina de los años setentas, La Plata, Edulp, 2014; María Florencia Osuna, “El exilio del Partido Socialista de los Trabajadores en Bogotá (1976-1982). Entre los discursos militantes y las miradas policiales”, en Silvina Jensen y Soledad Lastra (eds.), op. cit.; Vera Carnovale, “El PRT-ERP en el exilio. Armas, comunismo y derechos humanos”, en Revista de Historia, núm. 15, 2014; y Martín Mangiantini, “Redes militantes y acciones en el exilio. La política internacionalista del Partido Socialista de los Trabajadores (1976-1982)”, en Estudios, núm. 38, 2017.

⁹ Mendizábal fue uno de los fundadores de la organización guerrillera peronista Descamisados, en 1968, que en 1972 se fusionó con Montoneros. También fue secretario militar y comandante del Ejército Montonero. Para la Contraofensiva, quedó a cargo de la Secretaría de Agitación, Prensa y Adoctrinamiento. Lo asesinaron en septiembre de 1979 (elaboración propia sobre la base de la biografía realizada por Roberto Baschetti, disponible en línea: <<http://www.robertobaschetti.com>>).

¹⁰ Roberto Baschetti, Documentos 76/77, op. cit., pp. 139-158.

¹¹ Evita Montonera, núm. 15, febrero de 1977, pp. 2-11.

¹² Entre junio y noviembre, y como parte de su “Cuarta Campaña de Ofensiva Táctica”, Montoneros produjo cuatro atentados contra la policía, entre los que se destacaron el asesinato del jefe de la Policía Federal, general Cesáreo Cardozo, y una bomba en Coordinación Federal (Ernesto Salas, op. cit., p. 4).

¹³ Dirección de Inteligencia de la Policía de la Provincia de Buenos Aires, Mesa “D(s)”, Actualización de la BDT Montoneros, pp. 301-309. La “transformación” de Montoneros en partido también fue justificada por la conducción en la necesidad de modificar aspectos organizativos luego del secuestro de Quieto, número tres de Montoneros, quien fue sindicado como “delator” en los documentos de la organización (Roberto Baschetti, Documentos 76/77, op. cit., p. 253). Amparada en el ejemplo de la supuesta delación de Quieto, la

conducción primero y, luego de un reclamo, amplios sectores de la militancia incorporaron la pastilla de cianuro que permitía el suicidio en caso de captura por parte del enemigo, para evitar la tortura. Al mismo tiempo que Montoneros refrendaba que el deber de todo militante era combatir hasta escapar o morir, y que planteaba que la tortura podía resistirse indefinidamente con “solidez ideológica”, la generalización del uso de la pastilla de cianuro moderaba estas consideraciones y daba la pauta del contexto extremadamente represivo en el que se desenvolvían los militantes en el país. Sobre Roberto Quieto, véase Alejandra Vignollés, Doble condena. La verdadera historia de Roberto Quieto. Secuestrado por los militares y acusado de traición por los Montoneros, Buenos Aires, Sudamericana, 2012. Sobre la pastilla de cianuro, véase Roberto Baschetti, Documentos 76/77, op. cit., pp. 9 y 10.

¹⁴ Richard Gillespie, Soldados de Perón. Los Montoneros [1987], Buenos Aires, Grijalbo, 1998, p. 290. Los cálculos de los servicios de inteligencia arrojan que Montoneros tenía entre 420 y 581 militantes en septiembre de 1977: entre 255 y 346 en Argentina y entre 164 y 235 en el exterior (Dirección de Inteligencia de la Policía de la Provincia de Buenos Aires, Mesa “D(s)”, Informe especial, Montoneros, septiembre de 1977, p. 59).

¹⁵ Marcelo Larraquy, Un siglo de violencia política. 1890-1990, de Roca a Menem, la historia del país, Buenos Aires, Sudamericana, 2017, pp. 525-527. En esa coyuntura también se produjeron las críticas de Rodolfo Walsh a la estrategia militarista de Montoneros en su enfrentamiento con la dictadura (véase Ernesto Salas, op. cit.).

¹⁶ Los jefes montoneros suspendieron la realización del congreso e intervinieron la Regional Columna Norte, que quedó a cargo de Eduardo Pereira Rossi, futuro integrante de la conducción desde el asesinato de Mendizábal (Marcelo Larraquy y Roberto Caballero, op. cit., p. 278). El documento resultante de la reunión del Consejo Nacional ha sido compilado por Roberto Baschetti, Documentos 76/77, op. cit., pp. 232-258.

¹⁷ “Causa Esma unificada (Causas N° 1.282 y otras)”, alegato de la fiscalía ESMA III, leído entre el 6 de julio y el 9 de diciembre de 2015, p. 1117.

¹⁸ En septiembre de 1976, habían muerto en “el combate de Villa Luro” los integrantes de la Secretaría Política, entre los que se encontraban Alberto Molinas, Ismael Salame y Victoria Walsh, hija de Rodolfo. Entre octubre de

1976 y enero de 1977, la Armada secuestró a miembros del servicio de documentación del Área Federal, a militantes responsables de las finanzas y las relaciones internacionales de la organización y a dirigentes de la Columna Capital y Columna Norte. También simularon, en diciembre de 1976, la muerte de Norma Arrostito en un enfrentamiento. En verdad, la histórica militante había sido secuestrada por personal de la Marina y conducida a la ESMA, donde estuvo cautiva hasta enero de 1978, momento en que fue asesinada.

¹⁹ Los militantes entrevistados que participaron de la votación consideran que fue una decisión acertada (Jorge Lewinger, entrevista con el autor, Ciudad Autónoma de Buenos Aires [CABA], 11 de junio de 2016; Manuel Pedreira, entrevista con el autor, CABA, 31 de marzo de 2016). La desaparición de la primera plana del Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT)-Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) en julio de 1976 y la consiguiente desarticulación de esa organización también puede haber influido en la decisión montonera (Vera Carnovale, Los combatientes. Historia del PRT-ERP, Buenos Aires, Siglo XXI, 2011, pp. 281-283).

²⁰ Durante 1976, Montoneros se había alejado del peronismo, había constituido el partido leninista y el movimiento homónimo. La reintroducción del peronismo en el nombre del flamante espacio mostraba el cambio de actitud. Sobre la constitución del MPM, véase su documento fundacional: MPM, “Documento de Roma”, abril de 1977, disponible en línea: <<https://eltopoblindado.com>>.

²¹ MPM, “Documento de Roma”, op. cit.

²² Julia Risler, op. cit., p. 114.

²³ Manuel Sanabria, “Presentación en Roma del Movimiento Peronista Montonero”, en El País, 21 de abril de 1977, disponible en línea: <<https://elpais.com>>.

²⁴ MPM, “Documento de Roma”, op. cit. En un documento del Batallón de Inteligencia 601, dependiente del Ejército, constan las tratativas de diversos montoneros con dirigentes del Partido Justicialista (PJ). Ofrecían abandonar los métodos militares a cambio de ser aceptados dentro de la reorganización del movimiento peronista, sin éxito (Ejército Argentino, Central de Reunión, Batallón de Inteligencia 601, Informe sobre la BDT, junio de 1980).

²⁵ Massaferro tuvo una doble adscripción entre el Consejo Directivo de la

Comisión Argentina de Derechos Humanos (CADHU), organismo humanitario integrado y financiado, entre otros, por Montoneros y el PRT-ERP, y el MPM (Hernán Confino y Rodrigo González Tizón, op. cit.). Sobre su historia, véase Laura Giussani, Buscada. Lili Massaferro: de los dorados años cincuenta a la militancia montonera, Buenos Aires, Norma, 2005.

²⁶ Omar Acha, La nación futura. Rodolfo Puiggrós en las encrucijadas argentinas del siglo XX, Buenos Aires, EUDEBA, 2006, p. 257; Pablo Yankelevich, op. cit., p. 118. Las trayectorias de los integrantes eran bastante heterogéneas. Por ejemplo, Righi había sido ministro del Interior en el gobierno de Cámpora; Jitrik era escritor y crítico literario y había participado de la revista Contorno; Obregón Cano había sido gobernador de Córdoba, y Calcagno era un abogado laboralista, entre otros.

²⁷ Omar Acha, op. cit., p. 258.

²⁸ Pablo Yankelevich, op. cit., p. 118.

²⁹ Gabriel Rot, Itinerarios revolucionarios. De la Resistencia al Partido Revolucionario de los Obreros Argentinos, La Plata, De la Campana, 2015.

³⁰ Gabriel Rot, op. cit.; Vera Carnovale, “El PRT-ERP...”, op. cit.; Hernán Confino y Rodrigo González Tizón, op. cit.

³¹ Dirección de Inteligencia de la Policía de la Provincia de Buenos Aires, Mesa D “(e)”, factor social por localidad, legajo 253, Capital Federal, pp. 98 y ss.

³² Gabriel Rot, op. cit.

³³ Carlos González Gartland, entrevista con el autor, CABA, 30 de noviembre de 2016.

³⁴ Jorge Bernetti y Mempo Giardinelli, México: el exilio que hemos vivido. Memoria del exilio argentino en México durante la dictadura 1976-1983 [1983], Buenos Aires, Octubre, 2014.

³⁵ César Calcagno, entrevista con el autor, CABA, 25 de agosto de 2016.

³⁶ Con respecto a las relaciones entre la Casa Montonera y el COSPA, Yankelevich y Acha brindan imágenes contrapuestas. Mientras que para

Yankelevich en la práctica no existió autonomía del COSPA porque compartía dirigentes con la Casa Montonera, para Acha no debe reducirse la historia del COSPA a la del montonerismo (Omar Acha, op. cit., p. 272; Pablo Yankelevich, op. cit., pp. 129 y 130).

³⁷ Dirección de Inteligencia de la Policía de la Provincia de Buenos Aires, Mesa “D(s)”, Actualización de la BDT Montoneros, enero de 1980, p. 118.

³⁸ Roberto Perdía, entrevista con el autor, City Bell, provincia de Buenos Aires, 14 de diciembre de 2016.

³⁹ Dirección de Inteligencia de la Policía de la Provincia de Buenos Aires, Mesa D “(e)”, factor social por localidad, legajo 253, Capital Federal, pp. 98-100.

⁴⁰ MPM, “Testimonio de Edgar Tulio Valenzuela, 18 de enero de 1978”.

⁴¹ Raquel Negro dio a luz a mellizos mientras estaba cautiva y los militares los apropiaron. El hijo que había tenido con su anterior pareja, en cambio, fue entregado a sus abuelos maternos. En diciembre de 2008, Abuelas de Plaza de Mayo restituyó la identidad de uno de los mellizos que había nacido en cautiverio en el Hospital Militar de Paraná. El otro mellizo continúa apropiado y Raquel Negro permanece desaparecida. Véase, también, Roberto Baschetti, Documentos 78/80. Del Mundial a la Contraofensiva, La Plata, De la Campana, 2014, pp. 15-23.

⁴² Al respecto, véanse Melisa Slatman, “Archivos de la represión y ciclos de producción de conocimiento social sobre las coordinaciones represivas en el Cono Sur de América Latina”, en Taller. Revista de Sociedad, Cultura y Política en América Latina, vol. 1, núm. 1, 2012, pp. 47-66; Facundo Fernández Barrio, “Diplomacia y represión extraterritorial: la actuación del Servicio Exterior argentino en el ‘caso Molfino’”, en Avances del Cesor, vol. XIV, núm. 16, 2017, pp. 131-148, y Julieta Rostica, “La coordinación represiva entre Argentina, Guatemala, Honduras y El Salvador (1976-1983). Avances, dificultades y desafíos”, en Gabriela Águila, Santiago Garaño y Pablo Scatizza (coords.), op. cit., pp. 243-255.

⁴³ De acuerdo al artículo 23 de la Constitución Nacional, aquellos detenidos a disposición del Poder Ejecutivo Nacional (PEN) sin causa ni proceso durante la vigencia del estado de sitio podían obtener la libertad a cambio de su salida del país (Silvina Jensen, op. cit., p. 23). El término “opción” y sus derivados

(“opcionados”, “opcionadas”) prescindirán de las comillas.

⁴⁴ César Calcagno, entrevista con el autor.

⁴⁵ César Calcagno, entrevista con el autor. Véase el Archivo Periodístico del exilio argentino en México Delia Carnelli de Puiggrós, Universidad Nacional de Lanús. Yankelevich ubica el primer comunicado del COSPA en agosto de 1976 (Pablo Yankelevich, op. cit., p. 120).

⁴⁶ Pablo Yankelevich, op. cit., pp. 120-127.

⁴⁷ César Calcagno, entrevista con el autor.

⁴⁸ Ibid.

⁴⁹ Roberto Perdía, entrevista con el autor.

⁵⁰ Para el caso uruguayo, véase Vania Markarian, Idos y recién llegados. La izquierda uruguaya en el exilio y las redes transnacionales de derechos humanos, 1967-1984, Montevideo, Correo del Maestro, La Vasija, Centro de Estudios Interdisciplinarios Uruguayo, Universidad de la República, 2006.

⁵¹ Carlos González Gartland, entrevista con el autor.

⁵² Entre esas iniciativas, pueden destacarse las campañas de difusión sobre los crímenes dictatoriales en Europa y América Latina; la conformación de organismos humanitarios como la CADHU; los vínculos con organismos internacionales (Amnistía, Tribunal Russell II); las relaciones con la socialdemocracia europea y las denuncias en el Congreso de Estados Unidos (Evita Montonera, núm. 15, febrero de 1977, p. 8).

⁵³ Amnistía Internacional, Informe de la visita a la Argentina, 1977, y CADHU, Argentina. Proceso al genocidio, 1977, ambos disponibles en línea: <eltopoblindado.com>.

⁵⁴ En categorías de los actores, “de superficie” eran las organizaciones que se encontraban en la legalidad. La denominación surgió en contraposición con las otras, “clandestinas”. En adelante, se prescindirá de las comillas en su uso.

⁵⁵ Manuel Pedreira, entrevista con el autor.

⁵⁶ Manuel Pedreira, entrevista con el autor.

⁵⁷ Ibid.

⁵⁸ Ibid.

⁵⁹ Ibid.

⁶⁰ A diferencia de otros grupos de exiliados argentinos que impulsaron el boicot sobre el campeonato, porque entendían que robustecía las pretensiones políticas de la Junta Militar, Montoneros apoyó su realización por considerar que el fútbol era un acontecimiento popular y por eso resultaba deseable para la sociedad argentina. Desde la organización, pensaban que el foco de atención que el evento generaría en la prensa internacional daría posibilidades de denunciar los atropellos del gobierno militar. Además, realizaron operativos militares contra la Casa Rosada y la Escuela Superior de Guerra, entre otros símbolos del poder dictatorial, e interferencias clandestinas a las señales de televisión, con nula repercusión en la prensa argentina (Roberto Baschetti, Documentos 78/80, op. cit., pp. 105-122).

⁶¹ Lewinger ha escrito dos libros testimoniales: Vueltas. Relatos autobiográficos de un militante de los '70, La Plata, De la Campana, 2013, y Gonzalo Chaves y Jorge Lewinger, Los del 73. Memoria montonera, La Plata, De la Campana, 1999.

⁶² Jorge Lewinger, entrevista con el autor.

⁶³ Ibid.

⁶⁴ Roberto Perdía, entrevista con el autor.

⁶⁵ Pablo Yankelevich, op. cit., y Jorge Bernetti y Mempo Giardinelli, op. cit., entre otros.

⁶⁶ Daniel Cabezas, entrevista con el autor, CABA, 3 de noviembre de 2014.

⁶⁷ Sobre la biografía de Binstock, puede verse la entrevista confeccionada por el Programa de Derechos Humanos de la Biblioteca Nacional, disponible en línea: <<https://www.bn.gov.ar>>.

⁶⁸ Edgardo Binstock, entrevista con el autor, CABA, 8 de septiembre de 2016.

⁶⁹ Ibid.

⁷⁰ Sobre la historia de Thelma Jara de Cabezas, véase Miguel Bonasso, “Un viaje por los abismos de la ESMA”, en Página/12, 4 de septiembre de 2000, disponible en línea: <<https://www.pagina12.com.ar>>.

⁷¹ Daniel Cabezas, entrevista con el autor.

⁷² Para un panorama de estos conflictos, véanse Jorge Bernetti y Mempo Giardinelli, op. cit., pp. 61-106, y Pablo Yankelevich, op. cit., pp. 115-186.

⁷³ Omar Acha, op. cit., p. 266.

⁷⁴ Carlos González Gartland, entrevista con el autor.

⁷⁵ Ignacio Ikonicoff, “Correspondencia”, 9 de diciembre de 1976, disponible en línea: <<https://eltopoblindado.com>>.

⁷⁶ Carlos González Gartland, entrevista con el autor.

⁷⁷ César Calcagno, entrevista con el autor.

⁷⁸ Roberto Perdía, entrevista con el autor.

⁷⁹ Montoneros encontró aliados en los partidos socialdemócratas europeos, como en los casos de España, Alemania Occidental y Suecia, y no en los países del mundo comunista, dado que la Unión Soviética mantuvo relaciones comerciales con la dictadura y llegó, por este motivo, a vetar las denuncias en su contra en varios foros internacionales (Richard Gillespie, op. cit., pp. 309 y 310).

⁸⁰ Daniel Cabezas, entrevista con el autor.

II. Revolución, anhelos y culpas.

El inicio de la Contraofensiva

MONTONEROS DECRETÓ el inicio de la Contraofensiva Estratégica en su reunión de Comité Central de octubre de 1978 realizada en La Habana. Para comenzar la nueva etapa, los dirigentes de la organización anunciaron, primero y como condición necesaria, el “triunfo de la Resistencia” sobre la dictadura. Ese triunfo fue justificado porque el Proceso de Reorganización Nacional (PRN) no había logrado “aniquilar a la subversión” para fines de 1977, según los plazos que se había propuesto en su plan de operaciones.¹ En verdad, Montoneros no había vencido; había evitado la desarticulación total. Muy debilitada y en crisis, la organización continuaba existiendo. Mientras las Fuerzas Armadas (FFAA) buscaban, a dos años y medio de haber ocupado el poder, sentar las bases políticas que les permitieran trascender el “consenso antisubversivo” que las había cohesionado internamente y legitimado frente a la sociedad, Montoneros daba inicio a la Contraofensiva con el convencimiento de que la coyuntura económica por la que transitaba el país volcaría a la sociedad en contra de sus gobernantes.²

Luego de aprobar la Contraofensiva, la conducción implementó algunos cambios organizativos que favorecieron una mayor concentración de las decisiones, interesada en sujetar las redes políticas que se habían conformado en el exilio desde fines de 1974. El estudio de esas modificaciones permite asomarse a las ideas que la jefatura montonera tenía sobre la crisis de la organización, el proceso político argentino y el modo de incidir en él. Los dirigentes reunidos en Cuba convalidaron el retorno organizado de forma unánime. Podría aventurarse, y así lo sugieren algunas memorias, que esa resolución fue más el producto del disciplinamiento de la cúpula partidaria que el resultado de un acuerdo total sobre la nueva estrategia. Las inquietudes sobre el inicio de la Contraofensiva, presentes en la dirigencia, fueron más visibles entre las y los militantes de menor rango convocados a participar. La mayoría se negó: por lo general, había salido de Argentina por la aguda represión estatal, con dudas sobre su práctica guerrillera y su identidad política, y no deseaba volver a transitar esa

experiencia. En muchos casos, además, los militantes condenaron la persistencia armada de Montoneros y se inclinaron por nuevas formas de oposición política.

Otros militantes respondieron de manera afirmativa al llamado y se sumaron a la estrategia. Sus razones fueron diversas y estuvieron basadas, según sus memorias, en motivos explícitamente políticos, que vislumbraban con actitud positiva las posibilidades de Montoneros de incidir en el contexto argentino, y otros de corte emotivo, relacionados con el balance de sus experiencias previas y con el compromiso con los compañeros que habían sido secuestrados o desaparecidos. En muchos casos, las justificaciones de su participación coincidieron con las manifestadas por la conducción en sus documentos. En otros, las razones prescindieron de esas elaboraciones. El recorte entre dirigentes y militantes que propone este capítulo, entonces, obedece de forma exclusiva a cuestiones del análisis y no de la interpretación, ya que las y los montoneros, independientemente de su poder interno, fueron integrantes de un mismo universo, con parámetros compartidos de entendimiento de la realidad y de la acción política.

EL DIAGNÓSTICO MONTONERO: EMPUJAR AL ABISMO A LA DICTADURA

Desde la óptica montonera, la Resistencia y la Contraofensiva eran dos estrategias defensivas de la guerra revolucionaria. Pero, a diferencia de la primera, la Contraofensiva incluía la posibilidad de un contraataque que pudiera desestabilizar al PRN. Es conocida la analogía con el boxeo: según los documentos partidarios, la dictadura era un contendiente que no había logrado, en su momento de mayor dominio de la pelea, arrojar a Montoneros a la lona del ring. Para la organización, entonces, era tiempo de devolver los golpes recibidos. Inspirada en los escritos de Mao Tse-Tung sobre el proceso revolucionario chino, la realización de la Contraofensiva figuraba en los planes y documentos montoneros desde su autoclandestinización de 1974.³ Luego de la Retirada Estratégica al exterior, de fines 1976, su significado más abstracto se solapó con el regreso secreto y organizado al país de las y los militantes que estaban en el extranjero.

Apenas cuatro meses después del golpe de Estado, en julio de 1976, Montoneros planteaba que “durante la defensa activa, no pensamos en desarrollar un ejército de grandes dimensiones sino una fuerza militar suficiente para hostigar al enemigo [...] que constituye la base sobre la que se formará ese ejército popular en nuestro avance hacia la contraofensiva”.⁴ Apenas dos años después, ese avance se transformó en certeza. Según los análisis partidarios, “la estrategia previa ‘basada en la Resistencia Sindical y Popular, apoyada en la Resistencia Armada, [había triunfado] definitivamente sobre la estrategia enemiga’”.⁵ Montoneros no había sido aniquilada para fines de 1977. Detrás de las categorías pomposas de la guerra revolucionaria, se escondía la gran crisis de una organización muy debilitada. Ya desde fines de 1976, distintos funcionarios del PRN como el ministro del Interior, Albano Harguindeguy, o los comandantes del Segundo y Tercer Cuerpo del Ejército, Ramón G. Díaz Bessone y Luciano Benjamín Menéndez, habían declarado a la prensa local el “éxito final sobre los subversivos”. Esos anuncios, paradójicamente, implicaban para la dictadura erosionar su principal fuente de legitimidad ante la sociedad: la “lucha contra la subversión”.⁶

Para la conducción, la necesidad de la Contraofensiva se justificaba en dos razones principales: por un lado, los conflictos internos del PRN, que Montoneros quería profundizar a partir de acciones dirigidas contra su centro de poder: “No existe posibilidad de derrotar totalmente a la dictadura [...]. Por más desgastados y empantanados que se encuentren, no se van a caer solos [...]. Ahora que los hemos frenado y desgastado, los tenemos que atacar para empujarlos al abismo”.⁷ El otro motivo que justificaba el “empujón al abismo de la dictadura” se relacionaba con la acción de los trabajadores. Los dirigentes montoneros preveían que crecería el descontento de la clase obrera para 1979 y buscaban administrarlo: el éxito de la etapa que se abría dependía de la organización, que se autopercibía como vanguardia del conjunto del “pueblo”. Si la consigna de la Resistencia había sido “Resistir es vencer”, el eslogan partidario de la Contraofensiva aludía directamente al vínculo entre Montoneros y los trabajadores: “Conquistar el poder sindical es vencer”.⁸

El movimiento de contraofensiva aludía a un estadio social marcado por el decrecimiento de la represión estatal, producto de las diferencias internas entre los funcionarios del gobierno. Al interior del PRN, había tres grandes tendencias: la “fracción ‘dura’”, compuesta por los generales de Cuerpo, los llamados “señores de la guerra”, que querían continuar con la represión hasta sus últimas consecuencias (Carlos G. Suárez Mason, Ramón G. Díaz Bessone y Luciano B. Menéndez, entre otros); la “moderada”, conformada por los funcionarios con más poder (Jorge Rafael Videla, Albano Harguindeguy, Leopoldo Galtieri y también Alfredo Martínez de Hoz), y la “politicista”, en las antípodas de la “dura”: más pragmática y con mayor voluntad de acuerdo con sectores civiles (Roberto Viola, Horacio Liendo y Reynaldo Bignone, entre otros).⁹ El diagnóstico montonero se asentaba en algunas tensiones que también han sido destacadas por la literatura especializada sobre la dictadura. En particular, la crisis interna que derivó en la reelección de Videla como presidente hasta 1981 —en una ardua negociación con la Junta Militar y la cúpula de la Armada— que implicó, también, su dimisión simultánea como comandante en jefe del Ejército en favor de Viola.¹⁰ La posibilidad cierta de una guerra con Chile por un conflicto limítrofe en torno al canal de Beagle, resuelto a principios de 1979 a través de la mediación papal, desnudó las falencias institucionales del PRN, que dificultaban la constitución de consensos básicos para la gestión gubernamental.¹¹ Hay acuerdo entre los especialistas acerca de que, a partir del final de la primera presidencia de Videla, el régimen perdió algunos de sus apoyos iniciales. Desde el segundo semestre de 1978, había comenzado la erosión de la legitimidad dictatorial y también el “fin del silencio”, ya que

empezaron a producirse pronunciamientos públicos de partidos y asociaciones en contra de algunos lineamientos del PRN, como la política económica.¹² Sobre la “lucha contra la subversión”, en cambio, no había cuestionamientos.¹³

Los dirigentes montoneros vinculaban el pronóstico de crecimiento de la acción sindical para 1979 con las consecuencias que traería la aplicación de la nueva política económica de Martínez de Hoz, que se había anunciado en los últimos días de 1978. El plan de ajuste reduciría los aranceles a la importación y fijaría, mediante la vigencia de la denominada “tablita”, las variaciones en el tipo de cambio para combatir la espiral inflacionaria. En este esquema, los salarios no serían prioridad, como lo evidenciaría la nueva ley de Asociaciones Profesionales, que entraría en vigencia en septiembre de 1979. Esta normativa establecería la negociación por empresas y eliminaría las instancias colectivas que, no obstante, se habían interrumpido desde la intervención militar.

Al interior de Montoneros había discrepancias sobre la definición de la Contraofensiva. ¿Era una operación netamente montonera o un estadio social más general? Mientras algunas y algunos militantes pensaban que la contraofensiva era de los trabajadores y que Montoneros podría, en el mejor de los casos, dirigirla y aumentar sus posibilidades de éxito, otros se creían los responsables de convocar a la protesta a los sectores hasta el momento más inactivos.¹⁴ Aquí el rol atribuido a la organización era, sin dudas, mayor: no solo debía conducir la lucha de los trabajadores, sino también generarla. La tensión se expresaría en un debate interno: ¿podía Montoneros producir la Contraofensiva o solamente acompañar una generada por la clase trabajadora y los demás grupos opositores a la dictadura?

La flamante estrategia era, al mismo tiempo, política, militar y propagandística y se apoyaba en las y los militantes que se encontraban en el exterior del país. Para delimitar el accionar militar y de propaganda, la organización constituyó dos grupos específicos, dependientes del Ejército Montonero. Las Tropas Especiales de Agitación (TEA), a cargo de Mendizábal, número cuatro en la orgánica montonera, tendrían la misión de realizar interferencias televisivas en apoyo de los conflictos sindicales previstos. Las Tropas Especiales de Infantería (TEI), al mando de Raúl Yäger,¹⁵ el número tres, se encargarían de los atentados militares contra los funcionarios económicos del PRN. Como había sucedido a inicios de la década de 1970 durante la dictadura previa, las estimaciones más optimistas al interior de la organización creían que las acciones de su ejército podían alentar un nuevo “engorde” que le permitiera recobrar legitimidad social y conducir un

movimiento armado abiertamente opositor contra el régimen.

Con la Contraofensiva, Montoneros buscaba eludir la censura mediática que había condenado al anonimato la mayoría de las operaciones que había realizado en el país en los dos años previos y contrarrestar las declaraciones de los funcionarios del PRN que daban por hecho su aniquilamiento. La Contraofensiva debía devolver a Montoneros “a la primera página de los diarios”.¹⁶ Para lograr ese resultado, las y los militantes de las TEA usarían el dispositivo de Radio Liberación TV (RLTV) fabricado por la organización.¹⁷ Era un aparato de interferencia que se conectaba a una antena portátil e intervenía la señal de los canales de televisión, permitiendo que la programación habitual fuera interrumpida y remplazada por un fondo negro de donde brotaba la voz de Hugo del Carril entonando la marcha peronista. La transmisión se completaba con un mensaje de Firmenich anunciando la presencia de Montoneros en el país y su decisión de conducir la Contraofensiva.

La organización quería quebrar la unidad de acción del PRN. Su diagnóstico había ubicado las políticas económicas como el punto de discordia entre los elencos castrenses y, también, como la razón de mayor impopularidad del régimen frente a la sociedad. Concluían que golpeando dicho punto podían fracturar la unidad de la dictadura y forzarla, en sus categorías, a una “retirada desordenada”.¹⁸ Las TEI, complemento de las TEA, realizarían los atentados militares sobre el equipo económico de Martínez de Hoz. En los últimos meses de 1979, los tres grupos TEI operaron militarmente contra Juan Alemann, secretario de Hacienda, Guillermo W. Klein, secretario de Estado de Programación y Coordinación Económica, y Francisco Soldati, presidente del Banco Argentino de Crédito. La organización asesinó a este último; Alemann y Klein sobrevivieron.

La Contraofensiva se propuso trascender las acciones militares y de propaganda. Por este motivo, regresaron también varias y varios dirigentes para la conformación de las ramas del Movimiento Peronista Montonero (MPM) en el país, con el objetivo de coordinar medidas sindicales o restablecer los contactos políticos con otros actores. Volvieron a Argentina Armando Croatto y Gonzalo Chaves, de la Rama Sindical, Guillermo Amarilla y Manuel Pedreira, de la Rama Juvenil, Bernardo Daniel Tolchinsky, de la Rama Política, Adriana Lesgart y María Antonia Berger, de la Rama Femenina, y los miembros de la conducción Mendizábal, Yäger, Campiglia y Pereira Rossi.

Las y los militantes exiliados ingresaron al país en dos oleadas: la primera, a lo largo de 1979, y la segunda, decidida a fines de ese año e iniciada en febrero de 1980. Su reclutamiento y entrenamiento había comenzado en los últimos meses de 1978 y se prolongó hasta abril del año siguiente, si bien la idea de la organización era que todas y todos los montoneros exiliados realizaran esta instrucción.¹⁹ La estrategia había sido planificada en tres fases, pudiendo alcanzar cinco en caso de que los resultados fueran favorables: I) Concentración, II) Aproximación, III) Ataque, IV) Consolidación, V) Explotación.²⁰ En la fase de concentración, Montoneros debía aglutinar todos los recursos, humanos y materiales, con que contaba en el extranjero y reorganizarlos para su acción en Argentina. La convocatoria y la preparación de los participantes fueron la tarea más importante de esa etapa, que incluyó también “Fabricación de RLTV y documentos, compra de armamento y equipos electrónicos y abastecimientos por solidaridad internacional”.²¹ La segunda fase, de aproximación, refería al proceso de llegada y asentamiento en el país de los militantes que provenían del extranjero. Luego, sobrevendría el ataque en el caso de las estructuras militares. Las secciones de propaganda, por su parte, debían efectuar interferencias desde abril hasta fines de año para acompañar las acciones de las TEI. Las últimas dos etapas, en potencia, serían planificadas una vez que tomaran forma los acontecimientos de la Contraofensiva. Se orientarían al mantenimiento de los resultados, en caso de ser favorables, y al ingreso de la conducción al país.

La jefatura montonera justificaba las transformaciones que había introducido en la organización en el cambio de estrategia: “Las estructuras vigentes hasta ese momento, aptas para conducir la resistencia, debían ser adecuadas para conducir un movimiento de carácter ofensivo”, y por eso planteaban “la necesaria concentración del mando del conjunto de las fuerzas en operaciones en un solo punto”.²² Ese punto era el Partido, controlado por Firmenich y el resto de la conducción, que a su vez se ampliaba de cuatro a seis miembros, con la incorporación de Fernando Vaca Narvaja y Horacio Campiglia. Exceptuando a Firmenich, primer secretario, los miembros de la conducción quedaron a cargo de las distintas secretarías: Perdía, como jefe de la Secretaría Política; Yäger dirigiría la Secretaría Militar, a cargo de las TEI; Mendizábal, jefe de las TEA, se responsabilizaba por la Secretaría de Agitación, Propaganda y Adoctrinamiento; las recientes incorporaciones, Vaca Narvaja y Campiglia, quedaban al frente de las secretarías de Relaciones Exteriores y Auxiliar de Comando, respectivamente.²³ De acuerdo con las modificaciones propuestas, la Contraofensiva era la circunstancia idónea para que los dirigentes montoneros continuaran con el disciplinamiento y la centralización de la trama política que

las y los militantes habían conformado en el exterior del país.

Los servicios de inteligencia de la dictadura estuvieron al tanto del inicio de la Contraofensiva. Si bien sus informes tienen una intención política concreta, la de medir el peligro que Montoneros representaba para el PRN, y no constituyen descripciones imparciales, a la vez son una mirada externa y contemporánea al proceso. La existencia de estos partes de inteligencia ilumina las dinámicas más íntimas del terrorismo de Estado. La reconstrucción minuciosa que el personal militar hizo de las actividades y proyectos de Montoneros evidencia la infiltración de la organización y desnuda uno de los resortes fundamentales del dispositivo represivo estatal: las torturas a las y los militantes secuestrados para obtener información.

Para las FFAA, la Contraofensiva se explicaba por la crisis interna de Montoneros, producto de años de represión y exilio, y obedecía al intento centralizador de la conducción ante el surgimiento de desacuerdos al interior de la dirigencia: “Al plantearse la iniciación de la ‘maniobra’ de la ‘contraofensiva’ [...] la propuesta fue muy resistida [...] por quienes coincidentes con el sector ‘movimientista’ estimaban que no era el momento propicio del ingreso al país de ‘cuadros de relevancia’, sin contar antes con apoyo político-gremial en el país”. Los productores del informe reconocían tres tendencias entre los dirigentes de Montoneros. La primera era la “Partidista”: “Pretende conducir a la totalidad de la BDT [banda de delincuentes terroristas]”; el segundo grupo era definido como “Militarista”: “Intenta continuar con la lucha armada para lograr objetivos políticos”. La tercera tendencia era la “Movimientista”, que “trata de encausar [sic] el accionar de la BDT en lo puramente político, con aspiración a integrar un frente peronista excluyendo todo lo que sea enfrentamiento armado”. Firmenich y Perdía eran ubicados en la tendencia partidista; Mendizábal, en la militarista, y Bidegain y Obregón Cano, en la movimientista. La Contraofensiva era la escenografía sobre la cual se desplegaban los descontentos: “Hasta el presente el sector ‘partidista’, liderado por [tachado en el original, se deduce que es Firmenich] ha neutralizado a los otros dos; para ello produjo la reestructuración interna de Oct 78”.²⁴

Es posible que, además del intento de disciplinamiento por parte de la cúpula, incidieran otras creencias, tanto en los dirigentes como en las y los militantes que participaron, como la posibilidad de oponerse de un modo efectivo a la dictadura. Las fuentes disponibles no permiten concluir que el inicio de la Contraofensiva respondiera exclusivamente a la voluntad centralizadora de la

conducción, pero sin dudas es un elemento relevante que hay que considerar, dados los descontentos que desde 1974 habían atravesado la organización y que afectaban la representatividad de la cúpula partidaria.

LOS DESACUERDOS ENCUBIERTOS: LA DIRIGENCIA MONTONERA Y EL INICIO DE LA CONTRAOFENSIVA

Además de los miembros de la conducción, entre los convocados a la reunión del comité que decidió la Contraofensiva estuvieron presentes los oficiales mejor evaluados internamente, varios con representación en el Consejo Superior del MPM. Hacía pocos meses que la jefatura montonera se había trasladado de Ciudad de México a La Habana luego de la Operación México que había intentado asesinarla. En la isla caribeña, al amparo de la Revolución Cubana, gozó de mayor seguridad. La reunión partidaria aprobó por unanimidad el comienzo de la Contraofensiva. Eso no quiere decir, sin embargo, que todos los dirigentes estuvieran igualmente de acuerdo con su realización. Las fuentes consultadas y las memorias sobre aquel suceso plantean un parecer mucho más contradictorio entre los dirigentes que el que sugiere el resultado de la votación.

Jorge Lewinger, Manuel Pedreira y Elvio Alberione²⁵ participaron de la reunión del comité. Lewinger y Alberione eran oficiales mayores, y Pedreira, también oficial, formaba parte del Consejo Superior del MPM. Los tres dan cuenta de las diferencias que hubo en el seno de la dirigencia y las dificultades para expresarlas. Por ejemplo, Lewinger recuerda: “Tengo la sensación de que si había desacuerdos eran encubiertos. Porque muchos de los que habíamos vuelto al país teníamos esta sensación de que estábamos acelerando tiempos que no existían”.²⁶ Perdía también sostiene que no hubo críticas abiertas: “Yo creo que hubo ideas políticas no explicitadas sobre lo que podía pasar”.²⁷ Evidentemente, las inquietudes de algunos de los dirigentes no podían expresarse con naturalidad, frente a la argumentación de la conducción, y ante la posibilidad de ser tildados como derrotistas. La experiencia de Alberione también ilumina esta cuestión. En la visión de este dirigente, la Contraofensiva se sustentó en dos tipos de razones, que denomina “objetivas” y “subjetivas”. Las objetivas referían al proceso político y se concentraban en el “agotamiento de la ofensiva” del PRN, la reorganización del sindicalismo (con el surgimiento de la Comisión de los 25 que motorizaría la primera huelga general en contra de la dictadura en abril de 1979) y el éxito de la campaña internacional de denuncia potenciada por la política de derechos humanos de la administración de James Carter en Estados

Unidos: “Todas estas cosas venían avaladas por compañeros que estaban en el país, que periódicamente salían, y ya empezaban a recomponer su optimismo con la situación”.²⁸ Pero Alberione destaca, años después y a modo de autocrítica, que esa predisposición hizo que se vieran “cosas que después se mostró que no eran tan visibles”.²⁹ El inicio de la Contraofensiva, plantea, no obedeció meramente a cuestiones políticas, sino que se relacionó también con

el componente subjetivo de todos los compañeros que en el exterior se sentían ajenos. Nosotros nunca aceptamos como organización, por una política de no reconocerse como exiliados sino como asilados políticos y, por lo tanto, no haciendo nada por integrarnos a los países donde estábamos, sino tratando de seguir reconociéndonos como combatientes, si se quiere, de una organización que estaba transitoriamente afuera y esperando condiciones para volver.³⁰

Según Alberione, la ajenidad de las y los militantes en el exilio fue una razón contundente del inicio de la Contraofensiva. Las y los exiliados montoneros querían volver. Perdía también remarca esta cuestión: “De lo que se trataba era de la disposición que tenían los compañeros de volver en ese momento. En su gran mayoría se trataba de compañeros que habían militado antes y que habían salido del país. La práctica previa era muy desapareja: muchos habían estado presos unos cuantos años, pero la mayoría formaba parte del exilio”.³¹ La Contraofensiva, entonces, venía a cumplir este anhelo. Si, por un lado, en los documentos partidarios se justificaba la nueva estrategia por el contexto político que se vivía en Argentina, por el otro, el deseo de regreso de los militantes podía prescindir de aquellas consideraciones.

Al interior de la dirigencia, no todos consideraban que la Contraofensiva era un acierto. Antes de su regreso, Pedreira tuvo una reunión con Galimberti y su grupo. Galimberti era dirigente de la Rama Juvenil del MPM y fuerte crítico de la conducción: “Estaba ‘el Loco’ [Galimberti], ‘Yuyo’, ‘Pancho’ [Marcelo Langieri], el compañero de ‘la Cali’, que es [Patricia] Bullrich, y me dice: ‘Che, Manolo, ¿vos sabés lo que son las TEA?’. ‘Sí, las Tropas Especiales de Agitación.’ ‘No, las que usaban los romanos, es una cosa larga que se prende fuego.’ Estos no estaban ni ahí con lo que estaba planteando la conducción”.³² Los desacuerdos de este grupo tomarían estado público a principios de 1979.

En la reunión, Alberione presentó algunas objeciones. Quizá sus expresiones fueron parte de los “desacuerdos encubiertos” que recuerda Lewinger. Pero como no había vuelto al país y se desempeñaba en Panamá, “era el más descolgado, con todas esas opiniones e informes directos desde Argentina”.³³ Desde los parámetros de la cultura política montonera, para hablar de la situación del país con propiedad había que haberla vivido. Alberione presentó sus dudas basadas “en el fuerte subjetivismo que había visto cada vez que viajaba a algún país y [se] encontraba con los argentinos con una disconformidad con seguir viviendo afuera [...] y queriendo de alguna manera volver, pero organizadamente”.³⁴ Si la incomodidad del exilio y las ansias del regreso eran motivos centrales, no eran los únicos: también había “tendencias más militaristas [...] que [veían] condiciones para, habiendo ya contradicciones [...] dentro del poder militar, poder operar sobre esas contradicciones y de esa manera empezar a equilibrar fuerzas y radicarse”.³⁵

La jefatura montonera buscó resolver estas inquietudes. Lewinger recuerda que “hubo toda una cosa de la conducción de poder mostrar más específicamente cómo se estaban agudizando las contradicciones con la dictadura” y, luego de su intervención, “todo el mundo terminó aceptando la idea. Y si había debates, eran debates tácticos, menores”.³⁶ Terminar aceptando una idea no es igual a estar convencido con ella. El hecho de que muchos dirigentes prestaran conformidad con un proyecto en el que, quizá, no confiaban plenamente da cuenta del disciplinamiento que ejercía la conducción y de la voluntad de aquellos de seguir formando parte de la organización. Ese disciplinamiento también es recordado por Gregorio Levenson, tesorero del MPM y participante de la reunión que la conducción mantuvo, un mes después de la del comité, con el Consejo Superior del MPM:

La organización en el exterior estaba en plena efervescencia. La idea de lanzar una contraofensiva ya había sido interesantemente promocionada en todos los países en los que se encontraban refugiados argentinos. A pesar de ello en la estructura partidaria se empezaron a oír voces divergentes, entre las que se encontraba la mía, que eran contrarrestadas con informes triunfalistas que inventaban algunos incondicionales que volvían de la Argentina. Para darle visos de mayor seriedad a la iniciativa, la conducción partidaria preparó durante el mes de noviembre de 1978 una reunión de la conducción nacional del Movimiento Peronista Montonero, de la cual yo era miembro. Se realizó en

Italia. Fue esta la primera oportunidad en la que afloraron con fuerza las divergencias de varios de sus miembros, que al final resultaron aplacadas por la dureza de la argumentación de la conducción nacional. El resultado fue la aprobación por unanimidad.³⁷

Miguel Bonasso también participó de esa reunión y, si bien no recuerda “las divergencias que afloraron con fuerza” marcadas por Levenson, sostiene que “nadie planteó ninguna alternativa. Hablaron todos los consejeros analizando las líneas políticas generales del Plan de Contraofensiva, de cuyos posibles ingredientes militares la conducción no dijo una sola palabra. Se pasó a votar, y el proyecto fue aprobado por unanimidad”.³⁸ Bonasso destaca la renuencia del resto de los dirigentes, incluida, quizás, la suya propia, a preguntar en detalle acerca de los lineamientos de la nueva estrategia. La persistencia en los métodos militares, más allá del ocultamiento que Bonasso imputa a la conducción, era consistente con el accionar que los escasos núcleos de militantes que quedaban en Argentina habían mantenido durante ese año y con la campaña montada a propósito del Mundial. Desde marzo de 1978, además, la cúpula montonera había reglamentado el uso de uniformes y grados militares para el ejército y las milicias de la organización.³⁹ En abril, junio y agosto, por ejemplo, pelotones dispersos del Ejército Montonero habían asesinado a Miguel Padilla, subsecretario de Coordinación Económica del Ministerio de Economía, y habían colocado bombas frente a los domicilios de Juan Alemann, funcionario del mismo ministerio, y Armando Lambruschini, futuro remplazante de Eduardo Massera como comandante en jefe de la Armada.⁴⁰

La imposición de la conducción hacía al funcionamiento interno de Montoneros, cuyo partido leninista se regía por el “centralismo democrático”, y fue aceptada por las y los militantes que permanecieron en la organización, como se expresa notablemente en el caso de Alberione. Recordemos que en la reunión del Comité Central este dirigente había planteado algunas inquietudes sobre la Contraofensiva que, según su testimonio, no fueron escuchadas: Alberione no visitaba el país desde su exilio de 1977, a diferencia de los “incondicionales que volvían de Argentina con informes triunfalistas” que recuerda Levenson. Por eso mismo, sus planteos fueron interpretados por sus compañeros como un “acto de mezquindad”, puesto que tampoco tenía la obligación de ingresar a Argentina.⁴¹ Como dirigente de la organización, Alberione aceptó el inicio de la Contraofensiva y se dedicó a visitar a otros militantes exiliados en distintas

ciudades para incorporarlos a la estrategia. Durante esta actividad, los desacuerdos con la conducción fueron más explícitos: “Lo que no me calzaba de ninguna manera era aplicar el concepto de leva [...], planteando en términos de una obligatoriedad ética o moral incorporarse a los que estaban afuera y tenían una relación orgánica”.⁴² Alberione visitó Bolivia, Perú, Venezuela, Panamá y Canadá transmitiendo las resoluciones de la reunión de octubre de 1978. La negativa a hacerlo hubiera implicado forzosamente la disidencia o la expulsión, como sucedió poco tiempo después con Galimberti y Gelman. Alberione permaneció. Según otro militante, lo hizo porque “quería hacer una carrera política en la ‘orga’ [Montoneros]”.⁴³ Luego fue acusado por la conducción, sobre la base de su supuesta flexibilidad en el enrolamiento, de boicot a la Contraofensiva y obligado a regresar al país, “tal vez para probar el compromiso con la organización”.⁴⁴ En las categorías montoneras, de raigambre marxista, las ideas correctas surgían de la práctica, y la práctica que valía era la que se hacía en el territorio argentino, combatiendo al PRN. Así se expresaba, también, la lealtad militante. Pero, como surge del testimonio de Alberione, la orden de ingreso al país podía ser también un modo de castigar o disciplinar a quienes no se plegaban a las resoluciones de la conducción. Finalmente, Alberione ingresó a Argentina a mediados de 1979 y se asentó en el sur del conurbano bonaerense como “responsable del área política”,⁴⁵ donde hasta 1977 había sido jefe de Columna.

Puede observarse una actitud ambivalente entre los dirigentes de la organización con respecto a la Contraofensiva. Pedreira, Lewinger, Alberione, Levenson y Bonasso explicitan tanto las incertidumbres con las que recibieron el cambio estratégico como la disposición del grueso de los dirigentes a acatarlo sin mayores críticas. No obstante, esas incertidumbres también pueden obedecer a reelaboraciones posteriores, para deslindarse de los trágicos resultados de la estrategia. Algo queda claro: más allá de la unanimidad con la que las estructuras dirigentes de Montoneros aprobaron la Contraofensiva, hubo también reparos sobre la pertinencia de su inicio y desarrollo. Las reacciones fueron diversas. Lewinger y Alberione se desempeñaron como reclutadores. Pedreira, por su parte, se desvinculó de la organización, pero durante el período de la Contraofensiva continuó militando en San Antonio de Padua, barrio de la provincia de Buenos Aires en el que se había instalado con su familia. Volvió a salir del país rumbo a México en 1980.⁴⁶ Levenson y Bonasso permanecieron también en Montoneros, pero se integraron, luego de la Contraofensiva de 1979, a la última disidencia de la organización.

En la decisión de iniciar la Contraofensiva, se solaparon razones explícitamente políticas, que subrayaban las posibilidades que tenía Montoneros de liderar una guerra revolucionaria contra la dictadura, con factores de índole emotivo, como la incomodidad del exilio y las ganas de volver al país o de honrar el recuerdo de las y los militantes desaparecidos. En la práctica, se dieron en conjunto: hay en esa emotividad rasgos de una determinada cultura política, al igual que existen en esas decisiones políticas coordinadas emotivas precisas. La militancia en Montoneros supo fusionar lo público y lo privado, la moral y la política. Las decisiones de los militantes se inscribieron y se procesaron en esa dinámica. La distinción entre política y emoción, entonces, tiene validez en el análisis, porque permite observar la variedad de justificaciones que explican la participación de los militantes en el regreso, pero no son, para nada, opuestos excluyentes.

Las dudas sobre la Contraofensiva no fueron solo de las y los militantes que estaban en los distintos destinos del exilio; al contrario, entre los montoneros de mayor jerarquía, y responsables de su lanzamiento, también existieron. Seguramente, quienes tuvieron mayores deseos de volver fueron más optimistas sobre las posibilidades de Montoneros en el contexto argentino o ni siquiera precisaron de esas perspectivas para sumarse: hubo militantes con escaso nivel de responsabilidad que no sintieron necesidad alguna de leer los balances políticos de la organización para incorporarse al retorno.⁴⁷ Esa tensión, que explica el inicio de la Contraofensiva, también puede ayudar a pensar la participación del resto de los militantes en ella.

ENTRE LA RAZÓN Y EL CORAZÓN: LA PARTICIPACIÓN DE LAS Y LOS MILITANTES QUE NO DECIDIERON LA CONTRAOFENSIVA

Adolfo Bergerot nació en Mercedes a mitad de la década de 1950. Comenzó su militancia orgánica en La Plata en 1972, inmediatamente después de haberse mudado para cursar los estudios de medicina en la universidad pública. Ligado en sus años adolescentes a la Juventud Revolucionaria Cristiana (JRC), realizó, una vez en la ciudad universitaria, el mismo recorrido que Pedreira: primero, fue militante del Frente Universitario para la Revolución Nacional (FURN) y, luego de la fusión con el Frente de Agrupaciones Eva Perón (FAEP), de la Juventud Universitaria Peronista (JUP), donde realizaba las llamadas tareas de “hostigamiento y agitación”: pintadas, cortes de calle, repartos de volantes, entre las más frecuentes.⁴⁸

Menos de dos meses después del golpe de Estado, la mañana del 17 de mayo de 1976, fue secuestrado en la plaza Moreno de La Plata cuando iba a trabajar a los tribunales, un día más tarde de un resonante operativo de propaganda realizado durante un partido de fútbol entre Estudiantes de La Plata y Huracán. Si bien Bergerot, responsable logístico de la operación, no había sido apresado en la cancha puesto que se encontraba con su madre y su padre en Mercedes, al día siguiente fue detenido en la cita de control con el grupo que había realizado la acción. Luego de siete meses de detención ilegal durante los cuales fue torturado, recibió la legalización en diciembre de 1976 pasando a estar a disposición del PEN y accedió al derecho a opción para salir del país un año después con la aprobación de Montoneros, que le había recomendado tramitar la posibilidad de su partida.⁴⁹ Llegó a España en junio de 1977. En Madrid, se acercó a los grupos de la JP y realizó varias acciones políticas sin estar incorporado orgánicamente. A diferencia de otros casos, Bergerot salió convencido de Argentina debido a la gran represión dictatorial, y sin tener en claro la posibilidad de su vuelta: “Quería salir de la cárcel, quería salir del terror”.⁵⁰

Su visión del exilio dista mucho de la experiencia incómoda descrita por Alberione: “Mientras estuve en España y estuve laburando, me integré mucho: o sea, fui un español, muy rápido”.⁵¹ Además, Bergerot mantuvo lazos con los

argentinos que se encontraban, instalados o de paso, en Madrid. Con ellos motorizó campañas de denuncia contra el PRN. Uno de sus compañeros más cercanos durante esta etapa fue Ricardo Zuker, hijo del reconocido actor Marcos y militante de la organización.⁵² En Madrid, Bergerot y Zuker se hicieron amigos. Bergerot vivía en las sierras de las afueras de Madrid y cuando iba a la capital se hospedaba en lo de Zuker: “La casa de ‘Marquitos’ [Zuker] era una casa montonera. Venía gente de afuera y paraba ahí. Estaba dentro de la estructura. Con lo cual, ahí empieza un acercamiento a partir de mi amistad con él”.⁵³

Fueron las redes informales, constituidas por el lazo con otros exiliados en ambientes comunes de sociabilidad, las que acercaron a Bergerot a las y los montoneros de Madrid. A partir de ese momento, se dio en él un “quiebre ideológico”: “No quería saber más nada con la vida en el exilio, la vida en Europa, y me pesó mucho, mucho, mucho la situación de los compañeros caídos y presos. Eso fue decisivo”.⁵⁴ Bergerot se sumó a la Contraofensiva. Sentía culpa por haber sobrevivido y estaba decidido a purgarla regresando al país:

Fue una decisión de hacer algo con eso [la culpa], puntualmente por una compañera que yo quería mucho y que tuve toda la fantasía de encontrármela acá [Argentina]. Ella estaba acá, y yo me entero de que cae y ahí es cuando decido vincularme [...], fue un quiebre ideológico. A mí me iba muy bien en España [...]. Una postal fija el fotograma de la película y es que yo me entero de esta compañera, era un proceso que ya venía, pero en un momento dado, cuando me entero de que esta compañera cae, yo decido volver [...]. La mataron en la calle Belén en un tiroteo [...], la quería mucho, éramos amigos de la infancia en Mercedes.⁵⁵

En el proceso que lo acercó al montonerismo en Madrid y que culminó con su alistamiento para la Contraofensiva, Bergerot remarca el componente afectivo. Tanto la amistad con Zuker como el cariño por su compañera de la infancia se constituyeron en los dos pilares en los que se apoyó su decisión. Entre los motivos de su regreso, se encuentra relegado, en un principio, el balance estrictamente político. Aun frente a la “comodidad” de su exilio, en Bergerot primó el sentimiento de culpa por la suerte de sus compañeros presos y

desaparecidos y, sobre todo, el deseo de reencontrarse con su amiga de Mercedes, cuando todavía desconocía la suerte que había corrido. La continuidad de su militancia provino de la dimensión emotiva, que lo llevó a integrar la Contraofensiva para volver al país.

Esa dimensión emotiva también es central para explicar la incorporación de Cabezas al retorno organizado. Mientras estaba como clandestino en México, donde se desempeñaba como parte de la Secretaría de Prensa del MPM, Cabezas se enteró del secuestro de su madre, Thelma Jara: “Pedí volver lo antes posible. Yo quería volver, al margen del análisis que hacía Montoneros de la realidad argentina, y al principio me dijeron que no, que hacía falta allá. Volví en la segunda Contraofensiva. Yo quería estar acá [Argentina], ya no tenía sentido para mí estar en México. Había que actuar acá”.⁵⁶ Las lecturas políticas de la organización fueron secundarias en su deseo de vuelta.

También lo fueron para Cristina, quien se integró a la Contraofensiva en Madrid. Oriunda de Rosario, donde nació en 1957, cayó presa a sus 18 años en noviembre de 1975, mientras militaba en la UES. Luego de tres años en el penal de Villa Devoto en Buenos Aires, llegó opcionada a Madrid en noviembre de 1978 y en febrero del año siguiente se alistó en los contingentes que retornarían en la Contraofensiva. Durante 1979, integró el mismo grupo de las TEI que Bergerot. Apenas llegada a España, Cristina participó de varias reuniones con militantes montoneros exiliados en ese país. En esos encuentros, la continuidad de la militancia se interpretaba como un mandato ético sostenido en los “principios de la palabra dada y el compromiso que habíamos asumido al principio. Quedarse [en el exterior] significaba no ser más parte, no solamente de Montoneros, sino también de un proceso histórico”.⁵⁷ En los intercambios entre militantes, lo moral y lo político constituían dos caras de una misma moneda. Cristina recuerda que numerosos exiliados y exiliadas prefirieron no volver: “Muchos compañeros dijeron: ‘Yo no, no me da el cuero’, ‘no estoy convencido’, ‘no me parece que el análisis que se hace sea correcto’. Bueno, no estuvieron de acuerdo, entonces ahí hubo libertad de elegir volver o no”.⁵⁸ El ambiente de esas reuniones, sin embargo, no fue tan respetuoso. Allí, quienes se sumaron al retorno usaban todos los argumentos para convocar a quienes aún no estaban convencidos. Cristina participó de esos encuentros con Manuel, a quien había conocido recién llegada a Madrid. Ambos preguntaron por la posibilidad de volver:

Entonces un compañero dijo, señalándonos: “Ellos son los mejores compañeros”, y entonces otro saltó y dijo: “¿Por qué ellos son los mejores compañeros y nosotros no? Estamos todos en el exilio”. “Porque ellos recién salieron de la cárcel y ya están pensando en volver y ustedes se exiliaron por la propia.” Estableció una diferencia en la que interpelaba desde ese lugar, desde el compromiso, la ética, la palabra dada. Uno se podía sentir importante y el otro decía: “No, pará, yo también quiero ser el mejor compañero”. “Entonces volvé.” ¿Me entendés? O sea, esos juegos se daban. Que comúnmente se lo podría llamar “una psicopateada”. Yo creo que en ese momento, y lo que éramos nosotros en los setenta, formaba parte de hacer política, de las formas de hacer política y hoy sería una psicopateada, pero en aquel momento no.⁵⁹

La cultura política montonera apelaba a estas distinciones entre las y los militantes de acuerdo con el nivel de compromiso y convicción que manifestaran. Algo similar había sucedido entre los dirigentes que votaron el inicio de la Contraofensiva. Esa suerte de manipulación, en todo caso, no sucedía únicamente con los militantes de menor jerarquía. En el imaginario de la organización, la dimensión colectiva era un valor por el que valía la pena el sacrificio, puntal de la militancia revolucionaria.⁶⁰ No había una demarcación entre público y privado. Lo que en aquel momento era la norma, la actividad grupal, el “jugarse” la vida por los ideales, se resumía en la aceptación del retorno en el marco de la Contraofensiva. Más allá de que no mediara obligación formal para el regreso, cualquier otra respuesta era juzgada como una opción individualista.

Juan Gasparini⁶¹ es muy crítico al respecto. Atribuye directamente una manipulación consciente de parte de la dirigencia de la organización para lograr la incorporación de las y los militantes: “Escudándose en un discurso falso en sus presupuestos sobre lo que ocurría en el país y acerca de las posibilidades de incidir positivamente, y aprovechándose de la irresolución de las crisis personales de quienes no soportaban el destierro, reclutaron militantes en la colonia exiliar enviando a la muerte a varias centenas de compatriotas”.⁶² Su mirada desestima la decisión de los militantes de integrar la Contraofensiva y homologa la estrategia de retorno, lisa y llanamente, con la muerte. Deja de lado que la voluntad de imposición de la conducción convivió, no siempre armónicamente, con la decisión de los militantes.

Finalmente, durante el proceso de reuniones en Madrid, Cristina decidió sumarse a la Contraofensiva. No lo hizo por los balances políticos que comunicaba la conducción:

Recién descubría la libertad y una ciudad que no era mía y lo conocí a Manuel apenas pisé Barajas. Me enamoré profundamente de Manuel. Y realmente, te soy sincera, yo no pensaba volver [...]. Pero Manuel sí volvió. Aprovechó que yo me había ido unos días a Nerja [...] y bueno, cuando volví no estaba más. Eso me hizo muy mal. [...]. Este sacudón que me hizo dar Manuel también me hizo replantear dónde estaba yo y qué es lo que quería hacer y si era válido volver [...]. Pensé “yo tengo que volver” porque si no yo dejaba de ser yo [...]. Ya no iba a ser más una militante, no iba a tener más derecho a cuestionar, a hablar, pensar. Yo había aprendido, tanto en la poca militancia que tuve en la UES como los tres años que estuve en “cana”, que cuando uno cuestiona, lo tiene que cuestionar desde adentro, porque desde afuera es muy fácil. [...]. Obviamente que planteé estar en el mismo grupo que Manuel. Lo llamé a un compañero, le dije que me integraba y me enganché en el último viaje.⁶³

La incorporación de Manuel a la Contraofensiva fue el acontecimiento que decidió a Cristina a alistarse. En ese proceso, se replanteó su lugar en el extranjero y asumió el discurso militante de la organización. Para discutir, había que estar adentro y, para estar adentro, había que volver al país. Al igual que ella, Manuel también decidió su incorporación atravesado por motivos afectivos. Según el recuerdo de Cristina, “además de haber vuelto porque también se sentía parte de la ‘orga’ [Montoneros], porque el exilio no era su lugar, él quería volver a ver a la que había sido su compañera [...]. Él necesitaba saldar esa relación, porque a él le dan la opción y a ella le dan la libertad. Entonces él sentía que si formaba pareja conmigo la estaba traicionando”.⁶⁴ La continuidad de la militancia contra el PRN se entrelazaba densamente con las necesidades afectivas de las y los militantes que estaban en el exilio.

Sin embargo, no todos los exiliados habilitaron un discurso militante a partir de consideraciones afectivas. Hay quienes lo hicieron sobre la base de razones eminentemente políticas, lo que da la pauta de la diversidad del proceso y, también, de su recuerdo. Ricardo Rubio es uno de estos militantes. Luego de una

experiencia como refugiado en Suecia durante 1978, a donde había llegado con su pareja, Marina Siri, y los hijos que tenían en común, volvió al país en uno de los grupos de propaganda de 1979: las TEA-Sur. Rubio había integrado, antes de su exilio, la Regional Columna Sur:

La campaña internacional fue muy buena. Muy buena. La relación con los gobiernos, con los sindicatos, la expansión territorial del conocimiento de la dictadura está como oculto. Esa política en el local de México [Casa Montonera] fue muy importante. Yo no lo viví tanto porque estaba en Suecia, pero cada vez que pasaba por México lo veía. Yo estaba convencido de que habíamos hecho un buen trabajo, pero me era insuficiente la información que me venía del territorio. Por más que cuando viajé a México me contaron algunas cosas [...]. Para hacer política, tenía que volver al país. [...] Tenía que patear el territorio, tenía que irme a la villa, tenía que irme al barrio que fue mi vida en política.⁶⁵

Rubio pensaba que, pese a los efectos positivos de las actividades de solidaridad y denuncia, la política que se podía hacer desde el extranjero tenía topes concretos. La estrategia internacional de Montoneros aparecía como secundaria en comparación con la que pudieran mantener en Argentina. La política, para él, como para la conducción y para otros militantes de la organización, debía hacerse en el país. La Contraofensiva venía a confirmar esta percepción. Luego de la reunión que delimitó su inicio, los dirigentes de Montoneros comenzaron con la convocatoria y el entrenamiento a las y los militantes que desearan volver.

¹ Roberto Baschetti, [Documentos 76/77. Golpe militar y resistencia popular, La Plata, De la Campana, 2001, pp. 139-150.](#)

² Sobre el “consenso antisubversivo”, véase Paula Canelo, [El proceso en su laberinto. La interna militar de Videla a Bignone, Buenos Aires, Prometeo, 2008, pp. 42 y 43. Para la autora, implica el “pacto de sangre” de los perpetradores del terrorismo de Estado en torno a la “masacre represiva”. En este esquema, la “lucha antisubversiva” se constituyó en el principal recurso cohesivo y de legitimación del PRN.](#)

³ [Mao Tse-Tung, Problemas estratégicos de la guerra revolucionaria de China \[1936\], en Obras escogidas de Mao Tse-Tung, Pekín, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1968, t. I, pp. 230-260, disponible en línea: <<https://www.marxists.org>>.](#)

⁴ [Roberto Baschetti, op. cit., p. 151.](#)

⁵ [“Boletín interno N° 8”, citado en Mariano Pacheco, Montoneros silvestres \(1976-1983\). Historias de resistencia a la dictadura en el sur del conurbano, Buenos Aires, Planeta, 2014, p. 302.](#)

⁶ [Paula Canelo, op. cit., pp. 50 y 51.](#)

⁷ [Evita Montonera, núm. 23, enero de 1979, p. 8.](#)

⁸ [Evita Montonera, núm. 24, mayo de 1979, p. 6.](#)

⁹ [Paula Canelo, La política secreta de la última dictadura argentina \(1976-1983\), Buenos Aires, Edhasa, 2016, pp. 50-52.](#)

¹⁰ [Hugo Quiroga, El tiempo del “Proceso”. Conflictos y coincidencias entre políticos y militares 1976-1983, Rosario, HomoSapiens, 2004, pp. 147-153.](#)

¹¹ [Con respecto al conflicto con Chile, véase Marcos Novaro y Vicente Palermo, La dictadura militar 1976-1983. Del golpe de Estado a la restauración democrática, Buenos Aires, Paidós, 2003, pp. 247-260. Sobre el “inmovilismo” resultante de la ingeniería institucional del PRN, véase Paula Canelo, La política..., op. cit.](#)

¹² [Hugo Quiroga, op. cit., pp. 136-140 y 164.](#)

¹³ [Marina Franco, El final del silencio. Dictadura, sociedad y derechos humanos en la transición, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2018.](#)

¹⁴ [“Boletín interno N° 9”, mayo de 1979, p. 2.](#)

¹⁵ [Yäger fue uno de los fundadores del Ateneo Santa Fe, que confluyó a principios de la década de 1970 en Montoneros. Fue miembro de la conducción y secretario militar. En abril de 1983, fue asesinado en Córdoba, cuando intentaba rearmar la estructura de Montoneros dentro de Intransigencia y](#)

Movilización Peronista (elaboración propia sobre la base de la biografía realizada por Roberto Baschetti, disponible en línea: <<http://www.robertobaschetti.com>>).

¹⁶ “Boletín interno N° 13”, febrero de 1980, p. 6.

¹⁷ Partido Montonero, “Manual de RLTV”, 1978.

¹⁸ Evita Montonera, núm. 23, op. cit., p. 8.

¹⁹ Gustavo Molfino, entrevista con el autor, Ciudad Autónoma de Buenos Aires (CABA), 31 de octubre de 2016.

²⁰ “Boletín interno N° 12”, enero de 1980, p. 3.

²¹ Ibid., p. 2.

²² Evita Montonera, núm. 23, op. cit., p. 11.

²³ Ibid.

²⁴ Dirección de Inteligencia de la Policía de la Provincia de Buenos Aires, Mesa “D(s)”, Actualización de la BDT Montoneros, enero de 1980, p. 226.

²⁵ Seminarista cordobés que se incorporó en 1970 a Montoneros. Militó en Córdoba y desde el asesinato de Atilio López —vicegobernador de Córdoba depuesto junto con Obregón Cano— por la Triple A fue designado jefe de unidad en la Columna Sur, en Lomas de Zamora. Se exilió con su familia en 1977 obedeciendo órdenes de la organización, quedando como responsable en Panamá de la radio de onda corta que tenía Montoneros (elaboración propia a partir de Memoria Abierta, Testimonio de Elvio Alberione, Buenos Aires y Córdoba, 7 de junio y 4 de agosto de 2008 y 10 de diciembre de 2009).

²⁶ Jorge Lewinger, entrevista con el autor, CABA, 11 de junio de 2016.

²⁷ Roberto Perdía, entrevista con el autor, City Bell, provincia de Buenos Aires, 14 de diciembre de 2016.

²⁸ Memoria Abierta, op. cit.

²⁹ [Ibid.](#)

³⁰ [Ibid.](#)

³¹ [Cristina Zuker, El tren de la victoria. La saga de los Zuker \[2003\], Buenos Aires, Del Nuevo Extremo, 2010, p. 146.](#)

³² [Manuel Pedreira, entrevista con el autor, CABA, 31 de marzo de 2016.](#)

³³ [Memoria Abierta, op. cit.](#)

³⁴ [Ibid.](#)

³⁵ [Ibid.](#)

³⁶ [Jorge Lewinger, entrevista con el autor.](#)

³⁷ [Gregorio Levenson, De los bolcheviques a la gesta montonera. Memorias de nuestro siglo, Buenos Aires, Colihue, 2000, pp. 214 y 215.](#)

³⁸ [Miguel Bonasso, Lo que no dije en Recuerdo de la muerte, Buenos Aires, Sudamericana, 2014, p. 60.](#)

³⁹ [Montoneros, “Resolución N° 001/78”, en Juan Gasparini, Montoneros. Final de cuentas \[1988\], La Plata, De la Campana, 2008, pp. 261-266. Según Perdía, la adopción del uniforme obedeció a un requisito para que Montoneros se presentase como fuerza beligerante ante la Organización de las Naciones Unidas \(ONU\) y quedara sujeto a los Convenios de Ginebra que regulaban las formas de los conflictos armados \(entrevista con el autor\).](#)

⁴⁰ [Alemann y Lambruschini sobrevivieron a los atentados. En este último caso, resultó muerta la hija de 15 años del futuro almirante. Sobre los operativos de Montoneros durante el Mundial y el comunicado partidario de los tres atentados mencionados, véase Roberto Baschetti, Documentos 78/80. Del Mundial a la Contraofensiva, La Plata, De la Campana, 2014.](#)

⁴¹ [Memoria Abierta, op. cit.](#)

⁴² [Ibid.](#)

⁴³ Ernesto Jaureche, entrevista con el autor, La Plata, provincia de Buenos Aires, 17 de julio de 2017.

⁴⁴ Memoria Abierta, op. cit.

⁴⁵ Ibid.

⁴⁶ Manuel Pedreira, entrevista con el autor.

⁴⁷ Cristina, entrevista con el autor, Rosario, provincia de Santa Fe, 25 de abril de 2015.

⁴⁸ Adolfo Bergerot, entrevista con el autor, CABA, 18 de febrero de 2016.

⁴⁹ Ibid.

⁵⁰ Ibid.

⁵¹ Ibid.

⁵² Ricardo Zuker fue militante de la Unión de Estudiantes Secundarios (UES) y luego de la JUP. En 1977 fue apresado y, a través de los contactos de su padre, logró exiliarse en Brasil, primero, y en España, después. Volvió con la Contraofensiva como parte de un grupo de las TEI en 1979, se alistó para el segundo retorno y fue secuestrado el 29 de febrero de 1980. Continúa desaparecido.

⁵³ Adolfo Bergerot, entrevista con el autor.

⁵⁴ Ibid.

⁵⁵ Ibid. El tiroteo al que refiere Bergerot fue llevado a cabo por las FFAA y las fuerzas de seguridad el 11 de octubre de 1978 en la calle Belén 335, en Buenos Aires. Allí vivían Lucía Révora de De Pedro (amiga de Bergerot) y Carlos Fassano, y también estaba el hijo de Lucía, Eduardo, de 2 años de edad. Mientras este último fue apropiado por varios meses antes de ser devuelto a su familia, Révora de De Pedro y Fassano fueron conducidos luego del operativo — presumiblemente asesinados — al centro clandestino de detención (CCD) El Olimpo (Causa N° 19.580 “Incidente de apelación en autos Scagliusi, Claudio Gustavo por privación ilegal libertad personal”, Juzgado Federal N° 11,

Secretaría N° 21, Registro N° 20.725, disponible en línea:
<<http://www.desaparecidos.org>>).

⁵⁶ [Daniel Cabezas, entrevista con el autor, CABA, 3 de noviembre de 2014.](#)

⁵⁷ [Cristina, entrevista con el autor.](#)

⁵⁸ [Ibid.](#)

⁵⁹ [Ibid.](#)

⁶⁰ [Entre los trabajos que tratan sobre el imaginario sacrificial de la militancia de la década de 1970, sobresalen Sergio Bufano, “La vida plena”, en Lucha Armada en la Argentina, núm. 1, 2005; Ana Longoni, Traiciones. La figura del traidor en los relatos acerca de los sobrevivientes de la represión, Buenos Aires, Norma, 2007; Hugo Vezzetti, Sobre la violencia revolucionaria. Memorias y olvidos, Buenos Aires, Siglo XXI, 2009; Vera Carnovale, Los combatientes. Historia del PRT-ERP, Buenos Aires, Siglo XXI, 2011, y Daniela Slipak, Las revistas montoneras. Cómo la organización construyó su identidad a partir de sus publicaciones, Buenos Aires, Siglo XXI, 2015.](#)

⁶¹ [Gasparini fue responsable del área de finanzas de Montoneros. En enero de 1977, fue secuestrado por la Marina y llevado a la Escuela de Mecánica de la Armada \(ESMA\). Luego de dos años de cautiverio, fue liberado y partió al exilio.](#)

⁶² [Juan Gasparini, op. cit., p. 188.](#)

⁶³ [Cristina, entrevista con el autor.](#)

⁶⁴ [Ibid.](#)

⁶⁵ [Ricardo Rubio y Marina Siri, entrevista con el autor, San Miguel, provincia de Buenos Aires, 27 de abril de 2017.](#)

III. De México a Líbano.

El reclutamiento y entrenamiento

APROBADA LA CONTRAOFENSIVA en octubre de 1978, Montoneros inició los preparativos para llevarla a cabo. Uno de los más inmediatos fue la convocatoria y el entrenamiento de las y los militantes que habían escapado de la represión y vivían en el extranjero. Para ello, Alberione y Lewinger recorrieron varios destinos exiliares contando de qué se trataba la nueva estrategia y cuáles eran las oportunidades de Montoneros. Esta etapa fue conocida en los documentos partidarios como la “fase de concentración”. Para quienes habían decidido regresar, los dos principales puntos de incorporación se ubicaron en Ciudad de México y Madrid, las ciudades de mayor desarrollo político montonero en el exterior. Sin embargo, la convocatoria también fue extendida a otros lugares, desde América del Norte hasta Escandinavia, como resultado de la dispersión geográfica que habían sufrido las y los exiliados argentinos.

Desde el momento en que fue lanzado, el anuncio encontró resistencia en numerosos sectores del exilio que no quisieron participar y que, además, condenaron los métodos militares de Montoneros. Quienes se sumaron a la Contraofensiva lo hicieron con ideas distintas de las que comenzaban a consolidarse en el exilio, vinculadas con la narrativa humanitaria y la denuncia de los crímenes del Proceso de Reorganización Nacional (PRN). Si bien también hubo militantes de Montoneros dedicados a estas actividades, su pertenencia a la organización daba la pauta de su conformidad con la lucha armada.

El proceso de convocatoria y entrenamiento para la Contraofensiva es un prisma privilegiado para analizar la íntima relación entre política y violencia que se dio en los últimos años de Montoneros. A diferencia de los trabajos que las interpretaron como opuestas, y que entendieron el devenir montonero como un tránsito unívoco de la política a la guerra, las lógicas políticas y militares no fueron excluyentes y convivieron en México, España y Líbano con distintos grados de tensión.¹ Considerar la política y la violencia como excluyentes es un gesto más esencialista que histórico y, por eso, improductivo para estudiar una

organización que, desde sus comienzos, las pensó fusionadas.²

Las tensiones entre política y violencia también fueron experimentadas por las y los militantes durante el llamado y el entrenamiento. En concreto, a lo largo del adiestramiento hubo participantes que entraron en franca contradicción con los métodos militares de la acción política. En algunos casos, estas contradicciones provocaron una relectura del “mandato sacrificial”³ respaldado por la organización, según el cual no existían límites en la entrega por la revolución y el recuerdo de los compañeros y las compañeras víctimas de la dictadura.

Durante 1979, Montoneros estableció la etapa de entrenamiento como un dispositivo homogeneizador y disciplinador para las y los militantes, que debía restituir la historia e ideología montonera para quienes no habían tenido militancia en la organización o para aquellos que, debido a la cárcel, el secuestro o el exilio, habían quedado al margen. De lo que se trataba, por sobre todas las cosas, era de reconstruir los lazos de una organización profundamente en crisis.

UNIDOS Y CONCENTRADOS

Con el propósito del reingreso al país, Montoneros organizó a las y los militantes en pequeñas células incomunicadas entre sí, divididas según el tipo de participación que les sería asignada. Como se explicó en el capítulo previo, las Tropas Especiales de Agitación (TEA), al mando de Mendizábal, debían realizar interferencias televisivas con proclamas apoyando los conflictos sindicales que se esperaban como el principal factor de desestabilización del gobierno militar. Las Tropas Especiales de Infantería (TEI), comandadas por Yäger, tendrían a su cargo los atentados militares sobre los funcionarios del equipo económico de Martínez de Hoz.

Una gran cantidad de los participantes de las TEA y las TEI fue reclutada y entrenada en el extranjero entre fines de 1978 y principios de 1979. Pero no todos. Sobresale un grupo de montoneros y montoneras que, a pesar de haber perdido el contacto con la organización en los primeros años de dictadura, había continuado su militancia en la zona sur del conurbano bonaerense. Luego de lograr el reenganche, los antiguos miembros de la Regional Columna Sur fueron convocados al extranjero para recibir los cursos de preparación para la Contraofensiva y volvieron a Argentina en julio de 1979 conformando las TEA-Sur.⁴

Meses antes, había comenzado la convocatoria. En el primer número de Vencer, revista oficial del Movimiento Peronista Montonero (MPM), se publicaba el llamado para la Contraofensiva:

El Movimiento Peronista Montonero entiende que la integración a ese proceso de resistencia a la dictadura de aportes humanos capacitados que actualmente están en el exterior ayudará grandemente a una definición adversa a la dictadura que a todos nos oprime y perjudica. Cada compatriota que decida volver a la Argentina para sumar su esfuerzo personal de acuerdo a sus inclinaciones naturales, su creatividad y sus preferencias acerca de las modalidades y variaciones de la resistencia popular, será un valioso colaborador de la causa del

pueblo y de la autodeterminación nacional, en el lanzamiento de la contraofensiva [...]. EL MOVIMIENTO PERONISTA MONTONERO convoca a la colonia de exiliados y emigrados a VOLVER a Argentina para incorporarse subordinadamente a la ejecución de las siguientes actividades.⁵

El documento del MPM era el puntapié de la Contraofensiva y, tal como plantea una de sus destinatarias, trascendió la convocatoria a los desterrados peronistas. Exiliada en Madrid, Cristina recuerda que la convocatoria “se larga [...] de una forma pública en un local muy grande que tiene el Partido Comunista”⁶ en la capital española. A esa reunión informativa de febrero de 1979, Montoneros invitó “no solamente al exilio peronista, sino a todos”.⁷ La organización buscaba interpelar a los desterrados argentinos que quisieran enfrentarse al PRN. Por ese motivo, el llamado del MPM estaba dirigido a los “compañeros y compatriotas”. Más que la filiación peronista de los posibles receptores del mensaje, importaba el origen nacional y la intención de sumarse a la alternativa montonera.⁸ No era necesario haber tenido un pasado peronista o montonero para integrar la Contraofensiva. Pero sí lo era, en caso de participar, subordinarse a las formas pensadas por la organización para hacerlo.

Las sedes principales del reclutamiento fueron Madrid y Ciudad de México, pero no fueron las únicas. Hubo dirigentes montoneros invitando al regreso en todos los destinos del destierro argentino. Jorge Falcone, por ejemplo, recuerda que fue convocado durante el transcurso de su exilio en Suecia.⁹ Alberione, tal como se observó en el capítulo previo, propagó las resoluciones del Comité Central por Bolivia, Perú, Venezuela, Panamá y Canadá. Una constante parecería haberse impuesto en la forma de la preparación de las y los militantes con relación al lugar de incorporación y el tipo de tarea a realizar. Mientras la gran mayoría de los alistados en Europa, previo paso por Madrid, habría sido adiestrada en Medio Oriente para luego integrarse a las TEI, los reclutados en Ciudad de México habrían integrado los grupos de propaganda que entrenaron en Cuernavaca.

Cristina Zuker también asistió a la reunión que Montoneros organizó en suelo español y destaca que “concurrió gran parte de la colonia argentina”.¹⁰ Con la presencia de Perdía —número dos de la organización— como orador estelar, el encuentro finalizó con la invitación a los concurrentes interesados a dejarle sus datos de contacto a la organización. Otra militante recuerda las inquietudes del auditorio:

En esa reunión [...] lo que más se preguntaba era el tema de seguridad [...], eso se largaba público, era como que los militares nos iban a estar esperando. Ahí es cuando decían: “Sí, pero no”, porque una vez que los compañeros se integraban a los grupos de Contraofensiva ahí ya se tomaban todos los recaudos de seguridad.¹¹

Adolfo Bergerot también participó de la reunión presidida por Perdía en el invierno madrileño de 1979. Evoca un salón repleto, con un estimativo de doscientos asistentes. Desde su llegada al exterior, Bergerot se había apartado de Montoneros, lo que explica que aquella mañana no reconociera a la mayoría de las personas que se habían congregado. Luego de identificar a Perdía como el único miembro de la conducción que se hizo presente, escuchó su intervención: el PRN comenzaba a transitar una crisis que podría ser profundizada a partir del regreso clandestino de las y los militantes montoneros a Argentina. Las políticas económicas eran presentadas como el talón de Aquiles del régimen. El “tren de la victoria”¹² al que convocaba el comandante montonero interesó a Bergerot, quien, luego de la reunión, depositó sus datos en una urna y se integró, tiempo después, a los grupos de las TEI que entrenaron en Madrid y Líbano.¹³

Gustavo Molfino acabó integrando en 1979 un grupo encargado de hacer y transportar documentación que dependía directamente de la conducción. Había llegado a París a fines de 1977 junto con su madre, escapando del terrorismo de Estado. Cuando se enteró de la reunión, viajó a Madrid para participar de ella. Una vez allí, lo alarmó la falta de seguridad que rodeó a la convocatoria:

La convocatoria a la Contraofensiva [...] no fue lo más prolijo que se pudo haber hecho [...]. Yo estuve ahí. Estaba el Pelado [Perdía], Bidegain. “¿Quién quiere vender helado?” “Yo.” “Anotate y dejá tus datos en la urna.” Yo no sé si después hubo un chequeo de esa gente, si la “orga” [Montoneros] lo hizo [...]. Igual ya con el lanzamiento de la Contraofensiva, de hecho en la causa judicial estamos viendo los documentos de inteligencia del [Batallón de Inteligencia] 601 y dicen “desde el exterior se preparan así que vamos a alertar las fronteras”. Regalados. O sea, vos como ejército revolucionario le estás avisando a tu enemigo: “Che,

ojo que voy a entrar”.¹⁴

La reunión de Madrid tuvo una notable repercusión. Gran parte de los argentinos que estaban viviendo en España —y en otros puntos de Europa— estuvo enterada y, tal vez por ello, las preguntas recurrentes de las y los presentes aquella mañana giraron en torno a las medidas de seguridad que dispondría Montoneros para proteger a quienes volvieran. El nivel de publicidad del llamado parecía difícil de congeniar con el carácter secreto que necesitaba la estrategia para ser efectiva. Esta tensión, notada por Marina Franco para el caso de las y los argentinos exiliados en Francia, organizó las primeras dudas de los asistentes al encuentro, en un claro síntoma de preocupación por el cuidado de sus vidas.¹⁵

Luego de depositar los datos en la urna, los interesados accedieron a una charla privada con un militante orgánico que les brindó algunos detalles que, por su carácter reservado, no podían contarse en público. Así le sucedió a Bergerot. Una semana después del encuentro, fue visitado por Lewinger. Debían acordar los pormenores de su incorporación. Bergerot pidió integrar las TEI y se negó a formar parte de las TEA por haber sido detenido en La Plata, en mayo de 1976, haciendo tareas de propaganda: “Si volvía, volvía agarrando las armas”.¹⁶ Por su parte, Cristina también fue contactada por Lewinger. Su integración a las TEI fue decisión de Montoneros. Aun así, hubo militantes que, habiendo transcurrido su exilio en Europa, fueron convocados a las TEA, aunque no fue lo más frecuente.¹⁷ Zuker escribe que, ante la incorporación de su hermano a la Contraofensiva y estando exiliada en Madrid, barajó la posibilidad de sumarse a las TEA.¹⁸ Los recuerdos y las opiniones de los protagonistas permiten dudar de que la totalidad de los reclutados en Europa fuesen mecánicamente incorporados a las TEI mientras que los enrolados en México lo fueran a las TEA. Presumiblemente, los grupos también se armaban obedeciendo a una cuestión geográfica. Era más directo llegar a Medio Oriente —lugar del entrenamiento militar— partiendo de Europa que desde México.

Los requisitos para integrarse a la Contraofensiva descansaron en la voluntad de las y los militantes de volver al país. Así también lo recuerda Perdía: “Todos estábamos superansiosos, no éramos exiliados, no íbamos a esperar que terminara [el PRN] para volver. Éramos los que teníamos que voltear a la dictadura, entonces había una ansiedad muy grande. Y al revés de lo que puede

decirse ahora [...] todo el mundo quería venir [...], todos sentían la angustia de ya hacer algo”.¹⁹ Para el exjefe montonero, la predisposición a regresar de los militantes fue un motivo suficiente para la realización de la Contraofensiva. En su testimonio, el contexto político del régimen queda en un segundo plano. “Todo el mundo quería venir” porque “todos sentían la angustia de ya hacer algo” es una expresión que hace más hincapié en el estado emocional de los exiliados que en la posibilidad real de oposición al PRN. Incluso contemplando la ansiedad que Perdía atribuye a los militantes en el extranjero, las preguntas que hicieron sobre la discreción de la maniobra y la seguridad personal en la reunión española permiten tomar distancia de sus palabras. Si, como hemos visto, es indudable que el deseo de regresar al país fue una razón contundente para integrarse a la Contraofensiva, algunos militantes también mostraron dudas e inseguridades. Seguramente, el proceso de incorporación no haya sido tan lineal como lo remarca Perdía, interesado en desestimar la crítica posterior de que quienes retornaron habrían sido obligados o engañados por los dirigentes montoneros.

Más allá de las opiniones que circulaban dentro del montonerismo, entre las y los exiliados las visiones distaron de ser unánimes. Juan Salinas, exmontonero radicado en España, rechazó enérgicamente el llamado:

De la Contraofensiva hay un hijoputa [sic] que no lo quiero ni mencionar que anda dando vueltas por ahí. Yo llego a Madrid a verlo al Pato Varieté [Zuker] y a otros compañeros que están vivos y que ahora [2002] son funcionarios del gobierno de la Ciudad y me acuerdo de que viene uno y me dice: “Pájaro, tenés que volver, porque hay que volver a luchar a la Argentina”, y yo le digo: “No, no, yo me fui de la ‘orga’ [Montoneros], no estoy más”. “Pero no importa, tenés que ingresar para volver a la Contraofensiva”, y no volvió, este hijo de puta no volvió, mandó como a veinticinco al frente.²⁰

La desvinculación de Salinas al llegar al exilio no fue un impedimento para ser uno de los destinatarios de la amplia convocatoria de Montoneros. En su recuerdo de 2002, su impugnación del llamado va más allá de la política y se vincula con la dimensión ética, al sostener que quien había convocado al retorno no había vuelto. Detrás de sus argumentos, resuenan los de muchos exiliados y

exiliadas que no comulgaban con la propuesta montonera y se inclinaban por otras modalidades de acción política en contra del régimen militar.

Emprendimientos editoriales como Controversia para el Examen de la Realidad Argentina, nacida de las preocupaciones de los desterrados argentinos en México, se encargarían de pensar y discutir nuevas formas de oposición, revalorizando la democracia como condición central de su propuesta política.

Luego de haber brindado sus datos a la organización, Cristina y Bergerot fueron contactados y ultimaron los detalles de su incorporación. En una reunión con Lewinger, accedieron a la lectura pormenorizada que hacía la cúpula de Montoneros sobre la situación política argentina, que no había sido explicitada en la reunión madrileña: “Lo que no se dijo en la reunión grande era que teníamos que volver porque estaba desapareciendo la organización. Montoneros dejaba de existir. Y dejaba de existir no tanto por las desapariciones, sino por la falta de política y de acciones [...]. Peligraba la vida de la organización como estaba conformada”.²¹ Más allá de la lectura política del retorno, es destacable la “nueva” justificación que, de acuerdo con Cristina, había planteado Lewinger sobre la necesidad de la Contraofensiva: la supervivencia de Montoneros. Desde que una parte considerable de sus militantes se había escapado de Argentina por la represión de la Junta Militar, la actividad política de la organización había quedado ceñida principalmente al extranjero, excepto por algunos operativos dispersos que continuaron realizándose en el país. Además, los funcionarios del PRN habían declarado la derrota militar de la “subversión”. Para que Montoneros “no dejara de existir”, era necesario el regreso al país. Su desaparición, argumenta Cristina, no estaba relacionada con la represión, sino sobre todo con su principal consecuencia: las dificultades crecientes para continuar con el proyecto en Argentina. Quedaba establecida una intrincada relación: era necesario poner en riesgo la vida de las y los militantes para salvaguardar la existencia de la organización. La concepción de la victoria revolucionaria, entonces, iba más allá de los resultados que cosechara la Contraofensiva en el corto plazo.

Luego de la reunión privada, las y los militantes reclutados debieron armar una coartada que explicase a sus familiares la ausencia prolongada de sus hogares europeos. No podían contactarse con ellos durante el tiempo que durara el entrenamiento y el retorno al país. Nadie debía enterarse de la decisión que habían tomado. Después, sobrevendría la cita en Madrid a la que acudirían alistándose definitivamente para el regreso. Los esperaba más de un mes de formación política en un caserón de las afueras de la capital española y un curso

de preparación estrictamente militar del otro lado del mar Mediterráneo, en Líbano y Siria.

Además de Madrid, el otro gran centro de reclutamiento estuvo en Ciudad de México. Así también lo señalaron los servicios de inteligencia del PRN, que poseían vasta información sobre las actividades de Montoneros en el exterior:

Existe [en Ciudad de México] un centro de reclutamiento a cargo del DT [delincuente terrorista] [tachado en el original] operando fundamentalmente sobre argentinos que salieron “opcionados” del país, quienes sometidos previamente a un proceso de “contrainfiltración” son destinados a realizar cursos para Tropas Especiales de Agitación que se realizan en centros de instrucción sitios en MEJICO DF, CUERNAVACA, TAXCO y en otro lugar aún no determinado. Los que reúnen aptitudes necesarias son destinados a efectuar los cursos de Tropas Especiales de Infantería en los campos de adiestramiento en EL LÍBANO, juntamente con militantes de la OLP [Organización de Liberación Palestina].²²

Al menos tres cuestiones merecen destacarse sobre la cita previa. En primer lugar, la idea que se desprende del informe sobre el tipo de participación que tendría cada integrante una vez que retornara al país es inexacta. Las TEA no constituían un campo de prueba ni un paso intermedio para el alistamiento en las TEI. Una hipótesis acerca del porqué de esta inexactitud puede ubicarse en las propias ideas de quienes elaboraron el documento. Evidentemente, la práctica militar encarnada por los grupos de “infantería” era concebida como una forma más elevada de acción política que las tareas de propaganda. Más allá de la ponderación que se hiciera al interior de la organización, Montoneros las había diseñado como dos especialidades simultáneas, complementarias e independientes entre sí. Y teniendo en cuenta que casi las tres cuartas partes de los retornados en el marco de las “Tropas Especiales” lo habían hecho en grupos de propaganda, no restan muchos argumentos para respaldar la concepción que reproduce el informe, al menos en este punto. En segunda instancia, el requisito del proceso de “contrainfiltración” —examen para saber si el interesado estaba colaborando con la dictadura— iluminaba la desconexión que la mayoría de las y los militantes tenía con Montoneros. Puede ser interpretado como un indicio de

los riesgos que conllevaba la publicidad de la convocatoria: de aquí la necesidad de la organización de asegurarse de que los participantes de la Contraofensiva no fuesen infiltrados que la pusieran en riesgo. Pero no solo eso. También evidenciaba los rastros del temor que había dejado la Operación México en su intento de capturar a la conducción. Por último, la regularidad en el trato a los opcionados que consigna el informe parece implicar que una parte considerable de los reclutados había hecho uso de la opción para exiliarse. Otro documento de inteligencia del Ejército respalda esta idea con un profundo nivel de detalle que, sin dudas, confirma la eficacia del espionaje sobre Montoneros:

Del análisis de informaciones obtenidas sobre las actividades realizadas por los DDTT [delincuentes terroristas] pertenecientes a esta banda, se ha podido tomar conocimiento [de] que:

- a. De 278 DDTT detectados, beneficiados con el derecho de opción, 129 de ellos (46%) han reiniciado sus actividades.
- b. De ese 46%, 63 DDTT, o sea el 23% del total, ingresó al país cumpliendo directivas de la conducción de la BDT.
- c. Solo 12 DDTT (4%) se habrían desvinculado definitivamente de la organización.
- d. La banda, sabiendo que los opcionados son su mejor fuente de reclutamiento en el exterior, ha destinado personal y otros recursos para atender y capacitar a los mismos.

En MADRID, a principios de 1980, constituyeron a tal efecto “la casa del opcionado”.²³

Cerca de trescientos militantes montoneros habrían accedido a la opción y más de sesenta habrían reingresado desde el extranjero siguiendo las indicaciones de la conducción. Por lo pronto, Pedreira, Alberione, Bergerot y Cristina pertenecieron a este grupo. Independientemente de la exactitud de los números que consigna el documento, y de otros datos que obligan a tomar con cautela la fuente —como la existencia de las redes de solidaridad de Montoneros con los

opcionados—, todo indica que la opción fue una de las vías concretas y prevalentes que tuvo el exilio militante y que nutrió, en gran proporción, a los contingentes de la Contraofensiva.

El secreto que enmarcó la preparación de la Contraofensiva implica, entre algunas de sus consecuencias para la investigación histórica, una carencia de fuentes específicas sobre el proceso de incorporación que tuvo lugar en Ciudad de México. Se puede conjeturar que allí la convocatoria también suscitó discordancias entre las y los exiliados.²⁴ México fue uno de los destinos preponderantes del exilio argentino durante la dictadura y el principal bastión político de Montoneros en el exterior. En Ciudad de México, la organización tenía un local partidario en el que funcionaba el Consejo Superior del MPM. En esa capital, además, estuvo asentada parte de la conducción, que luego de la Operación México se trasladó a La Habana, en enero de 1978. Es posible presumir que la modalidad de incorporación a la Contraofensiva en México fue más orgánica que en Madrid. Quizás haya sido más gradual. La ausencia de una reunión informativa para todos los exiliados, como había sucedido en España, y la existencia de un resorte institucional a través del cual se hizo el enrolamiento, como la Casa Montonera, permiten abonar la hipótesis de la organicidad en la conformación de los grupos en ese país.²⁵ Perdía, muchos años después, ratifica esta posibilidad: “En México había más conocimiento, y [la convocatoria] se hizo de otra manera. No se hizo en una charla pública, sino más bien en ‘partecitas’”.²⁶

La recepción del anuncio montonero en el exterior fue, en primer lugar, polémica. Muchas y muchos exiliados que habían dejado atrás el peligro de la militancia en el país consideraban inviables las estrategias político-militares. No querían volver a Argentina y preferían, de continuar sus actividades, hacerlo a través de la defensa de los derechos humanos y la denuncia de la dictadura en los foros internacionales. Sin embargo, también hubo militantes que permanecieron en el extranjero formando parte de las actividades de solidaridad y denuncia, sin que ello implicara abandonar Montoneros.

La amplitud de la convocatoria por parte de la organización profundizó la heterogeneidad del contingente. El “secreto a voces” que implicó el llamado reunió, además de a las y los montoneros orgánicos, a exiliados sin vínculo estable, expresos opcionados y exmilitantes de otras organizaciones. Muchos de los participantes no habían militado nunca en estructuras militares y sí, en cambio, en las denominadas organizaciones de superficie. Cristina lo había

hecho en la UES y Bergerot, en la JUP. En un contexto de crisis interna de la organización, en el que la represión dictatorial había dañado y quebrado las relaciones de las y los militantes en el país, Montoneros buscaría, mediante la experiencia del entrenamiento en común, reparar los vínculos fragmentados.

EL DISCIPLINAMIENTO DE LA DIFERENCIA

Una vez finalizado el reclutamiento, las y los militantes involucrados en el regreso fueron dispuestos por la organización en los grupos militares y de propaganda. Los enrolados con centro en Madrid, en líneas generales, pasaron un mes en una casa en las afueras de la capital española entrenándose mientras esperaban que se completase el contingente. Luego, culminaron su formación en Líbano y Siria, donde Montoneros había trazado un acuerdo con Al Fatah, conducción de la Organización de Liberación Palestina (OLP) por aquellos años. Si bien las relaciones entre ambas organizaciones habían comenzado en 1973, se hicieron públicas recién en 1977, después de la retirada al exterior de Montoneros y de la reunión en Beirut, con foto incluida, que mantuvieron Firmenich y Vaca Narvaja con Yasser Arafat. En el marco de un acuerdo político de más largo aliento, que incluía cooperación en cuestiones de documentación, logística y armas, Al Fatah ofreció campos de entrenamiento con sus respectivos instructores y armas soviéticas, mientras que Montoneros instaló una fábrica de explosivos plásticos y proveyó los técnicos químicos para dirigirla.²⁷

Las y los militantes entrenados en el territorio palestino ingresaron a Argentina a mediados de 1979 y debieron atentar militarmente, como parte de su desempeño en las TEI, contra los funcionarios económicos de la dictadura. Tanto en México, como en España y Medio Oriente, la preparación de diversos contingentes continuó durante todo ese año.²⁸ Además, Montoneros había dispuesto el regreso de los primeros militantes de las TEA hacia principios de 1979, frente al pronóstico de aumento de los conflictos sindicales en oposición a la política económica de Martínez de Hoz.

Cristina recuerda cómo fue su incorporación a la Contraofensiva en Madrid. El dirigente que la había visitado luego de la reunión de febrero le había dejado la directiva de abordar un tren de cercanías rumbo a un pueblo en las afueras de la capital. Tras un par de horas de viaje, arribó a la estación indicada. Allí la esperaba el “teniente montonero” Osvaldo Olmedo, instructor del contingente y futuro jefe de uno de los grupos de las TEI. Olmedo era el hermano de uno de los fundadores de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR), Carlos, y había llegado a Montoneros luego de la fusión entre ambas organizaciones durante

1973. Después de reconocerlo a la salida de la estación, Cristina abordó el vehículo que los esperaba y respetó la indicación de no mirar el camino por la ventanilla, manteniendo la cabeza gacha entre sus piernas. Para su propia seguridad, según las normas de la organización, no debía saber dónde se ubicaba la casa que sería sede de la instrucción.²⁹

El pueblo al que llegaron Cristina y Olmedo era Collado Villalba, municipio de la comunidad madrileña situado en el valle que rodea al río Guadarrama, a unos 40 kilómetros de la capital española. Así lo reconstruye Bergerot, que también entrenó allí:

En marzo del 79 concreto una cita desde Torrelodones, a 30 kilómetros de Madrid, en la estación Atocha de Madrid, ya con un bolsito, preparado para incorporarme. La cita es con un compañero que no conozco. Tengo sospechas de que se llamaba Alberto [Manuel López],³⁰ que después fue jefe de uno de los grupos TEI, pero no lo sé. Y ahí me llevan en auto. Me subo a un tren que me lleva a un pueblo pasando Torrelodones. Vuelvo a pasar Torrelodones, y ahí me bajo en la estación de Villalba [...] me bajo del tren, me subo a un auto con los ojos cerrados y entro en un garaje en una casa y estoy un mes seguro conviviendo con un grupo en el que ya había gente cuando yo llego y después llega alguno más.³¹

El camino de Bergerot y Cristina fue similar. Luego de una segunda entrevista privada con Lewinger, ambos acordaron su incorporación y fueron llevados a una casona en Collado Villalba donde también entrenaron, entre otros, Ricardo Zuker, Orlando Ruiz y Victoria Dameri.³² Además de encontrarse en Madrid e instruirse juntos en Líbano, Cristina y Bergerot conformaron el mismo grupo de las TEI liderado por Olmedo. Salvo algunas excepciones, las y los integrantes del grupo no se conocían de antes.

Los términos de la incorporación de las y los militantes podían no trascender la duración de la Contraofensiva, sobre todo para quienes no habían tenido vínculo previo y estable con Montoneros. Este era el caso de Bergerot, que en Madrid había participado de las actividades públicas de denuncia y, luego, se había sumado para el retorno: “No tuve militancia orgánica con Montoneros en el

exilio, solo cuando decidí incorporarme a la Contraofensiva [...]. Lo que sí estaba claro, se terminó de confirmar cuando ya me incorporo, es que era por un tiempo acotado. No era que te incorporabas y te ibas, era por la tarea, era una contratación de obra”.³³ Entre quienes se alistaron para regresar al país, algunos no tenían vínculo orgánico y eran militantes eventuales del peronismo revolucionario. Ese “contrato por obra” que refiere Bergerot puede ser indicativo del tipo de lazo que la cúpula de la organización constituía con quienes se incorporaban, que distaba bastante del que había caracterizado a la militancia montonera a lo largo de la década. El vínculo desarrollado para la Contraofensiva aparecía de manera puntual y por un tiempo determinado. Cuando finalizara la estrategia, los militantes no orgánicos podrían, tal como efectivamente hicieron muchos, rever su vínculo con la organización. Si el llamado del MPM había invitado a participar subordinadamente a los militantes, los recuerdos de Bergerot ratifican dicha subordinación.

A diferencia de Cristina, que llegó a la casona de Collado Villalba pocos días antes de partir hacia Líbano, Bergerot pasó un mes de formación política y “orden cerrado”, que era una estructura de comportamientos militarizados similar a la de un cuartel. Allí había “consignas, orden del día, estaba todo compartimentado y eso no lo discutíamos, era así. Horario de lectura, de bañarse, de comer, rotatorio, la manera de dirigirse, ejercicios físicos. Ahí no hubo nada militar, nada, nada, ni un arma, nada, mientras estuvimos en España”.³⁴ Para el futuro miembro de las TEI, el entrenamiento constituía “una estructura militarizada” pero “nada militar”, abocada a la formación política y a la interiorización de las normas de conducta que regían en Montoneros y que muchos de sus integrantes desconocían. Falcone, participante de la Contraofensiva de 1980, recuerda el adiestramiento como “una colimba nacional y popular”.³⁵ En todo caso, la preparación para el retorno evidenciaba cómo la concepción militar de la política montonera iba más allá del uso de armas e impregnaba todas las actividades de las y los militantes. Tal como afirma Vera Carnovale para el caso del PRT-ERP, válido también para Montoneros, el componente militar no debería ser visto como una ausencia de política, sino, al contrario, como uno de los elementos constitutivos de su definición.³⁶ No obstante, la lucha armada, entendida como método de la política, generó una relación ambigua, y por momentos tensa y contradictoria, con la política no armada que la contuvo. En el caso de los militantes de la Contraofensiva, el imaginario militar que enmarcó su actividad no implicó forzosamente la experiencia previa de la práctica armada. Por eso, el entrenamiento tenía entre sus principales fines la representación y restitución de un escenario bélico que

permitiera la iniciación y el fortalecimiento de esa destreza.

Más allá de la férrea disciplina que imperó durante esta etapa del entrenamiento, la primera preocupación de Montoneros fue homogeneizar las experiencias de quienes tenían detrás de sí vivencias vinculadas a la militancia de superficie, la cárcel legal y el exilio, entre las más comunes. Por ello, el manejo de las armas, que además estaban prohibidas en España,³⁷ aparecía como secundario. Primero era necesario unificar las expectativas de quienes las usarían. Montoneros elaboró un cronograma muy minucioso que recreaba una estructura de cuerpo armado y reponía la gramática bélica característica de su accionar político. Si el enrolamiento se había ordenado en función de la tarea a realizar, el entrenamiento buscó restituir la historicidad montonera, expresada en las normas y los símbolos que regían en la casa de Collado Villalba.

La experiencia del entrenamiento en España también fue conocida por las FFAA. Con algunas imprecisiones, el personal especializado del Ejército supo e informó sobre el proceso de instrucción de las y los militantes montoneros. Las comunicaciones internas más detalladas, de enero de 1980, autorizan a pensar que la información a la que accedió el régimen tuvo dos orígenes. El primero fue la infiltración que sufrió Montoneros, que habilitó el espionaje casi en tiempo real por parte de los servicios de inteligencia de la dictadura. Pero el conocimiento de los militares también pudo proceder de la información extraída a través de los tormentos ilegales aplicados a las y los militantes secuestrados durante 1979.

La localidad de la Berzosa fue el lugar donde la inteligencia militar situó uno de los cursos de preparación de las “tropas de agitación”. Ubicado a 9 kilómetros de Collado Villalba, el sitio quizá refiera a la casona madrileña que efectivamente albergó a las y los militantes de las TEI previo a su viaje a Medio Oriente. Esta incerteza, siempre en el terreno de las especulaciones, indicaría que los hechos fueron reconstruidos con bastante posterioridad, lo que aumenta las opciones de que la información proviniera de la tortura de los militantes. Sin embargo, considerando que la mayoría de los participantes de la Contraofensiva, en teoría al menos, no debía saber con precisión dónde se encontraba la casa, no conviene descartar del todo la hipótesis de la infiltración. Con respecto al contenido del entrenamiento, el informe militar más detallado destaca la existencia de dos módulos de enseñanza, uno teórico y otro práctico. En el cronograma de actividades, sin embargo, figuran entremezcladas las propias de las TEA con aquellas específicas de las TEI. El módulo teórico alude al manejo del equipo de

transmisión (RLTV) desde su instalación, sus componentes y los lugares óptimos para realizar las interferencias. El práctico, por su parte, se concentra en el mantenimiento del RLTV e incluye el ejercicio de una transmisión móvil y de otra fija, con la simulación de un “copamiento” del lugar escogido.³⁸ Tal vez la ausencia de armas generó, para los autores del informe, la impresión de que el entrenamiento en España era de propaganda, cuando, según los testimonios recogidos, correspondió al período no armado de la instrucción de los futuros grupos militares.

En México, los cursos impartidos sí fueron de “agitación”. El entrenamiento no tuvo dos etapas como el de las TEI, escalonado entre España y Medio Oriente, y se concentró en un caserón cercano a Cuernavaca.³⁹ Quizás por la accesibilidad geográfica, los períodos de entrenamiento fueron más lábiles y difusos a lo largo de todo el año y se prolongaron hasta entrado 1980. Allí, las y los militantes practicaron con el RLTV y realizaron entrenamiento físico, formación política y orden cerrado, al igual que en la sede de Collado Villalba. Las fuentes son contradictorias con respecto al uso de armas. Mientras Falcone, que integró la Contraofensiva de 1980, recuerda que eran de madera o de juguete,⁴⁰ Eduardo Astiz, participante del retorno de 1979, asegura que el gobierno mexicano permitió “armas [...] para uso exclusivo de entrenamiento” que él mismo se ocupó de devolver a Ciudad de México.⁴¹ La primera hipótesis que podría establecerse, dado que Astiz y Falcone no compartieron el mismo año de adiestramiento, es que quizás las armas permitidas en 1979 ya no lo estuvieran al año siguiente. No obstante, Yuyo, instructor del primer grupo de las TEA en México y muy cercano al grupo nucleado en torno a Galimberti, tiene otra interpretación:

Sé que [la conducción] desconfiaba. Se nota después en algunas cosas que leí. Por ejemplo, en que nosotros no teníamos instrucción con armas, y el otro grupo, el del Pelado [Eduardo] Astiz, hacía práctica de armas, y a nosotros se nos decía que no se podía para no enfrentarse con el gobierno mexicano, y a ellos sí le[s] daban “fierros” y municiones [...]. Él cuenta todas las prácticas de tiro y nosotros nada. Nosotros nos fuimos “por izquierda” a un polígono civil mexicano donde nos prestaron armas y tiramos [...]. Y teníamos una pistola de aire comprimido. Y hay una compañera que recuerda que teníamos una pistola 45 sin municiones. Yo no lo recuerdo, pero supongo que habremos hecho la instrucción con esa pistola [...]. Simultáneamente, ellos les daban armas a

otros.⁴²

Yuyo había regresado a Argentina para la Campaña de Ofensiva Táctica que Montoneros había realizado durante el Mundial de Fútbol de 1978. Era parte del grupo que se identificaba con el liderazgo de Galimberti. En febrero de 1979, este último, junto con Juan Gelman, había publicado en el diario francés *Le Monde* un comunicado de ruptura con la organización. En el testimonio de Yuyo, esta situación es la que explica la desconfianza que atribuye a la conducción. Allí, también, ubica el motivo del trato diferenciado que recibió su grupo con respecto al obtenido por las TEA II, en las que participó Astiz. En su perspectiva, el armamento fue una prenda de cambio hacia las y los militantes más leales y no una norma explícita justificada en un arreglo político entre Montoneros y el gobierno mexicano.

De todas maneras, las armas no parecen haber sido la prioridad de la organización en México. Tal como recuerda Astiz, el entrenamiento de su grupo duró tres meses, y sus tareas trascendieron con holgura las habilidades militares. Entre ellas, sobresalen el “adoctrinamiento”, la “discusión política”, la “consolidación ideológica”, todas actividades que evidenciaban la intención de Montoneros de unificar y disciplinar las experiencias y expectativas de las y los militantes de las TEA.⁴³ Pero no por ello el componente militar estuvo ausente. La “instrucción militar” y la “práctica de combate” también formaron parte del cronograma de entrenamiento. El imaginario bélico de la política montonera transcendía, *stricto sensu*, la práctica armada.

El dispositivo de disciplinamiento cobraba sentido en virtud de las diversas procedencias de las y los militantes de la Contraofensiva. Baste como ejemplo el recuerdo de Falcone sobre su entrenamiento. En el cuartel que integró, se organizaron tres grupos. Había militantes orgánicos y clandestinos, pero también de superficie e, incluso, algunos sin historia previa al interior de Montoneros: “Como era costumbre en cada formación matinal, nos turnábamos para evocar a algún mártir de la causa”.⁴⁴ Montoneros buscaba reponer los principales símbolos y sentidos de su historia. La evocación de los “mártires de la causa”, al gestar un linaje militante con el cual identificarse, ejemplificaba esa intención. Se exaltaban las historias de militancia consideradas íntegras desde los estándares de la organización y se buscaba la imitación de ese comportamiento por parte de los militantes que regresarían al país. El recuerdo institucional y

organizado de la experiencia montonera devenía, simultáneamente, memoria y expectativa, recreaba el pasado desde ese presente para proyectarse hacia el futuro.

Donde la práctica militar sí tuvo su principal expresión fue en Líbano y Siria, sedes del entrenamiento de infantería que había comenzado en España. En las tres bases designadas por la organización, dos en Líbano y una en Siria, los integrantes de las TEI se prepararon aproximadamente durante tres meses. Damour, ciudad libanesa ubicada en la costa mediterránea, fue el destino escogido por Montoneros para el adiestramiento de las TEI II —de las que formaron parte Cristina y Bergerot—. En Sidón, tercera ciudad de Líbano y también con vista al mar Mediterráneo, entrenaron las TEI I. Las TEI III, finalmente, hicieron lo propio en Siria, en un destacamento situado en las cercanías de Damasco.⁴⁵ En todo momento estuvieron apadrinados y acompañados por instructores de Al Fatah:

Llegamos a una zona que, como en toda situación de guerra, estaba dividida, llena de controles. Te controlaban los prosirios, los propalestinos, los cascos azules de la ONU. Hasta que entramos a un barrio que era de la OLP [...]. Nos llevaron a una casita en un pueblito de playa y montaña. Una casa tomada, destruida, abandonada. Era un pueblo que habían tomado los palestinos y era una villa asentada en casas tomadas. Y ahí me volví a encontrar con todos los que estaban en Madrid: me encontré con Miguel [Osvaldo Olmedo] y con todos los del grupo TEI I. Estábamos todos ahí y la relación de orden militar era con nuestro jefe, pero teníamos que responder a un palestino que estaba todo el tiempo con nosotros [...]. De alguna manera funcionaron como instructores y eran los que nos proveían de logística, autos, armas, explosivos.⁴⁶

Bergerot recuerda la situación bélica con la que se encontró apenas llegado a Líbano. Sin dudas, ese contexto contrastaba notablemente con el que debía afrontar en la Argentina del PRN. “Fuimos al Líbano a aprender a tirar”,⁴⁷ señala Bergerot, que nunca había portado ni disparado un arma en su vida. Tampoco lo habían hecho Cristina ni muchos otros de sus compañeros. Por esta razón, la cúpula montonera había elegido un territorio asolado por la guerra para el entrenamiento militar: las y los militantes debían familiarizarse con la portación

y el uso de armas de fuego, dormir y comer en condiciones precarias y sentir el rigor de la situación bélica. La conducción pensaba que de este modo estarían mejor preparados para afrontar el contexto de militancia clandestina que les esperaba en Argentina.

No obstante, muchas y muchos militantes vivieron de un modo conflictivo el entrenamiento militar. Implicaba una destreza técnica que no todos habían desarrollado. Cristina recuerda la exigencia de aquellos días: “Me costaba un montonazo correr. No tenía fuerza, siempre me quedaba atrás, no había forma. Al segundo día de entrenamiento no me podía ni mover, me habían colapsado todos los músculos, y [me decían] ‘aguantate y seguí’, no había tutía en eso”.⁴⁸ Para Bergerot, las dificultades remitían a la cuestión técnica que implicaba la práctica con armas: “Ahí es muy difícil homogeneizar [experiencias] si es una cosa tan técnica”.⁴⁹ Víctor Hugo Díaz, participante de ambas contraofensivas, tiene una mirada distinta: para él, lo técnico se podía aprender durante el entrenamiento, justamente, porque era una cuestión técnica. Lo más difícil, dice, era el contexto político del enfrentamiento con la dictadura y, en particular, el momento del combate: “Hay gente que no ha estado nunca en esa situación y cuando empiezan los tiros [se] desequilibra, y cuando aprendés a pelearle a la dictadura pueden sonar los tiros que vos estás viendo otro tipo de cosa”.⁵⁰ Si el entrenamiento fue relativamente efectivo en la nivelación de distintas trayectorias previas, no tuvo las mismas consecuencias para el uso de armamento.

La cotidianeidad del adiestramiento era muy severa. Las y los militantes solamente tenían programado descanso los días domingo. El resto de la semana, entrenaban en doble turno. Al amanecer desayunaban mate cocido con pan y salían rumbo a la playa formados y con uniformes. Cruzaban el poblado y, en la costa, realizaban prácticas de tiro y ejercicios de copamiento hasta el mediodía. Volvían al pueblo para el almuerzo y, luego de un descanso, retornaban a la playa para seguir entrenando hasta que caía el sol.⁵¹ La preparación contaba con muchas de las normas tradicionales de la guerra, como el uniforme y la formación. El grupo, que estaba acompañado por los palestinos e instruido por sus propios jefes, se confundía entre la situación bélica de Medio Oriente. Esa participación era muy distinta a la que las y los militantes deberían experimentar en el país. La instrucción serviría para que los jefes de los grupos TEI pudieran examinar las aptitudes de los militantes que integrarían los contingentes. De ellas, dependería el tipo de actividad que les sería encargada una vez en Argentina.

Si los servicios de inteligencia del PRN conocieron la instrucción montonera en México y España, Medio Oriente no fue la excepción. Una hipótesis sobre el origen de la información militar indica que los datos fueron obtenidos de una conferencia de prensa que había brindado, en septiembre de 1978, Mendizábal en Beirut junto con Abu Hatem, secretario de Relaciones Exteriores de Al Fatah, sobre el acuerdo entre Montoneros y la OLP, y que fueron posteriormente recogidos por la revista española Cambio16. En la rueda de prensa, quizá por ingenuidad, quizá por altanería, Mendizábal brindó datos secretos del acuerdo Montoneros-OLP, lo que le valió un importante rechazo de los palestinos e, incluso, una despromoción al interior de la organización, perdiendo en favor de Yäger la Secretaría Militar y el control del ejército.⁵² Desde la publicación de la noticia, los israelíes bombardearon Líbano con el fin de atacar la fábrica de explosivos. No tuvieron éxito. Tal vez el personal de inteligencia israelí haya colaborado con el del PRN intercambiando información sobre los montoneros en Medio Oriente:⁵³ “[El curso] comenzó desarrollándose en DAMUR [sic], en una casa semidestruida por los bombardeos israelitas, trasladándose a los quince días aproximadamente al sur de SAIDA [Sidón]. Los DDTT eran recibidos en el aeropuerto de BEIRUT y trasladados directamente al lugar donde se desarrollaba el curso”.⁵⁴ El movimiento que registran los servicios de inteligencia entre Damour, sede de adiestramiento de las TEI II, y Sidón, donde entrenaron las TEI I, no parece haber ocurrido. La confusión quizá obedezca a la presencia de militantes montoneros en ambas zonas y, también, a que durante el entrenamiento hubo tres militantes que fueron trasladados de un grupo al otro.⁵⁵ Además, Damour fue efectivamente atacada y las y los militantes debieron cambiar de asentamiento durante el transcurso de los bombardeos, aunque no se trasladaron a Sidón: “Luego del bombardeo, que destruyó la casa en la que estábamos, que ya estaba destruida, nos fuimos a dormir a un naranjal a la playa, por seguridad”.⁵⁶ Hasta con estas salvedades, el documento era muy preciso en el detalle del cronograma de actividades. El informe reservado, incluso, hace referencia a los paseos que las y los montoneros realizaban los días domingo.

Durante el entrenamiento, también hubo formación política y discusiones en las que se manifestaron diferencias al interior del grupo sobre las características de las actividades a realizar. En una de esas charlas, en ocasión de una misa ofrecida por el capellán de la organización, el cura Jorge Adur,⁵⁷ Bergerot tuvo una discusión con Alcides,⁵⁸ coordinador de los grupos de las TEI:

Esa fue una de las discusiones fuertes que yo tuve en el Líbano. Di esta discusión en el Líbano, la di. No es que la di después cuando me “abrí”. Yo la di ahí: “Somos unos marcianos”, estamos haciendo cosas que no hace nadie, que no hace la gente. Y eso nos está aislando cada vez más. Y no es que estaba en desacuerdo, pero era plantear una cosa que se podía tomar como “bueno, vos porque te querés ir con tu mujer y tus hijos a comer asado”. Sí, también. Pero era algo de que estábamos aislados y separados. Y la respuesta que tuve no podía ser menos. Fue en la misa con Adur y Alcides. La respuesta fue justamente por el lado del sacrificio: “Es que tenemos compañeros presos, tenemos compañeros muertos”. Eso era lo que me había llevado a mí a la Contraofensiva, eso ya lo sabía, a mí no me sirve, si yo me movilicé por eso... Entonces qué me vas a contar, por supuesto que yo no salí por mí. El sacrificio sí, el que hicimos, pero esto ya no es sacrificio, es otra cosa. Es una discusión que di en el Líbano y me tiraron con los presos y los muertos. Y ahí, si te tiran con eso, sí, te callás.⁵⁹

Bergerot se había vuelto crítico con la estrategia de la organización. En su visión, la preparación militar los había alejado del resto de la sociedad argentina al sumergirlos en actividades de difícil imitación y acompañamiento. Este argumento era coherente con su definición de la práctica armada: no la entendía como una metodología asociada a la acción política, sino también como una destreza particular y técnica difícil de aprender. Las razones esgrimidas por Alcides coincidían con uno de los motivos centrales del alistamiento de las y los militantes para la Contraofensiva: honrar a las y los montoneros que habían sido víctimas de la represión en Argentina; continuar su lucha. Participar de la Contraofensiva era, también, mantener vivas esas memorias. El sentimiento de culpa, además de ser una razón de peso para volver al país, podía ser un argumento suficiente para clausurar una discrepancia política.

Por otra parte, el fragmento es ilustrativo del imaginario sacrificial de la política montonera que numerosos trabajos han privilegiado como objeto de estudio en sus acercamientos a las experiencias militantes de la década de 1970.⁶⁰ La consideración de dicho imaginario sin su anclaje histórico y concreto —que proponga distinciones entre las organizaciones, los períodos e incluso los militantes— corre el riesgo de simplificar una trama histórica heterogénea y compleja de la que “el sacrificio” ciertamente formó parte, pero no fue necesariamente su único o principal determinante. Sergio Bufano puntualiza sobre las causas que motivaron el regreso de las y los militantes para la

Contraofensiva y destaca “la fascinación por la clandestinidad”, “el deseo de reintegrarse a la acción por la acción misma” y “recuperar el brillo por la emoción de guerra”, entre otros.⁶¹ Esa pulsión militar, analizada también por Hugo Vezzetti, no hace justicia a la diversidad que manifestó el proceso de incorporación a la Contraofensiva. Muchos de los retornados nunca habían estado armados en el país, y la clandestinidad, como veremos más adelante, ha sido transitada, y recordada, más con pesar, miedo e incertidumbre que con deseo y fascinación. El caso de Bergerot es una muestra de las tensas y contradictorias relaciones que los militantes mantuvieron con el “mandato sacrificial”.⁶²

Carl Schmitt ha señalado el elevado grado de cohesión que los partidos revolucionarios han sabido promover entre sus integrantes.⁶³ El jurista y filósofo alemán se refiere a una “captación total” que, de acuerdo con lo analizado en estas páginas para el caso de Montoneros, no llegó a ser absoluta. El dispositivo homogeneizador y disciplinador de la organización pudo haber funcionado poniendo en común las experiencias previas de los distintos integrantes, pero también causó resquemores entre algunos de ellos. Además de la práctica armada, enfatizada para las TEI, el entrenamiento contó con instancias de unión grupal que poco tuvieron que ver con las armas, pero que son centrales en la autoconstrucción de un cuerpo militarizado: discusiones y arengas políticas, ratos de esparcimiento, formaciones e izamiento de bandera y recordatorios a los montoneros muertos, entre las más destacables. Sería impropio definir el entrenamiento como militarista si por ello se entiende estrictamente el uso de las armas de fuego o, también, el componente militar como antagónico al político. La lógica política y la militar no fueron mutuamente excluyentes. La concepción bélica de la política de Montoneros trascendió el uso de armamento e impregnó su contenido sobre todas las actividades del entrenamiento. Ello no redundó en un vaciamiento de “lo político”, como ha sostenido parte de la bibliografía que ha pensado la trayectoria de Montoneros en sus últimos años de existencia.

Hacia el final del entrenamiento, la conducción viajó a Líbano y visitó Damour. Para muchos de las y los militantes que allí se encontraban era la primera vez que veían a los miembros más prominentes de la organización. Firmenich, Vaca Narvaja y Yäger acudieron al campamento justo antes del final de la instrucción. Presenciaron un simulacro de la toma de una supuesta comisaría con fuego real y luego hicieron un balance político de la medida y una comida de camaradería en la que insistieron con su diagnóstico de la realidad argentina y la tarea que tendrían a su cargo los grupos militares. También buscaron infundir ánimos en

aquellos y aquellas que transmitirían las propuestas montoneras en el país. Quienes iban a retornar a Argentina aún no sabían a ciencia cierta cuál iba a ser su misión; se enterarían una vez en el país. Firmenich y Vaca Narvaja permanecieron un día en Damour y después partieron. Yäger, jefe de las TEI, se quedó unos días más para compaginar la modalidad de regreso con los jefes de los grupos. La etapa del entrenamiento para la Contraofensiva había concluido. A las y los montoneros les faltaba, por cierto, enfrentarse al contexto represivo que el PRN había alzado en el país.

¹ [Richard Gillespie, Soldados de Perón. Los Montoneros \[1987\], Buenos Aires, Grijalbo, 1998; Pilar Calveiro, Política y/o violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años 70, Buenos Aires, Norma, 2005, y Juan Gasparini, Montoneros. Final de cuentas \[1988\], La Plata, De la Campana, 2008, entre otros.](#)

² [Daniela Slipak, Las revistas montoneras. Cómo la organización construyó su identidad a partir de sus publicaciones, Buenos Aires, Siglo XXI, 2015.](#)

³ [Ana Longoni, Traiciones. La figura del traidor en los relatos acerca de los sobrevivientes de la represión, Buenos Aires, Norma, 2007.](#)

⁴ [Víctor Hugo Díaz, entrevista con el autor, La Plata, provincia de Buenos Aires, 27 de diciembre de 2016, y Ricardo Rubio y Marina Siri, entrevista con el autor, San Miguel, provincia de Buenos Aires, 27 de abril de 2017.](#)

⁵ [Roberto Baschetti, Documentos 78/80. Del Mundial a la Contraofensiva, La Plata, De la Campana, 2014, pp. 107 y 108.](#)

⁶ [Cristina, entrevista con el autor, Rosario, provincia de Santa Fe, 25 de abril de 2015.](#)

⁷ [Ibid.](#)

⁸ [La literatura testimonial y periodística sobre la Contraofensiva da cuenta de la incorporación de militantes de otras organizaciones, como del Ejército Revolucionario del Pueblo \(ERP\)-22 de Agosto o de la Organización Comunista de Poder Obrero \(OCPO\) e, incluso, de algunos militantes sin pasado en otra organización revolucionaria \(Jorge Falcone, Memorial de guerrallarga. Un pibe](#)

entre cientos de miles, La Plata, De la Campana, 2001, y Pablo Robledo, Montoneros y Palestina, Buenos Aires, Sudamericana, 2019).

⁹ Jorge Falcone, op. cit.

¹⁰ Cristina Zuker, El tren de la victoria. La saga de los Zuker [2003], Buenos Aires, Del Nuevo Extremo, 2010, p. 245

¹¹ Cristina, entrevista con el autor.

¹² Así se titula el libro de Zuker, en alusión a la expresión de Perdía.

¹³ Adolfo Bergerot, entrevista con el autor, Ciudad Autónoma de Buenos Aires (CABA), 18 de febrero de 2016.

¹⁴ Gustavo Molfino, entrevista con el autor, CABA, 31 de octubre de 2016.

¹⁵ Marina Franco, El exilio. Argentinos en Francia durante la dictadura, Buenos Aires, Siglo XXI, 2008, p. 151.

¹⁶ Adolfo Bergerot, entrevista con el autor.

¹⁷ Cristina, entrevista con el autor.

¹⁸ Cristina Zuker, op. cit., p. 160.

¹⁹ Roberto Perdía, entrevista con el autor, City Bell, provincia de Buenos Aires, 14 de diciembre de 2016.

²⁰ Memoria Abierta, Testimonio de Juan Salinas, Buenos Aires, 6 y 11 de diciembre de 2002.

²¹ Cristina, entrevista con el autor.

²² Dirección de Inteligencia de la Policía de la Provincia de Buenos Aires, Mesa “D(s)”, Actualización de la BDT Montoneros, enero de 1980, p. 205.

²³ Ejército Argentino, “Informe de Inteligencia Especial Nro. 02/80 Actualización de la situación de la BDT Montoneros”, octubre de 1980, p. 3, en Claudia Peiró, “Archivos secretos de la dictadura revelan su alto conocimiento de los planes de Montoneros”, en Infobae, 11 de diciembre de 2016. Un acto

administrativo del Ministerio del Interior consigna que para el período 1974-1982 hubo en Argentina 872 presos que hicieron uso de la opción para salir del país. Tomando en consideración el informe de inteligencia y este documento, puede concluirse que las y los militantes montoneros pudieron haber representado un tercio de la totalidad de los opcionados en ese período (Ministerio del Interior, Fondo OEA ONU, caja AH/0123).

²⁴ Jorge Bernetti y Mempo Giardinelli, México: el exilio que hemos vivido. Memoria del exilio argentino en México durante la dictadura 1976-1983 [1983], Buenos Aires, Octubre, 2014.

²⁵ El testimonio de Liliana Mazure, exiliada en México y convocada a la Contraofensiva, indica la existencia de un proceso gradual de reuniones. Refiere que la convocaron desde dos lugares distintos dentro del montoneroismo y sugiere varios intercambios con Rodolfo Puiggrós acerca de la situación en Argentina y la Contraofensiva (Memoria Abierta, Testimonio de Liliana Mazure, Buenos Aires, 20 y 29 de junio de 2007).

²⁶ Roberto Perdía, entrevista con el autor.

²⁷ Pablo Robledo, op. cit., pp. 147 y ss.

²⁸ Eduardo Astiz, Lo que mata de las balas es la velocidad. Una historia de la contraofensiva montonera del 79, La Plata, De la Campana, 2005; y Jorge Falcone, op. cit.

²⁹ Cristina, entrevista con el autor.

³⁰ Cristina Zuker, op. cit., pp. 206-215.

³¹ Adolfo Bergerot, entrevista con el autor.

³² Otros participantes del curso fueron Alcira Macchi, Momo, Ángel Carbajal, Marta, Ani, Manuel, Juan y Matilde Adela Rodríguez (Adolfo Bergerot y Cristina, entrevistas con el autor).

³³ Adolfo Bergerot, entrevista con el autor.

³⁴ Adolfo Bergerot, entrevista con el autor. El énfasis me pertenece.

³⁵ Jorge Falcone, entrevista con el autor, CABA, 10 de marzo de 2016.

³⁶ En palabras de Carnovale: “Ofrecer ambos términos (‘política y violencia’) como excluyentes implicaría postular que es posible una política sin violencia y una violencia sin marcas políticas. Dicho de otro modo, que la violencia, en tanto régimen de medios, puede independizarse de los fines políticos, al tiempo que estos pueden prescindir de medios violentos” (Vera Carnovale, Los combatientes. Historia del PRT-ERP, Buenos Aires, Siglo XXI, 2011, pp. 94 y 95).

³⁷ Roberto Perdía, entrevista con el autor.

³⁸ Dirección de Inteligencia de la Policía de la Provincia de Buenos Aires, Mesa “D(s)”, Actualización de la BDT Montoneros, enero de 1980, p. 136.

³⁹ La inteligencia del PRN menciona la existencia de dos lugares más amén de la casa de Cuernavaca. Es probable que esos dos lugares hayan funcionado más como “base” de agrupamiento de militantes que como sedes del entrenamiento. Aun así, es complejo determinarlo, puesto que las y los militantes llegaban con los ojos vendados a las sedes que Montoneros manejaba en México.

⁴⁰ Jorge Falcone, entrevista con el autor.

⁴¹ Eduardo Astiz, op. cit., p. 12. Participó de las TEA II y entrenó en México desde enero de 1979 durante los tres meses que duró el curso. A diferencia de otros reclutados, tenía lazo orgánico con Montoneros, donde previamente se había desempeñado como integrante de las Tropas Especiales de Combate que custodiaban a la conducción.

⁴² Yuyo, entrevista con el autor, CABA, 6 de enero de 2017.

⁴³ Eduardo Astiz, op. cit., p. 16.

⁴⁴ Jorge Falcone, op. cit., pp. 156 y 157.

⁴⁵ En Damasco, según el testimonio de Julián, integrante de las TEI III, permanecían armados, pero no utilizaban las armas porque estaban en un lugar poblado. Para la instrucción militar se trasladaban hacia el destacamento que quedaba en el monte, donde también se instruía el Ejército Sirio. Durante el entrenamiento, hubo instrucción física por la mañana muy temprano, luego

teórica y, por la tarde, charlas y discusión política. Concluían el día con instrucciones de movimientos de combate en grupo (con armas, pero sin disparos) (Julián, correo electrónico intercambiado con el autor, diciembre de 2016). Véase también Pablo Robledo, op. cit., pp. 311-370.

⁴⁶ Adolfo Bergerot, entrevista con el autor.

⁴⁷ Ibid.

⁴⁸ Cristina, entrevista con el autor.

⁴⁹ Adolfo Bergerot, entrevista con el autor.

⁵⁰ Víctor Hugo Díaz, entrevista con el autor. Díaz fue jefe del grupo de TEA-Sur en 1979.

⁵¹ Cristina, entrevista con el autor.

⁵² Pablo Robledo, op. cit., pp. 208-216; Marcelo Larraquy, Fuimos soldados. Historia secreta de la Contraofensiva montonera, Buenos Aires, Aguilar, 2006, pp. 145 y 146.

⁵³ Marcelo Larraquy, op. cit., p. 146; Pablo Robledo, op. cit., p. 214.

⁵⁴ Dirección de Inteligencia de la Policía de la Provincia de Buenos Aires, Mesa “D(s)”, Actualización de la BDT Montoneros, enero de 1980, p. 138. Las mayúsculas pertenecen al original.

⁵⁵ Cristina, entrevista con el autor.

⁵⁶ Adolfo Bergerot, entrevista con el autor.

⁵⁷ El sacerdote Jorge Adur fue uno de los fundadores del Movimiento de Sacerdotes por el Tercer Mundo (MSTM) y desde julio de 1978, capellán del Ejército Montonero. Fue secuestrado en junio de 1980, en el marco de la segunda Contraofensiva, en el puente internacional de Paso de los Libres (elaboración propia sobre la base de la biografía realizada por Roberto Baschetti, disponible en línea: <<http://www.robertobaschetti.com>>).

⁵⁸ Alcides había comenzado su militancia en las FAR y había sido responsable

militar y zonal de la Columna 17 “Litoral”. Luego quedó a cargo del Departamento de Operaciones de la Secretaría Nacional Militar desde donde ejerció su rol intermediario entre los jefes de los grupos de las TEI y Yäger (Cristina Zuker, op. cit., pp. 148 y 149).

⁵⁹ Adolfo Bergerot, entrevista con el autor.

⁶⁰ Por ejemplo, los ya citados Sergio Bufano, “La vida plena”, en Lucha Armada en la Argentina, núm. 1, 2005; Ana Longoni, op. cit.; Hugo Vezzetti, Sobre la violencia revolucionaria. Memorias y olvidos, Buenos Aires, Siglo XXI, 2009; Vera Carnovale, op. cit., y Daniela Slipak, op. cit.

⁶¹ Sergio Bufano, op. cit., pp. 22 y 23.

⁶² Ana Longoni, op. cit.

⁶³ Carl Schmitt, Teoría del partisano. Acotación al concepto de lo político [1963], Buenos Aires, Struhart & Cía., 2005, pp. 24 y 25.

IV. Obediencia o traición.

Los grupos de propaganda durante la Contraofensiva y la disidencia del Peronismo Montonero Auténtico

EL 25 DE FEBRERO DE 1979, los dirigentes montoneros Rodolfo Galimberti y Juan Gelman publicaron un comunicado en el diario parisino Le Monde en el que transmitían su alejamiento de la organización:

Nosotros, militantes del Movimiento, Partido y Ejército Montonero, decididos a reactivar el contenido revolucionario que alimenta la lucha del Peronismo Montonero hasta hoy, hemos resuelto renunciar a nuestra condición de miembros del Partido, a nuestro grado en el Ejército y a nuestros cargos en el MPM, convencidos de que la pertenencia a estas estructuras se ha convertido en un obstáculo para continuar, eficazmente, nuestra lucha contra la Dictadura y por la Liberación del Pueblo Argentino. Frente a las perspectivas que existen de modificación de la situación argentina, ante el fracaso evidente de la Dictadura, resulta imprescindible resolver positivamente el panorama de crisis que afecta a nuestras fuerzas.¹

A escasos meses de comenzada la Contraofensiva, formalizaban la ruptura con Montoneros. Su pronunciamiento no era un corte absoluto con la cultura política de la organización, pero sí un rechazo a las pretensiones de la conducción. Criticaban la Contraofensiva, pero sus cuestionamientos se hundían en las raíces históricas del proyecto montonero, articulando desacuerdos de larga data con otros surgidos a partir del retorno. Los planes de contraofensiva se resentían y Montoneros, que ya se encontraba diezmado como consecuencia del accionar represivo de la dictadura durante los años anteriores, quedó aún más debilitada y debió modificar parte de la organización del retorno. Varias y varios de los disidentes habían sido designados como integrantes del Comando Táctico de

Avanzada, que debía ser el primer grupo que llegara a Argentina en 1979. Una vez que abandonaron la organización, la estrategia debió ser repensada.

Durante 1979, el accionar de las Tropas Especiales de Agitación (TEA) en el país estuvo condicionado por la disidencia de Galimberti, Gelman y su grupo. Por eso mismo, la reconstrucción de la experiencia de las TEA posibilita aproximarse a las tensiones internas del proyecto montonero. Como veremos a continuación, las inquietudes larvadas de la reunión en La Habana cobraron estado público durante la Contraofensiva y animaron la fractura interna, la desconfianza de la cúpula de la organización y también la desobediencia de uno de los grupos de propaganda. Pero incluso las TEA que permanecieron leales a la conducción tuvieron, durante sus vivencias clandestinas en el país, una visión crítica de la Contraofensiva, que provocó muchas dudas entre quienes, en un principio, habían convalidado su desarrollo. La realidad política argentina durante 1979 no alentaba miradas optimistas sobre el futuro del montonerismo.

LA DISIDENCIA DEL PERONISMO MONTONERO AUTÉNTICO

El retorno organizado favoreció la manifestación de disconformidades de larga data, definidas por los flamantes disidentes como “el resurgimiento del militarismo de cuño foquista”, “la concepción elitista del Partido de Cuadros”, “el sectarismo maníaco”, “la definitiva burocratización de todos los niveles del partido” y “la ausencia absoluta de democracia interna”.² La Contraofensiva era desacreditada como estrategia y presentada como una “política ‘putchista’ y aventurera que persigue únicamente mejorar las condiciones de una negociación ya entablada”.³ Los críticos compartían el diagnóstico montonero sobre la debilidad que atravesaba el Proceso de Reorganización Nacional (PRN) y ratificaban el carácter de vanguardia de la organización: “El fracaso evidente de la dictadura podrá ser convertido en una victoria popular definitiva e irreversible únicamente a través de la articulación de todas las formas de resistencia popular encabezada por el Peronismo Montonero”.⁴ Surgía, de este modo, el Peronismo Montonero Auténtico (PMA). Más allá de que tendría corta vida y casi nula expresión al margen del propio núcleo organizador, este grupo formó una mesa promotora en París el 29 de mayo de 1979 —diez años después del Cordobazo y nueve del secuestro del exdictador Pedro Eugenio Aramburu— y elaboró un manifiesto que sería publicado en junio de ese mismo año.⁵ Además de Galimberti y Gelman, formaron parte del PMA Pablo y Miguel Fernández Long, Héctor Mauriño, Julieta Bullrich, Victoria Vaccaro, Marcelo Langieri, Arnaldo Lizaso, Claudia Genoud y Silvia di Florio. También adhirió Raúl Magario, vinculado al sector de finanzas de la organización.

Los descontentos del PMA tenían sus raíces en los problemas que la conducción había mantenido con la Regional Columna Norte, cuyo secretario militar, durante los primeros momentos de dictadura, era Galimberti. Para poder sumarse al Movimiento Peronista Montonero (MPM) en abril de 1977, Galimberti había tenido que hacer una autocrítica sobre sus comportamientos.⁶ Pero sus diferencias con los jefes montoneros no se habían modificado. En sus objeciones de 1979, se combinaban el rechazo a la voluntad centralizadora de la conducción y su ambición personal de acceder a la máxima jefatura.⁷ A este descontento, se sumaban otras demandas más añejas, como la realización del congreso partidario

y la democratización de las decisiones y de la asignación del presupuesto de la organización.

El 10 de marzo de 1979, Montoneros daba a conocer su resolución en respuesta al comunicado de prensa que quince días antes habían publicado Galimberti y Gelman en *Le Monde*.⁸ Firmada por la totalidad de la conducción, la disposición acusaba a los disidentes —según el Código de Justicia Revolucionaria de la organización— de los cargos de “DESERCIÓN (art. 5), INSUBORDINACIÓN (art. 8), CONSPIRACIÓN (art. 9) y DEFRAUDACIÓN (art. 11)”,⁹ con la posibilidad de incluir, en caso de comprobar coordinación con el PRN, el cargo de traición estipulado en el artículo cuarto de la misma normativa. La organización llamaba a un “Juicio Revolucionario” teniendo en cuenta el daño que los hechos “provocan por la particular circunstancia en que son cometidos”,¹⁰ esto es: el inicio de la Contraofensiva.

La cúpula de la organización ratificaba el rumbo estratégico adoptado y filiaba la actitud de las y los disidentes en una posible concordancia con los planes dictatoriales: “Así como ningún traidor ni desertor de los peores momentos de la resistencia fue capaz de destruir el acierto político de la consigna ‘RESISTIR ES VENCER’, ningún traidor ni desertor de nuevo cuño podrá impedir el triunfo político de la nueva consigna de la etapa ‘CONQUISTAR EL PODER SINDICAL ES VENCER’”.¹¹ Desde la óptica de la conducción, los disidentes devenían traidores. El interés en retrasar la Contraofensiva los transformaba en enemigos. La resolución que disponía la convocatoria al juicio consideraba que, teniendo en cuenta la unanimidad con la que había sido aprobada la Contraofensiva, “el hecho que hizo detonar esta maniobra conspirativa fue la orden impartida para el regreso al país”.¹²

El manifiesto disidente del PMA, “Algunas reflexiones para la construcción de una alternativa Peronista Montonera Auténtica”, publicado tres meses después del pronunciamiento de Galimberti y Gelman, explicaba en extenso los motivos de la decisión. Fue introducido al país en forma de estencil por Marcos Lohlé, militante del grupo que dirigía Galimberti. Una vez en Argentina, lo imprimió con un mimeógrafo y lo repartió entre las y los militantes que formaban parte de las TEA y ya estaban en el país. Lohlé también difundió los escritos de Rodolfo Walsh dados a conocer en París por Galimberti. Los análisis de Walsh, ya desaparecido para ese momento, eran críticos con el rumbo político de la conducción frente al golpe de Estado y convenientes, en ese nuevo contexto, a las posiciones políticas del PMA. La cúpula de la organización los había

ocultado.¹³ Finalmente, Patricia Bullrich, cuñada de Galimberti, publicó en Argentina la revista Jotapé, que también fue distribuida entre los militantes con la idea de dar a conocer el proyecto político “galimbertista”.¹⁴

Las “Reflexiones...” rebatían la interpretación de la conducción sobre las razones de la fractura: “La teoría oficial de la ‘conducción’ es que el pronunciamiento se debe a la negativa a cumplir la orden recibida de regresar al país [...] y no por oponerse a una concepción de contraofensiva que es la coronación de una política desacertada”.¹⁵ Para los disidentes, la versión de la conducción no lograba explicar “por qué se pronuncian con nosotros compañeros que están en el país, o por qué lo hacen quienes, estando en el exterior, no habían recibido la orden de regresar al país, y finalmente no explica por qué los que firman el pronunciamiento sí vuelven al país, pero a hacer otra política”.¹⁶

Desde antes del inicio de la Contraofensiva, Galimberti había tenido la idea de romper con Montoneros, pero no se había animado a concretarla hasta que logró la adhesión de otra importante figura como Juan Gelman.¹⁷ Las “Reflexiones...” ridiculizaban las posiciones de la conducción y le endilgaban una responsabilidad consciente en la “liquidación definitiva del MPM y el rebrote virulento de las peores prácticas de 1976”.¹⁸ Los críticos planteaban que los amagues de mayor apertura de la organización se habían interrumpido con las modificaciones implementadas para la Contraofensiva. Para los disidentes, el retorno era interpretado como un nuevo intento de la conducción de reforzar su control sobre el aparato montonero en un contexto de crisis y fuertes disputas internas.

Las “Reflexiones...” ahondaban en lo que los críticos llamaban vicios de la historia montonera, algunos de los cuales ya habían sido materia de desacuerdos entre la Regional Columna Norte y la conducción desde 1975: la escasa democracia interna, el sectarismo, el “foquismo”, el “aparatismo” y el “militarismo”. Todos ellos eran atribuidos a los máximos dirigentes. Se ocultaba, así, la dimensión colectiva del proyecto. El manifiesto del PMA omitía cualquier compromiso común surgido de la trama política compartida durante tantos años por las y los disidentes y la conducción.

El PMA y la conducción se cruzaban acusaciones de colaboración con el PRN. Para esta última, la negativa de los críticos a regresar al país evidenciaba su complicidad con la dictadura. Para los disidentes, a su vez, la Contraofensiva

buscaba mejorar los términos de una negociación que creían ya iniciada, entre la dirigencia y el régimen militar.¹⁹ Si el sacrificio y la persistencia en la acción habían sido centrales en la forma de entender la política al interior de Montoneros, la negociación con el enemigo era su opuesto no deseable. “La sangre derramada no será negociada”, además de una advertencia, constituía un dogma y el epítome de una cultura militante que también era compartida por los disidentes. Negociar implicaba necesariamente traicionar y cejar la lucha por la que tantos compañeros de militancia habían entregado su vida.

El conflicto puntual se desencadenó con el rol que la conducción le había asignado a miembros del Consejo Superior del MPM —luego sumados al PMA— en la realización de la operación de retorno: el Comando Táctico de Avanzada. Este comando funcionaría como la dirección de la estrategia desde el territorio argentino. Entre este, asentado en Buenos Aires, y la Secretaría Política, en el exterior, se harían cargo de la dirección de la Contraofensiva. Galimberti y Pablo Fernández Long habían sido seleccionados como parte integrante del comando, pero luego se alejaron de la organización.²⁰

El núcleo del PMA interpretó de un modo distinto el accionar del Comando Táctico de Avanzada: para las y los disidentes, su función era la de “auténticos provocadores” que debían “elevar [...] el nivel de violencia [...] buscando a través de la generalización de la represión [...] el desencadenamiento de una suerte de ‘mini-Cordobazo’ zonal”.²¹ Galimberti entendió su rol en el comando como un intento de disciplinamiento por sus posturas críticas: “Él decía ‘nos están mandando para que nos maten, no tiene sentido hacerlo’”.²² La lectura que cada grupo hacía del significado del comando era casi antagónica. Donde la conducción proponía un liderazgo en el país, los disidentes definían su rol como provocadores. La lectura de su participación en la Contraofensiva desnudaba las ideas que los disidentes tenían de la cúpula partidaria. Desacuerdos de largo plazo que habrían alterado los aciertos del principio se combinaban con una crítica puntual sobre la coyuntura y sobre la jefatura montonera, para construir una impugnación total que fijaba la ruptura. La crítica a la conducción y la Contraofensiva arrojaba la imagen de una organización partida entre los deseos y las órdenes de la cúpula dirigente, por un lado, y los militantes de base —entre los que intencionalmente se incluían los disidentes—, por el otro. Quedaba silenciado el universo político compartido. Tal como ha resaltado Daniela Slipak, la ruptura resultaba tensionada entre dos imágenes discursivas: “Por momentos, la figura de un quiebre entre la dirigencia y la militancia de la organización; por otros, la idea de un desvío y perversión de los principios

originarios del proyecto emancipatorio”.²³

La conducción decidió continuar con la Contraofensiva. La disidencia del PMA, cuyos integrantes fueron considerados desertores y condenados a muerte, se constituiría en un argumento de peso para explicar los resultados negativos del retorno al país. Montoneros entendió la ruptura como producto de una “crisis interna originada en el repliegue al exterior y la reticencia a modificar la estrategia sencilla de mantener la resistencia por la dificultosa estrategia de contraofensiva”.²⁴ Además, responsabilizó a las y los disidentes por la pérdida de sorpresa de la Contraofensiva, “debido a la delación encubierta que los desertores hicieron al difundir con absoluta prolijidad todos los planes que conocían en la colonia de argentinos exiliados en Europa”.²⁵ Sin embargo, como vimos anteriormente, el secreto de la estrategia había estado en entredicho desde su inicio. La necesidad de reclutar militantes dispersos en el extranjero había obligado a Montoneros a socializar sus análisis políticos con las y los exiliados argentinos, sobre todo en Madrid. Es difícil suponer que el PRN se hubiera enterado del retorno solo por el accionar de los disidentes.

La cúpula de Montoneros reconocía la escisión como una consecuencia de la crisis interna de la organización, intensificada luego del exilio orgánico de fines de 1976. El análisis desembocaba en el mismo punto: había sido la privación del espacio político en Argentina la que había generado contradicciones al interior de Montoneros que, según la lectura de la conducción, habían derivado en la disidencia y posterior conformación del PMA. La crisis solo podía ser resuelta a partir de la recuperación de dicho espacio, a través del éxito de la Contraofensiva. Cualquier intento de saldarla puertas adentro de la organización sería desechado por “internista” al poner su foco en Montoneros y no en la clase trabajadora a la que la organización buscaba representar.

La conducción modificó los planes de contraofensiva. Abandonó la conformación de un comando en Argentina y constituyó una nueva secretaría política con los dirigentes de las ramas del MPM que originalmente no iban a retornar al país: Armando Croatto, por la Rama Sindical; María Antonia Berger, por la Rama Femenina; Guillermo Amarilla, por la Rama Juventud, y Enrique Lovey, por la Rama Agraria. En palabras de la jefatura montonera, se trataba de poner “aún más esfuerzos y cuadros para evitar que el lanzamiento pudiese retrasarse”.²⁶ El convulsionado regreso al país no podía detenerse. En paralelo al pronunciamiento disidente, el primer grupo de las TEA llegaba a Argentina.

LAS TROPAS ESPECIALES DE AGITACIÓN

El año 1979 marcó el inicio de la deslegitimación política de la dictadura. Los principales actores sociales del país —partidos políticos, organizaciones empresarias y sindicales e incluso funcionarios del propio gobierno—²⁷ habían consolidado sus críticas en torno al plan económico de Martínez de Hoz y también habían comenzado a cursar tibios reclamos políticos por mayores libertades. A la vez, el PRN no había logrado aún institucionalizar el diálogo con los civiles, propuesto como garantía de continuidad de los principios del régimen en la cultura política argentina. La oposición a las políticas de la dictadura se había proyectado incluso entre sectores que, en un principio, la habían apoyado abiertamente, como las federaciones agrarias y la Federación Económica de Buenos Aires.²⁸ En ese contexto, Montoneros quería potenciar el enfrentamiento contra el régimen.

Las TEA se conformaron al mando de Mendizábal, secretario de Agitación, Prensa y Adoctrinamiento. Entrenadas en México durante el último trimestre de 1978 y el primero de 1979, ingresaron al territorio argentino entre principios y mediados de ese mismo año, con el deber de interferir la señal de los canales de televisión con la proclama del lanzamiento de la Contraofensiva en la voz de Firmenich. Para ello, habían sido instruidas por Francisco Cabilla, técnico montonero de los equipos de interferencia RLTV. En momentos en los que arreciaba una aguda represión y ante las declaraciones de los funcionarios del PRN sobre el “aniquilamiento de la subversión”, Montoneros quería demostrar no solo que seguía existiendo, sino también que había regresado a Argentina.

Funcionaron tres grupos de propaganda en el país: las TEA I, que ingresaron entre enero y febrero de 1979, las TEA II, que arribaron en los primeros días de mayo del mismo año, y las TEA-Sur, que lo hicieron a partir de junio.²⁹ Estas últimas fueron conformadas en torno a integrantes de la antigua Regional Columna Sur de la organización que no había salido al exilio. Cada grupo estaba constituido por una docena de militantes y a la vez subdividido en pelotones de tres o cuatro personas. La estructura de mando de las TEA era vertical y constaba de cuatro jefaturas consecutivas: por debajo del jefe general, se encontraban los tres “responsables zonales” de oeste, sur y norte del conurbano

bonaerense. Luego, cada grupo de TEA poseía un jefe y cada pelotón de tres o cuatro militantes, un responsable. El jefe general de la maniobra era Mendizábal, que además quedaba como responsable de la zona norte. Los responsables de las zonas sur y oeste eran Pereira Rossi y Campiglia, respectivamente. Por debajo de ellos, se ubicaban los jefes de grupos de las TEA: Regino Adolfo González se haría cargo de las TEA I, en zona norte; Federico Frías Alberga coordinaría el grupo II, que se asentaría en zona oeste, y Víctor Hugo Díaz haría lo propio con las TEA-Sur.³⁰ Las experiencias de los tres grupos fueron disímiles por la trayectoria previa de sus participantes, el lugar encomendado para actuar y el momento del año para hacerlo.

Montoneros tomó nota del contexto de crecimiento de la disconformidad sindical. Si bien modestos, los conflictos fabriles se habían duplicado con respecto a los registrados en 1977.³¹ Los trabajadores se oponían a la política económica de Martínez de Hoz.³² Sin embargo, para ese momento, el movimiento obrero organizado no se encontraba unificado. Intervenida la Confederación General del Trabajo (CGT) y los principales gremios por el PRN, había quedado dividido en dos confederaciones: por un lado, la Confederación Nacional del Trabajo (CNT), propensa a dialogar con las autoridades militares, y, por el otro, la llamada Comisión de los 25, que sería la responsable del primer paro contra la dictadura.³³ El 22 de abril de 1979, la Comisión de los 25 anunció la convocatoria para la primera huelga general, planificada para el 27 de ese mismo mes. Frente a la imposibilidad de lograr la unidad sindical —que recién se produciría bajo la forma de la Confederación Única de los Trabajadores Argentinos (CUTA) en septiembre de 1979—, la medida de fuerza fue patrocinada solo por la Comisión de los 25. La CNT, que no quería enfrentarse con el PRN, no participó de la huelga y acusó a la otra organización gremial de haberla decidido de manera unilateral.³⁴

La huelga general fue el emergente de una serie de disputas que se habían producido en algunas fábricas. A lo largo de ese año, se registraron conflictos en la Metalúrgica Santa Rosa, Renault, Alpargatas, Goodyear, Peugeot y La Cantábrica, que sin embargo fueron resueltos con suma celeridad por parte del gobierno militar. La convocatoria a la huelga, en cambio, fue duramente reprimida por la dictadura: numerosos dirigentes sindicales fueron apresados, y para llevar adelante la medida de fuerza debió constituirse una comisión provisoria.³⁵ Para Montoneros, la acción de los trabajadores era la prueba empírica del pasaje a la contraofensiva.

La oposición organizada y la traición: las Tropas Especiales de Agitación I

Las TEA I habían entrenado en un cuartel de Cuernavaca desde fines de 1978. Estuvieron conformadas por Regino Adolfo González, Silvia, Cecilia, el Santiagueño, el Negro Hugo, la mexicana Juana Juárez Juárez, Alfredo José Berliner, Susana Solimano, Víctor Jensen, Vicente, “Canaris” Rapaport, Yacaré, Cotota y Yuyo, que además había sido el encargado del entrenamiento.³⁶ Este último era un militante proveniente del galimbertismo de la Columna Norte que no había participado de la disidencia y que había reingresado, previa expulsión y luego despromoción, a la organización para el desarrollo de la Contraofensiva.³⁷ Yuyo había empezado su militancia en Montoneros a principios de la década de 1970, en la Columna Oeste. Luego había pasado a desempeñarse junto a Galimberti en la Columna Norte, donde fue chofer en distintas operaciones entre los años 1974 y 1978, momento en que fue echado luego de una pelea con su superior, Jesús María Luján Vich.³⁸ Para concretar su reincorporación a la organización, se sumó a la Campaña de Ofensiva Táctica realizada durante el Mundial y luego, también, a la Contraofensiva.³⁹

Yuyo había sido oficial en la organización y volvió a Montoneros con la promesa de rediscutir su grado luego de su participación en la Contraofensiva. Detrás de su reinserción, estaba la idea de disputarle el poder a la conducción desde adentro del aparato: “Cuando se da lo de la Contraofensiva, el ‘Loco’ [Galimberti] estaba de acuerdo con que yo me sumara, y se va a Europa”.⁴⁰ Pero la conformación del PMA cambiaría los planes: “Viniendo a la Argentina, a un paso de ingresar me entero y me vienen a buscar y me dicen que no entre, que rompimos. Yo le digo que no, que no rompo, en muy malos términos”.⁴¹ En un rapto de furia, Yuyo acusó a Galimberti de no querer volver al país, tal como lo hizo la conducción en su resolución de marzo, y no se plegó a la disidencia. Antes del ingreso a Argentina, su grupo quedó bajo la jefatura de Regino González, quien hasta ese momento se había desempeñado en la Secretaría de Relaciones Exteriores del MPM en África. Sería el responsable de las TEA I. Regino González también era un hombre del galimbertismo, aunque la conducción ignoraba esa situación.⁴²

Marcelo Langieri, militante del MPM, sí se integró al PMA. Había convalidado la ruptura y participado en ella, porque consideraba que la Contraofensiva era una política “liquidacionista”, que demostraba el extravío de los principales dirigentes de la organización.⁴³ Cercano a Galimberti desde sus tiempos en Columna Norte, se desempeñó junto a él también en México. Recuerda que Yuyo y Regino González “estuvieron así de romper y no se animaron”.⁴⁴ Para Langieri, ambos militantes prefirieron seguir adelante con su conspiración y disputar desde adentro el poder a la jefatura montonera, quizás porque, tal como lo sostiene Yuyo y lo confirma Langieri, la conducción desconocía el vínculo entre Regino González y Galimberti. Langieri retornó al país en diciembre de 1978. Apuró su regreso para no coincidir con los contingentes de las TEA cuyo ingreso, suponía, provocaría una respuesta represiva de parte del régimen.⁴⁵ Con el ingreso de las TEA I, Montoneros pretendía aportar al descontento de los trabajadores con la acción de propaganda de los aparatos de RLTV. Las TEA transmitieron por primera vez el 11 de marzo de 1979, a seis años del triunfo de Cámpora, y luego durante la primera huelga general, el 27 de abril.

Sin embargo, el grupo no cumplió con los designios de la organización. Conducido por dos militantes críticos con la estrategia, las TEA I elaboraron, a la luz de sus vivencias en Argentina, numerosos cuestionamientos a la idea de contraofensiva planteada por la conducción. Los jefes montoneros definieron estas críticas como “crisis del grupo TEA”⁴⁶ y la vincularon con la disidencia y los efectos del exilio orgánico. Desde el primer momento, las TEA I estuvieron permeadas por los cuestionamientos de los disidentes del PMA. El grupo adelantado fue el que manifestó mayores desacuerdos con la Contraofensiva y fue distanciándose progresivamente de sus postulados. En principio, lo hizo porque al menos dos de sus miembros eran cercanos a las posiciones políticas de Galimberti, aunque también por la poca correspondencia que había entre la experiencia de militancia secreta en Argentina y los análisis partidarios que habían recibido en el extranjero.

El hecho de haber ingresado al país poco tiempo después de la escisión protagonizada por Galimberti y Gelman había puesto al grupo en la mira de la conducción, que temía una nueva revuelta interna. Tal vez por ello, y de acuerdo con la hipótesis de Yuyo, desde sus inicios pesó cierta desconfianza por parte de los dirigentes de la organización. Yuyo repartió las “Reflexiones”, manifiesto del PMA, entre las y los militantes de su grupo, motivando la franca discusión política sobre el curso de los acontecimientos en el país.⁴⁷ Esa deliberación, que contradecía la lectura de la cúpula partidaria, implicaba un desaire a sus

intenciones de verticalidad y resolución en la acción para los grupos comando como las TEA.

Las transmisiones clandestinas eran la actividad fundamental que debían cumplir las y los militantes que componían las TEA. Habían sido utilizadas por primera vez durante 1978, para la campaña que Montoneros había desarrollado durante el Mundial de Fútbol. La doctrina establecida por la conducción incluía la participación de dos militantes, como mínimo, en cada transmisión. El equipo que tenían que operar constaba de un grabador con un casete con el mensaje a transmitir (si bien Firmenich había grabado el del lanzamiento de la Contraofensiva, muchas veces las TEA regrababan las cintas para aludir a los conflictos sindicales en curso), una antena, el transmisor y una batería, que podía ser la de un automóvil. Los militantes portaban las armas necesarias para defenderse, en caso de que la transmisión fuese detectada por los goniómetros de las FFAA. Generalmente en bicicleta o en moto, las TEA se acercaban al barrio en el que debían actuar y conectaban el equipo que transmitía el mensaje durante no más de diez minutos.⁴⁸ La operación se completaba al día siguiente, cuando los militantes recorrían el lugar en el que habían transmitido para enterarse de las repercusiones.

La preocupación principal que enmarcaba los cuestionamientos de Yuyo era el resguardo de la vida de quienes realizaban las interferencias. Yuyo —que admite aun casi cuarenta años después de los hechos que “no puedo ser objetivo en el juicio de estos tipos [la conducción]”—,⁴⁹ conservando el rencor contra la jefatura montonera, intentaba demostrarles a sus compañeros el poco interés que a su juicio poseía la cúpula partidaria para con sus vidas. Por esa razón, discutía la forma de intervención política que habían diseñado. Su postura era parecida a la de Langieri, que visualizaba la Contraofensiva como una política “liquidacionista” que conspiraba contra la vida de las y los montoneros. Pero no todos estaban dispuestos a abonar un estado deliberativo en plena acción militante. Otros integrantes de las TEA I no tenían intención alguna de discutir la doctrina decidida en las reuniones previas, aunque en el grupo adelantado, ciertamente, eran minoría.⁵⁰

Las dudas de las y los militantes y el poco rédito político que producía su accionar permearon a la totalidad del grupo y alcanzaron su jefatura. Regino González, que gozaba de prestigio al interior de la organización por una acción frente a un retén del Ejército,⁵¹ coincidía con el diagnóstico de Galimberti y con los cuestionamientos sobre la forma de intervención de las TEA. De a poco, fue

explicitando sus contradicciones con las directivas de la conducción. Regino González estimuló y fue receptivo a las inquietudes de sus subordinados y, en más de un caso, permitió el retorno de algunos de sus miembros al extranjero sin que fuera autorizado por Mendizábal, quebrando la cadena de mando.⁵² Si en un primer momento la idea de Regino González había sido generar las condiciones para disputarle el control a la conducción, el enfrentamiento se tornó explícito cuando optó por privilegiar la posición de los militantes de su grupo frente a la que había estipulado aquella. La experiencia de militancia en Argentina había cambiado sus planes originales.

La jefatura de la organización entendió el comportamiento de Regino González como “un problema ideológico, inicialmente, [que] se manifiesta en términos políticos en el país [...] donde él se manifiesta en desacuerdo con toda la caracterización estratégica”.⁵³ El “problema ideológico” que marcaba la conducción se basaba en la negativa de Regino González a incorporar a su familia en la Contraofensiva y dejar, como estaba estipulado por la organización, a sus hijas en la guardería que Montoneros había establecido en La Habana. María Consuelo Castaño Blanco, esposa de Regino González, no era montonera, y eso constituía un obstáculo a los ojos de la cúpula partidaria, en un contexto en el que la organización buscaba abarcar la totalidad de la vida de sus militantes.⁵⁴ No había demarcación alguna que separase vida privada de vida público-política. En el análisis de la conducción, hay un continuo entre la decisión de Regino González de no involucrar a sus hijas y su esposa y las diferencias políticas sobre el proceso político en el país. Como si fueran dos caras de una misma moneda, el acuerdo debía ser total y la crítica, como contraparte, adquiría esa misma dimensión. La dirigencia montonera interpretó las diferencias con las TEA I como “una manifestación retrasada de los efectos de la conspiración y desertión de Galimberti y Gelman”⁵⁵ y dio su veredicto: “Traición criminal”.⁵⁶

Para evitar la exposición en la calle, un pelotón de las TEA I había camuflado el equipo de RLTV dentro de una camioneta. Si bien contrariaba las directivas de la cúpula montonera, volvía más factible la supervivencia. Pero la acción política realizada de esta manera quedaba desnaturalizada con respecto a la que había ideado la conducción. Por eso, los máximos jefes de la organización sostuvieron que “la propuesta del grupo I casi en su totalidad es de carácter aparatista, es decir, comprarle una camioneta a cada pelotón [...]. Es una propuesta de resistencia en base al aparato”.⁵⁷ Una de las justificaciones de la Contraofensiva se había fundamentado en la necesidad de Montoneros de recuperar presencia en el territorio argentino. De manera que era primordial la firma de las operaciones,

aunque incrementara la posibilidad de que las y los militantes fueran detectados por las FFAA. Para los máximos dirigentes, las desviaciones de la doctrina original desvirtuaban la estrategia. La idea de hacer las transmisiones con los menores resortes materiales posibles, al mismo tiempo que exponía en mayor grado a los militantes, se justificaba en la cercanía que debían mostrar con respecto al resto de la sociedad, a la cual debían interpelar y convocar a la lucha.

Según los cálculos de Eduardo Astiz, entre marzo y julio de 1979 las TEA I realizaron 39 interferencias, varias de las cuales las atribuye a la acción de grupos independientes que se desempeñaban al margen de los dictados de la organización.⁵⁸ Luego, el ya maltrecho grupo se disgregó y abandonó el país. Mientras tanto, el segundo grupo de las TEA había comenzado sus interferencias en mayo. Laura, pareja de Yuyo, se había ido a México a buscar a sus hijos con permiso de Regino González —que no lo había consultado con Mendizábal— al igual que Canaris, a quien le habían detectado una enfermedad psicosomática producto del estrés que generaba la vida clandestina. Una vez en México, se reinsertó en la organización y fue destinado a Costa Rica, donde Montoneros tenía su radio de onda corta. El Negro Hugo y su pareja Juana Juárez Juárez abandonaron el país antes del final de las transmisiones, en junio, y se dirigieron a Nicaragua, donde el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) estaba en el último tramo de su acción política que culminaría con la victoria revolucionaria. Según Marcelo Larraquy, fueron echados cuando el FSLN trabó un acuerdo político con Montoneros por el que recibió financiamiento para sus actividades. Ambos partieron, entonces, a colaborar con el proceso revolucionario salvadoreño donde Juárez Juárez fue secuestrada por el ejército y el Negro Hugo falleció en un combate.⁵⁹ El destino de los restantes miembros de las TEA deja en evidencia la ferocidad del aparato represivo estatal. Susana Solimano y Alfredo Berliner fueron secuestrados y asesinados en septiembre de 1979. Los cuerpos de ambos aparecieron junto con el de Julio Suárez⁶⁰ en el interior de un vehículo donde los militares habían simulado un accidente automovilístico en la zona de Escobar.⁶¹ Yuyo quedó suspendido de la organización por Mendizábal cuando, por pedido de Regino González, elevó un informe sumamente crítico sobre sus vivencias en el país. Luego de hacerse de la documentación correspondiente, regresó al extranjero.

Los cuestionamientos explicitados en febrero de 1979 con el comunicado de ruptura de Galimberti y Gelman alcanzaron su cenit durante el desarrollo de la Contraofensiva en el país. Allí, se evidenció que la formalización del PMA había coexistido con la permanencia de algunos militantes críticos dentro de

Montoneros. No obstante, la tendencia galimbertista al interior de la organización ya no era viable. La experiencia de militancia en Argentina así lo había demostrado. Primero, porque permitió que las y los militantes contrastaran los análisis de la conducción con sus propias vivencias. Pero también porque las discusiones en torno a la forma de operar de las TEA I, en un contexto extremadamente represivo, fueron determinantes en el estallido final de un conflicto que, para 1979, ya acarreaba media década de descontentos. La ausencia de mecanismos internos que regularan la oposición provocó que durante las transmisiones clandestinas el enfrentamiento se radicalizara y deviniera total, sin posibilidad alguna de acuerdo.

La concesión como crítica: las Tropas Especiales de Agitación II

Entre abril y mayo de 1979, ingresaron en secreto al país las y los militantes de las TEA II, encargados de transmitir en la zona oeste del conurbano bonaerense. Al igual que las TEA I, habían entrenado en México. Su jefe fue Federico Frías Alberga, exmiembro de la Juventud Universitaria Peronista (JUP), que había militado con continuidad en Argentina hasta 1978, momento en que se dirigió a México para tomar los cursos para la Contraofensiva. Por encima de él, se encontraba Campiglia, miembro de la conducción y responsable zonal designado por Montoneros. El grupo estuvo conformado por trece militantes, algunos de los cuales se conocen tan solo por su apodo, producto de la clandestinidad política que enmarcó su actuación.⁶² María, Eduardo Astiz, Emiliano, Changuito, la Rubia Alicia, el Flaco Tony, Gastón Dillon, Mirta Simonetti, Ramón, Raúl, Chaco, On Travolta y el jefe del grupo, Frías Alberga, integraron las TEA II.⁶³ Fueron subdivididos en cuatro pelotones, a cargo de María, Dillon, Astiz y Frías Alberga. Antes de comenzar con las transmisiones, fue asesinado Raúl, en medio de un tiroteo con las FFAA, y algunos militantes se desvincularon en la zona fronteriza, posiblemente por temor, ante la situación represiva que los esperaba en el país. De los trece miembros que habían integrado el grupo en México, quedaron diez en condiciones de iniciar las transmisiones en Argentina.⁶⁴

A diferencia del primer grupo de las TEA, que desde julio aguardaba la orden de regresar al extranjero, las TEA II permanecieron en el país hasta fines de 1979 y por ello estuvieron al tanto de más de una veintena de secuestros, asesinatos y desapariciones que el PRN infringió a Montoneros, sobre todo, en el último trimestre de ese año. Si bien, en su mayoría, estos muertos y desaparecidos no eran parte de las TEA, también habían retornado en el marco de la Contraofensiva. Entre ellos, había algunos de alta jerarquía en la organización (un miembro de la conducción y varios del Consejo Superior del MPM, por ejemplo). El mes clave fue septiembre, cuando se sucedieron los asesinatos de Mendizábal, número cuatro de la organización, y Croatto, dirigente de la Rama Sindical del MPM. Además, varios de los militantes que habían sido destinados al oeste del conurbano para establecer contactos con otros espacios políticos también fueron desaparecidos. De aquí que el balance de las TEA II no pudiera

abstraerse de semejantes pérdidas humanas.

Astiz fue el responsable de ingresar con dos colaboradores de la organización las armas y los equipos de RLTV desde el extranjero. Una vez instalado en zona oeste, integró junto con Emiliano uno de los pelotones encargado de realizar las interferencias. Narró sus vivencias en una novela autobiográfica que, incluso en un registro ficcional, aporta varios elementos para reconstruir, no solo los datos duros como el lugar y el número de transmisiones, sino también las sensaciones y perspectivas del autor con respecto a la Contraofensiva. El libro funciona como un recorrido experiencial situado entre su llegada al país en mayo y su retorno al extranjero en noviembre. Ese trayecto se encuentra estructurado entre un primer momento de compromiso con el retorno y una segunda instancia crítica, luego de la Contraofensiva, que culminaría con la participación de Astiz en la segunda disidencia que se produciría en el lapso de un año —Montoneros 17 de Octubre—. ⁶⁵

El 6 de julio, las TEA II recibieron la orden de comenzar las interferencias. Aunque no tuvieron contactos asiduos con los miembros del PMA, también elaboraron críticas a partir de su experiencia en Argentina y se enteraron del conflicto entre la conducción y las TEA I. Astiz lo relata a través de la reconstrucción de un intercambio con su compañero Emiliano. La información provenía de un encuentro con Susana Solimano, integrante del primer grupo de las TEA: “Hay una bronca bárbara con los compañeros de las TEA I que se replegaron a México [...]. Parece que salieron disconformes con la línea del Partido, en concreto con la decisión de lanzar la contraofensiva”. ⁶⁶ Si bien planteaba que la Contraofensiva “no es momento para rupturas”, también convalidaba las causas de los cuestionamientos: “La lectura de la realidad que [hace] la Conducción [...] y la verdadera realidad que nosotros estamos viviendo no coinciden demasiado”. ⁶⁷

A pesar de estar inevitablemente teñida por el paso de los años, la reconstrucción de Astiz no difiere demasiado de la de Frías Alberga. El jefe de las TEA II también abordó las discrepancias entre las TEA I y la conducción. En un informe de noviembre de 1979 requerido por la cúpula de la organización, y dirigido expresamente a Perdía, se refirió al asunto de la polémica sobre el uso de la camioneta en las transmisiones: “Creemos que los compañeros partidarios de la primer [sic] TEA no profundizaron bien la experiencia y se aferraron demasiado a criterios operativos del pasado, aunque esto no signifique que no se puede ser aparatista desde arriba de una bicicleta”. ⁶⁸ La mínima concesión que hacía Frías

a sus compañeros de las TEA no alcanzaba a enfrentarlo a las disposiciones de la conducción. Para el jefe de las TEA II, de lo que se trataba era de “ver cómo vamos nosotros desarrollando este arma [RLTV] para que en el mediano plazo se pueda masificar [...] si nosotros desarrollamos una mecánica operativa no muy masificable (movernos en vehículos caros y coberturas pequeño burguesas) es difícil que alguien se prenda en el asunto”.⁶⁹ Su planteo era coincidente con el de la jefatura montonera: cuanto menos infraestructura se tuviese, más fácil sería convocar a la protesta a otros compatriotas y “superar las crónicas deficiencias a nivel propaganda”.⁷⁰

Frías también relató otros puntos constitutivos de su experiencia y de la de su grupo en el país. Pese a que su tono general era de convalidación de los análisis de la cúpula partidaria, se vislumbran ciertas críticas que, por más que fueran minimizadas tanto por su formulación como por el espacio dedicado a ellas, devenían preocupaciones centrales del autor y sus compañeros. Esta forma ambivalente de enunciación debe ser entendida en relación directa con el contexto de crisis de Montoneros, potenciado por la disidencia de Galimberti y Gelman de febrero y por la actuación de las TEA I. Esta situación, sumada a la dificultad de Montoneros para procesar sus diferencias internas, ponía sobre la lupa cualquier aporte crítico, que podía ser entendido como una impugnación total o incluso una traición a la organización. Frías, convencido de su pertenencia a la organización y de su participación en la Contraofensiva, debía forzosamente conceder antes de criticar.

Entre las principales inquietudes del informe, sobresalía el elevado índice de secuestros, asesinatos y desapariciones que habían golpeado a las y los militantes que estaban en el país. Frías cuestionaba, además, la forma de la acción política montonera. Lejos de ser dos proposiciones inconexas, ambas aparecían estrechamente vinculadas en su intervención. Desde su perspectiva, la idea del grupo comando, que actuaba y luego se retiraba porque carecía de inserción social, aumentaba la vulnerabilidad de los militantes frente a la represión. En su balance, se preocupaba por el cuidado de la vida de su grupo y la suya propia. Aun así, la estrategia enunciativa persistía. Antes de mencionar los errores, Frías reconocía las virtudes:

Todos estuvimos y estamos de acuerdo en la necesidad de que el pueblo argentino pasara a la contraofensiva; también estamos de acuerdo en que esta

contraof. [contraofensiva] necesita una conducción y que esa conducc. [conducción] seamos nosotros porque estamos convencidos de que nuestro proyecto es el mejor para el campo popular; el problema comienza a parecer irresoluble cuando vemos la posibilidad de no poder en estas condiciones ni siquiera aceptables conducir realmente ese inmenso espacio político que tenemos. Nadie discute los resultados obtenidos en nuestra campaña, lo que sí genera dudas son los costos que tuvimos que soportar cuando vemos las cosas a mediano plazo.⁷¹

La última frase resulta, al menos, paradójica: “Nadie discute los resultados”, afirmaba Frías, pero, de hecho, sí los discutía. Aunque intentaba ubicar las “pérdidas humanas” al margen de los resultados obtenidos, las pensaba como una consecuencia de la misma modalidad política. Las inquietudes que admitía por los secuestros, desapariciones y asesinatos parecían matizar los aciertos de la Contraofensiva: “Lo que está claro es que si mantenemos este ritmo de caídas, cualitativas y cuantitativas, va a ser muy heroico pero no muy práctico”.⁷² Esa frase puede entenderse como un cuestionamiento velado a los parámetros de la cultura montonera, tan imbuida de los ideales del sacrificio y el heroísmo. Para Frías, el problema era la organización que Montoneros había adoptado para desarrollar la estrategia en el país. Concedía, en primer punto, el armado de las TEA y el regreso de dirigentes relevantes al país, “porque si no nunca hubiésemos podido alcanzar los objetivos en tan poco tiempo”.⁷³ Luego, criticaba: “El error fue no saber en qué momento realizar movimientos tácticos necesarios como ser el de replegar el centro de gravedad o parte importante de él; implementar estructuras más autónomas con comunicaciones más lentas pero más seguras. Creo que los objetivos alcanzados hubieran sido similares pero sin un costo tan elevado”.⁷⁴

En noviembre de 1979, fecha del informe, ya se habían producido los secuestros y asesinatos de numerosos dirigentes de Montoneros. Varios de ellos, incluso, durante la estadía de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH) de la Organización de Estados Americanos (OEA) en el país, entre el 6 y el 20 de septiembre.⁷⁵ Además de los asesinatos de Mendizábal y Croatto, el 17 de septiembre de 1979 en el barrio bonaerense de Munro, también habían sido secuestradas Adriana Lesgart y María Antonia Berger, ambas dirigentes de la Rama Femenina del MPM. Ana Wiessen, Bernardo Daniel Tolchinsky, Guillermo Amarilla y Marcela Molfino, cuatro militantes del aparato político de

zona oeste —por mencionar solo algunos casos—, habían corrido el mismo destino.⁷⁶ En este contexto, Frías se preguntaba por la efectividad de una política que conllevaba tantas pérdidas humanas valiosas para la organización y transmitía las dudas de su grupo sobre la necesidad de mayor autonomía en las células y menor exposición a la represión: “Se veía que la tarea se podía seguir cumpliendo sin la necesidad de seguirse exponiendo tanto. La sensación que queda en los compañeros es que nos salvamos de pura suerte nomás”.⁷⁷ Astiz también analizó, años después, el peso de la represión sobre la Contraofensiva: “Una organización y el proyecto que conlleva son más que la suma de sus militantes pero no son independientes de la vida de ellos. La muerte es un precio que se paga pero no una condición necesaria”.⁷⁸ Evidentemente, la estrategia montonera en el territorio argentino había despertado numerosas críticas, incluso entre quienes tuvieron la tarea de desarrollarla.

Quizá por esta razón, Frías debía aclarar la intención constructiva de su informe, frente al temor de que lo malentendieran:

La moral es buena, la confianza en el pueblo y en el proyecto es elevada, pero existen lógicas dudas que me incluyen. Espero que estos interrogantes no se malinterpreten, no va a ser la primera vez que sucede una cosa así. Existe en todos nosotros una actitud positiva y estamos esperando ansiosos discutir juntos hasta llegar a una correcta síntesis del problema.⁷⁹

El jefe de las TEA II se presentaba como portavoz explícito de las “lógicas dudas” que embargaban a sus compañeras y compañeros —y a él mismo— frente a los acontecimientos esquivos. Lógicas porque habían sido argumentadas y ponían en primer lugar las necesidades de quienes habían atravesado la militancia en el país. Frías buscaba una mayor protección de las y los militantes. La necesidad de aclarar sus intenciones se encontraba íntimamente relacionada con la disidencia del PMA y la imposibilidad de la organización para tramitar el disenso. Frías no tenía voluntad alguna de distanciarse de Montoneros, y prueba de ello fue su participación en la Contraofensiva de 1980. No obstante, tampoco podía ocultar las sensaciones derivadas de su desempeño en Argentina, que lo llevaban a cuestionar las directivas recibidas.

Durante el tiempo que las TEA II permanecieron en el país, realizaron 61 interferencias: 15 del pelotón comandado por María; otras 15 del grupo dirigido por Frías; 15 más a cargo de Dillon y su célula, y 16 a cargo de Emiliano y Astiz.⁸⁰ Dividieron su actuación en dos fases: la primera, tendiente a demostrar presencia en los sitios industriales de la zona oeste, hizo uso de la cinta grabada por Firmenich. La segunda fase, en cambio, apuntó a obtener presencia en barrios obreros y, para ello, utilizaron una grabación hecha en el país sobre los conflictos puntuales dentro de las fábricas. De este modo, quisieron vincularse con la cotidianeidad de los trabajadores. Los efectos políticos no fueron los deseados: el modesto regocijo que producían las cintas en los aleatorios espectadores no compensaban, en la óptica de las y los militantes, los secuestros y las desapariciones.

De todos modos, la represión dictatorial no tomó a las TEA como blanco predilecto. Al ser grupos comando, autónomos e independientes, lograron una mayor preservación. Así lo sostiene Astiz: “Las TEA I y las TEA II no fueron perforadas por la represión más allá de las caídas y borradas en la frontera”.⁸¹ Perdía también analiza las características de la represión sobre las y los militantes montoneros durante 1979: “El 80% o 90% de las bajas fue en lo que se llama el aparato político. ¿Qué función tenía? Básicamente tomar contacto con los emergentes políticos que eran los dirigentes sociales que iban apareciendo”.⁸² Quienes más expuestos quedaron frente al aparato represivo estatal fueron aquellos dirigentes que tenían entre sus tareas el contacto con otras fuerzas políticas, en busca de acciones comunes. El recuerdo de Gustavo Molfino resulta coincidente con el análisis de Perdía. Molfino, integrante de una sección de logística que dependía de la conducción, había ingresado al país durante 1979 para alcanzarle la documentación necesaria para su escape a un grupo de militantes de las Ligas Agrarias que habían abrevado en Montoneros. En Buenos Aires, se encontró con su hermana Marcela y luego con su cuñado, Guillermo Amarilla:

Esto fue agosto [de 1979], dos meses antes del secuestro de ellos, en octubre. Meses fatales. Le digo [a Marcela Molfino] si puedo verlo al Negro [Guillermo Amarilla]. Entonces me tira una cita a los pocos días. Me acuerdo de que nos encontramos cerca de Facultad de Medicina en un barcito que hay por ahí. El Negro me dice [...] “Mirá, la Contraofensiva no es lo que nosotros pensábamos, nos reciben bien”, porque él venía con una tarea política, él tenía que rearmar el

peronismo, entonces tenía contacto con [Deolindo] Bittel, con [Vicente] Saadi. “Todos me dicen: ‘Muy valiente, muchachos, lo de ustedes, pero salgan un par de años y vuelvan a entrar’”, y me acuerdo que yo le dije: “¿Y por qué no salen?”, y él me dijo: “No, ya estamos bien acá, insertados en un barrio, estamos re bien”. Fue la última vez que lo vi.⁸³

El 17 de octubre de 1979, Amarilla fue secuestrado en la vía pública, en la localidad de Ramos Mejía. Horas después, en San Antonio de Padua, Marcela Molfino correría su misma suerte. El testimonio de su hermano Gustavo deja en evidencia el nivel de exposición a la que estuvieron sometidos los dirigentes del MPM. La magnitud de la tarea encomendada —“el rearme del peronismo”— y el marco represivo, además, eran elocuentes con respecto a la desconexión y debilidad de Montoneros por ese entonces. La preservación de las TEA se había logrado a costa de su aislamiento. Esto no impidió que las y los militantes de esos grupos supieran de los secuestros y las desapariciones y criticaran la estrategia montonera en el país. El sacrificio y el heroísmo, puntales de la cultura política de la organización, cada vez generaba mayores incomodidades para los militantes.

La épica del territorio: las Tropas Especiales de Agitación-Sur

En julio de 1979, ingresaron al país las TEA-Sur, que, como su nombre lo indica, se instalaron en el sur del conurbano bonaerense. A diferencia de las TEA I y TEA II, las TEA-Sur estuvieron nutridas casi en sus tres cuartas partes por militantes que no se habían exiliado durante los momentos más crudos de la represión estatal y habían continuado su militancia en el territorio argentino. Habían formado parte de la Columna Sur, última estructura organizada de Montoneros que había subsistido en el país.⁸⁴ Entre 1977 y 1978, perdieron el vínculo con la organización. Fueron reenganchados por María, quien, siendo responsable de la precaria estructura montonera que aún quedaba en el conurbano sur luego del Mundial de 1978, había logrado reconectarse a través de Coca Lencinas —militante de la Rama Femenina del MPM— con la organización en el exterior. Luego reingresó al país y convocó a México a las y los militantes para que participaran de la preparación para la Contraofensiva.⁸⁵ María se hizo responsable de un pelotón de las TEA II y Víctor Hugo Díaz quedó como jefe de las TEA-Sur.⁸⁶

La primera célula, responsable de Lanús y Avellaneda, estuvo integrada por Nora Larrubia, su pareja Carlos Karis, Marcia Ceijas, pareja de Díaz, y Armando, un conocido del barrio que prontamente abandonó la organización. El segundo pelotón, afectado a Quilmes, Florencio Varela y Berazategui, contó con la presencia de una de las dos parejas de militantes que habían tenido experiencia exiliar: Noelia y Eusebio. También militó con ellos Agustín, que se había sumado a la Contraofensiva en Argentina pero que, al igual que Armando, se desvinculó raudamente. El último subgrupo lo conformaron otras dos parejas: Lili y Pepe y Marina Siri y Ricardo Rubio, que también habían atravesado exilio. Tenían a su cargo Lomas de Zamora y Esteban Echeverría.⁸⁷

Además de estar conformadas en su mayoría por militantes que no se habían exiliado, el otro rasgo distintivo de las TEA-Sur fue la ausencia de víctimas a manos del PRN: las y los militantes que ingresaron a Argentina pudieron regresar ilesos a fin de año a Panamá para realizar el balance de la estrategia con el responsable de la zona y, desde el asesinato de Mendizábal, miembro de la

conducción, Pereira Rossi. Para Díaz, ambas singularidades estuvieron relacionadas: “Aprendimos a pelear en el terreno y creo que a nosotros nos sirvió el aprendizaje que habíamos hecho de dejar los aparatos, autos, casas, logística. Nuestros móviles eran motos y bicicletas”.⁸⁸ Si bien recuerda que durante su estadía en el país no se enteró de los secuestros sufridos por las TEA I, Díaz plantea que las vicisitudes de ese grupo se debieron “al desconocimiento. Había muchos que venían de afuera y no podían ni alquilar una casa y pasaron los tres meses sin ubicar casas”.⁸⁹ En su recuerdo, Díaz legitima su práctica militante en las vivencias que había acumulado en el país durante la dictadura. En el mismo sentido se expresa Ricardo Rubio, también miembro de las TEA-Sur: “Yo tenía mucha confianza en cómo hacíamos política barrial y eso nos respaldó mucho, siempre tuvimos las casas abiertas”.⁹⁰ El contraste señalado por Díaz entre la actividad política en Argentina con respecto a la que podía proyectarse en el extranjero era consonante con los análisis de Montoneros que habían justificado la Contraofensiva. El rescate épico de su práctica militante, común también a la evocación de Rubio, se relaciona con la experiencia previa de abandono de la infraestructura provista por la organización, más por necesidad que por elección, y su camuflaje en el territorio:

Volvimos a hacer esas viejas cosas que se hacían al principio de la guerrilla, repartir juguetes, repartir carne, repartir comida, ese tipo de cosas [...]. Durante el Mundial hicimos cosas muy chicas. Estábamos viviendo en Quilmes, cerca de Triunvirato y Calchaquí, y al lado teníamos una fábrica Panam que cerraba a las diez de la noche, y el generador lo teníamos cerca de casa y se apagaba a las diez de la noche porque los compañeros estaban en huelga. Entonces salíamos con mi mujer [Marcia Ceijas]. Teníamos un mimeógrafo que habíamos comprado en Capital y en la fábrica Sarandí de papel, cerca de Constitución, planchas de contact, y ahí recortábamos y hacíamos consignas y las pegábamos por todos lados, pero también hacíamos pintadas. Una vez pintamos en Calchaquí y 12 de Octubre, cerca de la comisaría, “Argentina campeón, Videla al paredón”, la consigna que veíamos que la revista Somos había sacado de la “campana antiargentina”. Nosotros la reprodujimos y Derechili [militante de Columna Sur] decía que justo pasó en colectivo y vio la pintada —después la borran—, y hacíamos volanteadas y esas cosas.⁹¹

Entre las actividades que enumera Díaz, se destacan aquellas que las y los montoneros habían desarrollado durante los primeros años de la década de 1970. “Viejas cosas”, como el reparto de alimentos y juguetes, y “cosas muy chicas”, como pintadas o volanteadas, se anudan en su relato con una notable presencia del aparato represivo y con el aislamiento de los militantes que estaban en el país con respecto a las políticas implementadas por la conducción en el exterior. Las pintadas eran borradas y las consignas montoneras, en lugar de comunicarse por canales orgánicos, eran reproducidas a partir de los escasos datos que podían extraer de los medios de prensa adictos al régimen.

Tal vez por el valor asignado a su experiencia previa en el país, Díaz no responsabiliza a la cúpula partidaria por sus análisis de la situación política en Argentina ni por la forma diagramada para las transmisiones. En su parecer, lo que sostenían los documentos tenía un valor potencial. No anticipaban lo que sucedería, sino que evaluaban lo que, en el mejor de los casos, podía llegar a pasar: “Cuando recibía los análisis, había dos posturas: los compañeros que habían estado afuera se creían a pies juntillas lo que decía el documento. Nosotros lo creíamos en forma potencial, lo que podrá pasar [...]. No es que las masas estaban en la calle y no sé qué cosa. Y era toda una discusión”.⁹² Tal vez el anhelo de volver fuera más importante que la estrategia para hacerlo. Para Díaz, ni la sociedad estaba movilizada ni el gobierno de facto, en crisis. La atmósfera represiva reinante en Argentina le impedía vislumbrar el éxito que pronosticaba la conducción. No obstante, en su postura primaba la voluntad de seguir oponiéndose a la dictadura, independientemente de los resultados políticos que arrojase dicha oposición. Al contrario de lo que les sucedía a muchas y muchos militantes que estaban en el extranjero y dependían de los informes de la dirigencia montonera para mantener su vínculo con el país, las vivencias de Díaz y su grupo les habían brindado a estos suficientes elementos para relativizarlos.

Las TEA-Sur también se enteraron de la discusión doctrinaria de las TEA I con la conducción. Durante el entrenamiento en Cuernavaca, Olaf, instructor del aparato RLTV, refirió la idea de esconder el equipo en una camioneta, propia del grupo adelantado. Díaz recuerda que “se decía que ellos [TEA I] venían, que la idea era comprar un flete, camuflarlo y embutirle los equipos. Lo que pasa es que el alcance no era grande, era bajo, cuatro manzanas”.⁹³ No hay una crítica fundamentada en la disciplina partidaria, sino en la eficacia de la tarea realizada. Por eso, durante el entrenamiento, Díaz preguntó: “¿Qué pasa si uno se eleva?, ‘y, si se eleva, es más’. Y nosotros hicimos eso. Además no nos provocaba

absolutamente nada, conocíamos toda la operatividad. Teníamos que buscar las losas de edificios abandonados altos, si hay un guardia, tomarlo, y subir”.⁹⁴ El desconocimiento de las y los exiliados de las TEA I contrasta con la expertise que Díaz atribuye a su grupo y a sí mismo. La preservación de la vida no es una inquietud en su relato, quizás por las vivencias previas de gran exposición transitadas en el país.⁹⁵

Los otros cambios que aplicaron las TEA-Sur buscaron aumentar su conexión con las luchas que ocurrían en algunas fábricas. Regrababan las cintas: ya no era la voz de Firmenich la que instaba, en nombre del partido, al inicio de la Contraofensiva. En la voz de Marcia Ceijas se comunicaba la presencia, no del partido, sino del MPM, en una elección política por el “movimiento”, más cercano a la historia del peronismo que el partido leninista. Pero la no identificación con el partido también reflejaba la exterioridad que había embargado al grupo durante su permanencia en Argentina con respecto a los cambios que la conducción había implementado desde el extranjero.⁹⁶ La segunda modificación tuvo que ver con la realización de transmisiones únicamente en apoyo de los conflictos fabriles, al igual que habían hecho las TEA II en el segundo tramo de su campaña. En particular, el grupo buscó tener presencia en la fábrica de automóviles Peugeot, pero el contexto represivo dificultó esta intención. Según Díaz, Ceijas conocía a un delegado de allí al que fueron a ver junto con otro militante y le explicaron de qué se trataba el accionar de propaganda. El jefe de las TEA-Sur recuerda que el delegado les dijo: “Muchachos, lo único que les digo es que no pasen por la puerta de la fábrica porque los están esperando”.⁹⁷

Frente a la rigidez de la conducción con las TEA I, Díaz rememora una actitud opuesta:

Nosotros rearmábamos las cintas. Eso también es una flexibilidad y una mirada política mucho más amplia de Carlón [Pereira Rossi]. Yo le dije: “Afuera se dice tal cosa y nosotros vamos a apoyar los conflictos”, y él me mira y me dice: “Beto, ¿yo voy a venir a decirles a ustedes qué es lo que tienen que hacer que han estado todo el tiempo acá?”. Una confianza plena. No cualquiera hace ese tipo de cosas. Rearmábamos la cinta y repetíamos el comienzo: “Atención, atención”, pero nosotros hablábamos de los conflictos. Entonces nos hacía más cercanos. No hablábamos en general de la resistencia.⁹⁸

Díaz reconoce la flexibilidad de Pereira Rossi, fundamentada en el aprendizaje que habían hecho las y los militantes de su grupo durante su experiencia de clandestinidad en el país. El valor otorgado a la práctica militante en Argentina era un elemento constitutivo de la cultura política montonera y, como se observa en este caso, atravesaba a dirigentes y dirigidos. Da la impresión de que la cúpula partidaria no tuvo la misma necesidad de adoctrinar a quienes no habían partido al extranjero, en comparación con los que habían marchado al exterior en 1975 o en los primeros años de dictadura. Pero también hay otro elemento a considerar para explicar este comportamiento: al contrario de lo que había sucedido con las TEA I, donde las diferencias políticas se encontraban estrechamente ligadas con otro proyecto de poder interno, la ajenidad de los miembros de las TEA-Sur durante ese proceso descartaba cualquier intención de contrapoder.

Pese a la ausencia de conflictos entre la conducción y las TEA-Sur, Díaz cuestiona la visión política de la jefatura montonera. Para él, los dirigentes “quedaron anclados a una foto. Ellos creen que [la zona principal] es el norte [del conurbano bonaerense] por las fábricas más dinámicas, y al norte lo habían arrasado entre el 76 y el 77. Está la ESMA haciendo pelota todo”.⁹⁹ Para Díaz, ese error de mirada era una consecuencia del exilio orgánico. La exterioridad que valía para las y los exiliados también aplicaba para los principales dirigentes: “El error está dado por el hecho de correrte del territorio”.¹⁰⁰ En un mismo gesto, Díaz critica a sus exdirigentes y exalta su propia tarea y la de su grupo.

Rubio hace una operación testimonial parecida: “Nosotros llegamos acá [Argentina] y desde el primer día dijimos: ‘Hay un error de diagnóstico’. No se puede [...] montar una estructura clandestina para hacer operaciones cuando hay que hacer política en las entrañas. Desde el territorio comprometido lo dije: ni afuera, ni al costado, ni hoy”.¹⁰¹ La situación política argentina, para Rubio, no ameritaba la conformación de grupos comando secretos. La lógica de su argumento es la misma que la de la conducción, lo que evidencia el imaginario político común: su cuestionamiento adquiriría validez no por su contenido, sino por haber sido impulsado desde Argentina, cumpliendo disciplinadamente con las directivas de la organización.

En noviembre de 1979, luego de finalizada la campaña de propaganda, Díaz recibió un aviso en el enganche telefónico que tenía con Montoneros en el

extranjero sobre una reunión a la que debía concurrir. En un bar del centro de Avellaneda, se encontró con Elvio Alberione. No se conocían. Alberione desconfiaba de la cita, porque sabía, a diferencia del jefe de las TEA-Sur, de la gran cantidad de víctimas que había sufrido la organización a lo largo del año. Allí le entregó un sobre a Díaz con la orden de Pereira Rossi de asistir a una reunión en Panamá y el dinero para el traslado. Una vez en el país centroamericano, debió regresar a Argentina para facilitar la salida de todo el grupo hacia Panamá, donde se realizaría el balance grupal de la operación. Además, Pereira Rossi le encargó que también se hiciera cargo de la retirada de una célula de propaganda que debía actuar en la zona sur de la Capital Federal y que había quedado incomunicada: Julio César Genoud, Norma, hermana de Cristina, y el responsable, Eduardo Saliva, fueron quienes también se dirigieron a Panamá con las TEA-Sur. Excepto Genoud, que había logrado alquilar un departamento y realizar una transmisión desde la terraza del edificio, ni Norma ni Saliva habían logrado dar con una casa y habían permanecido en una pensión cerca del barrio de La Boca, en la zona portuaria de Buenos Aires.¹⁰²

En la reunión de balance, que Díaz recuerda “muy positiva”,¹⁰³ se juzgó la forma de operación, la relación con los conflictos obreros, la cantidad de interferencias y la reacción de la sociedad frente a ellas. Eran temas muy parecidos a los que había tratado Frías en su informe sobre las TEA II. Allí comentaron la metodología que habían aplicado, elevándose sobre edificios abandonados para aumentar el alcance de las transmisiones, y la regrabación de las cintas. Luego del encuentro, Pereira Rossi le ordenó a Díaz que fuese a Líbano a comandar un grupo de infantería que regresaría al país en 1980. Noelia, Eusebio, Nora Larrubia, Carlos Karis, Marina Siri y Ricardo Rubio también volverían al país durante ese año nucleados en actividades no armadas.

A lo largo de 1979, el contexto había cambiado. El desarrollo de la Contraofensiva en el país radicalizó a opositores convencidos y generó dudas en otras y otros militantes. La disidencia de Galimberti, Gelman y su grupo, con condena a muerte de por medio, mostró la magnitud que podían adquirir los conflictos al interior de Montoneros. Las TEA I, permeadas por las críticas de la disidencia, resistieron los lineamientos de la Contraofensiva, plantearon el apuro con el que había sido iniciada y cuestionaron la exposición de los militantes que la desarrollaron en el país. Incluso en las TEA II, que se atuvieron a las directivas de la cúpula partidaria, afloraron las diferencias. La represión del PRN y los escasos efectos políticos de sus acciones provocaron inquietudes en las y los montoneros. Fueron las TEA-Sur las que mayor prescindencia tuvieron de

los dictados de la conducción. Si bien su experiencia se encuentra prácticamente ausente en las aproximaciones históricas y memoriales a la Contraofensiva, la consideración de su historia parecería contrariar uno de los postulados más corrientes que la literatura especializada ha construido acerca del proceso: la ajenidad absoluta de todos los retornados y su desconocimiento del contexto político del país. Sobre la singularidad de no haber atravesado el exilio descansa la construcción de una memoria por parte de sus exparticipantes que intenta situarse en un lugar único de enunciación, roza la épica y legitima sus prácticas pretéritas. Aunque, por sobre todas las cosas, evidencia la tensión permanente, amplificada luego del exilio orgánico, entre la militancia en Argentina y en el extranjero, que la Contraofensiva había intentado resolver. Esa tensión también sería central en la experiencia de las TEI, tema del próximo capítulo.

¹ [“Anexo: Versión completa del comunicado que extracta ‘Le Monde’ del 25-2-79”, disponible en la Bibliothèque de Documentation Internationale Contemporaine \(BDIC\), Nanterre, Francia.](#)

² [“Anexo...”, op. cit.](#)

³ [Ibid.](#)

⁴ [Ibid.](#)

⁵ [Para una lectura de su plataforma, véase “Algunas reflexiones para la construcción de una alternativa Peronista Montonera Auténtica”, 9 de junio de 1979, disponible en la BDIC.](#)

⁶ [Partido Montonero, “Reunión de la Conducción Nacional del Partido Montonero. Anexo I, autocrítica del Teniente I Rodolfo Galimberti”, mayo de 1978, disponible en la BDIC. Allí Galimberti cuestionó el “clasismo”, “vanguardismo” y “militarismo” de la Columna Norte.](#)

⁷ [Marcelo Langieri, entrevista con el autor, Ciudad Autónoma de Buenos Aires \(CABA\), 13 de febrero de 2017.](#)

⁸ [Partido Montonero, “Resolución 045/79: Sobre la deserción de cinco militantes del Partido y cuatro milicianos en el exterior”, 10 de marzo de 1979, disponible en la BDIC.](#)

⁹ Ibid., p. 2.

¹⁰ Ibid., p. 3.

¹¹ Ibid.

¹² Ibid., p. 1.

¹³ Véanse Ernesto Salas, “El debate entre Walsh y la conducción Montonera”, en Lucha Armada en la Argentina, núm. 5, 2006, y Daniela Slipak, “Sobre desvíos, espejos y cúpulas. Las disidencias montoneras y las lecturas sobre los años setenta”, en Revista Izquierdas, núm. 32, 2017.

¹⁴ Marcelo Larraquy y Roberto Caballero, Galimberti. De Perón a Susana, de Montoneros a la CIA, Buenos Aires, Norma, 2000, pp. 322 y 323.

¹⁵ “Algunas reflexiones...”, op. cit., p. 5.

¹⁶ Ibid.

¹⁷ Marcelo Langieri, entrevista con el autor.

¹⁸ “Algunas reflexiones...”, op. cit., p. 17.

¹⁹ Partido Montonero, “Resolución 045/79”, op. cit., p. 2 y “Algunas reflexiones...”, op. cit., p. 5.

²⁰ “Boletín interno N° 12”, enero de 1980, p. 4.

²¹ “Algunas reflexiones...”, op. cit., p. 16.

²² Yuyo, entrevista con el autor, CABA, 6 de enero de 2017.

²³ Daniela Slipak, op. cit., p. 52.

²⁴ “Boletín interno N° 12”, op. cit., p. 4.

²⁵ Ibid.

²⁶ “Boletín interno N° 12”, op. cit., p. 13.

²⁷ Este es el caso de Roberto Viola, quien, ya como jefe del Ejército, sostenía que “desde el punto de vista económico, hay tres aspectos fundamentales que al Ejército lo mantienen en una constante preocupación. El primero de ellos es el desarrollo de la relación precios y salarios, otro el bajo poder adquisitivo de éstos, y en tercer término, un proceso que no podemos llamar recesivo, pero sí de no pleno desarrollo de la potencialidad económica general de nuestro país” (Clarín, 30 de enero de 1979, cit. en Hugo Quiroga, El tiempo del “Proceso”. Conflictos y coincidencias entre políticos y militares 1976-1983, Rosario, HomoSapiens, 2004, p. 167). Las declaraciones de Viola no constituían una excepción: Omar Graffigna, jefe de la Fuerza Aérea, también emitió un comunicado que mostraba su preocupación por la inflación y la pérdida de poder adquisitivo de los salarios. Para completar el panorama, Carlos Chasseing, gobernador de facto de Córdoba, dimitió de su cargo en febrero de 1979 por discrepancias con los lineamientos de Martínez de Hoz (Hugo Quiroga, op. cit., pp. 167 y 168).

²⁸ Hugo Quiroga, op. cit., p. 168.

²⁹ Un cuarto grupo de TEA puede rastrearse en Córdoba, aunque con notable menor organicidad y cantidad de militantes. Así lo sugiere un documento de inteligencia titulado “Síntesis de declaraciones del DT [delincuente terrorista] NG [nombre de guerra] ‘Cacho’ o ‘Negro Cacho’. Nivel Tte. 1° de la BDT ‘montoneros’. Jefe de la unidad integral”, confeccionado sobre la base de declaraciones en medio de la tortura. El documento refiere la existencia de ocho militantes de los cuales solamente dos eran orgánicos a Montoneros. Como conclusión del informe, las Fuerzas Armadas (FFAA) destacan la desarticulación de las TEA Córdoba para septiembre de 1979.

³⁰ Inicialmente, las TEA-Sur iban a ser coordinadas por Rolo, pero abandonó la organización en el extranjero. Víctor Hugo Díaz, que era jefe de un pelotón, quedó al mando del grupo por orden de Pereira Rossi (Víctor Hugo Díaz, entrevista con el autor, La Plata, provincia de Buenos Aires, 27 de diciembre de 2016).

³¹ Marcelo Larraquy, Un siglo de violencia política. 1890-1990, de Roca a Menem, la historia del país, Buenos Aires, Sudamericana, 2017, p. 636.

³² Sobre el sindicalismo durante la dictadura, véanse Álvaro Abós, Los sindicatos argentinos. Cuadro de situación, Buenos Aires, Centro de Estudios para el

[Proyecto Nacional, 1984; Pablo Pozzi, La oposición obrera a la dictadura \(1976-1982\), Buenos Aires, Contrapunto, 1988; Ricardo Falcón, “La resistencia obrera a la dictadura militar \(una reescritura de un texto contemporáneo a los acontecimientos\)”, en Hugo Quiroga y César Tcach \(comps.\), A veinte años del golpe. Con memoria democrática, Rosario, HomoSapiens, 1996; Héctor Palomino, “Los cambios en el mundo del trabajo y los dilemas sindicales”, en Juan Suriano \(dir.\), Dictadura y democracia \(1976-2001\), en Nueva historia argentina, Buenos Aires, Sudamericana, 2005, t. X, pp. 378-439; Daniel Dicósimo, “Dirigentes sindicales, racionalización y conflictos durante la última dictadura militar”, en Entrepasados, vol. XV, núm. 29, Buenos Aires, 2006, entre otros.](#)

³³ [Hugo Quiroga, op. cit., p. 170.](#)

³⁴ [Ibid.](#)

³⁵ [Ibid., p. 171.](#)

³⁶ [Larraquy reconstruye en detalle la historia de este grupo \(Fuimos soldados. Historia secreta de la Contraofensiva montonera, Buenos Aires, Aguilar, 2006, pp. 66 y ss.\). Véase también Eduardo Astiz, Lo que mata de las balas es la velocidad. Una historia de la contraofensiva montonera del 79, La Plata, De la Campana, 2005, p. 30.](#)

³⁷ [Yuyo, entrevista con el autor.](#)

³⁸ [Luján Vich integró el aparato político de zona norte durante la Contraofensiva. Allí fue secuestrado. Continúa desaparecido \(Marcelo Larraquy, op. cit., pp. 123 y 124\).](#)

³⁹ [Yuyo, entrevista con el autor.](#)

⁴⁰ [Ibid.](#)

⁴¹ [Yuyo, entrevista con el autor.](#)

⁴² [Marcelo Langieri, entrevista con el autor; Yuyo, entrevista con el autor.](#)

⁴³ [Marcelo Langieri, entrevista con el autor.](#)

⁴⁴ Ibid.

⁴⁵ Según surge de las declaraciones judiciales de Néstor Cendón, quien fuera integrante del Grupo de Tareas II dependiente del Batallón de Inteligencia 601 del Ejército, la dictadura diagramó desde mediados de 1978 la “Operación Murciélago” para capturar a las y los montoneros en los pasos fronterizos. Para ello, montó bases en distintas fronteras y se valió de la coacción a militantes cautivos, que utilizó como “marcadores” para que reconocieran a sus compañeros al momento del ingreso al país (Causa N° 8905/07, “Simón Antonio Herminio s/Privación ilegal de la libertad personal”, Juzgado Nacional en lo Criminal y Correccional Federal N° 4, Secretaría N° 8, pp. 56 y 57).

⁴⁶ “Boletín interno N° 12”, op. cit.

⁴⁷ Yuyo, entrevista con el autor.

⁴⁸ Sobre el mensaje que transmitían, véase Eduardo Astiz, op. cit., pp. 190-192.

⁴⁹ Yuyo, entrevista con el autor.

⁵⁰ Según Yuyo y Langieri, Berliner, integrante de las TEA I, también quería cortar vínculo con la organización y quedarse en Argentina por su cuenta. Susana “Chana” Solimano, expareja de Mendizábal, era, en cambio, una de los más fervientes exponentes de las posturas de la conducción (Marcelo Langieri, entrevista con el autor; Yuyo, entrevista con el autor).

⁵¹ “El montonero que vale por 8”, en Evita Montonera, núm. 13, abril-mayo de 1976, p. 20.

⁵² Marcelo Langieri, entrevista con el autor; Yuyo, entrevista con el autor.

⁵³ “Boletín interno N°12”, op. cit., p. 7.

⁵⁴ Sobre la historia de María Consuelo Castaño Blanco, véase Diego Gualda, “El día que Cox salvó a una española y sus hijas”, en Perfil, 19 de noviembre de 2012, disponible en línea: <<http://noticias.perfil.com>>.

⁵⁵ “Boletín interno N° 12”, op. cit., p. 6.

⁵⁶ Ibid.

⁵⁷ Ibid., p. 7.

⁵⁸ Eduardo Astiz, op. cit., p. 222.

⁵⁹ Marcelo Larraquy, Fuimos soldados, op. cit., p. 120.

⁶⁰ Militante de Montoneros desde 1970, fue ministro de Gobierno de San Luis durante la presidencia de Cámpora. Fue encarcelado y accedió al derecho a opción con rumbo a México, donde se integró al MPM. Volvió al país en junio de 1979 a reactivar contactos políticos. Fue secuestrado el 27 de noviembre, torturado y asesinado (elaboración propia sobre la base de la biografía realizada por Roberto Baschetti, disponible en línea: <<http://www.robortobaschetti.com>>).

⁶¹ Marcelo Larraquy, Fuimos soldados, op. cit.

⁶² La reconstrucción de las identidades del grupo se hace especialmente a través del texto de Eduardo Astiz (op. cit.), miembro de las TEA II. Sostiene que había 16 integrantes, pero reconstruye únicamente 13 perfiles.

⁶³ Eduardo Astiz, op. cit., pp. 8-12.

⁶⁴ Ibid., p. 120.

⁶⁵ Ibid., p. 311.

⁶⁶ Eduardo Astiz, op. cit., pp. 238 y 239.

⁶⁷ Ibid.

⁶⁸ Roberto Baschetti, Documentos 78/80. Del Mundial a la Contraofensiva, La Plata, De la Campana, 2014, p. 160.

⁶⁹ Ibid.

⁷⁰ Ibid.

⁷¹ Roberto Baschetti, Documentos 78/80, op. cit., p. 162.

⁷² Ibid.

⁷³ Ibid.

⁷⁴ Ibid., pp. 162 y 163.

⁷⁵ Este tema será abordado con más detalle en el próximo capítulo.

⁷⁶ Eduardo Astiz, op. cit., pp. 284 y ss.; Marcelo Larraquy, Fuimos soldados, op. cit., p. 169.

⁷⁷ Roberto Baschetti, Documentos 78/80, op. cit., p. 163.

⁷⁸ Eduardo Astiz, op. cit., p. 296.

⁷⁹ Roberto Baschetti, Documentos 78/80, op. cit., p. 163.

⁸⁰ Eduardo Astiz, op. cit., p. 306.

⁸¹ Ibid., p. 308.

⁸² Roberto Perdía, entrevista con el autor, City Bell, provincia de Buenos Aires, 14 de diciembre de 2016.

⁸³ Gustavo Molfino, entrevista con el autor, CABA, 31 de octubre de 2016.

⁸⁴ De acuerdo con las estimaciones de la inteligencia militar, para septiembre de 1977 Montoneros contaba con entre 200 y 210 militantes en la Columna Sur, mayor cantidad que en la Columna Oeste (140-150 militantes) y la Columna Norte (100-120) (Dirección de Inteligencia de la Policía de la Provincia de Buenos Aires, Mesa “D(s)”, Carpeta Varios, Legajo 13431). Según otro informe referido a la Columna Sur, 67 militantes habrían sido asesinados o secuestrados por las FFAA y habrían quedado, para fines de 1979, 23 militantes (Dirección de Inteligencia de la Policía de la Provincia de Buenos Aires, Mesa “D(s)”, Actualización de la BDT Montoneros, enero de 1980).

⁸⁵ Víctor Hugo Díaz, entrevista con el autor.

⁸⁶ Sobre la experiencia de Díaz, véase el filme documental La victoria de Beto, de Horacio Rafart, 2013. Además, la “campana” de las TEA-Sur fue abordada por el ciclo “Medios y dictadura” de la Universidad Nacional de Quilmes, disponible en línea: <<https://www.youtube.com>>.

⁸⁷ Víctor Hugo Díaz, entrevista con el autor; Ricardo Rubio y Marina Siri,

entrevista con el autor, San Miguel, provincia de Buenos Aires, 27 de abril de 2017. Rubio y Siri habían llegado a Suecia en 1978 y se habían dedicado a conformar el MPM en ese país.

⁸⁸ Víctor Hugo Díaz, entrevista con el autor.

⁸⁹ Ibid.

⁹⁰ Ricardo Rubio y Marina Siri, entrevista con el autor.

⁹¹ Ricardo Rubio y Marina Siri, entrevista con el autor.

⁹² Ibid.

⁹³ Ibid.

⁹⁴ Ricardo Rubio y Marina Siri, entrevista con el autor.

⁹⁵ En 1977, Díaz fue secuestrado y llevado al centro clandestino de detención (CCD) del Regimiento 3 de La Tablada, del que logró escapar. Meses después fue gravemente herido en su espalda luego de un enfrentamiento en medio de un operativo militar en la vía pública. Se refugió en una casa cercana hasta que logró recomponer su salud. Un año después partió al extranjero (filme La victoria de Beto, op. cit.).

⁹⁶ Resulta ilustrativo de esta exterioridad el siguiente fragmento: “Llegamos a México. Fuimos a un hotel primero. Un compañero vino a buscarnos con la ropa partidaria y mi mujer [Marcia Ceijas] le dice: ‘¿Venís disfrazado de partido?’. Típico del que está acá adentro [Argentina] y lo chicanea” (Víctor Hugo Díaz, entrevista con el autor).

⁹⁷ Víctor Hugo Díaz, entrevista con el autor.

⁹⁸ Ibid.

⁹⁹ Víctor Hugo Díaz, entrevista con el autor.

¹⁰⁰ Ibid.

¹⁰¹ Ricardo Rubio y Marina Siri, entrevista con el autor.

¹⁰² Víctor Hugo Díaz, entrevista con el autor.

¹⁰³ Ibid.

V. La ortodoxia montonera.

Los atentados de la Contraofensiva

ADEMÁS DEL RETORNO AL PAÍS de las Tropas Especiales de Agitación (TEA) y de los dirigentes del Movimiento Peronista Montonero (MPM), el desarrollo de la Contraofensiva incluyó el accionar militar a cargo de las Tropas Especiales de Infantería (TEI). Su objetivo era el ataque a la cartera económica de la dictadura, que Montoneros consideraba como “centro de gravedad” de su poder y responsable de los descontentos sociales contra el Proceso de Reorganización Nacional (PRN). Las y los militantes entrenados en España, Líbano y Siria ingresaron en secreto en junio de 1979. Debían alquilar una casa, agruparse y realizar el operativo previsto para el último trimestre del año. Luego del atentado, volverían al extranjero para hacer el balance con los jefes de la organización y ver cómo seguir. Las hipótesis más optimistas preveían el inicio de una insurrección y el retorno de la conducción para dirigir la rebelión. Evitar el asentamiento definitivo de los militantes fue una de las recetas principales con las que Montoneros pretendió eludir la represión de las Fuerzas Armadas (FFAA).

Las vivencias de clandestinidad en Argentina fueron muy exigentes para los miembros de las TEI. De forma similar a lo que sucedió con las TEA, el temor, el secreto y la soledad fueron transitados por quienes tuvieron a cargo los atentados militares. La represión estatal, amenazante, estaba a la luz del día e inquietaba: no había rastro alguno de la crisis diagnosticada por la conducción. En estas circunstancias, las y los militantes de las TEI pudieron comparar los análisis que la cúpula partidaria había elaborado en el exterior. Esas ideas no surgían solo de la militancia durante la Contraofensiva, sino que se vinculaban también con las experiencias previas con la organización, con sus compañeros y con la lejanía del exilio. La Contraofensiva permitió quebrar la distancia — geográfica y simbólica— entre el “exterior” y “Argentina”, que se había abierto con más fuerza desde fines de 1976 con el inicio del exilio orgánico.

Luego de los atentados, las respuestas de las y los militantes fueron variadas.

Mientras algunos revalidaron su compromiso con la organización sin importar los resultados obtenidos, otros se alejaron definitivamente de Montoneros e, incluso, de la política. Uno de los grupos de las TEI presentó particulares dificultades para cumplir con las directivas de la conducción. Pero, a diferencia de las TEA I, estas complicaciones no respondieron a la manifestación de una tendencia política interna, sino que fueron producto de sus vivencias en el país. A partir de la historia de ese grupo, las TEI II, este capítulo narra la historia de los militantes armados durante el segundo semestre de 1979.

LAS TROPAS ESPECIALES DE INFANTERÍA

Cerca de cuarenta militantes conformaron las TEI en 1979. Nunca se conocieron entre todos. Se dividieron en grupos de poco más de diez integrantes e hicieron su entrenamiento militar en dos bases ubicadas en Líbano y una en Siria. El jefe de las TEI fue Raúl Yäger, número tres de la conducción y secretario militar de la organización. Su vínculo con los distintos grupos fue coordinado por el capitán Alcides. Quienes formaron parte de los distintos grupos no conocieron en su sede de adiestramiento los objetivos propuestos por Montoneros para la realización de los atentados. Sí sabían, por los documentos partidarios y por el análisis que había compartido Yäger en su paso por los campos de la Organización de Liberación Palestina (OLP), que sería algún personaje vinculado al área económica de la dictadura. El resto de la información sería entregada por los jefes de grupo en Buenos Aires.

Las TEI I, a cargo del cubano Manuel López,¹ fueron las responsables de atentar contra Guillermo Walter Klein, secretario de Programación y Coordinación Económica del Ministerio de Economía dirigido por Martínez de Hoz.² Las TEI II, lideradas por Osvaldo Olmedo, atacaron a Juan Ernesto Alemann, secretario de Hacienda. Finalmente, las TEI III, dirigidas por Chacho,³ asesinaron a Francisco Soldati, director del Banco de Crédito Argentino. Los tres operativos tuvieron lugar entre septiembre y noviembre de 1979 en Buenos Aires y sus alrededores.

La forma del ingreso al país de las y los militantes de infantería fue similar a la que transitaron sus pares de las TEA. Estuvo digitada por la conducción, dejando pocas decisiones libradas al arbitrio de los participantes. Los militantes ingresarían en pelotones de a tres por las fronteras de los países limítrofes. Uno sería el encargado del grupo, quien tendría comunicación directa con el jefe. Cada TEI se dividiría entre tres y cuatro pelotones. El sentido de esta organización celular era evitar las comunicaciones horizontales al interior de los grupos. La información debía estar cuidadosamente compartimentada a fin de impedir filtraciones que pusieran en riesgo los atentados a realizar. La idea de los dirigentes montoneros era que los primeros dos operativos —contra Alemann y Klein— fuesen simultáneos para ganar notoriedad pública. No obstante,

Olmedo, jefe de las TEI II, suspendió el atentado contra Alemann a poco de iniciarse debido a los problemas que había tenido su grupo desde su arribo a Argentina, frustrando las intenciones de la conducción.

Entre tres y cuatro meses antes, hacia mediados de 1979, había culminado el entrenamiento escalonado entre España y Líbano o Siria. En los primeros días de junio, las y los militantes ya estaban listos para regresar. Había llegado el momento de volver a Argentina. Los integrantes de las TEI fueron trasladados hasta el aeropuerto de Beirut por militantes de la OLP. Regresaron en pequeños grupos y, luego de su paso obligado por distintos puntos de Europa, se reagruparon en Buenos Aires.

Además de Olmedo, las TEI II estuvieron conformadas por Marta, su pareja; Silvia Dameri y su esposo Orlando Ruiz; Adolfo Bergerot; Graciela; Juan; Cristina y su pareja Manuel; Alcira Macchi; José y Raúl. Luego, ante la suspensión del atentado, Ángel García Pérez reemplazó a Olmedo para dirigir, en segunda instancia, el operativo.⁴

Adolfo Bergerot estuvo a cargo de uno de los pelotones que ingresó a Argentina. Luego de la finalización del entrenamiento, se fue de Medio Oriente con una compañera y un compañero rumbo a Europa. Llegaron a París y, para despistar a sus posibles seguidores, marcharon un par de días a Lille, en el norte de Francia, donde cambiaron los documentos que portaban y regresaron a la capital. Bergerot era el responsable del grupo: “Tenía la información compartimentada y manejaba la guita, iba comprando pasajes, compartíamos hotel”.⁵ Cada militante había partido de las sedes de entrenamiento con tres juegos de documentos que habían sido preparados por el sector logístico de la organización en España, previamente al desembarco en Medio Oriente. La doctrina montonera al respecto establecía que las y los militantes, para resguardarse de posibles seguimientos, debían salir de Europa con una identidad distinta a la que habían usado para ingresar. La ruta de retorno también había sido planificada desde Montoneros. Ante la pregunta de cómo había decidido el itinerario de vuelta, Bergerot responde: “Estaba decidido. No sé si lo de Lille, no me acuerdo. Pero sí lo de ‘llegás a París, te vas a otra ciudad uno o dos días, cambiás documentación y volvés a salir’”.⁶ Luego de su paso por Lille, Bergerot y su pelotón regresaron a París y de ahí volaron a San Pablo. Allí volvieron a cambiar la documentación y abordaron un colectivo hasta Foz de Iguazú, en la frontera con Argentina.

El retorno del pelotón tuvo un contratiempo nada desdeñable. Entre las fronteras

recomendadas por la organización, Bergerot había elegido el ingreso por Foz de Iguazú, luego Posadas y finalmente avión hasta el Aeroparque Jorge Newbery, en Buenos Aires. Debían evitar el Aeropuerto Internacional de Ezeiza, puesto que allí las FFAA contaban con el DIGICOM, que era una tecnología desarrollada para detectar documentos falsos.⁷ Por eso, y a instancia de sus jefes, Bergerot había decidido el ingreso por tierra desde el noreste del país. Pero desconocía que Graciela, una de las integrantes de su grupo, era oriunda de Posadas. Cuando el taxista de frontera que iba a trasladarlos hasta el aeropuerto, también de Posadas, la reconoció por su militancia previa y se negó a subirla a su auto, Bergerot debió improvisar para evitar que los descubrieran: “Le tuve que decir algo a la piba, porque ella se estaba quedando colgada y quedamos en el aeropuerto, y ella se fue en otro taxi”.⁸ Cuando se reencontraron en el aeropuerto de Posadas, Bergerot le dijo: “‘Che, el taxista dijo que te conoce’, ‘sí, es que soy de acá’”.⁹

Bergerot deja en evidencia el descuido que rodeó su ingreso al país. La conducción, que estaba al tanto de la historia previa de los participantes de la Contraofensiva, no tomó en cuenta la procedencia de Graciela, aumentando así el peligro al que estuvo expuesto el pelotón que ingresó por Posadas. En su arribo a Argentina, Bergerot recuerda el elevado grado de desconexión con la situación local: “Teníamos dólares, no teníamos plata argentina. Todo era sospechoso, hasta la ropa. Recuerdo el viaje hablando de fútbol con un tipo en el colectivo y no sabía ni quién había salido campeón”.¹⁰ Tres años habían transcurrido desde su detención en La Plata y casi dos desde que se había exiliado en Madrid mediante el uso de la opción de salida del país. En el extranjero, poco se había enterado sobre el estado de cosas en Argentina, o lo había hecho solo a través de los “análisis de situación” que compartía la cúpula de la organización. El 20 de junio, Bergerot y su pelotón llegaron finalmente a Buenos Aires. Se alojaron en un hotel en las inmediaciones de la avenida 9 de Julio, en el centro porteño.

Cristina, también integrante de las TEI II, ingresó al país en otra célula que, en lugar de pasar por Francia, lo hizo por Italia. Llegaron primero a Milán y de ahí fueron a Roma. Después de dos semanas en la capital italiana, tomaron un avión rumbo a Río de Janeiro y completaron el recorrido hacia Buenos Aires por tierra, atravesando Asunción del Paraguay. Cristina recuerda, años después, la sensación que tuvo en su retorno al país: “Los dispositivos represivos eran constantes en la calle [...]. Manuel [pareja de Cristina] en eso se la bancaba bastante poco, entonces yo lo iba sosteniendo para que no saliera corriendo”.¹¹

Manuel había estado preso en las cárceles de Devoto y La Plata. Según el recuerdo de Cristina, estas experiencias lo habían marcado de cara a un nuevo secuestro. Además, el contexto político no demostraba coincidencia alguna con el que habían diagnosticado los documentos partidarios: “Movilización en la calle, no, casi imposible [...] yo no esperaba una movilización [...]. Podía ser que hubiera algunas huelgas en otro lugar donde nosotros no lo podíamos ver, pero no estábamos metidos dentro del ámbito gremial y no podía saber qué pasaba en otro lugar”.¹²

Argentina aparecía férreamente dominada por la dictadura. En la rememoración de Cristina, además, son centrales las vivencias previas de los retornados a manos del aparato represivo del PRN —en este caso, las de Manuel— para entender sus primeras reacciones una vez en el país. Dado que una parte considerable de los integrantes de la Contraofensiva pertenecía al grupo de los opcionados, cabe pensar la relación que se gestaba en cada uno entre su experiencia carcelaria previa y el miedo a una nueva detención. No quedan dudas de que la extrañeza con el estado de cosas en el país es el eje vertebrador de los testimonios de Cristina y Bergerot. Dos cuestiones parecían seguras: ni las protestas gremiales eran lo suficientemente consistentes como para trascender el ámbito fabril y eludir la censura estatal, ni las y los militantes montoneros estaban conectados con la cotidianeidad de los trabajadores.

Para 1979, el PRN ya había renovado enteramente su Junta Militar de gobierno. El nuevo triunvirato estaba conformado por Roberto Viola, por el Ejército, Armando Lambruschini, por la Armada, y Omar Graffigna, por la Fuerza Aérea. Como presidente continuaba Videla, aunque con menor autonomía que la que había gozado cuando todavía pertenecía a la junta. Luego de la violenta represión a la primera huelga general en abril, la dictadura se había visto obligada a modificar su agenda, que estipulaba la presentación de sus planes políticos a la sociedad, por la “irrupción del frente de los derechos humanos como preocupación central”.¹³ Paula Canelo señala que desde agosto de 1979 la inquietud principal de las más altas esferas del gobierno se orientó a prepararse frente a la visita de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH) de la Organización de Estados Americanos (OEA), prevista para septiembre, relegando a un segundo plano la formalización de la propuesta política doméstica. Además, en ese marco se disputó el Mundial Juvenil de Fútbol en Japón, entre el 26 de agosto y el 7 de septiembre. Al igual que había sucedido el año previo, consagró a Argentina campeón e impulsó una campaña gubernamental en contra de las denuncias provenientes del extranjero, a partir de

la fórmula ideada por la empresa Burson Masteller: “Los argentinos somos derechos y humanos”.¹⁴

Bergerot es más categórico que Cristina. A contrapelo de las lecturas propiciadas desde la conducción sobre la situación política argentina, recuerda que encontró una sociedad más movilizada por los triunfos deportivos que por la oposición al régimen. Su impresión estuvo en línea con la discusión que había mantenido con Alcides en Líbano respecto del aislamiento de la acción militar montonera en relación con los intereses de la sociedad. En su testimonio, sobresale la desmoralización que lo invadió a partir de la distancia observada entre su propósito y las expectativas sociales:

Yo llego en junio del 79, y nosotros veníamos a la Contraofensiva, donde íbamos a acompañar o a terminar de dar el impulso a la resistencia contra la dictadura, y llego en junio del 79 y se estaba celebrando en Buenos Aires, bueno, en Argentina, el triunfo. Hacía un año que Argentina había salido campeona del mundo del 78 y el juvenil de Japón, donde salió [Diego Armando] Maradona. Argentina estaba de fiesta futbolera, y no fue por eso, pero sentí el peso de ser un extraño, un marciano, intentando llevar adelante una acción política y militar en un país que no quería saber nada. La famosa resistencia sería la mía o la de los que estaban conmigo, pero la gente no resistía mucho. No es que no hubiese conflictos gremiales, y por supuesto que eran tapados, que la prensa no los levantaba. Estaba la resistencia de las Madres de Plaza de Mayo. No es que nadie hacía nada, pero no tenían, digamos, claramente sentí que era, que había algo de políticamente delirante.¹⁵

La situación del país condujo a Bergerot a cuestionar los principios que habían guiado su incorporación a la Contraofensiva. El optimismo voluntarista de los documentos que lo habían instado al retorno cobraba un carácter de profunda irrealidad a la luz de los festejos futboleros que movilizaban a la sociedad y del contexto político más general. Su rememoración es elocuente: “Sentí el peso de ser un extraño, un marciano”. Durante su entrenamiento en Líbano, Bergerot había establecido una buena relación con el jefe de las TEI II, Olmedo. Tal vez por esta razón fue designado, además de encargado de un pelotón, como responsable de conseguir una casa operativa donde pudiera instalarse todo el

grupo que estaba disperso en hoteles y pensiones de Buenos Aires. A los tres días de su llegada, tuvo un encuentro con Olmedo en el centro de la ciudad y se comprometió a alquilar una casa en los barrios de Villa Urquiza, Chacarita, Belgrano o Núñez. Para ser útil, el inmueble debía tener un garaje para entrar y sacar gente y además un jardín trasero por el cual pudieran escapar las y los militantes en caso de ser detectados por las FFAA y de Seguridad.¹⁶

Bergerot no pudo dar con la casa indicada. Simulando ser un fotógrafo tandilense deseoso de montar su estudio en la gran ciudad, intentó alquilar un inmueble con los dólares que tenía asignados por la organización para resguardar al grupo. Mientras tanto, mantenía controles con los otros dos miembros de su pelotón y también con Olmedo. Durante ese tiempo, fue visto por excompañeros de militancia y también por conocidos de su ciudad natal y, de a poco, comenzó a sentir una creciente inseguridad que se manifestó en un miedo concreto a ser apresado. Su experiencia carcelaria previa aparece en su testimonio como catalizadora de su pánico, similar a la que Cristina había observado en Manuel: “Era un peligro. Nosotros no podíamos tomar contacto con nadie de acá. Yo no tenía ni fierro [revólver] ni pastilla [de cianuro]”.¹⁷ En ese contexto de creciente inseguridad, Bergerot se enteró de que a su compañera de Posadas se la había llevado la policía y el otro militante que completaba el pelotón dejó de acudir a las citas.¹⁸

Al contrario de lo que sostiene parte de la literatura específica sobre la Contraofensiva, las y los militantes que volvieron al país conocían el destino que corrían los secuestrados por el gobierno de facto.¹⁹ La información sobre la virulencia represiva dictatorial circuló en el exterior, aportada por quienes habían podido fugarse de los CCD, por ejemplo, los militantes montoneros Juan Carlos Scarpatti, en 1977, y Horacio Maggio y Jaime Dri, en 1978.²⁰ También los operativos montados por la dictadura en el exterior, como la Operación México, habían desnudado la existencia de los campos de detención clandestina y la realidad de buena parte de los secuestrados. En ese marco, el miedo de las y los militantes a ser detenidos aumentaba y, en algunos casos, se imponía. Si bien pudo haber desconocimiento en algunos de los participantes de la Contraofensiva, sobre todo en los más jóvenes, dicho desconocimiento no fue una regla y, por lo tanto, no puede ser atribuido como un condicionante de la decisión de volver al país. Sobre todo, cuando ya habían transcurrido tres años desde el golpe de Estado. En todo caso, la pregunta debería orientarse a interrogar por qué, a pesar de que estaban al tanto de la situación represiva en el país, los militantes integraron, de todos modos, la Contraofensiva.

Como recuerda Bergerot, el desbande de su pelotón fue el acontecimiento que lo llevó a tomar la decisión de apartarse:

Me voy a un bar en la esquina y agarro una servilleta y anoto “pro” y “contra”, “me quedo” o “me voy”. Y empecé a escribir. Terminé de pensarlo, de decidirlo, de escribirlo: “Me voy”. Y tomé la decisión de irme y de no comunicarlo. Primero, porque no me dio el cuero. A ver, no me hubiera pasado nada, yo me podría haber encontrado con Miguel [Olmedo] en una esquina y decirle: “Mira, Miguel, me voy a abrir”, y no podía hacer nada [...] no era que era un problema puntual de que en ese momento me fuera a pasar algo. No lo pensé tan así. Después, tengo mucha vida, he pensado: “Cómo fue que hice eso”. La decisión fue: “Me abro y no digo nada”. Y, sobre todo, por la cuestión de seguridad. Yo tuve claro que si me seguía vinculando, caía de nuevo. Y yo no iba a caer vivo de nuevo. Por muchas cosas. No tenía armas ni cianuro y estaba pensando todo el tiempo a dónde iba, cómo me mataba. Si hubieran venido acá [señala el cuarto donde se realiza la entrevista], hubiera pensado en la lengua en un enchufe, no sé. Algo de cómo matarme. Balcón, veinte metros, no, me voy a romper una pierna, no. Y no quería caer vivo, porque iba a delatar, lo tuve clarísimo. Pero muy claro.²¹

Bergerot abandonó el país sin avisar. El motivo principal fue preservar su vida, que sentía profundamente amenazada, pero también la del resto del grupo, ante el temor personal de delatarlo frente a un eventual secuestro. En su diagnóstico, el sacrificio ya no valía la pena. Si bien en sus relatos actuales destaca su arrepentimiento por no haber comunicado su decisión en ese momento y por haber contrariado la lógica militante de la época al retirarse de la acción, su fijación con la muerte y con la posibilidad de suicidarse en un hipotético apresamiento parecen haberse impuesto por sobre su convicción militante. Su temor y falta de confianza en la realización del atentado, definida como “debilidad ideológica” desde las categorías montoneras, contribuyeron notablemente a exacerbar las secuelas que le había dejado su secuestro previo. A partir de ese momento, desanduvo el camino por el que había ingresado al país y retornó a España, desde donde avisó lo ocurrido a la casa que Montoneros tenía en Madrid y devolvió el dinero que le había sido asignado por la organización: “No quería que me vieran, estaba superavergonzado, había desertado [...]. Se me

cayó el mundo. No es que yo había ‘caído’ y me habían echado. Yo me había ido”.²² El alejamiento de Bergerot afectó la organización del grupo. Su vergüenza y malestar por no haber cumplido la misión, aún vívidos en su relato a pesar de los casi cuarenta años transcurridos, son un reflejo de las exigencias de la vida clandestina y del sentido exclusivamente personal que asigna a sus acciones. No predomina en su deserción un balance político o una responsabilidad atribuible a otros actores de la organización, por ejemplo, sus dirigentes. Antes bien, Bergerot remarca su responsabilidad exclusiva: no lo habían expulsado; él se había ido. Y junto con ese alejamiento, los valores militantes que habían ordenado su experiencia se habían desestructurado.

La severidad de la vida clandestina en Argentina no fue experimentada solo por los militantes de las TEI II. Si bien este grupo fue el que más obstáculos tuvo para realizar el operativo programado, la experiencia de los integrantes de las TEI I también fue angustiante. Como ejemplo, valga el caso de Ricardo Zuker. Aunque él permaneció en Montoneros e, incluso, participó de la Contraofensiva de 1980, sus vivencias en el país distaron de ser cómodas:

Yo ando tirando. Es muy difícil vivir sin ver a nadie [...]. Estoy muy necesitado de afecto. Hace más de dos meses que no tengo noticias de Marta [Elina Libenson, su pareja] y de la nena [Ana Victoria, hija de Marta y su pareja previa Isaac Dricas, detenido-desaparecido en 1976]. Nuestra lejanía y la incomunicación, la imposibilidad de ver a la gente querida, todo eso, y que en general las cosas no andan muy bien, me rayan bastante, pero trato de seguir para adelante [...]. Yo estoy acá, ubicándome, analizando las cosas y tratando de convencerme de que no me apresuré en esta decisión. Por ahora, y valga como moraleja, me resulta muy difícil. En otros aspectos sin duda estoy viviendo experiencias riquísimas que esperamos que me sirvan en toda su valoración y para siempre. De la ciudad no te puedo contar mucho ya que casi no salgo, salvo por necesidad o alguna de mis escapadas. Lo que sí, todo está carísimo, inmensamente caro. Además, la ciudad tiene valor en relación con la gente con que uno la vive, la comparte, y yo la estoy sobreviviendo en una soledad bastante dura. Como verás, estoy bastante “depre”, no sabés cómo necesito a los que quiero [...]. Tal vez te sirva para saber lo mucho que te quiero, cómo decirte, tal vez como premonición, que si en una de esas, esa gran amiga mía que es la vida me juega una mala pasada, una de las imágenes que quedará conmigo para siempre será la tuya.²³

Zuker sufría la clandestinidad. Sus palabras dan cuenta de la angustia y la inestabilidad emocional que le provocaba la situación de aislamiento. Alejado de sus afectos y no muy convencido de la decisión adoptada, el exmilitante de la Unión de Estudiantes Secundarios (UES) comunicaba a su hermana su estado de ánimo. Incluso auguraba, de modo romántico, su propia muerte.²⁴ En el fragmento, el análisis político queda en un segundo plano. Apenas unas referencias al aumento del costo de vida, en línea con el diagnóstico monotonero según el cual la política económica era uno de los fundamentos de la impopularidad del régimen. En la carta de Zuker y en las experiencias de Bergerot y Cristina no hay rastro alguno de la “fascinación por la vida clandestina” o de “recuperar el brillo por la emoción de guerra” que describe Sergio Bufano como fundamento de la participación de las y los militantes en la Contraofensiva.²⁵

Las sensaciones transmitidas por Zuker no eran excepcionales. Un sentimiento similar quizá tuvieron los integrantes de las TEI II, Bergerot y Manuel, entre otros. También Graciela, quien, atacada por el pánico ante la llegada de la policía, había intentado suicidarse en su cuarto de hotel. Si bien no puede atribuirse mecánicamente a todos los militantes el malestar demostrado por Zuker, no quedan dudas sobre las exigencias que demandaba la Contraofensiva. La tensión se observa en el temor de las y los militantes a ser secuestrados y en la conflictiva relación con las reglas que imponía la clandestinidad, en medio de un contexto político ampliamente desfavorable. En la carta de Zuker, no se hallan los rastros de la inevitabilidad del triunfo que presagiaban los análisis de la jefatura monotonera. Su diagnóstico crítico no implicó, como en el caso de Bergerot, una revisión de su militancia. Zuker fue secuestrado y desaparecido por el Ejército en la segunda Contraofensiva, el 29 de febrero de 1980. Esta situación ilumina la complejidad del vínculo que se tejió entre la experiencia de clandestinidad durante esos meses en Argentina y la continuidad de la militancia. No era una relación automática.

A partir de la conformación de los grupos en Buenos Aires, las acciones de las y los militantes podían repercutir sobre la de sus compañeros. Zuker había decidido continuar la militancia clandestina; Bergerot había optado por abandonarla. Dicho abandono, a la vez que intentó resguardar a las TEI II, obligó al grupo a reubicarse. Sus miembros recibieron la directiva de mudarse de los hoteles y pensiones que habían habitado hasta el momento y buscar

alojamiento y trabajo en el conurbano bonaerense: tenían que irse de Buenos Aires para apartarse de la visual de los agentes de la represión. Luego de la desertión de Bergerot, las TEI II debieron conseguir una casa donde reagruparse y mantenerse a salvo hasta que se decidiera y realizara el atentado. José, otro miembro del grupo, remplazó a Bergerot, pero por poco tiempo. Otra vez la desertión sacudía al contingente. Quizás la falta de confianza en la Contraofensiva y el miedo de caer en manos de la dictadura contrapesaban la voluntad de sostener el proyecto político. Finalmente, y gracias a otro integrante del grupo, encontraron una casa en la zona norte de la ciudad, donde pudieron alojarse.²⁶

Entre siete y ocho miembros de las TEI II lograron reagruparse a fines de agosto de 1979.²⁷ Restaba aún la planificación del operativo militar: ante la imposibilidad de atacar a Martínez de Hoz, que había ampliado su custodia y se había trasladado a vivir en Campo de Mayo, el indicado fue Juan Alemann, secretario de Hacienda del Ministerio de Economía. La fecha elegida fue el 27 de septiembre, diez días después del asesinato de Croatto y Mendizábal y dos semanas más tarde de la publicación del informe preliminar elaborado por la CIDH en su visita al país. A punto de realizar el operativo, Olmedo decidió suspenderlo: “Miguel [Olmedo] decidió que Victoria [Dameri] y yo no participáramos [...]. Nos quedábamos en el departamento [...]. Miguel decidió levantar el operativo y no se hizo. Supongo que creyó que no era posible [...]. Sé que a él le sacaron el grupo”.²⁸ Luego de apartar a dos militantes, Olmedo decidió aplazar el atentado minutos antes de ser realizado. Cristina no brinda precisiones acerca de los motivos de su separación, aunque es posible que el jefe considerase insuficiente su destreza para la tarea. Además, el testimonio parece indicar falta de confianza en la posibilidad de llevar a cabo la operación. Bergerot convalida esta idea: para él también Olmedo descreyó del éxito del atentado. Las dudas sobre las políticas de Montoneros también habían alcanzado al jefe de las TEI II, militante orgánico y uno de los principales adiestradores durante la etapa del entrenamiento. Esta situación habilita a pensar que la percepción sobre la peligrosidad del contexto se impuso entre las y los militantes independientemente de su jerarquía interna y experiencia previa.

Por haber suspendido el operativo, Olmedo fue apartado del grupo. Alcides lo relevó haciéndose eco, quizás, de viejos conflictos.²⁹ Ángel García Pérez, quien había ingresado al país como parte de las TEI I, quedó como jefe de grupo para la reorganización de la acción. Olmedo fue despromovido, salió rumbo a Madrid, presentó su descargo y abandonó la organización. Sobre su persona,

pesaban los cargos de no haber podido mantener unido a su grupo, haber marginado a dos de las participantes y haber suspendido el operativo sin consultar con sus superiores. Al igual que Regino González, jefe de las TEA I, Olmedo había quebrado la cadena de mando. Frustrado el atentado y de vuelta en la vivienda que ocupaban, las TEI II se enteraron de las novedades: las TEI I habían demolido la casa de Guillermo Walter Klein.

LOS GRUPOS Y LOS ATENTADOS: LA DIMENSIÓN MILITAR DE LA CONTRAOFENSIVA

El jueves 27 de septiembre de 1979, en el partido de Vicente López, norte del conurbano bonaerense, Montoneros concretó su primer atentado de la Contraofensiva. A las siete y media de la mañana, una camioneta Chevrolet y un Renault 12 se apostaron frente al domicilio de Klein, secretario de Coordinación y Programación Económica del PRN. El chalet de dos pisos ubicado en la calle Catamarca 2740 albergaba, además, a Pamela Ferguson, esposa del funcionario, y a la hija y los tres hijos del matrimonio: Marina, de 12 años; Esteban, de 11; Pedro, que tenía 10, y Matías, el menor, de 5 años. Allí también vivían las dos mujeres que constituían el personal doméstico de la familia: María Rosa, que tenía un bebé de 8 meses, y Eva, que estaba embarazada. El garaje de la propiedad estaba habitado por un custodio permanente que se encargaba de la seguridad de la residencia. Por último, dos policías de civil, José Cardacci y Julio César Moreno, escoltaban todos los días cerca de las ocho de la mañana a Klein en el auto oficial rumbo al Ministerio de Economía.³⁰

De los dos vehículos descendieron las TEI I, que tenían la misión de asesinar a Klein en un ampuloso operativo que, a la vez que intentaba rememorar las propagandas armadas de otros tiempos, buscaba recuperar presencia en los medios de comunicación controlados por la dictadura. El objetivo de máxima era, como los análisis montoneros previos habían expresado, dividir al régimen de facto a partir del ataque a los miembros de su gabinete económico.

Apenas unos minutos habían pasado de las siete y media de la mañana. El policía que habitualmente dormía en el garaje salió a recorrer la cuadra mientras los dos custodios ingresaban a la propiedad para subirse al auto en el que transportarían al funcionario cuando estuviese preparado, luego de tomar su desayuno. En ese instante, tres integrantes del grupo de las TEI enfundados en sus uniformes abrieron fuego desde los vehículos contra los dos policías mientras el resto del contingente entraba por la fuerza al chalet. Una vez vencida la resistencia de los custodios que fueron asesinados, las y los militantes colocaron rápidamente los explosivos en los cimientos de la casa al mismo tiempo que indicaban a las dos mujeres del servicio doméstico que huyeran por

el jardín trasero. Según Marcelo Larraquy, un miembro del grupo había logrado ingresar una semana antes a la propiedad haciéndose pasar por un plomero que debía tomar las medidas para un futuro trabajo. La intención real había sido conocer la casa por dentro para saber en qué lugar serían más efectivos los explosivos plásticos, mezcla de trotyl y exógeno, que la dinamitarían.³¹

La explosión se produjo minutos después de las ocho menos diez de la mañana, en plena retirada del grupo, que ya había retornado a los vehículos. Mediante un cable detonador eléctrico, las TEI I hicieron estallar 15 kilos de explosivos plásticos que convirtieron la casa de dos plantas en una montaña de escombros. En la huida, las y los montoneros dispararon contra los móviles de la Policía de la Provincia de Buenos Aires que, alertados, habían llegado a la zona. La potencia del armamento del contingente, que los repelió con granadas y dos proyectiles de fabricación propia, hizo que desistieran de la persecución, concentrándose en el rescate de la familia.³²

Las TEI I habían derrumbado la casa de Klein, pero no habían completado su tarea, puesto que el funcionario había sobrevivido. También lo habían hecho su esposa, su hija y sus tres hijos. El rescate se completó más de cuatro horas después, pasadas las doce del mediodía. Para ese momento, habían llegado al lugar el propio Martínez de Hoz junto con algunos funcionarios de la cartera económica, como Juan Alemann —secretario de Hacienda y objetivo del atentado suspendido— y Jorge Zorreguieta —secretario de Agricultura y Ganadería—, entre otros. Las repercusiones mediáticas fueron instantáneas.³³

Al igual que las TEI II, las TEI I habían entrenado en Líbano. De acuerdo con las fuentes consultadas, su base habría estado localizada en la ciudad de Sidón.³⁴ Su jefe era Manuel López, teniente en el escalafón montonero. López había participado en el retorno de 1978 disparando un cohete contra la Casa Rosada en el marco de la Ofensiva Táctica llevada a cabo durante el Mundial del Fútbol. De los tres grupos que habían entrenado en Medio Oriente, las TEI I eran las más reducidas. Por este motivo, Alcides había decidido durante el entrenamiento, a instancias de la conducción, el traslado de tres militantes de las TEI II a las TEI I: Ricardo Zuker y la pareja que conformaban Any y Momo. El grupo se completaba con Mecha, pareja de Manuel López, Ángel Carbajal, Adela Rodríguez de Carbajal, Raúl Milberg, Verónica Cabilla, Ángel García Pérez —que luego de participar en el operativo contra Klein se puso al frente de las TEI II, que habían estado al mando de Olmedo— y Horacio Firelli —que también participó del atentado contra Klein y fue asesinado en el atentado de las

TEI III contra Francisco Soldati en noviembre de 1979—. ³⁵

Las TEI I habían llegado a Buenos Aires a fines de junio y regresaron al extranjero nuevamente en noviembre, un mes y medio después de la voladura de la casa de Klein. Durante su estadía en el país, las y los militantes se hospedaron en una casa de la zona norte porteña situada en Saavedra, de la que prácticamente no salían para no exponerse en la calle a plena luz del día. Desde esa casa, Zuker escribía las cartas a su hermana. Alberto López, jefe del grupo, al igual que lo había hecho Olmedo con las TEI II, se encargaba de controlar al contingente.

Dos días después del atentado en la residencia de Klein, se produjo un hecho que sirvió a la conducción para probar la corrección de su estrategia militar: la rebelión interna del jefe del Tercer Cuerpo del Ejército con asiento en Córdoba, Luciano Benjamín Menéndez. Si la huelga general convocada por la Comisión de los 25 en abril de 1979 había sido interpretada en los documentos montoneros como la prueba empírica del pasaje a la contraofensiva, la sublevación de Menéndez fue entendida como una consecuencia del atentado contra Klein y, por lo tanto, como una prueba de que el diagnóstico montonero era adecuado y la dictadura, gracias al accionar de la organización, comenzaba a exponer las tensiones que recorrían sus más altas esferas. No obstante, ni la fractura fue tan fuerte como esperaba Montoneros ni obedeció al operativo armado contra Klein. ³⁶

El atentado contra Klein se desarrolló en un momento político convulsionado por la represión dictatorial contra las y los militantes montoneros y por la visita de la CIDH, que había visibilizado el reclamo de los familiares de los detenidos-desaparecidos. Tras una importante dilación, la misión de la institución de la OEA había recibido la invitación del régimen para desembarcar en el país a principios de septiembre y observar la situación local ante las numerosas denuncias por violaciones a los derechos humanos efectuadas en el exterior por exiliados y exiliadas ante los organismos internacionales. ³⁷ En esa coyuntura, además, se produjo el “testimonio de París” que ofrecieron el 12 de octubre, ante la Asamblea Nacional Francesa, tres militantes montoneras liberadas de la ESMA: Ana María Martí, Alicia Milia y Sara Solarz. En la organización del evento, estuvieron implicadas la CADHU y Montoneros. Según Rodrigo González Tizón, el evento fue un “verdadero hito de la denuncia de su tiempo” y consagró “la era del testigo” en el activismo exiliar. ³⁸

En noviembre de 1979, mientras las TEI I se retiraban del país a evaluar los resultados de su operación y, transcurrida la visita de la CIDH, la Junta Militar retomaba la discusión de sus planes políticos,³⁹ las TEI II se aprestaban a llevar a cabo el operativo que Olmedo había suspendido un mes y medio antes. Yäger seleccionó como nuevo jefe del grupo a García Pérez, quien había participado del atentado contra Klein. El objetivo de las TEI II continuó siendo el mismo que había sido designado en primera instancia: Juan Ernesto Alemann, ministro de Hacienda. La fecha escogida fue el 7 de noviembre.⁴⁰

Alemann vivía en Belgrano, en la calle Amenábar entre Céspedes y Aguilar, a escasos metros de la Comisaría 33 de la Policía Federal. Todas las mañanas cerca de las nueve era acompañado en su auto por un chofer y un custodio hasta el Ministerio de Economía. Las TEI II habían relevado sus movimientos y se habían distribuido en dos automóviles para la realización del operativo. El primero era el encargado de detectar el momento de la partida de Alemann hacia el centro de la ciudad y avisar a una camioneta Chevrolet Brava donde aguardaba el resto del grupo, a unas cuadras de allí. El cruce elegido para la intercepción fue Zabala y Vuelta de Obligado, cerca de los domicilios de los exdictadores de la autodenominada Revolución Argentina, Juan Carlos Onganía y Roberto Marcelo Levingston. Detrás de los árboles que cubrían las veredas de la cuadra se erguían enfrentados el colegio religioso Nuestra Señora de la Misericordia y el Sanatorio del Norte. Cuando el Torino que transportaba al ministro de Hacienda cruzó la avenida Cabildo en dirección a avenida Del Libertador, cerca de las nueve y veinte, la camioneta le cerró el paso. Mientras unos militantes disparaban por su ventanilla lateral, Alemann y su chofer se escondían en el piso de su auto y el custodio contestaba los disparos. Dos integrantes de las TEI descendieron de la camioneta y lanzaron sendos proyectiles antitanque que no alcanzaron correctamente su objetivo y disminuyeron su impacto. Pensando que el operativo había sido exitoso y bajo una intensa lluvia, el grupo se retiró de la acción. No obstante, Alemann salió ileso. También sobrevivieron el chofer y el custodio, aunque con algunas heridas leves.

Luego de los atentados contra Klein y Alemann, aún restaba una última operación para finalizar la campaña militar de la Contraofensiva de 1979. Las TEI III atacarían a Francisco Soldati, expresidente de la Compañía Ítalo de Electricidad y presidente del Banco de Crédito Argentino. Había sido señalado por la organización como integrante de la “patria contratista”, grupo de empresarios que se había beneficiado a partir de sus negocios entablados con el

Estado y relacionados con la obra pública. La fecha elegida fue el martes 13 de noviembre de 1979, seis días después del atentado de las TEI II contra Alemann.

Las TEI III habían entrenado en el único campamento que Montoneros había dispuesto en Siria, en las cercanías de Damasco. Al igual que los dos grupos de infantería que se adiestraron en Líbano, habían llegado desde España, donde habían realizado la llamada formación política de la primera etapa del entrenamiento. Por encontrarse en una zona poblada, en el cuartel de Damasco las y los militantes tenían prohibido utilizar las armas. Para hacer la instrucción militar propiamente dicha, debían trasladarse hasta el destacamento del monte que compartían con el Ejército Sirio. Allí permanecieron entre cuatro y cinco meses.⁴¹

Doce militantes conformaron las TEI III. El jefe, tanto de la instrucción en Siria como del grupo una vez en Buenos Aires, fue Chacho, exintegrante de las TEC que tenían como misión la custodia de la conducción.⁴² Al igual que Alberto López, jefe de las TEI I, Chacho había formado parte de la Ofensiva Táctica realizada durante el Mundial de 1978. En esa ocasión, lanzó los cohetes antitanque contra la ESMA y el edificio del Comando Superior del Ejército. Otros integrantes de las TEI III fueron enrolados entre los grupos de montoneros que desde el exterior habían motorizado la denuncia internacional contra el PRN con motivo de la preparación del evento futbolístico. Ese fue el caso de Julián:⁴³

Con el accionar en Europa donde trabajamos sobre el Mundial 78 y el contacto con los compañeros que entraban al país, mi esperanza era ser convocado para volver a ingresar a la Argentina para reincorporarme a la lucha. Casi inmediatamente de terminado el Mundial 78 estaba viviendo en esa época en Ámsterdam. Fue una propuesta que nos hace Julieta “Victoria” Bullrich a los compañeros que éramos responsables en diferentes países de la campaña del Mundial 78. Todos aceptamos en el momento, sin mayores discusiones, ya que de alguna manera esperábamos esta convocatoria.⁴⁴

Julián, que había partido clandestinamente al exilio durante el primer año de dictadura, había conseguido a través del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR) el estatus de refugiado político en Suecia.

Había sido incorporado a la Contraofensiva por Julieta Bullrich, pareja de Galimberti. Luego, ya en Siria, se enteraría de la ruptura protagonizada por el galimbertismo en febrero de 1979: “Para mí fue una profunda decepción ya que había trabajado cerca del ‘Loco’ [Galimberti] durante todo el año anterior y nos comprometimos a que nuestro próximo encuentro sería en un bar de Avenida de Mayo”.⁴⁵ Más allá de su desilusión por la disidencia, Julián tenía deseos de volver a Argentina y, por eso, se había sumado a la Contraofensiva.

El contingente estuvo conformado, además de por Chacho y Julián, por Claudia y su pareja Pedro, Alcira Macchi, Horacio Firelli, Remigio Elpidio González, Graciela Rivero, Luis Alberto Lera, Patricia Susana Ronco —pareja de Chacho— y Cacho. El lugar seleccionado para el atentado fue el centro porteño, a escasas cuadras del obelisco, en la intersección de Arenales y avenida 9 de Julio.⁴⁶

Todas las mañanas, Soldati era transportado desde su residencia ubicada en el último piso de un edificio en Cerrito y Juncal hasta su oficina en la Sociedad Comercial del Plata, un holding empresario que se encontraba en la zona del bajo de la ciudad. Durante ese breve trayecto, era acompañado por un suboficial de la Policía Federal que hacía de chofer. Las TEI III habían decidido interceptarlo antes de que cruzara la avenida 9 de Julio en dirección a la avenida Paseo Colón. Para la organización del operativo, contaron con dos vehículos, al igual que en los atentados previos. Un Peugeot 504 gris serviría de apoyo e indicaría el momento en el que Soldati abandonase su casa mientras una camioneta Ford pick up, donde aguardaba el resto del grupo, embestiría al Torino azul que transportaba al empresario.

Cerca de las diez y media de la mañana, el Peugeot 504 se ubicó por delante del Torino justo antes de que atravesara la avenida 9 de Julio y le hizo reducir raudamente su velocidad. En ese instante, la camioneta Ford lo embistió sobre el costado izquierdo dejándolo frenado en plena calle. Tres militantes descendieron de la caja trasera de la camioneta dispuestos a matar a Soldati. Klein y Alemann habían sobrevivido, y era fundamental para Montoneros cumplir su tercer objetivo. A diferencia de los otros dos operativos, donde no habían logrado el principal cometido, pero todos los y las militantes habían salvado su vida, en la última acción militar de 1979 se invirtieron los términos. Los tres militantes que habían descendido de la camioneta dispararon contra Soldati y su chofer, asesinandolos a ambos. A pesar de que todo había salido según lo planeado, un contratiempo alteró los planes. La idea del grupo había sido instalar una bomba

de retardo debajo del Torino por si, al igual que había sucedido en las operaciones previas, se presentaban Martínez de Hoz y otros funcionarios del ministerio en el lugar de los hechos. Graciela Rivero, responsable de llevar la bomba hasta el auto, trastabilló cuando descendía de la camioneta y el explosivo estalló en sus manos matándola y destrozando la parte trasera de la Ford pick-up. Los tres militantes que habían descendido en primera instancia quedaron completamente aturcidos por las llamaradas de casi diez metros que, luego de destruir la camioneta del grupo, envolvieron al auto que transportaba a Soldati. Aun así, pudieron fugarse con un vehículo que abordaron en plena calle.

Horacio Firelli, que había participado en la reorganización del operativo contra Alemann y luego había sido el conductor de la Ford pick up, fue asesinado por los disparos de la Policía Federal, al igual que Remigio Elpidio González, quien yacía tendido sobre la avenida 9 de Julio. Junto con el deceso de Graciela Rivero, fueron las tres muertes que informaron la Policía Federal y los medios nacionales de comunicación, además de las de Soldati y Durán, el policía chofer. Sin embargo, otros dos miembros del grupo, Luis Alberto Lera y Patricia Susana Ronco, fueron atrapados con vida luego de su intento de escape y torturados hasta morir.⁴⁷

Con la operación contra Soldati, culminaba la campaña militar montonera de la Contraofensiva y también la práctica armada que durante diez años, con intermitencias, había llevado adelante la organización. Si bien Montoneros buscó persistir en su accionar armado durante la Contraofensiva del año siguiente, lo dejó sin efecto luego de que todos los integrantes del primer grupo de las TEI de 1980 fueran secuestrados por las FFAA con una celeridad sospechosa e inusitada.⁴⁸

LOS GUARDIANES DE LA ORTODOXIA: EL BALANCE DIRIGENTE

Luego de los atentados de la Contraofensiva, la crisis de Montoneros se intensificó aún más. Hacia afuera, porque el accionar armado no le reputó ningún prestigio entre los actores que decía representar, como los trabajadores, ni tampoco con aquellos interlocutores con los que, según la conducción, Montoneros mantenía diálogos esporádicos, por ejemplo, las autoridades del Partido Justicialista (PJ). Las organizaciones sindicales condenaron encendidamente los tres operativos de las TEI y, de modo más general, los métodos militares. La Confederación Única de los Trabajadores Argentinos (CUTA), que había aglutinado a las dos federaciones más importantes de trabajadores durante septiembre de 1979, se presentó en sus intervenciones públicas como víctima directa de la “subversión apátrida” y relacionó los atentados de la Contraofensiva con los asesinatos de los sindicalistas José Ignacio Rucci, Augusto Vandor y José Alonso.⁴⁹ Instaba, por estas razones, a proteger las estructuras legales que representaban a la clase obrera y que constituían, al mismo tiempo, un dique de contención contra “los agentes de la violencia y el caos”.⁵⁰ Desde Montoneros, restaron toda importancia a los cuestionamientos de la central de trabajadores por considerarlos propios de la “superestructura política” y no responder a los verdaderos intereses de la clase trabajadora.⁵¹ También desestimaron las críticas del entonces vicepresidente del PJ, Deolindo Bittel. El exgobernador de Chaco, además, había presentado una carta a la CIDH durante el transcurso de su visita, el 12 de septiembre de 1979. Allí, el partido peronista había reprobado la violencia estatal y la insurgente: “No podemos aceptar que [a] la lucha contra una minoría terrorista —de la que también hemos sido víctimas— se la quiera transformar en una excusa para implantar el terrorismo de Estado”.⁵² En línea con esta idea, y a propósito del tercer operativo militar de las TEI, Bittel diría que “el Partido Justicialista, que repudia toda forma de terrorismo, condena severamente el atentado perpetrado en la persona del señor Soldati”.⁵³

Las consecuencias del accionar militar también repercutieron al interior de Montoneros. Si a principios de 1979 la disidencia de Galimberti y Gelman había precipitado y explicitado disconformidades que venían tomando forma desde la

autoclandestinización de la organización en septiembre de 1974, luego de la Contraofensiva el panorama era aún más sombrío. Muchos de los dirigentes más relevantes de Montoneros habían sido asesinados y desaparecidos durante el retorno al país. Además de las TEA y las TEI, habían arribado a Argentina numerosas y numerosos militantes del Consejo Superior del MPM para trazar vínculos y organizar reuniones con otras fuerzas políticas que, según Montoneros, también comenzaban su etapa de contraofensiva. Dichas actividades eran más peligrosas en tanto demandaban una mayor exposición para las y los militantes que ya eran conocidos por sus trayectorias.⁵⁴

Tal como lo expresa un informe del Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS) de fines de 1980,⁵⁵ en la segunda mitad de 1979 fue desarticulada la Rama Femenina del MPM con las desapariciones de Adriana Lesgart y María Antonia Berger. Lesgart integraba la estructura de derechos humanos de Montoneros y había reingresado al país con motivo de la visita de la CIDH. Fue capturada el 21 de septiembre de 1979. Berger fue apresada en la zona oeste del conurbano, el 16 de octubre de 1979. También fue desmantelado el llamado aparato político del oeste del conurbano bonaerense a partir de los secuestros de Guillermo Amarilla, secretario de la Rama Juvenil del MPM, y su pareja, Marcela Molfino, el 17 de octubre. Ana Dora Wiessen y su marido Bernardo Daniel Tolchinsky asimismo engrosaron la lista de desaparecidos durante octubre y se adicionaron a las detenciones ilegales que habían sufrido en la zona norte del conurbano Jesús María Luján Vich, de la estructura política, y Regino Adolfo González, jefe de las TEA I, entre el 13 y el 15 de septiembre. La Rama Sindical del MPM también quedó diezmada: en septiembre, había sido asesinado Croatto, uno de sus principales dirigentes, y en octubre, su secretario de organización, José Dalmaso López. Por último, la Rama Agraria había perdido a uno de sus referentes, Carlos Servando Píccoli, desaparecido en abril de 1979. A todas estas muertes y desapariciones, se agregaba el asesinato del número cuatro de Montoneros y miembro de la conducción, Mendizábal, y las y los militantes que, sin tanto poder interno, también perecieron a manos del aparato represivo de la dictadura.⁵⁶

La conducción convalidó como un acierto los atentados de las TEI, más allá de las críticas de otros actores políticos, de la gran cantidad de desapariciones sufridas por la organización y de las inquietudes de buena parte de las y los militantes montoneros:

Con la operación sobre Klein, y como continuidad de ella, se suceden los acontecimientos vertiginosamente. Se produce el inmediato levantamiento de [Luciano Benjamín] Menéndez, y pocos días después, el triunfo de los trabajadores de Peugeot pone en su más alto nivel la lucha sindical, tanto por levantar la movilización a Plaza de Mayo como forma de lucha como por ser el triunfo un aliciente a decenas de conflictos sindicales que culminan victoriosos [...]. Si bien no podemos decir exactamente que una cosa sea consecuencia de la otra, también es cierto que de ninguna manera están desligadas. Lo que demuestra como cierto es que la tesis de que golpeando sobre el punto de articulación, el enemigo tiende a fisurarse.⁵⁷

Para la cúpula partidaria, el atentado contra Klein había ocasionado la sublevación de Menéndez. Pero, más importante aún, había convalidado su pronóstico sobre la realidad política argentina. La retórica del documento oscila, por eso mismo, entre la autolegitimación de su diagnóstico y el intento de persuasión a las y los militantes. Si la huelga general de abril de 1979, convocada por los mismos sectores sindicales que condenaban el accionar político-militar montonero, había servido a la conducción para demostrar que la etapa de contraofensiva era una realidad en el país, la rebelión de Menéndez fue el hecho a través del cual entendió como apropiada su actividad armada. Gracias a las acciones de las TEI, y de acuerdo con la pluma de la jefatura montonera, aumentaba “la agudización de las contradicciones internas del enemigo”.⁵⁸

Por su parte, el PRN conjuró prontamente el levantamiento de Menéndez y, con ello, aplazó, como mínimo, la intención montonera de la inmediatez revolucionaria. Aunque no había sucedido lo pronosticado, para los dirigentes de la organización los acontecimientos demostraban que el camino escogido había sido, y continuaba siendo, el correcto. Ese camino era la persistencia. Pero no todos pensaban igual. Numerosos militantes de las TEI recuerdan haberse sentido ajenos y aislados en su retorno al país y, si bien no hicieron una crítica política explícita y coordinada, sí comprendieron que Montoneros no representaba la vanguardia de la oposición a la dictadura. Por esta razón, varios de ellos —por ejemplo, López, jefe de las TEI I— se rehusaron a seguir acompañando una política que pretendía dirigir unos acontecimientos que le eran sumamente esquivos.⁵⁹

Otras y otros militantes continuaron respaldando el diagnóstico y las estrategias

de la máxima dirigencia. Es necesario recalcar este punto, además, para no pensar a Montoneros como una organización partida en dos, entre la conducción, por un lado, y el resto de la militancia, por el otro. Esta forma de entender la fisonomía de Montoneros, como ha planteado Daniela Slipak, encuentra sus raíces en los escritos de los disidentes de la organización, interesados en dotar de legitimidad sus flamantes espacios políticos y en ocultar, por eso mismo, las tramas compartidas con la conducción. Tanto el pronunciamiento de Galimberti y Gelman como el que protagonizaron Miguel Bonasso y Jaime Dri luego de la Contraofensiva de 1979 puntualizan sobre la figura de la “organización partida”⁶⁰ entre dirigentes y militantes y eluden, así, su participación en el proyecto abandonado. En rigor, la situación al interior de Montoneros hacia fines de 1979 era más compleja. Así como la conducción conservaba aliados partidarios por fuera del estrato dirigencial, los militantes críticos también tenían su representación entre algunos dirigentes. La organización ciertamente estaba dividida en torno de la Contraofensiva, pero esa división era longitudinal y no transversal.

Chacho, jefe de las TEI III, apoyó las posiciones políticas de la conducción. Si bien no participó de la Contraofensiva de 1980, respaldó, una vez llegado a Europa, los análisis y pronósticos de la cúpula partidaria:

Los resultados han sido altamente positivos y el costo en bajas alto, pero no determinante. Hemos tenido la presencia necesaria a la campaña emprendida. Como lo demostró la práctica, fue necesario un alto nivel de cuadros en la conducción táctica de la maniobra, lo que de por sí implicaba la posibilidad de perderlos así como la posibilidad de conducir como se había pensado la contraofensiva [...]. Teniendo en cuenta que ya dimos el gran paso del lanzamiento de la contraofensiva con todo lo que implica, esta experiencia hace que de aquí en más el número pueda ser un poco menor por la mejor visión que ya tenemos y las tareas puedan ser menos complejas.⁶¹

Chacho no negaba el “costo humano” que había provocado la Contraofensiva, pero lo desestimaba en comparación con los resultados políticos obtenidos.⁶² En todo caso, argumentaba, era esperable que la “inversión en cuadros” que había hecho Montoneros los expusiera a las atentas garras del aparato represivo estatal.

Esa inversión, agregaba, había sido necesaria para que la organización asumiese el protagonismo en la dirección de la Contraofensiva. El jefe de las TEI III revalidaba los diagnósticos de la conducción incluso sabiendo que, en caso de producirse un nuevo retorno, habría militantes que serían secuestrados o asesinados. Desde esta perspectiva, común a la militancia montonera, el individuo era entendido como un componente al servicio de un sujeto colectivo. Montoneros era más que la suma de sus militantes.

Del mismo modo se expresó Pereira Rossi, miembro de la conducción y jefe de la zona sur del conurbano bonaerense durante la Contraofensiva de 1979:

La potencia de fuego de nuestras fuerzas militares guarda relación con el enemigo a atacar y con la posibilidad de ser superiores en el combate [...]. Lo que importa de un ataque militar es su contundencia para conmover al enemigo y que esté encuadrado dentro de una estrategia político-militar de poder. Las acciones militares montoneras estuvieron encuadradas en un pico de la lucha de masas y fue eso, junto a la potencia militar de las mismas, los elementos que [las] justifican frente a nuestro pueblo [...]. Lo que oculta esta crítica es la necesidad de la lucha armada para el proceso revolucionario argentino.⁶³

Mientras confrontaba los cuestionamientos que se habían producido al interior de la organización, Pereira Rossi dejaba sentados los fundamentos sobre los que descansaba la ortodoxia montonera. El accionar militar era, sin dudas, un elemento central. A grandes rasgos, compartía la visión de Chacho y del resto de sus compañeros de la conducción: la Contraofensiva se había revelado como un hecho correcto desarrollado durante un proceso de movilización social, y las críticas no eran circunstanciales ni coyunturales, sino que encubrían un rechazo más general a una supuesta esencia montonera. En un contexto en el que las y los exiliados argentinos —muchos con pasado en Montoneros— asumían la derrota frente a la dictadura y buscaban nuevas formas de oponérsele que revalorizaran los horizontes democráticos, Pereira Rossi reafirmaba el componente armado de Montoneros como un rasgo esencial de su identidad política.

La crisis que culminó con la desarticulación de Montoneros es inentendible sin

la Contraofensiva. Como la gota que rebalsa del vaso, la decisión del retorno cristalizó y visibilizó disconformidades previas acerca del rumbo político que había tomado la organización. La disidencia que a principios de 1979 habían protagonizado Galimberti, Gelman y su grupo le había quitado representatividad al retorno a la par que había debilitado a Montoneros. La conducción, entonces, enfrentó otra prueba difícil con el desenvolvimiento de la fase militar en el país y generó dudas a propios y rechazos a ajenos.

La interpretación de los acontecimientos de la Contraofensiva en una clave explícitamente política, a diferencia de la ensayada por los integrantes de los grupos de las TEI, provocó la segunda disidencia en menos de un año, conocida como “la rebelión de los tenientes”, por la jerarquía interna de los militantes críticos. Al mismo tiempo, la jefatura montonera decidió la continuidad de la estrategia, que se reinició en febrero de 1980. La ortodoxia parecía impermeable a los señalamientos, no solo de otros actores políticos, sino también de una parte de la dirigencia y asimismo de la militancia de la organización. Esas objeciones, como todas las anteriores, confluyeron en un mismo punto: la disidencia y la ruptura. Surgía, así, en los albores de 1980 y en el ocaso de la organización, Montoneros 17 de Octubre.

¹ [La única referencia sobre la historia de López se encuentra en el libro de Cristina Zuker \(El tren de la victoria. La saga de los Zuker \[2003\], Buenos Aires, Del Nuevo Extremo, 2010, pp. 206-210\): luego de ser el jefe de las TEI I, volvió a Europa y abandonó Montoneros por diferencias en la valoración del resultado de la Contraofensiva y por motivos personales.](#)

² [Martínez de Hoz, blanco principal de la estrategia, aumentó su seguridad personal y comenzó a trasladarse en helicóptero. Momentáneamente, se fue a vivir a la guarnición de Campo de Mayo, imposibilitando el atentado de Montoneros en su contra \(Roberto Perdía, entrevista con el autor, City Bell, provincia de Buenos Aires, 14 de diciembre de 2016\).](#)

³ [Chacho había sido integrante de los Tropas Especiales de Combate \(TEC\) que custodiaban a la conducción. Fue participante del retorno durante el Mundial de 1978. Luego fue jefe de la instrucción del grupo tres en Siria \(Marcelo Larraquy, Fuimos soldados. Historia secreta de la Contraofensiva montonera, Buenos Aires, Aguilar, 2006, p. 192\).](#)

⁴ [Adolfo Bergerot, entrevista con el autor, Ciudad Autónoma de Buenos Aires \(CABA\), 18 de febrero de 2016; Cristina, entrevista con el autor, Rosario, provincia de Santa Fe, 25 de abril de 2015.](#)

⁵ [Adolfo Bergerot, entrevista con el autor.](#)

⁶ [Ibid.](#)

⁷ [Esta información fue recogida, meses después, por un informe de inteligencia de la Prefectura Naval: “La CN \[conducción nacional\] tomó la determinación \[de\] que los Grupos TEI excluyeran la utilización de vuelos intercontinentales y el consiguiente ingreso por aeropuertos internacionales y de cabotaje por las siguientes causas: 1\) No considerar confiables sus pasaportes apócrifos y 2\) Posibilidad de ser detectado por los controles, por DT \[delincuentes terroristas\] previamente detenidos actuando como ‘marcadores’ o por intermedio del DIGICOM. Por lo expuesto, tomaron la decisión de que las TEI ingresaran por los pasos fronterizos de los países limítrofes: Brasil: por todas sus fronteras; Paraguay: por todas sus fronteras; Chile: en particular por Mendoza y Bariloche, y Uruguay: solamente para elementos no muy conocidos en la zona de Capital Federal” \(Prefectura Naval, “Informe Especial de Inteligencia N° 02/80”, en Claudia Peiró, “Archivos secretos de la dictadura revelan su alto conocimiento de los planes de Montoneros”, en Infobae, 11 de diciembre de 2016\).](#)

⁸ [Adolfo Bergerot, entrevista con el autor.](#)

⁹ [Ibid.](#)

¹⁰ [Ibid.](#)

¹¹ [Cristina, entrevista con el autor.](#)

¹² [Cristina, entrevista con el autor.](#)

¹³ [Paula Canelo, La política secreta de la última dictadura argentina \(1976-1983\), Buenos Aires, Edhasa, 2016, p. 159.](#)

¹⁴ [Sobre el vínculo entre el PRN y Burson Masteller, véase Julia Risler, La acción psicológica. Dictadura, inteligencia y gobierno de las emociones 1955-1981, Buenos Aires, Tinta Limón, 2018.](#)

¹⁵ [Memoria Abierta, Testimonio de Adolfo Bergerot, Buenos Aires, 12 y 23 de agosto de 2002.](#)

¹⁶ [Ibid.](#)

¹⁷ [Ibid.](#)

¹⁸ [Ibid.](#)

¹⁹ [Por ejemplo, Juan Gasparini, Montoneros. Final de cuentas \[1988\], La Plata, De la Campana, 2008; Marcelo Larraquy, Fuimos soldados, op. cit.; Cristina Zuker, op. cit.](#)

²⁰ [Maggio comenzó su militancia en las Fuerzas Armadas Revolucionarias \(FAR\) y luego se integró a Montoneros, desempeñándose como miembro de la Juventud Trabajadora Peronista \(JTP\). Secuestrado el 15 de febrero de 1977, fue llevado a la Escuela de Mecánica de la Armada \(ESMA\), de donde consiguió fugarse el 17 de marzo de 1978. Volvió a insertarse en Montoneros y denunció su estadía en el CCD de la Armada y envió cartas a numerosos organismos nacionales e internacionales de derechos humanos. El 4 de octubre de 1978, fue asesinado por el Ejército. Seis meses antes, en abril, había participado del asesinato de Miguel Padilla, subsecretario de Coordinación del Ministerio de Economía y estrecho colaborador de Martínez de Hoz. Dri, por su parte, fue secuestrado en Uruguay, el 15 de diciembre de 1977. Había sido diputado nacional por el Frente Justicialista de Liberación \(FREJULI\) durante la presidencia de Cámpora. Llevado a la ESMA —aunque con un paso previo por el CCD Quinta de Funes— logró fugarse el 19 de julio de 1978 por la frontera con Paraguay, a donde lo habían trasladado los militares para capturar a otros montoneros en la frontera. Un tercer ejemplo: Scarpatti, militante de las Fuerzas Armadas Peronistas \(FAP\) y luego de Montoneros, fue capturado el 28 de abril de 1977. Después de estar secuestrado en Campo de Mayo, logró fugarse el 17 de septiembre de ese mismo año y partió al exterior, donde denunció su experiencia en 1979 frente a la Comisión Argentina de Derechos Humanos \(CADHU\).](#)

²¹ [Adolfo Bergerot, entrevista con el autor.](#)

²² [Adolfo Bergerot, entrevista con el autor.](#)

²³ [Cristina Zuker, op. cit., pp. 195 y 196. Sobre la correspondencia de Ricardo](#)

Zuker puede verse la colección de Cartas de la dictadura, disponible en la Biblioteca Nacional Argentina.

²⁴ En una carta dirigida a su familia en agosto de 1979, Zuker escribía: “Estoy tan dolorosamente confundido. Estoy tan confusamente dolorido. Estoy tan desesperadamente horrorizado. Estoy tan horrorosamente desesperado. Estoy tan enloquecidamente atrapado. Estoy tan atrapadamente enloquecido. Estoy tan amargamente arrepentido. Estoy tan arrepentidamente amargado. Estoy tan desoladamente perdido. Estoy tan perdidamente desolado” (Cristina Zuker, op. cit., p. 226).

²⁵ Sergio Bufano, “La vida plena”, en Lucha Armada en la Argentina, núm. 1, 2005, pp. 22 y 23.

²⁶ Cristina, entrevista con el autor.

²⁷ Marcelo Larraquy (Fuimos soldados, op. cit.) habla de siete integrantes; Cristina sostiene que habían quedado ocho (Cristina, entrevista con el autor).

²⁸ Cristina, entrevista con el autor. Bergerot convalida la suspensión del atentado por motivos de seguridad: “No sé quién tomó el operativo, pero sé que fue Alcides el que decidió sacarle la jefatura [...]. Esto lo sé porque cuando me encuentro en Madrid con Miguel él me da a leer el mismo documento que yo escribí. Yo hice mi documento a la ‘orga’ [Montoneros] y él hizo el suyo, a partir de los detalles de lo que había sucedido en esa situación. Y de mi deserción” (Adolfo Bergerot, entrevista con el autor).

²⁹ Adolfo Bergerot, entrevista con el autor.

³⁰ La reconstrucción del atentado está basada en la edición de Clarín del 28 de septiembre de 1979 y en Marcelo Larraquy, Fuimos soldados, op. cit., pp. 185-189.

³¹ Marcelo Larraquy, Fuimos soldados, op. cit., p. 187.

³² Montoneros publicó en Noticias de la Argentina el 1° de octubre de 1979 la crónica de la operación. Entendía el accionar de las TEI como violencia reactiva a la agudización de la “guerra de la oligarquía contra la clase trabajadora y el pueblo argentino, tendiendo al exterminio de los militantes y sus familias” (Roberto Baschetti, Documentos 78/80. Del Mundial a la Contraofensiva, La

Plata, De la Campana, 2014, pp. 143-145).

³³ Puede verse la cobertura periodística del rescate de Klein y su familia con el testimonio del ministro de Economía José Alfredo Martínez de Hoz desde el lugar de los hechos, disponible en línea: <<https://www.youtube.com>>.

³⁴ Adolfo Bergerot, entrevista con el autor.

³⁵ Cristina, entrevista con el autor; Cristina Zuker, op. cit.

³⁶ Un factor fundamental fue la resolución del “caso Timerman”, quien estando preso de la dictadura y frente a la negativa de Menéndez fue liberado y expulsado del país hacia Israel por la presión internacional. Al respecto, véanse Graciela Mochkofsky, Timerman. El periodista que quiso ser parte del poder (1923-1999), Buenos Aires, Sudamericana, 2003; Emmanuel Kahan, Recuerdos que mienten un poco. Vida y memoria de la experiencia judía durante la última dictadura militar, Buenos Aires, Prometeo, 2014, y Marina Franco, El final del silencio. Dictadura, sociedad y derechos humanos en la transición, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2018.

³⁷ La invitación del gobierno militar a la CIDH había estado en los planes desde 1977 y se había visto potenciada por la necesidad de “clausurar” la etapa de la “lucha subversiva”, ante las numerosas denuncias efectuadas desde el exterior y las posibles sanciones económicas por parte de Estados Unidos. Algunos miembros del gobierno —Videla y Viola, por ejemplo— buscaban superar la “guerra antisubversiva” y encaminar al régimen hacia una “democracia sólida”. Esa postura trajo conflictos al interior del gobierno, puesto que para los sectores “duros” clausurar la “lucha contra la subversión” implicaba quebrar el pacto de sangre con aquellos compañeros de armas que habían sido asesinados. Además, la “lucha contra la subversión” representaba el principal aspecto de la legitimidad de origen, y también social, de la dictadura. Horadarla supuso un foco de crisis institucional al interior del gobierno (Paula Canelo, La política..., op. cit., pp. 160 y 161).

³⁸ Rodrigo González Tizón, “‘Los desaparecidos empiezan a hablar’: una aproximación histórica a la producción testimonial de los sobrevivientes de la dictadura argentina desde el exilio (1976-1983)”, en Páginas, núm. 31, 2021.

³⁹ Paula Canelo, La política..., op. cit., pp. 165-172.

⁴⁰ La reconstrucción del atentado está basada en la edición de Clarín del 8 de noviembre de 1979 y en Marcelo Larraquy, Fuimos soldados, op. cit., pp. 189-191.

⁴¹ Julián, correo electrónico intercambiado con el autor, febrero de 2017.

⁴² Sobre las TEC véase Federico Lorenz, Cenizas que te rodearon al caer. Vidas y muertes de Ana María González, la montonera que mató al jefe de la Policía Federal, Buenos Aires, Sudamericana, 2017.

⁴³ Julián había comenzado a militar a principios de la década de 1970 en los grupos de salesianos. Oriundo de Corrientes, se integró en 1974 a la Juventud Universitaria Peronista (JUP) de Derecho de la Universidad del Nordeste. Simultáneamente, se sumó como “aspirante” a una célula montonera. Luego del ataque al Regimiento de Formosa producido por Montoneros el 5 de octubre de 1975, ante la gran represión desatada en el nordeste, fue detenido a fines de ese año. Gracias a las gestiones de la Iglesia católica y de su padre, logró su reconocimiento como preso político en enero de 1976 y accedió, en febrero, a la libertad condicional. Inmediatamente, pasó a la clandestinidad, ya que tenía pedido de captura. Decidió salir en secreto a Paraguay y, con la ayuda de la Iglesia católica, arribó a Suecia como refugiado político en 1977 (Julián, correo electrónico intercambiado con el autor, diciembre de 2016).

⁴⁴ Ibid.

⁴⁵ Julián, correo electrónico intercambiado con el autor, febrero de 2017.

⁴⁶ La reconstrucción del atentado está basada en la edición de Clarín del 14 de noviembre de 1979 y en Marcelo Larraquy, Fuimos soldados, op. cit., pp. 191-197.

⁴⁷ La dictadura aprovechó el operativo contra Soldati para legalizar la muerte de María Zelmira Videla, que había sido secuestrada con anterioridad. Así lo denunció Montoneros en Noticias de Argentina, núm. 21 (Roberto Baschetti, Documentos 78/80, op. cit., p. 154). Además de mencionar a María Zelmira Videla, la denuncia nombraba también a Enrique Firelli, quien sí había participado en el operativo.

⁴⁸ Víctor Hugo Díaz, entrevista con el autor, La Plata, provincia de Buenos Aires, 27 de diciembre de 2016.

⁴⁹ “La CUTA expresó su repudio por el atentado subversivo”, en Clarín, 14 de noviembre de 1979, p. 4.

⁵⁰ Ibid.

⁵¹ “Boletín interno N° 13”, febrero de 1980, p. 37.

⁵² Roberto Baschetti, Documentos 78/80, op. cit., pp. 132 y 133.

⁵³ “La CUTA expresó su repudio...”, op. cit.

⁵⁴ Eduardo Astiz, Lo que mata de las balas es la velocidad. Una historia de la contraofensiva montonera del 79, La Plata, De la Campana, 2005; Roberto Perdía, entrevista con el autor, City Bell, provincia de Buenos Aires, 14 de diciembre de 2016.

⁵⁵ Se trata del “Informe sobre la situación de los Derechos Humanos en Argentina (octubre 1979-octubre de 1980)”, que en su prólogo sostiene: “El trabajo que presentamos —necesariamente limitado— permite llegar a la conclusión [de] que los problemas ocurridos en años anteriores, particularmente a partir del golpe de Estado militar del 24 de marzo de 1976, se mantienen en toda su intensidad”.

⁵⁶ La inteligencia militar del Ejército se refirió a las desapariciones y los asesinatos que padeció Montoneros durante 1979: “Entre las TEA, se producen ese mismo año veintiuna bajas y entre las TEI, cinco [...]. Aproximadamente en Nov. 79, los militantes prófugos se repliegan al exterior” (Central de Reunión, Batallón de Inteligencia 601, Informe sobre la BDT, junio de 1980). Los veintidós militantes que el informe define como TEA eran, en su mayoría, miembros del llamado “aparato político”.

⁵⁷ “Boletín interno N° 12”, enero de 1980, p. 8.

⁵⁸ Ibid., p. 9.

⁵⁹ Cristina Zuker, op. cit., pp. 206-209.

⁶⁰ Daniela Slipak, “Sobre desvíos, espejos y cúpulas. Las disidencias montoneras y las lecturas sobre los años setenta”, en Revista Izquierdas, núm. 32, 2017, p. 41.

⁶¹ [“Boletín interno N° 13”, op. cit., p. 53.](#)

⁶² [Es un razonamiento análogo al que efectuó Mario Firmenich un año más tarde: “Nosotros hacemos de la organización un arma, simplemente un arma, y, por lo tanto, sacrificamos la organización en el combate a cambio del prestigio político. Tenemos cinco mil cuadros menos, pero ¿cuántas masas más? Esto es el detalle” \(“Entrevista a Firmenich”, en Bohemia, enero de 1981, disponible en línea: <<https://eltopoblindado.com>>\).](#)

⁶³ [“Boletín interno N° 13”, op. cit., p. 63.](#)

VI. Entre la sangre y el tiempo.

El balance de la Contraofensiva de 1979 y la disidencia de Montoneros 17 de Octubre

A FINES DE 1979, los participantes de la Contraofensiva que aún se encontraban en Argentina recibieron la orden de la conducción de regresar al extranjero para evaluar los resultados de la estrategia. Los sobrevivientes de las Tropas Especiales de Agitación (TEA) y de las Tropas Especiales de Infantería (TEI), sumados a las y los militantes del Movimiento Peronista Montonero (MPM) que también habían logrado evitar el aparato represivo, se retiraron al exterior e hicieron los balances correspondientes con sus responsables. Luego habría una reunión en La Habana en la que la conducción discutiría las evaluaciones y definiría los pasos para el año siguiente.¹

Paralelamente, el 4 de diciembre de 1979 se publicaba en España el documento “Ante la crisis del Partido. Reflexiones críticas y una propuesta de superación”,² conocido entre la militancia como “Documento de Madrid”, por el lugar donde fue elaborado y dado a conocer. Allí, Daniel Vaca Narvaja, Jaime Dri, Miguel Bonasso, Olimpia Díaz, Pablo Ramos y Gerardo Bavio, todos tenientes al interior de la organización, criticaban el balance de la conducción sobre la Contraofensiva y objetaban la forma autoritaria con la que se tomaban las decisiones al interior de Montoneros.³ El “Documento de Madrid” fue el embrión de lo que cuatro meses más tarde, ante la imposibilidad de acuerdo con la jefatura montonera, se conoció como Montoneros 17 de Octubre, la segunda disidencia de Montoneros en menos de un año, nuevamente con la Contraofensiva como escenario excluyente.

Los desacuerdos en torno a la Contraofensiva se produjeron en el contexto más amplio del exilio. Algunos de los disidentes habían estado en Nicaragua participando de la revolución sandinista y analizaban el proceso político argentino bajo la lupa de aquella insurrección triunfante.⁴ Otros, en cambio, habían colaborado durante los años previos con las políticas de denuncia por la violación a los derechos humanos del Proceso de Reorganización Nacional

(PRN). Tal como sucedió con los desacuerdos previos, el “Documento de Madrid” fue desatendido por la conducción y culminó en una nueva ruptura. Ni los resultados políticos de la Contraofensiva ni la crisis terminal de la organización lograron alterar la tesitura de la cúpula dirigente.

La flamante disidencia publicó su manifiesto fundacional en abril de 1980, luego de una conferencia de prensa en Ciudad de México. El pronunciamiento recogía algunos de los cambios en la sensibilidad política que se habían dado en el exilio y discutía ideas fundantes de la cultura política montonera, que, en algunos casos, ya habían sido señaladas por los disidentes del Peronismo Montonero Auténtico (PMA) y también por otras escisiones previas. En concreto, los cuestionamientos de los tenientes no resignaban la revolución futura, pero proponían una revalorización de la oposición democrática y una mayor atención al cuidado de la vida de las y los militantes. La cantidad de víctimas que había padecido la organización durante la Contraofensiva era muy difícil de ignorar.

EL SHOW DE LOS MUERTOS: EL BALANCE CRÍTICO DE LA CONTRAOFENSIVA

Ninguno de los firmantes del “Documento de Madrid” había estado en Argentina durante 1979, pero habían recogido inquietudes entre quienes habían vuelto. Discutían la valoración de los resultados de la Contraofensiva a partir de la información que había circulado en el extranjero sobre la cantidad y trayectoria de las y los militantes secuestrados y desaparecidos, y de las intenciones de la conducción de impulsar un nuevo retorno. El “Documento de Madrid” criticaba, hacia “afuera”, el balance de la conducción sobre la Contraofensiva y, hacia “adentro”, el autoritarismo en la toma de decisiones. Exigía, por esa razón, la realización del congreso partidario tantas veces pospuesto.

A simple vista, la intervención no tenía la virulencia que había caracterizado la del PMA. La crítica no alcanzaba a ser absoluta y se enmarcaba detrás de cuestionamientos puntuales y matizados. Teniendo en cuenta el contexto polémico en el que se inscribía y la renuencia histórica de la conducción a aceptar críticas a su estrategia, la forma concesiva del documento puede atribuirse más a un recurso retórico que a un convencimiento sincero. Este modo de enunciación se asemejaba al empleado por Frías Alberga en el informe que, como jefe de TEA, había dirigido a Perdía. Era una prueba de la dificultad de plantear diferencias sin constituirse en un enemigo interno capaz de cometer traición.

De forma novedosa, el escrito fue incorporado en el último boletín partidario de la organización. La decisión de compilarlo allí, hipotéticamente, pudo haber obedecido a que en un primer momento los firmantes del “Documento de Madrid” no se presentaron como una disidencia. En su intervención, tenían una preocupación central: la gran cantidad de compañeras y compañeros de militancia que habían sido víctimas del PRN durante 1979. Introducían estas objeciones dentro de una serie más amplia, que involucraba los descontentos previos con la conducción y las inquietudes con el rumbo de Montoneros en vísperas del cambio de década. Los eventos de la Contraofensiva permitían a los críticos realizar objeciones que la trascendían largamente. La cúpula partidaria era señalada como la responsable excluyente de la estrategia y cuestionada por

sus prácticas militaristas.⁵ Tal como lo había hecho el PMA, los críticos convalidaban la conformación del MPM como una medida tendiente a ampliar el espacio de la política no armada en la organización, pero cuestionaban su puesta en práctica porque había conspirado contra el espíritu de la reforma introducida. La conducción tenía cada vez menor representatividad al interior de la golpeada organización.

Sobre el rumbo de Montoneros, los tenientes responsabilizaban “a la preeminencia, cada vez más notoria [...] de la tendencia militarista y vanguardista”.⁶ El uso de la palabra “tendencia” no era fortuito: implicaba reconocer las diversas posturas supraindividuales que atravesaban la organización. Este cuestionamiento encontraba continuidad con el del PMA, que también había dirimido la historia montonera en un conflicto endémico entre una posición que privilegiaba la política no armada y otra que confiaba exclusivamente en los métodos militares. Más allá de estas críticas, los firmantes del “Documento de Madrid” se definían como parte de la organización. El “nosotros” que construían era inclusivo y montonero, y ese lugar enunciativo se mantendría hasta en el escrito fundacional de Montoneros 17 de Octubre.

Los firmantes del “Documento de Madrid” reconocían la crisis del PRN que había ameritado la Contraofensiva, pero destacaban el apuro con el que la estrategia había sido desarrollada. Cuestionaban la cantidad de “cuadros representativos y experimentados” que Montoneros había invertido en el país y que lo exponían, a fines de 1979, a su derrota final.⁷ Dicha crítica va a contrapelo de algunas de las memorias sobre la Contraofensiva que sostienen que los dirigentes montoneros permanecieron en el exterior y que los que volvieron al país fueron, en su mayoría, las y los militantes “rasos”, enviados por aquellos. Cristalizados con la frase “animémonos y vayan”, esos argumentos invisibilizan que la participación en la Contraofensiva se dio en todos los niveles jerárquicos de la organización, como lo atestigua el hecho de que un voluminoso apartado de la discusión sobre sus resultados tuviera su eje en la gran cantidad y nivel interno de los militantes asesinados y desaparecidos.⁸

En sintonía con la estrategia retórica de plantear las coincidencias y luego las diferencias, los críticos primero definían los aspectos positivos de la Contraofensiva, como la posibilidad de enfrentar la censura mediática de la dictadura, que anteriormente había condenado al anonimato las acciones montoneras. Esa publicidad, unificada detrás de las interferencias de las TEA y los atentados de las TEI, había logrado que Montoneros recuperara presencia en

la escena nacional. Pese a estos aciertos, los tenientes cuestionaban el gran “costo humano” que la organización había empeñado para conseguirlo.⁹ La concepción militarista de la conducción había generado un discurso “exitista” e “inmediatista” que había descuidado el reclutamiento y había provocado, en consecuencia, una gran “destrucción organizativa”.¹⁰ Motivada por “la ansiedad por evitar que se diluyera nuestra identidad”,¹¹ la Contraofensiva había buscado resultados a corto plazo, desatendiendo la vida de las y los militantes. Para los críticos, era imposible abstraerse del tendal de muertos que había dejado el retorno al país.

Tal como ha analizado Daniela Slipak, los firmantes de Madrid no renegaban del uso de la violencia pero sí buscaban cambiar los modos de su implementación y acercarla a los ritmos de las luchas sociales.¹² Sus apreciaciones tenían puntos de contacto con las de otras disidencias previas, si bien el contexto del exilio orgánico en el que habían sido concebidas y expresadas era muy distinto al de principios de la década de 1970. Los tenientes subrayaban las reacciones adversas que habían despertado los atentados de las TEI en la dirigencia del Partido Justicialista (PJ) y en la Confederación Única de los Trabajadores Argentinos (CUTA).¹³ Para ellos, era evidente que las representaciones institucionales del peronismo y de los trabajadores vivían su “accionar militar como una provocación que restring[ía] su espacio legal”.¹⁴ A pesar de que en una primera instancia habían convalidado los operativos contra los funcionarios económicos del régimen, los tenientes criticaban puntualmente el atentado que las TEI I habían realizado contra Klein, que estaba en su casa junto a su familia. Sostenían que el operativo había resultado perjudicial para los intereses de la organización en tanto conspiraba contra la campaña de derechos humanos que Montoneros había motorizado en el extranjero y de la cual habían participado algunos de los firmantes de Madrid.¹⁵ Continuar con la lucha armada tal como estaba planteada en la Contraofensiva, argüían, brindaba el sustento empírico a los calificativos de “terroristas” con los que el PRN definía a Montoneros.

La importancia que los tenientes asignaban a la denuncia de los crímenes dictatoriales y a las consideraciones de otros actores políticos, incluso las del gobierno militar, marcaba un cambio nada desdeñable con respecto al parecer de la conducción y del resto de la organización al respecto. Al mismo tiempo que, en la práctica, relativizaban el lugar de vanguardia en el que se autopercebían los dirigentes montoneros, estas preocupaciones recogían elementos de los debates que los emigrados argentinos impulsaban en el extranjero. En Ciudad de México, París e incluso Cataluña, la derrota del accionar armado fue una de las premisas

que orientó la revisión del pasado inmediato. Aun dentro de los parámetros de la cultura política montonera, los cuestionamientos de los tenientes no deberían entenderse por fuera de los tópicos centrales que animaban las discusiones del exilio argentino.

La principal preocupación de los tenientes era la gran cantidad de víctimas montoneras durante la Contraofensiva, que prácticamente había diezmado al Consejo Superior del MPM:

Esta pérdida tremenda y simultánea que comprende a nivel dirigente a un cro. [compañero] de la Conducción Nacional y siete cuadros del Comité Central tiene, además de las obvias secuelas organizativas, una consecuencia muy grave para nuestra política de masas. Este último aspecto se visualiza claramente analizando lo que representó esta serie de caídas para el Consejo Superior del MPM, que ha quedado semidesmantelado. Doce consejeros fueron este año al país: de esos 12, 6 fueron secuestrados y 2 murieron heroicamente en combate (Croatto y Píccoli). O sea, casi el 70% de los enviados. Visto numéricamente es impresionante, pero no da cuenta de las calidades perdidas. Han caído tres primeros secretarios de Rama: Croatto, Amarilla y Lesgart, y un secretario adjunto: María Antonia Berger, para colmo de males símbolo popular por su carácter de sobreviviente de Trelew. Una conducción de Rama, la de la Juventud, ha quedado totalmente descabezada, y la Rama Femenina ha perdido a sus principales dirigentes. La Rama Política no perdió ningún consejero, pero sí a un compañero esencial que estaba llevando adelante los contactos superestructurales, que es Julio Suárez.¹⁶

El balance del retorno al país, lo hiciera un miembro de la conducción convencido acerca de la Contraofensiva o un militante que la juzgase como un error terminal, no podía abstraerse de esas pérdidas sustanciales y caras a la historia de Montoneros. En todo caso, podía modificarse la valoración que se les diera a esas muertes y desapariciones. Estas diferencias, muchas veces enormes y explícitas, fueron un eje fundamental que dividió las aguas al interior de la dirigencia de la organización en los intercambios posteriores a la Contraofensiva de 1979 y se cristalizó en una pregunta fundamental: ¿cómo entender el saldo que había dejado el retorno?

Los tenientes subrayaban estas pérdidas, no solo desde el valor que las vidas individuales cobraban a sus ojos —secundario desde el punto de vista del imaginario montonero—, sino también por las limitaciones políticas que imponían a la organización: “La realidad de estas bajas, que no concebimos que hayan estado contempladas en las estimaciones previas, demuestran que no es verdad que hayamos ‘asimilado las experiencias dolorosas [...] de 1976’”.¹⁷ Pero, de hecho, el número potencial de víctimas sí había sido parte de los cálculos previos de la conducción. En una reunión que mantuvieron Fernando Vaca Narvaja y Jaime Dri (luego uno de los firmantes del documento crítico) en las afueras de París en mayo de 1979 con militantes exiliados en Francia, el comandante montonero había planteado que “quedarán ‘vivos’ menos de cincuenta hombres, de los doscientos que participarán”.¹⁸ La reunión había tenido su razón de ser en la explicación de la Contraofensiva y en la convocatoria, sin éxito según el informe, a participar en ella.¹⁹ Frente a la pregunta de los asistentes de por qué Montoneros llevaría adelante el retorno a pesar de estas consideraciones, Dri tomó la palabra: “Lo importante del Operativo es que, de una vez por todas [...], la clase obrera tome conciencia ‘revolucionaria’, no importa mayormente el número de bajas en una revolución, sino la victoria final”.²⁰

Antes de saber los resultados, Dri había convalidado una concepción de la victoria revolucionaria que trascendía la preservación de la vida individual y luego, a fines de ese mismo año, había respaldado un documento crítico contra la conducción por considerarla desaprensiva y responsable de esas vidas individuales. Detrás del cambio de Dri, se encontraba el cimbronazo que para buena parte de las y los militantes de la organización significó la constatación real de la cantidad y relevancia de las víctimas montoneras durante la Contraofensiva. La materialidad de la muerte era más compleja de asumir que la idea abstracta del sacrificio por el colectivo.

Los críticos incluían la Contraofensiva dentro de una sucesión de políticas desacertadas llevadas a cabo por la conducción, que lejos de haber comenzado con el retorno al país se remontaba a los inicios de la dictadura.²¹ Centraban sus objeciones en la dinámica interna de Montoneros. Demandas de larga data, como la democratización presupuestaria, se entrelazaban en sus cuestionamientos con los resultados puntuales de la Contraofensiva. Los tenientes impulsaban varias propuestas para ampliar la participación de las y los militantes en la elaboración de las políticas de la organización, como la realización del congreso partidario tantas veces aplazado y la recuperación de la plataforma del MPM. Además,

reivindicaban la necesidad de proclamar “la definición de que luchamos por la democracia de masas” que consideraban “fundamental para neutralizar el temor de las capas medias hacia nosotros”.²²

Esta opción por la “democracia de masas”, a la vez que los críticos habían aceptado el camino insurreccional propuesto por la conducción, resultaba al menos paradójica y sería tachada de reformista por parte de la jefatura montonera, que veía en la revalorización del orden democrático un abandono del horizonte revolucionario. Pero también tenía una dimensión pragmática. Proseguir la Contraofensiva tal como estaba diagramada, planteaban los tenientes, “podría significar el aniquilamiento de la fuerza propia”.²³ De lo que se trataba, entonces, era de “replantear aspectos centrales de nuestra propuesta política y organizativa, aunque esto suponga una demora en los planes y nos reste [...] un cierto grado de presencia”.²⁴ A fines de 1979, puestos a elegir entre más sangre y más tiempo, los tenientes escogían el tiempo.

CONTRA EL REFORMISMO: LA INTERVENCIÓN DE LA CONDUCCIÓN

La conducción acusó recibo de la crítica de los tenientes, pero, en vez de dar lugar a la discusión y permitir un estado deliberativo al interior de la organización, que hubiese provocado una demora de la Contraofensiva y, quizás, un cuestionamiento de su propio poder, se mantuvo inflexible en sus concepciones doctrinarias. Esta actitud era consonante con la que había mantenido con las disidencias previas, como las de la Juventud Peronista Lealtad y la Columna Sabino Navarro, a principios de la década de 1970.²⁵ En el caso del pronunciamiento de Madrid, la conducción no estaba dispuesta a poner en duda las lecturas que habían respaldado el inicio de la Contraofensiva en octubre de 1978. Inspirada en las revoluciones triunfantes en Irán y Nicaragua en 1979, y con la certeza de que la década de 1980 sería la definitiva en la liberación de los países del Tercer Mundo,²⁶ la cúpula partidaria definió la insurrección popular armada como la estrategia para la instauración del socialismo en Argentina. El desenlace del proceso insurreccional nicaragüense, que había contado con apoyo económico y humano de Montoneros, fue el prisma a través del cual la cúpula observó el proceso político argentino y ratificó el movimiento ofensivo de la organización. Así fue descripto por Firmenich:

En el mismo año en que nosotros iniciamos la contraofensiva popular nuestros hermanos nicaragüenses, bajo la conducción estratégica del Frente Sandinista de Liberación Nacional, finalizaban su ofensiva insurreccional [...]. En el mismo año se produjo la insurrección iraní que acabó completamente con la dinastía imperial de los Pahlevi [...]. Así, entonces, 1979 —en tanto final de una década de hambre y represión, particularmente para América Latina— es el preludio del cambio, del inicio de una nueva década que estará signada por el heroísmo de aquellos pueblos que sean capaces de comprender que es necesario y posible pasar a la contraofensiva para conquistar la liberación nacional y social.²⁷

Peor que perder era no avanzar. Además de situar su decisión en un marco más

amplio, la jefatura montonera también se expresó sobre las inquietudes de los críticos: la participación interna, los numerosos desaparecidos y asesinados —los “costos organizativos”, en sus categorías— y la forma en que continuaría la estrategia. La conducción reconocía la crisis del montonerismo, también expresada por los tenientes, pero la definía como producto de otra crisis, la del llamado “campo popular” que, a su vez, era consecuencia de la “ofensiva de la dictadura”. En otras palabras, la crisis de Montoneros no obedecía a las acciones de la organización, sino a la magnitud represiva del PRN. De aquí que los lineamientos políticos de la cúpula dirigente se orientaran más a construir la insurrección deseada que a la eventual corrección de las políticas señaladas por los críticos:

Inclusive si la clase trabajadora [...] debiera desarrollar su lucha sin posibilidad inmediata de triunfo, nosotros como fuerza organizada mantendríamos exactamente igual nuestra decisión de luchar hasta las últimas consecuencias contra el sistema oligárquico de la entrega y la explotación. Somos revolucionarios, también, por nuestra ideología explícita.²⁸

Influida por la revolución sandinista, la conducción explicitaba la modalidad de su revolución: las fábricas y los barrios populares serían los espacios idóneos para la formación de las milicias que acabarían por desestabilizar al régimen dictatorial con la dirección de Montoneros, la vanguardia del proceso. Ante los cuestionamientos recibidos, la jefatura montonera ratificaba la condición revolucionaria de la organización y vapuleaba la posición de los tenientes, comprendida dentro de una serie más larga de diversas “tendencias políticas reformistas que se manifiestan a veces dentro de nuestro partido”, producto de “divorciar nuestra suerte política como partido de la suerte política de la clase trabajadora”.²⁹ Para la conducción, los reformistas representaban a las clases medias y por eso buscaban acordar con otras fuerzas políticas. La cúpula montonera, por su parte, se aferraba a su lugar de vanguardia y se arrogaba la capacidad de generar la única oposición viable en contra del PRN.³⁰ De lo que se trataba en el futuro inmediato, entonces, era de seguir rubricando esa condición histórica.

La conducción reactualizaba los motivos que habían impulsado a la organización

a iniciar la Contraofensiva. La salida al exterior, pensada en un principio como la única opción para resguardar a las y los militantes frente al terrorismo de Estado, había alcanzado un límite: si por un lado había logrado guarecer a los militantes de las garras del aparato represivo estatal, por el otro los había alejado de la realidad del país impidiéndoles participar como dirección de los trabajadores. En el fondo, Montoneros no quería someter a debate su rol dirigente y, para ello, debía retomar y continuar su presencia en el territorio argentino. La autopercepción de la organización como vanguardia —como ha resaltado Slipak— hundía sus raíces en los primeros años de la década de 1970, cuando había convivido con otras formulaciones (“brazo armado”; “formaciones especiales”; “guerrilla”; “organización político-militar”) hasta afirmarse hacia fines de 1970. La conducción se mantenía fiel a sus concepciones de origen.³¹

En sintonía con esta idea, los máximos jefes montoneros desestimaban las preocupaciones sobre las desapariciones y los asesinatos que había sufrido la organización durante 1979:

El enorme costo social que ha pagado nuestro pueblo durante estos años de resistencia así como el increíblemente doloroso costo que ha pagado nuestro partido con la vida de miles de cuadros encabezando la misma han introducido en nuestras fuerzas un interrogante. Las bajas que hemos sufrido durante la campaña de lanzamiento de la contraofensiva lo han acentuado en algunos compañeros. Este interrogante contiene dos aspectos: uno de ellos consiste en la duda acerca del costo organizativo que podemos pagar sin correr riesgos estratégicos; el otro es sencillamente la problemática individual de la muerte.³²

La conducción enmarcaba la cantidad de militantes víctimas de la represión en el tiempo más largo de existencia de la organización. De este modo, les quitaba cualquier viso de excepcionalidad a los resultados de la Contraofensiva. Como varios años después le diría Firmenich a Cristina Zuker: “¿Y en el ‘76, en el ‘77? Caían siete compañeros por día. La Contraofensiva fue un juego de niños al lado de eso”.³³ La conducción desatendía la preocupación por la muerte de las y los militantes tanto desde el aspecto colectivo como individual. En primer lugar, porque el “costo organizativo”³⁴ entrañaba a su vez un costo político que, para la cúpula, se relacionaba con la permanencia de los militantes montoneros en el

exilio. Desde su punto de vista, la organización era un “arma” que podía ponerse en juego, como sostuvo Firmenich dos años después, a cambio de prestigio político en el país:³⁵ el “riesgo estratégico es perder el corazón de las masas”,³⁶ sostenían los máximos dirigentes. El exilio era dañino no solo porque alejaba a los militantes de las prácticas de la clase trabajadora, sino también porque permitía el surgimiento del reformismo. El peligro no eran los secuestros y las desapariciones, sino la desinserción de Montoneros en la política argentina.

La cuestión individual de la muerte era, directamente, desechada:

En cuanto al interrogante surgido de la problemática individual de la muerte con cuya ilusoria desaparición en el exterior algunos compañeros se autoengañaron, naturalmente carece de sentido para una fuerza política revolucionaria que pretende conquistar el poder mediante la insurrección armada y aniquilar para siempre a las clases dominantes.³⁷

El miedo a la muerte por parte de las y los militantes no tenía relación, en el discurso de la conducción, con las perspectivas del proyecto montonero. Era el producto de una ilusión, de un engaño. El exilio conspiraba contra la determinación revolucionaria de las y los montoneros y generaba conflictos con la aceptación de la muerte como parte constitutiva de la práctica militante. Por eso la relevancia de la Contraofensiva: para evitar que lo que se había iniciado como “repliegue circunstancial” adoptara la forma de “exilio” y generara “la proliferación de ideas reformistas de muy variada expresión”.³⁸ La conclusión de la cúpula montonera era clara: “No existe ningún límite al costo que un pueblo debe pagar por su liberación”.³⁹ Y, menos aún, para su vanguardia.

Esta caracterización del exilio, y de la tarea militante, debe entenderse en sintonía con las primeras críticas al accionar armado que allí se produjeron.⁴⁰ La cúpula partidaria se hacía eco de los cambios políticos que estaban dándose en el extranjero y que comprendían, entre otras cuestiones, la puesta en valor de la democracia como forma deseable de oposición política a la dictadura. Solo a partir de la sensación de la derrota a manos del PRN, muchos emigrados políticos —incluso con pasado en Montoneros— pudieron habilitar nuevas estrategias destinadas a enfrentar al régimen. Ese redescubrimiento de la

democracia implicaba necesariamente la convalidación de una idea previa que no era respaldada bajo ningún concepto por la conducción: el fracaso de la opción armada.

Para la jefatura montonera, asumir la derrota a manos del gobierno militar constituía una expresión del reformismo y derrotismo que atravesaba el exilio. Quienes habían sido secuestrados y asesinados en el país, pensaban, no hacían más que acrecentar el capital político de Montoneros a los ojos de la sociedad argentina. Capital político que, en el exterior, se dilapidaba. El ejemplo del sacrificio de las y los militantes, sostenían los dirigentes montoneros, elevaba el prestigio de la organización, que no renunciaba a pensarse como cabeza del proceso político argentino.

EL EXILIO DE LA DERROTA: LA CRÍTICA DE LAS ARMAS Y LA REVALORIZACIÓN DE LA DEMOCRACIA

“La guerrilla creyó que el ejemplo del sacrificio de los combatientes arrastraría a las masas”,⁴¹ sostiene Hugo Vezzetti en su consideración de la intervención crítica de Rubén Sergio Caletti en *Controversia*, que auscultaba sin concesiones las derivas del proyecto de Montoneros.⁴² Nacida en México en octubre de 1979, la revista fue una de las primeras iniciativas editoriales que examinó críticamente la práctica armada y el exilio y también aportó herramientas analíticas para el redescubrimiento de la democracia como sistema político deseable. Sus autores habían sido militantes del peronismo revolucionario y de la izquierda, de manera que los cuestionamientos adquirirían visos de autocrítica. En el límite entre las décadas de 1970 y 1980, tanto Caletti como José Aricó, Sergio Bufano, Jorge Tula, Héctor Schmucler, Jorge Bernetti, Nicolás Casullo, Juan Carlos Portantiero y otros intelectuales escrutaron la estrategia de Montoneros —y la guerrilla en general— desde un lugar de enunciación exclusivo: “la derrota”. “El punto de partida debería ser más simple: estamos aquí porque fuimos derrotados”,⁴³ planteaba Schmucler en 1979. Esta cosmovisión, que anudaba exilio y derrota, era programática de la revista y antagónica a la de Montoneros, que aún sostenía que una insurrección popular armada podría derrotar a la dictadura.

Controversia no se ocupó de la denuncia del régimen militar, sino que propuso una lectura teórica y política de los sucesos pretéritos. En estas lecturas, las críticas sobre el accionar armado y sus responsabilidades frente al terrorismo de Estado fueron mayoritarias y, también, contemporáneas a sus últimas manifestaciones: el primer número de Controversia salió publicado en octubre de 1979, durante la Contraofensiva. Pero, además, la revista fue la primera intervención que enunció la derrota y la transformó en un momento de inteligibilidad política y, por eso mismo, se diferenció de quienes la nombraban únicamente en su fuero íntimo o en sus reflexiones más privadas.⁴⁴ Esto sucedió, por ejemplo, en Francia. En su investigación sobre el exilio argentino en aquel país, Marina Franco sostiene que las y los exiliados argentinos en París recuerdan “la falta de debate abierto sobre la experiencia pasada y el peso de los factores emocionales como explicación de la dificultad para abordar el

tema”.⁴⁵

La revista se insertó en una dinámica más amplia que, además de México, alcanzó otros destinos del exilio argentino, como Italia, España y Suecia.⁴⁶ Y, tal como lo plantea Silvina Jensen, “en términos generales, los ejes de la discusión fueron la derrota, la naturaleza del peronismo, la violencia, los Derechos Humanos”.⁴⁷ En el exilio, el tono de las intervenciones fue variado y albergó autocríticas políticas, condenas morales, análisis históricos y esencialistas sobre los procesos que habían atravesado las décadas de 1960 y 1970, y que tenían su centro de reflexión en las organizaciones armadas —y en Montoneros—. El surgimiento de estos proyectos editoriales era la manifestación concreta y sintomática de una modificación más amplia en la sensibilidad política de los desterrados, que partían de concebir la derrota frente al PRN para ensayar nuevas modalidades de oposición, como las denuncias internacionales por los crímenes dictatoriales. En este esquema, la democracia por construir se volvía un horizonte deseable y el imaginario y las prácticas de Montoneros, hechos del pasado.⁴⁸

En España, la evaluación de la experiencia armada se expresó tanto a través de las páginas de Testimonio Latinoamericano —revista del exilio argentino en Cataluña—⁴⁹ como de las críticas de intelectuales como Álvaro Abós y Néstor Scipioni, entre otros. Allí se abordó “la revisión de la violencia y las razones de la derrota del campo popular y/o de las organizaciones armadas [y] la revalorización de la democracia”.⁵⁰ A mediados de 1980, Abós planteaba el “extravío de las organizaciones armadas de izquierda y en particular de Montoneros”,⁵¹ que no habían considerado el cambio del contexto político-institucional de los primeros años setenta con respecto al que se había abierto con el triunfo de Cámpora, en 1973. En esta dirección, escrutaba la falta de legitimidad social de los métodos armados. Scipioni iba más lejos aún y prefiguraba un esquema hermenéutico que, con algunas transformaciones, constituiría un antecedente nada desdeñable de lo que más tarde se llamó “teoría de los dos demonios”, como forma de referirse al pasado inmediato luego de la restauración democrática.⁵² Scipioni había militado en el peronismo de izquierda y había sido decano de la Facultad de Medicina de Córdoba durante el gobierno de Cámpora. Luego del golpe de Estado, se refugió en Bélgica y falleció en Barcelona, en 1981. En su libro *Las dos caras del terrorismo*,⁵³ condenaba a todas luces el devenir de los proyectos revolucionarios, en particular el de Montoneros, por haberse apartado del consentimiento popular. Su crítica parecía enfocarse más en la persistencia de las conducciones políticas de las

organizaciones armadas, particularmente la conducción de Montoneros, que en el grueso de las y los militantes.

También en España alcanzaron notoria repercusión los diálogos entre Envar El Kadri y Jorge Rulli, ambos militantes peronistas de los tiempos de la Resistencia.⁵⁴ Los autores explicaban el derrotero de Montoneros a través del esquema “que transformó una lucha popular en una guerra de ‘aparatos’”,⁵⁵ que anticipaba muchas de las críticas posteriores que se harían a la organización, algunas ya vertidas anteriormente por sus propias disidencias. La idea de una violencia legítima, acompañada por las actitudes y expectativas sociales, que habría dado paso a la soledad del foquismo, llevado adelante por una elite separada de los sujetos sociales a los que creía representar, ciertamente se constituyó en un esquema hegemónico para examinar la experiencia montonera.

Dicho esquema también fue dominante en las perspectivas críticas en Ciudad de México, uno de los destinos principales de la diáspora argentina. Allí, hasta 1979, el predominio de Montoneros había sido notorio, por lo que los cuestionamientos a su accionar fueron más numerosos y altisonantes.⁵⁶ Pablo Yankelevich sitúa la primera objeción pública a Montoneros en México siete meses antes de la publicación de *Controversia*, a partir de un artículo que Jorge Bernetti escribió en *El Universal*, el 21 de marzo de 1979, con motivo de la conformación del PMA.⁵⁷ Desde ese momento, y con la Contraofensiva y las disidencias como trasfondo, las críticas a la organización no harían más que escalar entre quienes, incluso, habían acompañado su proyecto político. En este marco, las intervenciones no se encontraron restringidas a *Controversia*, su más claro exponente a partir de su constitución en octubre de 1979. Antes de su publicación, los exiliados argentinos en México se expresaron, además de en *El Universal*, en *Unomásuno*, *Proceso* y la revista del uruguayo Carlos Quijano, *Cuadernos de Marcha*, entre otras.⁵⁸

Si bien la mayoría de los cuestionamientos tuvieron al fenómeno armado entre sus principales desvelos, interesa detenerse en las aproximaciones de Caletti, Bernetti y Bufano, ya que condensan las miradas que se tejieron en el exilio sobre el fenómeno montonero en México y, de modo más general, sobre el cambio de sensibilidad política que allí se produjo.⁵⁹ Sus intervenciones formaron parte de un proceso de más largo aliento que se empezó a consolidar en torno a 1979. En el primer número de *Controversia*, Bufano publicó su análisis sobre el fenómeno guerrillero en Argentina.⁶⁰ Crítico con el devenir de las organizaciones armadas, evitaba caer en aquellas posturas que caracterizaban

la violencia como recurso de “dos bandos”. Localizaba la derrota en 1976 — como muchos otros integrantes de Controversia—, cuando el PRN tomó el poder del Estado. En su análisis, el foquismo per se, al cual consideraba superado ya a principios de la década de 1970, no era la razón de la derrota, sino la incorrecta apreciación que habían realizado las organizaciones armadas sobre el potencial revolucionario de la clase trabajadora.⁶¹

En las páginas de Controversia, también Caletti se pronunció sobre el fenómeno político militar. Allí fue muy crítico con la trayectoria de Montoneros, definido como “vanguardismo guerrillero”.⁶² Su objeción trascendía la organización y se orientaba a discutir la matriz genérica de la “izquierda radical”.⁶³ De impronta marxista, examinaba la adaptación lineal del caso cubano al argentino, común a toda la nueva izquierda, armada o no. En otra intervención publicada en la misma revista, el autor exponía las apropiaciones ideológicas que las organizaciones locales habían hecho de la ideología marxista. Basado en su lectura del fenómeno político-militar en Argentina, daba cuenta sin complacencia alguna de la cultura política que había animado a las organizaciones armadas, entendida a partir del “fetiche del fusil”, la construcción del héroe y el culto a la fuerza y la tecnología.⁶⁴ Sostenía que se había invertido “el proceso de construcción de lo político”:⁶⁵ primero era necesario el héroe y luego, los sectores a los que deseaba interpelar. En la práctica foquista, como la que imputaba a Montoneros, “tanto el poder como la verdad son unívocos y verticales: de la dirección a las bases”.⁶⁶ Como ha notado Vezzetti, detrás de las palabras de Caletti, escritas en diciembre de 1979, resonaban los ecos de las críticas a la Contraofensiva.⁶⁷

Con motivo de la formación del PMA, Bernetti había escrito una serie de notas que fueron publicadas por el diario mexicano El Universal.⁶⁸ Allí sostenía que lo que los disidentes denunciaban en su afán de rescatar el “verdadero montonerismo” no eran accidentes o desviaciones, sino la sustancia misma de la organización. En su recorrido por la historia montonera, Bernetti enjuiciaba el desprecio que habían manifestado por los valores democráticos —basado en la actuación de la organización luego del triunfo de Cámpora— y su afán militarista, que los había empujado a retomar la clandestinidad durante la vigencia de un gobierno al que habían apoyado y votado. La concepción foquista de la política, argumentaba, había llevado a la organización a una guerra de aparatos, desligada del pueblo al que decía representar.

Luego, en un artículo elaborado junto con Adriana Puiggrós, Rubén Sergio

Caletti y Schmucler —todos con pasado cercano a Montoneros—, Bernetti criticaba la concepción de derrotismo con la que la organización había etiquetado una intervención de Casullo, que había definido a Montoneros como “foquista y militarista”.⁶⁹ El texto de este grupo de autores, respuesta a otro publicado por la Secretaría de Prensa del MPM, que negaba las definiciones de Casullo,⁷⁰ sostenía que “para ciertos vanguardismos la expresión de ideas y de búsqueda de verdades se transforman en fantasmales enemigos”.⁷¹ Planteaba que los pocos aciertos políticos de los años previos habían sido obra del movimiento obrero organizado, totalmente desvinculado de Montoneros. Negarse a esa realidad, replicaban Bernetti, Caletti, Puiggrós y Schmucler, constituía el verdadero “derrotismo”.

Tanto las críticas de las y los exiliados peronistas como las respuestas o acusaciones de parte de los dirigentes de Montoneros daban la pauta de la existencia —por lo menos en México— de un espacio de discusión, aunque estructurado mayormente sobre la base de antagonismos. En mayo de 1980, Bernetti publicó en *Controversia* un artículo sobre Galimberti, con motivo de una charla que el dirigente del PMA había brindado en febrero de ese año a un grupo de setenta argentinos y argentinas residentes en México. El texto que antecedió a las declaraciones del exconsejero del MPM era una semblanza exenta de críticas potentes —seguramente por el distanciamiento entre Galimberti y la conducción— que instaba a “discutir lo que se hizo —lo que hicimos— en esos años”.⁷² Desprovisto de la retórica encendida del publicado un año antes a propósito de la disidencia, el artículo remarcaba que “deben oírse muchas voces, pero ésta que se expande a continuación [la de Galimberti] es de las necesarias en este debate de reconstrucción”.⁷³ La voluntad de pensar la derrota, aparentemente, no distinguía entre propios y ajenos, por lo menos en mayo de 1980.

Los cuestionamientos al accionar armado convivieron con la revalorización de la democracia como proyecto. Asumir la derrota de los proyectos alumbrados en la década de 1970 supuso ofrecer nuevas coordenadas que pudieran dotar de sentido no solo la experiencia inmediata, sino también las expectativas futuras. *Controversia* fue un laboratorio de los cambios más generales que se estaban produciendo en el exterior del país hacia fines de la década de 1970. Desde su primer número, la revista argentina del exilio mexicano contó con una sección titulada “La democracia difícil”, que avizoraba el intento por replantearla teóricamente e inscribirla dentro del pensamiento socialista. Portantiero, Aricó y Casullo, entre otros, pusieron la lupa en el siglo XX argentino intentando

encontrar la génesis del distanciamiento entre la democracia como sistema formal y la tradición política de izquierda. Al mismo tiempo, el valor democrático también fue utilizado en la crítica a las estructuras autoritarias de las organizaciones armadas. Verónica Gago recupera el artículo de Ernesto López, “Discutir la derrota”, y su apreciación sobre los alcances del “menosprecio a la democracia”, que el autor ubicaba no solo en la estructura militar de Montoneros, sino también en “sus estructuras de superficie y [en] los simpatizantes no orgánicos [...], [en] los intelectuales y [...] los divulgadores”.⁷⁴

La democracia no solo fue examinada desde su componente teórico. De acuerdo con Jorge Bernetti y Mempo Giardinelli, la novedosa preocupación por las prácticas democráticas de parte de actores que nunca las habían ejercitado generó comportamientos innovadores en el extranjero, en las estructuras políticas surgidas en México. Desde su perspectiva, “toda práctica de verticalismo, todo resabio de los viejos métodos de ‘orden y mando’ perdieron peso específico en el exilio”.⁷⁵ Por supuesto que el exilio al que se refieren Bernetti y Giardinelli poco tenía en común con el “repliegue circunstancial” definido por Montoneros.

En el momento del cambio de década entre los años setenta y los ochenta, un número creciente de exiliados argentinos —muchos exmontoneros— reflexionó sobre la derrota de los proyectos políticos de las organizaciones armadas. Los emprendimientos editoriales surgidos en el extranjero atestiguaban el esfuerzo interpretativo que suponía la evaluación de los sucesos pretéritos y la búsqueda de nuevas formas de oposición al PRN. Es imposible leer las tensiones internas y las disidencias en las que se descompuso Montoneros por fuera de este clima político más amplio. La coincidencia de miradas sobre el autoritarismo que imperaba en la organización entre el manifiesto del PMA y el “Documento de Madrid”, por un lado, y las intervenciones de los intelectuales nucleados en torno a Controversia, por el otro, así lo sugieren.

MONTONEROS 17 DE OCTUBRE: EL RESCATE REVOLUCIONARIO EN TIEMPOS DE DEMOCRACIA

El 10 de abril de 1980, en Ciudad de México, se presentó Montoneros 17 de Octubre, la segunda disidencia de Montoneros desde el inicio de la Contraofensiva.⁷⁶ La ruptura había sido consumada ante la imposibilidad de consensuar la interpretación sobre los resultados de 1979, pero también por incomodidades de más larga data que hacían al funcionamiento de la organización. El “Documento de Madrid” había desnudado dos cuestiones sobre la trama política montonera: por un lado, la doble potencia de la Contraofensiva, que, a la par que visibilizó desacuerdos políticos más longevos, generó otros nuevos a partir de su desarrollo; por el otro, la imposibilidad de Montoneros para tramitar cualquier disenso interno sin que implicase una impugnación total del proyecto. Para la conducción, el cuestionamiento de los tenientes había implicado la duda sobre la necesidad misma de una organización de vanguardia, leítmotiv de Montoneros. Si había desacuerdos, forzosamente debían ser totales.

Montoneros 17 de Octubre era producto de la confluencia de los firmantes del “Documento de Madrid” y de otras y otros militantes que, insatisfechos con el rumbo de la organización, se sumaron al nuevo espacio. Entre ellos, se encontraba Eduardo Astiz, que había participado de las TEA II en 1979. También formaron parte Ernesto Jaureche y Susana Sanz, que habían estado en Argentina durante 1979 cumpliendo funciones de la Secretaría de Relaciones Exteriores (SRE) del MPM y de la Rama Femenina del MPM, respectivamente.⁷⁷ A diferencia de los firmantes del “Documento de Madrid”, en Montoneros 17 de Octubre intervinieron militantes que habían vuelto al país durante la Contraofensiva y que también estaban en desacuerdo con el balance de la conducción. René Chávez, Pedro Orgambide y Sylvia Bermann, exintegrantes del Consejo Superior del MPM, y Julio Rodríguez Anido, excandidato a gobernador de Tucumán y miembro del PJ, también se sumaron a la disidencia.⁷⁸ Finalmente, se integró Gregorio Levenson, también exmiembro del Consejo Superior del MPM que, si bien no firmó el documento fundacional de Montoneros 17 de Octubre, participó efectivamente del espacio.⁷⁹

Aunque Montoneros 17 de Octubre no prosperó en el tiempo como alternativa

política, las condiciones de su formación y el carácter de su documento fundacional brindan un panorama acabado sobre las disputas que atravesaron a Montoneros luego de la Contraofensiva de 1979. Además de criticar los nudos centrales de la práctica político-militar de la organización, el documento disidente proponía medidas influidas por la revalorización del horizonte democrático que se había producido en el extranjero, y que se expresaba, por ejemplo, en la necesidad de conseguir espacios políticos legales en Argentina desde los cuales ejercer oposición al PRN.

A diferencia del PMA, Montoneros 17 de Octubre se oficializó luego de una reunión mantenida entre la conducción y el Consejo Superior del MPM en Nicaragua, el 18 de marzo de 1980, varios meses después del triunfo del FSLN.⁸⁰ Desde enero de 1980, la cúpula montonera había mantenido conflictos con la SRE, integrada por varios de los militantes que luego recalarían en Montoneros 17 de Octubre. La conducción había decidido relevar de su cargo a Pablo Ramos, jefe del Departamento de Europa, firmante del “Documento de Madrid”, miembro de la CADHU y luego participante de la disidencia:

El DT [delincuente terrorista] Oscar Bidegain le escribe a otro DT asentado en BRASIL para avisarle que se realizó una reunión en ESPAÑA para disolver todas las “comisiones organizadas” en los países europeos; en reemplazo de éstas, se creó una única con asiento en MADRID, en cumplimiento de las nuevas directivas emanadas del nuevo “plan de contraofensiva política”, la que por otra parte “ya fue lanzada recientemente”; exceptuando a los integrantes de esta nueva comisión (de la que no se conoce quienes la componen), el resto de los militantes tendrá que “instalarse en AMÉRICA”.

[El Departamento Europa de la SRE] Se encuentra en estado de disgregación; sus figuras más prominentes se han alejado de la BDT [Banda de Delincuentes Terroristas] para formar una nueva fracción.⁸¹

Las modificaciones impulsadas por la conducción no obedecían solo a los requerimientos de la Contraofensiva, sino también a dificultades de orden práctico, como las disidencias, deserciones y desapariciones de numerosos montoneros y montoneras a manos de la dictadura. Podría interpretarse la

reorientación de los militantes de la sección europea de la SRE hacia el continente americano como parte de la estrategia de acercamiento al país, pero también como producto del disciplinamiento que la conducción ejerció sobre quienes la componían, críticos con el rumbo de Montoneros.⁸²

El 26 de enero de 1980, los integrantes del Departamento Europa de la SRE enviaron una carta a la conducción en la que manifestaban su sorpresa por la destitución de Ramos durante una reunión plenaria en la que se discutían los resultados de la Contraofensiva.⁸³ Ante la ausencia de respuesta, y luego del envío de dos misivas más, se declararon en rebeldía sosteniendo a Ramos en su rol hasta que el Consejo Superior del MPM se expidiera sobre los resultados del retorno y preparara su propuesta política futura. Cada vez eran más los actores partidarios que demandaban una apertura de la política interna montonera.

Finalmente, dicha reunión se llevó a cabo en Managua, en marzo de 1980:

Logramos, por primera vez, que se destruyera la fábula de tratar de traidores a los que tenían una disidencia y que se aceptara abrir una discusión con la conducción nacional. Para efectuarla, ésta preparó una reunión a la que invitó a los disidentes que formaban el Consejo Superior del MPM, dándonos las máximas garantías. Fue convocada en Managua, bajo la responsabilidad del Frente Sandinista.

Nos recibieron y nos trasladaron a una casa compartimentada, con un fuerte operativo de vigilancia y control. Se nos colocó una guardia de compañeros armados y se intentó someternos a revisión a cada uno de nosotros y a nuestro precario equipaje, lo que dio lugar a nuestra primera protesta. Nos opusimos totalmente y anunciamos la decisión de retirarnos y denunciar la situación a los sandinistas. Previendo algo parecido habíamos dejado un control en México que nos garantizara nuestro regreso sanos y salvos.⁸⁴

Tal vez comparando el proceso de conformación de Montoneros 17 de Octubre con la conflictiva ruptura del PMA, Levenson sostiene que la conducción había modificado la forma de tratar los disensos al interior de la organización. Más allá de que la apertura de la discusión marcara una transformación considerable, el conflicto que se desató antes de la reunión y los recaudos que habían tomado los

disidentes señalaban, también, los límites de dicha modificación. Evidentemente, la desconfianza había marcado el encuentro. El episodio se resolvió, según Levenson, con la mediación de Firmenich, “que se ocupó de normalizar la situación [...] lo que nos permitió plantear libremente nuestras diferencias y anunciar, al término de la reunión, nuestra voluntad de constituirnos en una estructura alternativa. El propio Firmenich fue el autor de la propuesta”.⁸⁵ Las y los militantes críticos ya tenían la decisión tomada desde antes de la reunión. El encuentro se desarrolló sin mayores complejidades y encontró al jefe de Montoneros en un rol concesivo frente a las críticas. Seguramente, porque poco podía hacer para retener a quienes, incluso desde un tiempo antes, ya funcionaban como una “organización dentro de la organización”.⁸⁶ Además, la conducción había quedado muy debilitada luego de los resultados de 1979. Aun cuando juzgaran positivo el desarrollo de la Contraofensiva, lo cierto es que esta había despertado numerosas objeciones entre los militantes que se habían amplificado en otros sectores críticos en el exilio. Si en febrero de ese año la jefatura montonera había utilizado todos los resortes que tenía a su disposición para potenciar la enemistad con los miembros del PMA, a principios de 1980 la disidencia era, por lo pronto, pacífica, con la firma de un documento conjunto entre ambas partes.

Montoneros 17 de Octubre no prosperó en el tiempo. Según Levenson, por “lo heterogéneo de las motivaciones que [los] llevaron a rechazar la política de la Conducción Nacional [...]. Cuando se intentó andar, contradicciones de fondo [...] hicieron naufragar el proyecto”.⁸⁷ No alcanzaba con la oposición a la jefatura montonera para plantear un programa coherente y alternativo. La situación evidenciaba la inviabilidad de las experiencias críticas forjadas a partir de la organización y desde una matriz ideológica similar. Tal como ha planteado Luciana Seminara para el caso de la disidencia Columna José Sabino Navarro de 1972, Montoneros representaba “un ombú” con cuya sombra impedía el crecimiento de cualquier organismo cercano.⁸⁸

En abril de 1980, la disidencia presentó su documento fundacional.⁸⁹ Allí se daban a conocer los integrantes de la nueva organización y se objetaban el militarismo y el autoritarismo de la conducción. Más efectivo en señalar desacuerdos que en proponer una concepción renovada del peronismo revolucionario, el documento enfatizaba la necesidad de articular alianzas con otras fuerzas políticas y buscar espacios de legalidad en el país para oponerse a la dictadura. Cuestionaba duramente algunas de las premisas que habían guiado el accionar de la organización, si bien no abandonaba el lugar de vanguardia con

el que se autopercibía Montoneros.⁹⁰

El tono del documento había cambiado con respecto al elaborado en Madrid cuatro meses antes. Si bien los integrantes de la disidencia se convocaban como montoneros, criticaban a la máxima dirigencia con la que anteriormente habían buscado acuerdos. El pronunciamiento transformaba la estrategia expositiva previa, que se había caracterizado por conceder para luego criticar:

Los cuestionamientos a la conducción del Partido Montonero que hoy hacemos públicos forman parte de nuestra propia autocrítica. Sin embargo, haber sido partícipes de una política no debe impedirnos señalar la contumacia de la Conducción Nacional de Montoneros que ha obstaculizado y finalmente impedido todo intento democrático de revisar seriamente su táctica y estrategia.

Sepan nuestros compañeros que, quienes hoy nos identificamos como MONTONEROS 17 de Octubre, ejerceremos la más profunda autocrítica para superar nuestros errores, en el libre ejercicio de la democracia interna que es fundamental para el crecimiento de toda fuerza revolucionaria.⁹¹

Sin resignar el futuro revolucionario, los disidentes hacían hincapié en la democracia interna como elemento esencial para la construcción política que proponían. Democracia que era antagónica con el autoritarismo imperante en Montoneros, pero que estaba en sintonía con las transformaciones políticas producidas en el exilio. En su intento por diferenciarse de la cúpula partidaria, formulaban una lectura histórica sobre la “crisis del peronismo montonero” coincidente con la que había trazado el PMA. Los diez años de trayectoria de la organización eran simplificados en el enfrentamiento entre dos tendencias contrapuestas: una política y otra militarista. Esta interpretación de la experiencia montonera permeó numerosas memorias posteriores, que Slipak reconoce a partir de la figura del “quiebre entre la militancia y la dirigencia”.⁹² Para los miembros de Montoneros 17 de Octubre, “la coexistencia entre ambas tendencias no terminó nunca de sintetizarse y fue [...] la militarista la que mantuvo su preminencia en el manejo del aparato y en la conducción de la política, con graves consecuencias para nuestro desarrollo”.⁹³

La historia montonera quedaba estructurada, entonces, detrás de la irresolución

de este enfrentamiento endémico a su trayectoria. El binomio político-militar que definía la práctica de la organización era identificado por los disidentes como el producto de dos grupos con compresiones distintas de la política. Este discurso debe ser entendido como un recurso performativo antes que como un análisis histórico. Los miembros de la disidencia ocultaban deliberadamente la participación que ellos mismos habían tenido en la política armada de la organización. Sin ir más lejos, Astiz, uno de los firmantes, había participado en la Contraofensiva de 1979 y, antes, había integrado las Tropas Especiales de Combate.⁹⁴

Prueba de este ocultamiento del universo común entre los disidentes y la conducción es el fragmento que se transcribe a continuación, en el que hay un desplazamiento entre la primera persona del plural que recorre el documento frente al impersonal que se desliza con respecto a las políticas cuestionadas:

Con el lanzamiento del MPM en abril de 1977, y posteriormente con el documento de Reunificación, Transformación y Trascendencia del peronismo, a mediados de 1978, intentamos corregir aquella política militarista y vanguardista. Pero una vez más las correctas propuestas de masas quedaron supeditadas al inmediateismo de aquella concepción militar errónea que confunde la lucha de clases, en la compleja formación social argentina, con una guerra convencional entre dos ejércitos.

Con un enfoque triunfalista de la Resistencia, se decidió en 1979 el lanzamiento de la campaña de contraofensiva popular; con definiciones más claras sobre la necesidad de nuestra inserción y de impulsar movimientos ofensivos de masas; pero una vez más y en esta oportunidad bajo la absoluta responsabilidad de la Conducción Nacional de Montoneros, aquellas propuestas fueron desvirtuadas en la práctica.⁹⁵

Si la primera persona del plural expresaba el diseño conjunto de las políticas no armadas (“intentamos corregir”), el impersonal marcaba un distanciamiento con respecto al inicio de la Contraofensiva (“se decidió”), a pesar de la unanimidad con la que había sido aceptada. La responsabilización exclusiva de la conducción por su lanzamiento obedecía a una estrategia de los disidentes para deslindarse

de los resultados de 1979.

Montoneros 17 de Octubre no resignaba el proyecto revolucionario, aunque lo subordinaba a los avatares del proceso político en el país. Las condiciones para la Contraofensiva no habrían estado dadas en 1979 y, por ello, era necesario avanzar en la unificación del peronismo revolucionario con el sindical y el institucional para oponerse más efectivamente al PRN. Como novedad, en el documento de la disidencia el imaginario revolucionario convivía de una manera más explícita con la democracia como objetivo: “La lucha de la democracia para todos, sin exclusiones ni condicionamientos, es la bandera principal de la hora”.⁹⁶

Para marzo de 1980, la lucha armada en Argentina estaba prácticamente descartada. En este marco debe entenderse la modificación que declamaba Montoneros 17 de Octubre: “Debemos contribuir a cambiar el concepto de ‘guerra’ por el de ‘rebeldía popular’. Y poner en evidencia que la violencia dictatorial es el correlato indispensable de un programa económico de entrega y explotación”.⁹⁷ Modificar la noción de “guerra” implicaba una transformación relevante del paradigma político montonero. Esta rectificación ubicaba a la dictadura no más como un ejército de ocupación de su propio país, tal cual reflejaban los documentos de la organización, sino como un régimen que ejercía el terrorismo de Estado contra su población.⁹⁸ Más afín a la noción denunciante del paradigma humanitario que se había forjado en el exilio, la propuesta de Montoneros 17 de Octubre confluía con los cambios del contexto, aunque rescatando el horizonte revolucionario final. De todos modos, las transformaciones políticas de la década naciente, el largo historial político-militar de sus miembros, sus diferencias internas y la imposibilidad de distanciarse de los trágicos resultados de la Contraofensiva conspiraron contra la permanencia de la nueva organización. Ese fracaso evidenció que, para constituirse en una oposición vigente y efectiva a la dictadura, la pretensión revolucionaria ya no era una opción capaz de recoger apoyos entusiastas. Por su parte, la conducción, en su momento de mayor debilidad pero igualmente inscripta en su propia lógica que privilegiaba la acción en Argentina, decidió refrendar nuevamente su condición histórica de vanguardia en un segundo retorno votado en enero de 1980. Dicho proceso, que marcó el final de Montoneros como proyecto político, es el que aborda el último capítulo de este libro.

¹ Jorge Lewinger, entrevista con el autor, Ciudad Autónoma de Buenos Aires (CABA), 11 de junio de 2016.

² “Ante la crisis del Partido. Reflexiones críticas y una propuesta de superación”, en “Boletín interno N° 13”, febrero de 1980.

³ Daniel Vaca Narvaja había militado en Montoneros en Argentina hasta 1977, momento en el que salió al extranjero e integró la Secretaría de Relaciones Exteriores del MPM, donde estuvo a cargo del Departamento Europa. Jaime Dri había sido miembro de la Rama Política del MPM. Había sido diputado del Frente Justicialista de Liberación (FREJULI) durante el gobierno de Cámpora. Detenido en Uruguay en diciembre de 1977, recuperó la libertad a través de una fuga en julio de 1978. Desde ese momento, permaneció en el exterior denunciando la realidad de los centros clandestinos de detención (CCD). Olimpia Díaz, pareja de Dri, de origen panameño, se radicó en Argentina en 1969, donde militó hasta 1973 en la Juventud Peronista (JP) de Chaco. A partir de 1979, se integró a la Comisión Directiva de la CADHU. Por su parte, Miguel Bonasso había sido asesor de la Secretaría de Prensa y Difusión durante la presidencia de Cámpora. En abril de 1977, se exilió y se incorporó al Consejo Superior del MPM como secretario de Prensa, hasta principios de 1980. Pablo Ramos, al igual que Daniel Vaca Narvaja, pertenecía al Departamento Europa de la Secretaría de Relaciones Exteriores del MPM y era miembro de la CADHU. Finalmente, Gerardo Bavio, exintendente de Salta durante el gobierno de Cámpora, tuvo participación en el Partido Auténtico y en 1977 se integró al MPM (Montoneros 17 de Octubre, s. t., abril de 1980, disponible en línea: <<https://eltopoblindado.com>>).

⁴ La relación de Montoneros con el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) comenzó a fines de 1978, cuando un militante del MPM en Panamá, Caledonio Carrizo, recibió un pedido de ayuda de la organización centroamericana. A principios de 1979, Fernando Vaca Narvaja, secretario de Relaciones Exteriores de Montoneros, se reunió en Costa Rica con los miembros de la tendencia insurreccionalista del sandinismo, los hermanos Daniel y Humberto Ortega. Allí acordó poner al servicio del FSLN la radio de onda corta que Montoneros había montado en aquel país. Además, la organización colaboró con recursos económicos y mediante el envío de dos grupos de militantes, la Brigada Sanitaria Adriana Haidar, a cargo de Sylvia Bermann, y el Grupo de Combate General San Martín, dirigido por Daniel Vaca Narvaja. Ambos grupos estuvieron en Nicaragua desde mediados de 1979 hasta fines de ese año. En

diciembre de ese año, Daniel Vaca Narvaja suscribió el “Documento de Madrid” y participó a principios de 1980 de la disidencia Montoneros 17 de Octubre junto con Bermann y otros militantes. La conducción y los militantes críticos extrajeron distintas conclusiones de aquella experiencia: para la cúpula partidaria, el proceso nicaragüense enseñaba que Montoneros debía persistir en sus concepciones. Para quienes estuvieron allí y luego se plegaron a la disidencia, la situación argentina no tenía mucha correspondencia con la del país centroamericano. La última edición de la revista oficial de Montoneros, Evita Montonera, núm. 25, de agosto 1979, estuvo dedicada por completo a la revolución sandinista. Sobre el vínculo entre Montoneros y el FSLN, véanse Eudald Cortina Orero, “Internacionalismo y revolución sandinista: proyecciones militantes y reformulaciones orgánicas en la izquierda revolucionaria argentina”, en Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe, vol. 28, núm. 2, 2017, y, del mismo autor, “Brigada Sanitaria Adriana Haidar: solidaridad técnica montonera con la revolución sandinista”, en Secuencia, núm. 108, 2020.

⁵ “Boletín interno N° 13”, op. cit., p. 27.

⁶ Ibid., p. 29.

⁷ “Boletín interno N° 13”, op. cit., p. 29.

⁸ El exponente más notable de esta posición es Juan Gasparini, Montoneros. Final de cuentas [1988], La Plata, De la Campana, 2008. Véase también Memoria Abierta, Testimonio de Juan Salinas, Buenos Aires, 6 y 11 de diciembre de 2002. Paradójicamente, el “animémonos y vayan” fue utilizado por Pereira Rossi, miembro de la conducción, en su crítica al “Documento de Madrid”. Señalaba como temeroso el posicionamiento de los críticos a partir de su renuencia a continuar la Contraofensiva. Luego, la frase utilizada por Pereira Rossi fue cargada de otros sentidos y utilizada inversamente en las memorias sobre la Contraofensiva para criticar la desaprensión de la conducción para con sus militantes.

⁹ “Boletín interno N° 13”, op. cit., p. 31.

¹⁰ Ibid.

¹¹ Ibid., p. 32.

¹² Daniela Slipak, “Armas revolucionarias. Discusiones sobre la violencia en los

grupos disidentes de Montoneros en los años setenta”, en Páginas, vol. 13, núm. 31, 2020.

¹³ Por ejemplo, “Bittel”, en Clarín, 29 de septiembre de 1979, p. 3, y “La CUTA expresó su repudio por el atentado subversivo”, en Clarín, 14 de noviembre de 1979, p. 4.

¹⁴ “Boletín interno N° 13”, op. cit., p. 32.

¹⁵ Por ejemplo, Daniel Vaca Narvaja y Pablo Ramos eran integrantes de la Secretaría de Relaciones Exteriores del MPM. Pablo Ramos, a su vez, era miembro de la comisión directiva de la CADHU. Véase Hernán Confino y Rodrigo González Tizón, “Revolución, derechos humanos y exilio: Montoneros y la Comisión Argentina de Derechos Humanos en los orígenes de la denuncia de la dictadura argentina (1976-1980)”, en Sociohistórica, en prensa.

¹⁶ “Boletín interno N° 13”, op. cit., p. 33.

¹⁷ “Boletín interno N° 13”, op. cit., p. 34.

¹⁸ Carta de un emigrado sindicalista a Denis Jacquot, CFDT, s. d.

¹⁹ Ibid. Al respecto de los contenidos de la reunión, la transcripción dice: “Es de tener en cuenta que la gran mayoría de las preguntas-inquietudes no fueron contestadas, no fundamentándose las no respuestas; quedando en el ánimo de los concurrentes desazón, amargura y bronca. A raíz de lo cual, la gran mayoría se desprenden de su organización” (Carta de un emigrado sindicalista a Denis Jacquot, op. cit.).

²⁰ Ibid.

²¹ “Boletín interno N° 13”, op. cit., p. 35.

²² “Boletín interno N° 13”, op. cit., p. 36.

²³ Ibid., p. 37.

²⁴ Ibid.

²⁵ Daniela Slipak, “Armas revolucionarias”, op. cit.

²⁶ “Boletín interno N° 13”, op. cit., p. 13.

²⁷ Vencer, núm. 2/3, 1979, p. 66.

²⁸ “Boletín interno N° 13”, op. cit., p. 13.

²⁹ Ibid., p. 14.

³⁰ Ibid., p. 11.

³¹ Daniela Slipak, Las revistas montoneras. Cómo la organización construyó su identidad a partir de sus publicaciones, Buenos Aires, Siglo XXI, 2015, p. 132. Véase, también, Ernesto Salas, De resistencia y lucha armada, Buenos Aires, Punto de Encuentro, 2014.

³² “Boletín interno N° 13”, op. cit., p. 19.

³³ Cristina Zuker, El tren de la victoria. La saga de los Zuker [2003], Buenos Aires, Del Nuevo Extremo, 2010, p. 242.

³⁴ “Boletín interno N° 13”, op. cit., p. 19.

³⁵ “Entrevista a Firmenich”, en Bohemia, enero de 1981, disponible en línea: <<https://eltopoblindado.com>>.

³⁶ “Boletín interno N° 13”, op. cit., p. 19.

³⁷ Ibid., p. 20.

³⁸ “Boletín interno N° 13”, op. cit., p. 20.

³⁹ Ibid.

⁴⁰ El primer número de la revista Controversia para el Examen de la Realidad Argentina, editada en México por exiliados argentinos, data de octubre de 1979, es decir, dos meses antes de la publicación del “Documento de Madrid”.

⁴¹ Hugo Vezzetti, Sobre la violencia revolucionaria. Memorias y olvidos, Buenos Aires, Siglo XXI, 2009, p. 88.

⁴² Rubén Sergio Caletti, “La revolución del voluntarismo”, núm. 2-3, diciembre

de 1979, pp. 7-9, en Controversia para el Examen de la Realidad Argentina, Buenos Aires, Ejercitar la Memoria, 2009. Sobre Controversia, véanse Jorge Bernetti y Mempo Giardinelli, México: el exilio que hemos vivido. Memoria del exilio argentino en México durante la dictadura 1976-1983 [1983], Buenos Aires, Octubre, 2014; Hugo Vezzetti, op. cit.; Pablo Yankelevich, Ráfagas de un exilio. Argentinos en México, 1974-1983, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2010; Pablo Ponza, “La izquierda en su laberinto: intelectuales argentinos, ideas y publicaciones en el exilio (1976-1983)”, en Boletín Americanista, núm. 60, Barcelona, 2010, pp. 247-262, y Verónica Gago, Controversia. Una lengua del exilio, Buenos Aires, Biblioteca Nacional, 2012.

⁴³ Verónica Gago, op. cit., p. 16.

⁴⁴ Ibid.

⁴⁵ Marina Franco, El exilio. Argentinos en Francia durante la dictadura, Buenos Aires, Siglo XXI, 2008, p. 166.

⁴⁶ En 1977, había surgido Debate (Roma); en 1979, Confluencia. Hacia una confluencia revolucionaria por el socialismo y la libertad (Estocolmo); en 1980, Testimonio Latinoamericano (Barcelona) y El Diente Libre. Es de leche pero muerde (Estocolmo), y en 1982, la más tardía Divergencia (París) (Pablo Ponza, op. cit.).

⁴⁷ Silvina Jensen, La provincia flotante. El exilio argentino en Cataluña (1976-2006), Barcelona, Fundació Casa América Catalunya, 2007, p. 179.

⁴⁸ Rubén Sergio Caletti, “Peronismo Revolucionario. Para entendernos mejor”, en Controversia, núm. 6, mayo de 1980.

⁴⁹ Silvina Jensen, “Identidad, derrotero y debates del exilio peronista en Cataluña (1976-1983)”, en Hispania Nova, núm. 5, 2005.

⁵⁰ Silvina Jensen, La provincia flotante, op. cit., p. 179.

⁵¹ Ibid., p. 181.

⁵² Vezzetti considera un error prefigurar Las dos caras del terrorismo como antecedente de “la teoría de los dos demonios” (op. cit., p. 93). En todo caso, el señalamiento de los dos terrorismos relocaliza la acción política entre dos

actores preponderantes si bien, de acuerdo con la tesis de Vezzetti, el libro de Scipioni no autorizaba a pensar la intervención dictatorial como reacción a la militancia armada previa. Silvina Jensen plantea que el texto de Scipioni habilitó —según sus críticos— la teoría de los dos demonios y, también, el análisis de la responsabilidad de las organizaciones armadas en el golpe de Estado de 1976 (Silvina Jensen, *La provincia flotante*, op. cit., p. 182). Sobre la teoría de los dos demonios, véase Marina Franco, “La ‘teoría de los dos demonios’ en la primera etapa de la posdictadura”, en Claudia Feld y Marina Franco (dirs.), *Democracia, hora cero. Actores, prácticas y debates en los inicios de la posdictadura*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2015.

⁵³ Néstor Scipioni, *Las dos caras del terrorismo*, Barcelona, Círculo de Estudios Latinoamericanos, 1983. De acuerdo con Silvina Jensen, el libro fue presentado en 1983, pero escrito durante 1980 (*La provincia flotante*, op. cit., p. 181).

⁵⁴ Envar El Kadri y Jorge Rulli, *Diálogos en el exilio*, Buenos Aires, Foro Sur, 1984.

⁵⁵ Silvina Jensen, *La provincia flotante*, op. cit., p. 180.

⁵⁶ Jorge Bernetti y Mempo Giardinelli, op. cit., p. 93.

⁵⁷ Pablo Yankelevich, op. cit., p. 216.

⁵⁸ Sobre las tendencias y los debates que se dieron al interior del peronismo en México, véase Jorge Bernetti y Mempo Giardinelli, op. cit., pp. 81-89.

⁵⁹ Bernetti y Caletti formaban parte en México de un grupo que se llamó Los Reflexivos, puesto que, con pasado afín a Montoneros, propusieron la necesidad de una profunda reflexión sobre la derrota sufrida a manos de la dictadura. Además de ellos, el grupo estuvo conformado también por Nicolás Casullo, Miguel Talento, Juan Carlos Añón y Héctor Schmucler, entre otros (Jorge Bernetti y Mempo Giardinelli, op. cit., p. 76).

⁶⁰ Sergio Bufano, “La violencia en Argentina: 1969-1976 (Primera parte)”, en *Controversia*, núm. 1, octubre de 1979.

⁶¹ Verónica Gago, op. cit., p. 22.

⁶² Hugo Vezzetti, op. cit., p. 86.

⁶³ Rubén Sergio Caletti, “Focos y vanguardias. Los marxismos que supimos conseguir”, en Controversia, núm. 1, octubre de 1979.

⁶⁴ Rubén Sergio Caletti, “La revolución del voluntarismo”, en Controversia, núm. 2, diciembre de 1979.

⁶⁵ Ibid., p. 9.

⁶⁶ Ibid.

⁶⁷ Hugo Vezzetti, op. cit., p. 89.

⁶⁸ Jorge Bernetti y Mempo Giardinelli, op. cit., pp. 192-207.

⁶⁹ Pablo Yankelevich, op. cit., p. 216.

⁷⁰ La réplica de la Secretaría de Prensa del MPM ha sido compilada por Roberto Baschetti (Documentos 78/80. Del Mundial a la Contraofensiva, La Plata, De la Campana, 2014, pp. 88-90).

⁷¹ Jorge Bernetti y Mempo Giardinelli, op. cit., p. 206.

⁷² Jorge Bernetti, “El pensamiento vivo de Rodolfo Galimberti”, en Controversia, núm. 6, mayo de 1980, p. 11.

⁷³ Ibid.

⁷⁴ Ernesto López, “Discutir la derrota”, en Controversia, núm. 4, febrero de 1980, pp. 13 y 14, citado en Verónica Gago, op. cit., p. 78.

⁷⁵ Jorge Bernetti y Mempo Giardinelli, op. cit., pp. 94 y 95.

⁷⁶ “Montoneros 17 de Octubre”, op. cit.

⁷⁷ Ernesto Jauretche cuenta los motivos que lo llevaron a retornar al país en 1979 y su ruptura drástica con la organización: “Cuando yo vine aquí, no vine a la Contraofensiva. Yo vine a la Argentina, yo me quería quedar acá, yo no quería volver a salir nunca más, quería volver a hacer política acá, tranquilo, lejos de los Montoneros” (Memoria Abierta, Testimonio de Ernesto Jauretche, 13 y 17 de diciembre de 2002). En marzo de 1980, ante la imposibilidad de permanecer en

el país por el peligro de la represión estatal, y enemistado con la conducción, se dirigió al exterior con Susana Sanz y se integró con ella a Montoneros 17 de Octubre (Ernesto Jauretche, entrevista con el autor, La Plata, provincia de Buenos Aires, 17 de julio de 2017).

⁷⁸ René Chávez había sido diputada provincial por Neuquén durante el gobierno de Cámpora. A partir de 1977, se integró al Consejo Superior del MPM desde su lugar en la Rama Femenina. Sylvia Bermann también era parte del Consejo Superior del MPM, pero representando a la Rama de Profesionales, Intelectuales y Artistas. Durante 1979, había prestado apoyo en Nicaragua y luego se había plegado a la disidencia.

⁷⁹ Gregorio Levenson, De los bolcheviques a la gesta montonera. Memorias de nuestro siglo, Buenos Aires, Colihue, 2000, p. 220.

⁸⁰ El documento resultante de la reunión ha sido compilado por Bernetti y Giardinelli. Allí se indica que “el Consejo Superior del Movimiento Peronista Montonero, reunido para el tratamiento de la convergencia entre sus propias estructuras y las del Partido Montonero, constata que no ha logrado efectuar la síntesis necesaria entre la totalidad de sus miembros” (op. cit., pp. 209-211).

⁸¹ Ejército Argentino, Central de Reunión, Batallón de Inteligencia 601, Informe sobre la BDT, junio de 1980, p. 19.

⁸² La misma ambivalencia puede rastrearse en la unificación del partido y el movimiento, definida por la conducción en 1980: si bien había sido justificada en el “Boletín interno N° 13” por la dispersión que a ojos de la sociedad generaban ambas instancias y a la “centralización de los mandos” para la Contraofensiva, lo cierto es que el MPM había quedado diezmado luego de 1979.

⁸³ El departamento estaba integrado por Hernán Osorio (Bélgica); Piero Gargnelotti (Italia); Ricardo Morillo y Jorge Itiman (Gran Bretaña); J. C. Stagnaro (Francia); Marcelo Stern (Suiza); Patricio Griffia (España); P. Nanic (Alemania Federal) y E. A. Díaz Meza (Holanda) (Central de Reunión, Batallón de Inteligencia 601, op. cit., p. 88).

⁸⁴ Gregorio Levenson, op. cit., pp. 220 y 221.

⁸⁵ Ibid.

⁸⁶ Ibid.

⁸⁷ Ibid.

⁸⁸ Luciana Seminara, Bajo la sombra del ombú. Montoneros Sabino Navarro, historia de una disidencia, Buenos Aires, Imago Mundi, 2015, p. 16.

⁸⁹ “Montoneros 17 de Octubre”, op. cit.

⁹⁰ En este sentido, se expresaba el periodista Jorge Gadano, exiliado en México e invitado a participar en la disidencia: “El Consejo Provisorio que se presentó en la oportunidad es producto de la autodesignación de quienes lo componen, decidida en base al pretendido mérito de haber pertenecido a las estructuras que abandonan” (“Rechazo al grupo ‘autodenominado’ Montoneros 17 de Octubre”, en Unomásuno, 13 de abril de 1980.

⁹¹ “Montoneros 17 de Octubre”, op. cit., p. 2.

⁹² Daniela Slipak, “Sobre desvíos, espejos y cúpulas. Las disidencias montoneras y las lecturas sobre los años setenta”, en Revista Izquierdas, núm. 32, 2017, p. 41.

⁹³ “Montoneros 17 de Octubre”, op. cit., p. 2

⁹⁴ Slipak demuestra cómo en la constitución identitaria de Montoneros el imaginario bélico estuvo presente desde sus primeras formulaciones y fue estructurante del espacio político (Las revistas montoneras, op. cit.). Permite descartar la imagen de una organización partida entre los sectores políticos no armados, por un lado, y los militaristas, por el otro.

⁹⁵ “Montoneros 17 de Octubre”, op. cit., p. 4. El énfasis me pertenece.

⁹⁶ Ibid., p. 10.

⁹⁷ Ibid., p. 11.

⁹⁸ Ibid., p. 10.

VII. La Contraofensiva de 1980.

El final de Montoneros

LA CONDUCCIÓN JUZGÓ POSITIVAMENTE el resultado de la Contraofensiva de 1979 y decidió organizar su continuidad para 1980. Más allá de la cantidad de militantes que habían sido víctimas de la represión dictatorial y de las dos disidencias que habían sacudido y debilitado aún más a la organización, el retorno no podía detenerse. En una reunión realizada en La Habana en diciembre de 1979, la jefatura montonera aprobó el reinicio de las actividades en Argentina para febrero de 1980. Con sensibles modificaciones para las y los militantes abocados a las tareas no militares, la estrategia conservó visos de continuidad para las llamadas estructuras de infantería. Adoptando la vía insurreccional que había tenido éxito en Nicaragua y reactualizando la necesidad de constituirse como vanguardia de la oposición al régimen militar, Montoneros justificaba sus acciones por la urgencia que presentaba la coyuntura política en el país, pero también por el mandato histórico que creía representar.

Paralelamente, el Proceso de Reorganización Nacional (PRN) buscaba gestar una “convergencia cívico-militar” en Argentina a partir de las “bases políticas” que las tres armas habían publicitado a fines de 1979.¹ Transcurrida la visita de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH), que había obligado al régimen a dirigir su atención hacia las denuncias recibidas por los crímenes cometidos, la dictadura buscaba institucionalizar un sistema republicano bajo su tutela que garantizara la pervivencia de su proyecto. A tal fin, había comenzado a trazar un acercamiento con sectores de la civilidad que formarían su mentada “corriente de opinión” que posibilitaría controlar el límite del “disenso permitido”. Los “subversivos”, por supuesto, estaban fuera de los sectores convocados, al igual que los “corruptos” y los “ajenos al sentir nacional”.²

La Contraofensiva de 1980 mantuvo el accionar militar de las Tropas Especiales de Infantería (TEI) contra los miembros de la cartera económica de la dictadura. Pero, a diferencia del retorno del año previo, el secuestro de la totalidad de las TEI a poco de ingresar al país, en simultáneo con la captura de Horacio

Campiglia, miembro de la conducción, llevó a la cúpula montonera a desmantelar el grupo subsiguiente y dar por finalizada, de hecho, la lucha armada. Por el peso de la represión estatal, a partir de marzo de 1980 la Contraofensiva quedó abocada exclusivamente a la militancia no armada.

Las tareas propagandísticas no estuvieron a cargo de las Tropas Especiales de Agitación (TEA) como en 1979, sino de las nuevas Unidades Integrales (UI), que establecieron, como novedad, la directiva de la reinserción en Argentina. Los miembros de las UI tendrían a su cargo un trabajo político más modesto en relación con distintas agrupaciones vecinales, sindicales y sociales que, a ojos de la conducción, comenzaban a acrecentar su oposición frente al gobierno militar. Si la Contraofensiva de 1979 había sido diagramada como una campaña con plazos concretos, la de 1980 no tenía, a priori, una duración estipulada. Desestructuradas las TEI en marzo, las y los militantes que retornaron dentro de las UI y lograron eludir la represión estatal permanecieron en el país de forma ininterrumpida hasta la recuperación democrática. Junto con las prescripciones partidarias orientadas a lograr notoriedad pública en la política nacional, se encontraba también el deseo de las y los montoneros de instalarse definitivamente en Argentina.

El porcentaje de víctimas de la represión sobrepasó al del año previo y puso de manifiesto la colaboración represiva entre las dictaduras latinoamericanas en el marco del Plan Cóndor, a partir de los secuestros y las desapariciones de militantes montoneros en Brasil y Perú, en marzo y junio de 1980, respectivamente. Al mismo tiempo, los negativos resultados políticos y la peligrosidad del contexto represivo impidieron la conformación de nuevos contingentes para proseguir la estrategia. Como nunca antes, los servicios de inteligencia del PRN conocieron con sumo detalle las planificaciones de Montoneros y operaron en consecuencia. A tal punto fue así, que se ha cristalizado una lectura sobre aquellos años que plantea la derrota de Montoneros debido a la colaboración o la infiltración de su máxima dirigencia. Sobre este sensible punto también se explaya el presente capítulo.

CONTINUIDAD Y CAMBIOS: LA CONTRAOFENSIVA DE 1980

Luego de la finalización de la Contraofensiva de 1979, las y los montoneros que habían sobrevivido fueron convocados nuevamente al extranjero. Allí realizaron los balances correspondientes y dispusieron de unos días para tomarse vacaciones y descansar. Mientras tanto, la Secretaría Logística de Montoneros había continuado con el reclutamiento de interesados en el retorno de 1980 y los había entrenado, al igual que al contingente de 1979, en México, España y Líbano. La reunión de la dirigencia montonera fue privativa de los militantes con mayor jerarquía dentro de la organización, pero no constituyó meramente una formalidad, ya que allí se produjeron discusiones acerca de la forma que debían adoptar las futuras acciones de la organización.³

Jorge Lewinger había sido uno de los encargados del reclutamiento durante 1979 y, por su grado de oficial mayor, participó de la reunión en La Habana. Recuerda el debate que allí se produjo. Una parte de los concurrentes, cuya voz cantante fue Gonzalo Chaves, dirigente de la Rama Sindical del Movimiento Peronista Montonero (MPM), planteó “que había posibilidades de organizar a las agrupaciones [pero] que no se podía seguir con la idea de meterle a todo el ‘sellito’, que la situación todavía no daba para eso”.⁴ La versión de la conducción y de sus aliados, por otra parte, insistía en “la idea de seguir en otro proceso de Contraofensiva más militar”.⁵

Pese al debate, la perspectiva de la conducción logró, una vez más, imponerse. Para Lewinger, esa imposición no era producto solamente del disciplinamiento, sino también del “reconocimiento de la conducción nacional, que tenía más experiencia, no solo individual, sino grupal”.⁶ De acuerdo con el oficial mayor, la reunión culminó “con una especie de síntesis, de armar agrupaciones junto con el otro proceso [...] de que las agrupaciones se vayan identificando como Montoneros [...]. Ellos [la conducción] tenían mucho temor de que esto se disolviese en una resistencia en donde no [fuera] reconocida la organización como conducción”.⁷ Ese temor había sido central en la decisión de iniciar la Contraofensiva. La jefatura de Montoneros seguía respaldando el accionar político-militar característico de la organización: existiría la posibilidad de no dar a conocer la identidad montonera en el trabajo político con otras

agrupaciones, o de hacerlo paulatinamente, pero continuarían los atentados militares contra los funcionarios económicos del PRN, a través de la planificación de un operativo para el 24 de marzo de 1980, en el cuarto aniversario del golpe de Estado. Así también lo registraron los documentos de inteligencia producidos por la dictadura sobre la base de las torturas aplicadas a las y los militantes capturados.⁸ En medio de un contexto político en el que la dictadura planeaba conformar el “Movimiento de Opinión Nacional” que garantizase el triunfo sus principios, Montoneros quería proyectar la vigencia de su política.⁹

La reunión del Comité Central había fijado la dinámica que tendría el regreso de 1980. Dicha dinámica ¿tenía continuidades con la de 1979 o implicaba modificaciones sustanciales? Algunos militantes que retornaron en las UI piensan que sí hubo cambios, desde una postura más militarista a otra que confiaba en la política no armada. Este es el caso de Jorge Falcone, que fue convocado a la Contraofensiva en Estocolmo, lugar de su exilio. Para este militante, en la primavera de 1979 se había dado una “autocrítica sobre el perfil preferentemente militarista de la primera fase de la Contraofensiva”.¹⁰ El proceso insurreccional iraní, plantea Falcone, “permitió repensar el modelo con que íbamos a ingresar al país y a militar una perspectiva más insurreccional, que implicaba volver en un contexto familiar como quien siembra semillitas en un surco abierto a la espera de que germinen”.¹¹ Ya no habría una dinámica de citas continuas, y las y los militantes se guiarían por las consignas que emitía la radio que Montoneros tenía en Costa Rica.¹² Esta elección por la insurrección debe entenderse no solo por la influencia de los procesos revolucionarios en Irán y Nicaragua, sino también por el fracaso de las TEI y el secuestro de Campiglia en marzo de 1980.

Marina Siri y Ricardo Rubio habían participado en la Contraofensiva de 1979 integrando las TEA-Sur. También volvieron en una UI en 1980. Recuerdan haber sido muy críticos en la reunión de balance que mantuvieron con Pereira Rossi en Panamá, a fines de 1979. Según Rubio, su principal crítica buscó discutir que “a través de un golpe no íbamos a levantar a la población”.¹³ Esa objeción al aspecto militar de la Contraofensiva, entienden Siri y Rubio, había logrado modificar ese carácter para el retorno de 1980. Siri destaca, al igual que Falcone, la autonomía con que contaron para militar en el país: “Se corrige la propuesta de los que volvimos para integrarnos al territorio”.¹⁴ Rubio acompaña este diagnóstico: “Permitieron que ‘bajáramos’ al territorio y que cada uno comenzara su trabajo sin responsable. Cada uno dependía de sí mismo”.¹⁵ La

Contraofensiva de 1980 posibilitó que las y los militantes de las UI volvieran al país en una relación menos vertical que la de las TEA de 1979. Más individual, también. Para el accionar militar no hubo cambio alguno.¹⁶

Perdía también refiere las modificaciones montoneras para la Contraofensiva de 1980: “Nosotros mantenemos la idea de la acción militar a un miembro del poder económico, pero se les va fijando a los compañeros ideas de residencia en el país. Ya no vienen con la idea de que vamos y volvemos, sino que vamos y nos vamos instalando”.¹⁷ El secuestro del grupo de las TEI y las insurrecciones de Nicaragua e Irán son los elementos que, para el jefe montonero, hacen que la organización “quite el uso del arma y se vaya cambiando de estrategia”.¹⁸ De lo que se trataba en esa etapa, concluye Perdía, era de “preparar a la gente para una insurrección masiva”.¹⁹

Llama la atención, sin embargo, que dicha elección por la insurrección esté anudada en algunas memorias al final de la lucha armada practicada por la organización. El abandono de las operaciones comando parece responder más a la eficacia represiva de la dictadura que a un cambio estratégico pensado a priori por la conducción. La modificación, en todo caso, tenía que ver más con el tipo de violencia que con el uso de la violencia en sí misma. Edgardo Binstock, responsable de la guardería de La Habana, recuerda los intercambios que mantuvo sobre ese tema con Raúl Yäger, secretario militar y miembro de la conducción de Montoneros, que le dijo: “Nosotros ya no vamos a utilizar el máximo nivel de violencia. Tenemos que acompañar el proceso de las masas. Entonces, si da para que haya una movilización y tengas que tirar una molotov aunque tengamos un lanzagranadas, vamos a tirar la molotov”.²⁰ Es evidente que, durante la Contraofensiva de 1980, y muy posiblemente a causa del secuestro del grupo de las TEI a poco tiempo de ingresar al país, Montoneros se había replanteado el lugar de la lucha armada en su estrategia.

Binstock recuerda una declaración de la conducción al respecto dirigida al papa Juan Pablo II y entregada a Adolfo Pérez Esquivel. Allí se “habla de reconciliación y dice ‘nosotros no somos la contracara de este proceso de violencia, queremos una salida’”.²¹ Pérez Esquivel ya había recibido el Premio Nobel el 10 de diciembre de 1980, por lo que la carta —que marcaba la voluntad de acercamiento de Montoneros a los organismos de derechos humanos— debe haber sido entregada durante el último mes de ese año o a comienzos de 1981.²² Casi un año antes, había sido secuestrada la totalidad del grupo de las TEI que tenía la misión de realizar un atentado contra algún funcionario económico del

PRN. Ambos sucesos se encontraban directamente vinculados.

ADIÓS A LAS ARMAS: LAS TROPAS ESPECIALES DE INFANTERÍA DE 1980

Las y los sobrevivientes de las TEI de 1979 llegaron a fin de ese año a Europa para hacer las evaluaciones del retorno junto con Perdía y Alcides. Luego de la reunión, y ante la decisión de la conducción de proseguir con la Contraofensiva, fueron invitados a conformar nuevamente los grupos de infantería. Varios se negaron. Este es el caso, por ejemplo, de los jefes de los tres grupos de las TEI de 1979. Chacho, herido durante el atentado que había asesinado a Francisco Soldati y anímicamente golpeado por la desaparición de su pareja durante la acción, decidió alejarse de la organización no sin antes hacer un informe favorable a la conducción y la Contraofensiva. Osvaldo Olmedo, en cambio, fue sancionado por la desbandada del grupo que tenía a su cargo y por suspender el operativo contra Juan Alemann. Fue relevado como jefe de las TEI II y en su regreso a Madrid presentó su descargo y se apartó de Montoneros. Alberto López, jefe de las TEI I que atentaron contra la vida de Guillermo Klein, fue convocado para ser el responsable del grupo para 1980, pero estuvo en contra del balance de la conducción y se alejó con su pareja, que también había conformado las TEI y estaba embarazada de ocho meses, no sin recriminaciones de parte de sus superiores.²³

Frente a esta situación, el nuevo jefe elegido para comandar las TEI fue Ernesto Ferré. Tenía 24 años y el grado de teniente y no había formado parte del regreso del año previo. Había permanecido en el exterior instruyendo a un grupo de las TEA y luego había participado del curso de las TEI en Líbano, entre mediados y fines de 1979. Cuando partieron los tres grupos de la primera Contraofensiva, Ferré permaneció en Medio Oriente capacitando a otras y otros militantes para la eventual continuidad de la estrategia. Previamente, antes de su exilio, se había desempeñado en Buenos Aires como parte del Ejército Montonero. También había sido miembro de las Tropas Especiales de Combate (TEC), que una vez implantado el terrorismo de Estado tuvieron la misión de proteger a la conducción, todavía clandestina en el país.

Además de Ferré, el grupo se completó con doce militantes más, siete de los cuales ya habían participado de la Contraofensiva de 1979. Entre los que

repetirían su retorno se encontraban Julio César Genoud —que había integrado las TEA el año previo—, Ricardo Zuker y su pareja Marta Libenson, Verónica Cabilla, Ángel Carbajal, Raúl Milberg y Ángel García Pérez, participantes de las TEI en 1979. Quienes retornaban por primera vez al país, además de Ferré, eran Lía Guangioli, pareja de Genoud, Ángel Servando Benítez y su sobrino Jorge Benítez, Matilda Rodríguez de Carbajal, esposa de Ángel, y Miriam Antonio Fuerichs, pareja de Ferré. Así quedó conformado el primer grupo de las TEI de 1980 que, entre febrero y marzo, no hizo más que alimentar la voracidad represiva de la dictadura.²⁴

Mientras Montoneros se encontraba en medio de los preparativos para el regreso de 1980, las Fuerzas Armadas (FFAA) detectaron la forma en que la organización había resguardado sus recursos. Antes de retornar al extranjero a fines de 1979, las armas, los documentos y los equipos de interferencia utilizados fueron ocultados por los distintos grupos en diversos depósitos de empresas de mudanza ubicadas en Capital Federal y Gran Buenos Aires. El personal militar dio inicio, entonces, a la “Operación Guardamuebles”: “Habiéndose comprobado que la BDTM [Banda de Delincuentes Terroristas Montoneros] ha organizado depósitos encubiertos en guardamuebles de armamentos, granadas, explosivos [...] el Cdo [Comando] Capital Federal ha ordenado una inspección y control de los depósitos en cuestión en su jurisdicción”.²⁵ La orden además se extendía sobre el modo en el que los distintos grupos operativos de las FFAA debían acercarse a los guardamuebles, corroborar la documentación presentada y revisar los depósitos. También incluía instrucciones sobre la forma de revisar los muebles para no resultar heridos frente a la potencial explosión del armamento. Dicha orden fue enviada a las distintas reparticiones localizándose los mismos procedimientos de control en La Plata y Mar del Plata, por ejemplo.²⁶ La logística montonera había sido detectada.

Si bien es imposible determinar fehacientemente cómo las fuerzas represivas se anoticiaron de la modalidad montonera de preservación de sus recursos, todo indica que fue por un hecho accidental: el incendio de un guardamuebles en el barrio de Belgrano, de Buenos Aires, el 26 de diciembre de 1979, que hizo detonar explosivos de la organización. Así lo sostuvo el general Juan Carlos Trimarco, segundo comandante y jefe del Estado Mayor del Comando del Primer Cuerpo de Ejército y, a partir de diciembre de ese año, comandante del Segundo Cuerpo de Ejército, en la conferencia de prensa realizada en el Primer Cuerpo de Ejército, en Palermo, el 22 de enero de 1980. Habría sido un incendio en el

depósito “Transporte Conde”, ubicado en Conde 2689, el que habría delatado la presencia de material montonero.²⁷ El contenido de la conferencia de prensa, que incluyó una demostración del armamento encontrado, fue difundido por numerosos diarios entre los días 22 y 27 de enero de 1980 y se hizo público: La Razón brindó la información el 22 de enero; Crónica, Clarín, Popular y El Día lo hicieron al día siguiente; Buenos Aires Herald, el 27 del mismo mes.²⁸ Incluso la revista Somos, alineada políticamente con la dictadura, publicó el 1º de febrero un artículo en el que se destacaba, a propósito de la detección del armamento montonero, que “sólo militarmente la subversión ha sido derrotada y ahora intenta zarpazos desesperados para no perder vigencia. Bajar la guardia ahora — creyendo que la subversión es una herida del pasado— es lo peor que podría pasarles a los argentinos”.²⁹

Cuando la noticia tomó estado público, aún no había llegado el primer grupo de las TEI a Argentina. Parece improbable que la conducción no hubiera estado al tanto de la situación. Ángel Carbajal, primer montonero desaparecido de las TEI de 1980, sería secuestrado por el Ejército el 21 de febrero, es decir, casi un mes después de la conferencia de prensa de Trimarco. ¿Por qué, entonces, frente al descubrimiento por parte de la dictadura de la logística de la organización no se hizo ningún cambio en la forma de ingreso al país? Al respecto, Perdía responde:

Cada jefe de grupo tenía su propio mecanismo de guarda que no había comunicado a los demás [...]. Vos no le contás al resto: “Yo hice esto, yo tengo esto” [...]. Vos lo guardás del modo en que lo puedas recuperar después: si tenés una casa, una casa, donde sea. “Todos a los guardamuebles”, no, ni soñando [...]. Allí creo que hay algún dato de infiltración [...]. Por qué fueron a pesar de que había caído uno públicamente es lo que no sé.³⁰

La cita de Perdía no alcanza a resolver el interrogante. El exnúmero dos de Montoneros, a cargo de la Secretaría Táctica durante la Contraofensiva de 1980, culpa a los jefes y los responsables de grupo. Es probable que se refiriese exclusivamente a estos últimos puesto que las TEI secuestradas en 1980 poseían un solo jefe que, además, no había estado el año anterior en el país. Para Perdía, el suceso fue producto de una imprudencia de las y los militantes que encabezaron el retorno o una consecuencia de la infiltración en la organización.

Sea como fuere, no había sido un error de la conducción. Otros militantes que participaron de la Contraofensiva no están de acuerdo con esta versión. Por ejemplo, Gustavo Molfino sostiene:

Explota [el guardamuebles] y al poco tiempo iban a estar todos custodiados. Y hay un compañero al que le dicen: “Andá al guardamuebles a buscar las armas”, y él se quiere negar y le dicen: “Andá” [...]. Es un tema muy delicado. Igual, como dijo el “Pelado” [Perdía], avancen, caiga quien caiga y cueste lo que cueste”.³¹

En su testimonio, Molfino realiza un señalamiento opuesto al de Perdía y deja en evidencia las dificultades que existían para desobedecer una orden. La Contraofensiva ya estaba iniciada y no debía dilatarse. La semblanza de Perdía alentando el avance es una muestra.

Daniel Cabezas, que integró una UI durante 1980, coincide con Molfino: “Se sabía que estábamos infiltrados [...]. Lo de los guardamuebles se sabía, lo sabía la conducción. Por eso hay sospechas de que uno de ellos puede ser un infiltrado”.³² Al igual que Perdía, Cabezas plantea la chance de la infiltración, algo con lo que las organizaciones político-militares convivieron desde sus inicios o, al menos, desde el momento de notoriedad pública. Cabezas va más allá y arroja la sospecha sobre la misma cúpula montonera. Lo cierto es que, al margen de la posibilidad cierta de la infiltración, no hay ningún dato concreto sobre ella, amén del detallismo de los documentos desclasificados del personal de inteligencia del PRN. Binstock es más cauteloso al respecto y deja en evidencia que, incluso hasta el día de hoy, la Operación Guardamuebles sigue siendo una incógnita y, por ende, fruto de polémicas y desacuerdos entre los exmilitantes montoneros: “Sé que las noticias no llegaban. Hasta que los diarios llegaban a La Habana era un trajín [...]. Hay que ver si llegó, es una duda para tenerla. Yo sé que en general compañeros que conozco dicen que haber usado esa metodología que ya se había utilizado y que los milicos conocían fue una locura”.³³

Independientemente de que la conducción haya estado enterada o no, el plan de Contraofensiva continuó sin cambios, y los integrantes de las TEI fueron

capturados entre el 21 de febrero y el 20 de marzo. Dichos procedimientos han sido asentados con minuciosidad en los documentos de inteligencia del PRN:

a. Bajas producidas a la BDT [banda delincuente terrorista Montoneros]

- 1) (NG [nombre de guerra]) Enrique o Quique (NL [nombre legal]) Ángel Carbajal [...] fue detenido el 21FEB80 en el guardamuebles sobre el que se había montado vigilancia [...].
- 2) (NG) Facundo o Raúl (NL) Julio César Genoud [...] fue detenido el 27FEB80 durante un control efectuado en la estación terminal de la empresa “Expreso Azul” en Plaza Once [...].
- 3) (NG) Toti (NL) Mariana Guangioli [...] fue detenida el 27FEB80 durante un control efectuado en la estación terminal de la empresa “Expreso Azul” en Plaza Once [...].
- 4) (NG) Cecilia (NL) Verónica Cabilla [...] fue detenida el 27FEB80 durante un control efectuado en la estación terminal de la empresa “Expreso Azul” en Plaza Once [...].
- 5) (NG) Chino o Fernando (NL) Ernesto Emilio Manuel Ferré [...] fue detenido el 28FEB80 en una cita con un miembro de la BDT [Montoneros] [...].
- 6) (NG) Gringa o Lucía (NL) Mirian [sic] Antonio [...] fue detenida el 28FEB80 en una cita con un miembro de la BDT [...].
- 7) (NG) Ricardo (NL) Raúl Milberg [...] fue detenido el 28FEB80 a raíz de un procedimiento en una casa alquilada por miembros de la BDT [...].
- 8) (NG) Pato o Esteban (NL) Ricardo Marcos Zucker [sic] [...] fue detenido el 29FEB80 en una cita con un miembro de la BDT [...].
- 9) (NG) Ana (NL) Marta Libenson [...] fue detenida el 29FEB80 a raíz de un procedimiento en una casa alquilada por miembros de la BDT [...].
- 10) (NG) Marisa o Nati (NL) Matilda Adela Rodríguez [...] fue detenida el 29FEB80 a raíz de un procedimiento en una casa alquilada por miembros de la

BDT [...].³⁴

El informe no detallaba solamente el día y la circunstancia de los secuestros de los integrantes de las TEI. También contenía muchos datos de las trayectorias militantes de los apresados e incluso se extendía sobre las deserciones que habían ocurrido al interior de las TEI. Si se tiene en cuenta que la gran mayoría del grupo a cargo de Ferré había sido detenida por el Ejército entre el 21 y el 29 de febrero, no restan muchas dudas para sostener que la información que recogía el documento de inteligencia había sido obtenida mediante la tortura a los militantes apresados de manera ilegal.

Una nueva actualización de inteligencia, esta vez a cargo de la Prefectura Naval, completaba la información de los secuestros del grupo de las TEI con los tres sucedidos en marzo:

11) (NG) Manuel [...] 2º Jefe de la TEI Nro. 2, detenido el 19MAR80 en la ciudad bonaerense de LUJÁN.

12) (NG) Raúl [...] integrante de la TEI Nro. 2, detenido en cita el 19MAR80.

13) (NG) Fermín [...] integrante de la TEI de (NG) Chino, detenido en cita el 20MAR80.³⁵

Manuel y Raúl eran Ángel García Pérez y Jorge Benítez. El primero había remplazado a Olmedo en la jefatura de las TEI II de 1979; el segundo volvía por primera vez al país. Fermín, por su parte, era el tío de Jorge Benítez, Ángel Servando Benítez. El documento de los servicios de inteligencia, elaborado simultáneamente a los últimos secuestros del grupo TEI, desnuda la modalidad represiva de la dictadura al mismo tiempo que brinda detalles sobre las últimas tres detenciones del grupo:

El día 19MAR80, a las 16.00 hs. en una cita realizada en la ciudad de LUJÁN –

Pcia. de Buenos Aires, es detenido el DT [delincuente terrorista] “Manuel”, Jefe de la TEI Nro. 2, que había ingresado al país procedente de ESPAÑA el 12MAR80.

En una posterior cita el mismo día cae el DT “Raúl”, también integrante de la TEI Nro. 2.

Efectuado el primer interrogatorio surge un depósito de armas en la calle Jonte.³⁶

El interrogatorio se hacía a través de las torturas a las y los secuestrados. En el depósito mencionado en el documento, las FFAA secuestraron gran cantidad de armas, como proyectiles, fusiles, escopetas, granadas y explosivos. Si bien la Operación Guardamuebles había permitido tirar de la madeja del grupo a partir de la detención de Carbajal, evidentemente no todos los depósitos habían sido desarticulados. Aún faltaba la captura de Ángel Servando Benítez:

Queda una cita pendiente con (NG) “FERMÍN”, que es otro de los integrantes del TEI del (NG) “CHINO”, para el 20MAR80 a las 16.00 hs. Se conoce el domicilio del DT “FERMÍN”, pero a los efectos de evitar mayores riesgos, se procurará detenerlo a éste en una cita y no en su domicilio.

El día 20MAR80 a las 16.00 hs., en una cita realizada en la estación MARTÍNEZ (Pcia. Bs. As.) del FFCC. Gral. Mitre, es detenido el DT “FERMÍN”.³⁷

Para el 20 de marzo, el primer grupo de las TEI de la Contraofensiva de 1980 había sido completamente desmantelado. La celeridad con la que se produjeron los secuestros debe entenderse, una vez que la dictadura estuvo al tanto del incendio en el guardamuebles, por las torturas aplicadas a las y los militantes secuestrados. Con dichas capturas, se frustraba la idea de Montoneros de realizar un atentado que continuara mostrando su presencia en el país.³⁸ Si la conducción no había hecho ninguna rectificación en sus planes luego de la quema del depósito ubicado en Belgrano, la pronta detención del primer grupo de las TEI de 1980 sí ocasionaría una transformación sustancial. Se abandonaría la lucha

armada.

El segundo grupo de las TEI, que tenía previsto ingresar al país entre abril y mayo de 1980, fue desactivado por la propia cúpula de la organización. Así lo recuerda Víctor Hugo Díaz, que había sido el jefe de las TEA-Sur durante 1979 y luego había sido designado por Pereira Rossi para dirigir las TEI II de 1980: “Estoy un mes en el Líbano y me llega la orden de ir a España. Y ahí se me dice que se aborta todo ese tipo de idea, de método, de construcción de grupo de ingreso al país”.³⁹ El abandono de la práctica militar por parte de la organización no había respondido a una transformación en la ideología de sus dirigentes. Tampoco al descubrimiento que la dictadura había hecho de los depósitos guardamuebles. Antes bien, la decisión fue tomada una vez que el Ejército secuestró a todos los integrantes de las TEI de 1980 y se anotició, presumiblemente, de la aproximación de las TEI II. A partir de ese momento, las acciones armadas quedaron supeditadas a la insurrección masiva que la organización buscaba atizar. Mientras tanto, las y los montoneros que continuaron ingresando a Argentina durante 1980 lo hicieron en el marco de las UI, que establecían una tarea a largo plazo e involucraban la directiva de asentarse definitivamente en el país, incluso a costa de ocultar su identidad montonera. Pero además, para entender la decisión de la cúpula partidaria, debe considerarse que el 12 de marzo de 1980 la organización recibió otro gran golpe: el secuestro de Campiglia, miembro de la conducción y uno de los jefes tácticos de la Contraofensiva. Este episodio contribuyó a sellar el convencimiento de la dirigencia montonera de abandonar las armas. Fue la eficacia represiva que se analiza a continuación la que doblegó las pretensiones de la conducción.

LA CONJURACIÓN DE LA CONTRAOFENSIVA: LA COORDINACIÓN REPRESIVA INTERNACIONAL CONTRA MONTONEROS

Así como la Contraofensiva involucró destinos geográficos que trascendieron las fronteras nacionales, lo mismo sucedió con la represión estatal dedicada a desarticularla. El PRN contó con la colaboración de otros gobiernos, no siempre dictatoriales, para la captura de las y los militantes montoneros que estaban en el extranjero. Esa colaboración, enmarcada en la “Operación Cóndor”,⁴⁰ tuvo particular relevancia durante la Contraofensiva de 1980. El Batallón de Inteligencia 601 del Ejército, que fue el encargado de secuestrar íntegramente al grupo de las TEI arribado a Argentina entre febrero y marzo de 1980, tuvo proyección internacional y extendió sus tentáculos represivos a Perú y Brasil.

Entre las escasas correcciones que tuvo el accionar de las TEI de 1980 en comparación al del año anterior, figuró la constitución de dos comandos tácticos en países vecinos de Argentina: Brasil y Perú. En el primer destino se asentó Campiglia y en Perú, Perdía. La idea de estos traslados era la de tener un representante de la cúpula partidaria que pudiera asistir y brindar directivas a los jefes de los grupos de las TEI —cuando la conducción aún pensaba que habría dos en Argentina antes de la mitad de 1980— de acuerdo a la forma que fueran cobrando los acontecimientos en el país. Ambas bases fueron comprometidas por el accionar del Batallón 601 en connivencia con las FFAA de otros países. Antes de la desaparición de los últimos tres integrantes de las TEI, el 12 de marzo de 1980, y con la cooperación de militares brasileños, fueron secuestrados Campiglia y su asistente, Mónica Pinus, esposa de Binstock. Este hecho y la suerte del grupo de las TEI fueron los causantes del abandono de la opción militar.

Los secuestros de Campiglia y Pinus continúan siendo una incógnita hasta el día de hoy. Ambos viajaban en el mismo avión, aunque separados, con identidades falsas que habían sido provistas por la Secretaría Técnica ubicada en La Habana. Por testimonios de otras y otros militantes secuestrados en el centro clandestino de detención (CCD) Campo de Mayo, se pudo saber que allí finalizaron su vida.⁴¹ Habían partido el 11 de marzo desde Panamá y, luego de una escala en Caracas, habían llegado al Aeropuerto Galeão, en Río de Janeiro. Allí los

aguardaba Binstock, que había dejado la guardería en Cuba para asistir desde la base carioca a quienes entraran y salieran del país.⁴² Binstock debía alquilar un departamento en Río de Janeiro y esperarlos, pero Campiglia y Pinus nunca llegaron. Un testigo que había compartido el viaje con los militantes montoneros había visto que, apenas aterrizados en la pista del aeropuerto, fueron apartados del resto de los pasajeros por militares que hablaban portugués. Antes de la detención, Pinus gritó su nombre legal y el de Campiglia. Luego, fueron entregados a las FFAA argentinas, que los condujeron a Campo de Mayo.⁴³

Recién llegado a Río de Janeiro, Binstock había hablado por teléfono con Pinus y Campiglia, que le habían dicho que el viaje se desarrollaba sin contratiempos. Binstock se fue del hotel en el que estaba hospedado y alquiló una casa que Pinus y Campiglia desconocían. Debía encontrarlos en una esquina céntrica de Río de Janeiro:

Voy y no llegan. La siguiente [cita] la miré a veinte metros y la tercera vez, a una cuadra. Estaba destruido. Lloré tres días seguidos. No tenía con quién hablar. No me atrevía a entrar en contacto con nadie, porque no sabía dónde carajo estaba, y me vuelvo. Yo había salido de México con mi documento y cambio documento en Brasil con el mismo que iba mi mujer. Salgo del Galeão con ese documento. No me pasó nada, tuve mucha suerte.⁴⁴

En su retorno a México, Binstock quedó confinado a instancias de Montoneros frente a la posibilidad de que fuera seguido o, peor aún, de que estuviera colaborando con la dictadura. Muchos años después, intenta desentrañar cómo los militares dieron con Campiglia y Pinus. Hay tres hipótesis que podrían explicar los secuestros. En primer lugar, como sostiene Binstock, la posibilidad de que Ferré estuviese colaborando con la inteligencia militar y supiera que, como jefe de TEI, iba a tener una cita en Río de Janeiro con Campiglia. Esta explicación se encuentra en un cable de inteligencia desclasificado por la Embajada de Estados Unidos en la que un regional security officer (RSO) — consultor y asesor en las embajadas estadounidenses en América Latina— da cuenta de su comunicación con miembros del Batallón de Inteligencia 601 del Ejército en la que le confirman que el jefe de las TEI se encontraba colaborando con el PRN.⁴⁵ No obstante, si se considera el documento de inteligencia que

sostiene que Ferré había sido secuestrado el 28 de febrero de 1980, la hipótesis se debilita, salvo que el jefe de TEI hubiese comenzado en secreto su colaboración a fin de facilitar el apresamiento de Campiglia, cuestión que es improbable. Tampoco explica que Ferré conociera las identidades falsas de Pinus y Campiglia y, menos aún, los vuelos que abordarían.

Las otras dos hipótesis plantean una filtración de la información en el extranjero. O desde lo más alto de la dirigencia montonera, a través de la Secretaría Técnica de la organización, que conocía las identidades falsas y los pormenores del viaje o, como plantea Pilar Calveiro —esposa de Campiglia—, por un seguimiento realizado desde Panamá, donde Campiglia y Pinus abordaron el avión hacia Brasil. La demora de Pinus en el aeropuerto a causa de su documentación robustece esta explicación, aunque tampoco brinda suficientes elementos como para descartar las otras dos posibilidades. En cualquier caso, lo cierto es que tanto el secuestro del grupo de las TEI como las capturas de Campiglia y Pinus fueron motivo suficiente para que la conducción desistiera de la conformación e ingreso al país del segundo grupo de infantería.

A mediados de 1980, durante el ingreso a Argentina de las y los militantes que integraban las UI, se produjeron otros cuatro secuestros que evidenciaron, en este caso, la coordinación represiva entre los militares argentinos y sus pares peruanos y bolivianos. Perdía había desembarcado en Perú a fin de constituir otro comando táctico en ese país.⁴⁶ El episodio comenzó con el secuestro de Federico Frías Alberga el 1° de mayo de 1980, en la zona oeste del conurbano bonaerense.⁴⁷ Frías, que había sido jefe de las TEA II, había retornado para la Contraofensiva de 1980 a cargo de una UI. Después de su asentamiento en Argentina, tenía estipulado un encuentro con María Inés Raverta en el parque Kennedy de Lima, Perú. Raverta, asistente de la conducción, conduciría a Frías ante Perdía. Por eso, y bajo tortura, Frías fue utilizado por las FFAA, que lo habían capturado como señuelo para apresar al jefe montonero.⁴⁸

En Lima, Gustavo Molfino y su madre Noemí Gianetti⁴⁹ fueron los encargados de conseguir dos casas para albergar a las y los militantes que estuvieran de tránsito en esa ciudad. La militante responsable de Molfino era justamente Raverta, el contacto de Frías. Raverta se desempeñaba en una unidad de logística que dependía directamente de la cúpula de la organización y era expareja de Mario Montoto, custodia personal de Firmenich. En una de las casas alquiladas por Molfino y Gianetti, Perdía había montado la sede del Comando Táctico. El 11 de junio, Frías intentó escapar por las calles céntricas de la capital peruana,

sin éxito, y tras ser recapturado y torturado admitió que la cita con Raverta sería al día siguiente. El 12 de junio, concurrió al encuentro bajo la atenta mirada de los militares argentinos y sus colaboradores peruanos, que habían prestado una residencia de su ejército en Playa Hondable, en las afueras de Lima, para las sesiones de tortura a las que someterían a las y los militantes montoneros.

Frente a la demora de Frías y Raverta, Perdía, que no sospechaba que miembros del Batallón de Inteligencia 601 estuvieran realizando un operativo conjunto con oficiales peruanos en Lima, ordenó a Molfino que se pusiera en contacto con los legisladores del Partido Socialista Revolucionario (PSR) de Perú, aliado de Montoneros, para efectuar las denuncias correspondientes. Hasta tanto, indicó a Gianetti que permaneciera en el departamento, donde finalmente sería secuestrada horas más tarde. Al mismo tiempo, en el otro inmueble que Montoneros había alquilado en Lima, militares argentinos y peruanos secuestraban a otro militante que provenía de Argentina, Julio César Ramírez.⁵⁰ Mientras Perdía, su esposa y otros militantes se refugiaban en la casa del diputado del PSR Antonio Meza Cuadra, Gianetti y Ramírez eran conducidos a Playa Hondable, donde ya se encontraban Frías y Raverta. Ninguno de los cuatro sobrevivió. Mientras no se supo más nada de Frías, se ha podido determinar que Raverta, Gianetti y Ramírez fueron entregados en la frontera boliviana a las FFAA de ese país. De Raverta y Ramírez no se conocen los momentos finales de su vida. El cuerpo de Gianetti, en cambio, apareció el 21 de julio en Madrid.⁵¹

VOLVER A VIVIR EN ARGENTINA: LA EXPERIENCIA DE LAS UNIDADES INTEGRALES

Descartado el accionar militar, las y los militantes que conformaban las UI continuaron ingresando a Argentina durante el segundo trimestre de 1980. Montoneros estaba en el momento de mayor debilidad de su historia. Según cálculos de la inteligencia militar, para mayo de ese año contaba con apenas veinte militantes y veinte simpatizantes en el país.⁵² La organización, de todos modos, buscaba reactivar vínculos políticos en el ámbito gremial y, también, montar una estructura de prensa. Hasta el día de la fecha, se ha podido reconstruir la existencia de ocho UI, conformadas por entre cuatro y seis militantes cada una. Contenidos en ellas, alrededor de cincuenta militantes ingresaron al país desde abril de 1980 en adelante. Dos células fueron completamente desarticuladas por la dictadura y sus militantes, asesinados y desaparecidos.⁵³ Esto se debió a que la dictadura conoció los planes de ingreso de las y los militantes y su modus operandi, como fruto de su labor de inteligencia, que comprendía la aplicación de torturas y también la infiltración de la organización. Sabían que la doctrina montonera excluía la utilización de vuelos intercontinentales o de cabotaje por considerarlos riesgosos frente a la debilidad de la documentación utilizada. Los militantes ingresaron por tierra desde un país limítrofe, al igual que el año anterior. Por este motivo, desde mediados de 1978 el PRN había diseñado e implementado un plan represivo, conocido como “Operación Murciélago”,⁵⁴ que estipulaba el control de los pasos fronterizos y la utilización de militantes cautivos como “marcadores” para que reconocieran a sus compañeros en el momento del ingreso a Argentina.⁵⁵

Las FFAA estuvieron al tanto de la formación de las UI y conocieron sus funciones: “Fueron instruidas para operar en ámbitos políticos, gremiales y agrarios, organizadas y estructuradas para realizar contactos, captación y agitación”.⁵⁶ Tal como el adjetivo “integral” permite entrever, las nuevas funciones de las y los militantes, al mismo tiempo que no tenían un plazo determinado para ser cumplidas, trascendían las tareas de propaganda. La idea de Montoneros era que los grupos de UI se instalaran en Argentina, a diferencia de 1979, con sus propias familias. Los menos comprometidos y conocidos para

el aparato represivo, además, tuvieron la directiva de legalizar sus identidades.⁵⁷ Abandonada por la conducción la idea de una campaña, con plazos y requerimientos fijos, y orientados a “preparar la insurrección”⁵⁸ que los ejemplos iraníes y nicaragüenses aconsejaban, las tareas asignadas a cada UI fueron variadas, al igual que su lugar de asentamiento y momento de ingreso. En dicha flexibilidad puede localizarse una de las razones que tuvieron las y los militantes para integrarlas, deseosos de establecerse en el país.

Daniel Cabezas había solicitado a la conducción volver al país con su pareja para la Contraofensiva de 1979. Su madre había sido secuestrada por el PRN, motivo suficiente para que ansiara regresar a Argentina desde México, país de su exilio. Allí, también, se había integrado a Montoneros. Sin embargo, en 1979 la dirigencia montonera convino que era necesario que continuara con sus actividades en el extranjero. Finalmente, regresó en 1980 como parte de una UI para montar una estructura de prensa en Buenos Aires. Sus tareas serían similares a las que había mantenido en México, vinculadas con la fotografía, el cine y la prensa. Cabezas y su pareja trasladarían la imprenta a la clandestinidad de Buenos Aires. Por ese motivo, el matrimonio no había recibido entrenamiento militar: “La instrucción fue armar y desarmar una [pistola] 9 mm y una 45 en la mesa del living para saber cómo se armaba y si se podía trabar o no pero como una defensa, nada más”.⁵⁹ El contexto represivo de 1980 condicionaba fuertemente la militancia en Buenos Aires, que implicaba, a su vez, un aislamiento muy elevado: “Cuando yo estuve ahí, lo que había eran caídas, no operaciones [...]. No figurábamos de ninguna manera”.⁶⁰

En Argentina, Cabezas formó parte de una UI conformada por tres parejas que habían ingresado al país desde México con sus hijos: Alfredo Lires era el responsable y estaba junto a su mujer, Graciela Álvarez, y sus dos hijos; Edith Aixa María Bona y Gervasio Guadix entraron al país con su hija mexicana al igual que Cabezas y su mujer, que completaban el grupo. Se asentaron en mayo de 1980 en la zona oeste de la Ciudad de Buenos Aires, en los barrios de Devoto y Versalles. Cada núcleo familiar alquiló su propia casa. La UI tenía la tarea de imprimir un libro llamado Montoneros, el camino de la liberación⁶¹ y reenviárselo a personalidades políticas en el país —incluidos algunos militares—, pero el contexto político argentino impidió la obtención de los resultados esperados:

Cuando entramos al país, y tratamos de insertarnos, en nuestro caso, que teníamos una nena chiquita y éramos una pareja joven de 27 años, no había manera de hablar de nada con los vecinos. Ni con los amigos. Cuando fuimos a ver a los amigos nos sacaban corriendo, había gente que ni nos quería recibir. Había miedo. O sea, ahí nos dimos cuenta de que una cosa eran las huelgas que hacía la clase trabajadora, digamos, y todas las marchas a Luján, la CGT de [Saúl] Ubaldini, todo eso existía, era verdad, pero con nosotros no tenía nada que ver.⁶²

Si había algún tipo de oposición a la dictadura, Montoneros no la dirigía. Ni siquiera participaba de ella. El miedo que Cabezas observaba en sus amigos evidencia las dificultades que tenían las y los montoneros para propagar un mensaje que prácticamente carecía de destinatarios. Lo mismo sucedía con los receptores del libro, que cuando eran contactados vía telefónica por la UI negaban de manera enfática tenerlo en sus manos. Las pintadas que debían realizar también dejaban al descubierto las diferencias entre las políticas pensadas en el extranjero y la posibilidad de cumplirlas en Argentina. Por el tiempo de exposición que demandaba, era más peligroso pintar el eslogan de la Contraofensiva, “Conquistar el poder sindical es vencer”, que el de la Resistencia, “Resistir es vencer”.

Este cuadro de situación, distinto al imaginado desde México, hizo que los integrantes de la UI se reunieran para definir los pasos a seguir. Se estaban quedando sin dinero, no tenían trabajo y no encontraban respuestas alentadoras en su actividad militante. El responsable del grupo, Lires, decidió irse a Ciudad de México en junio de 1980 para contactar a la conducción, hacer un balance de su experiencia en el país y conseguir recursos para continuarla.⁶³ A partir de ese momento, la UI cayó en desgracia. Cabezas y su pareja fueron secuestrados el 21 de agosto. Una semana antes, en su vuelta al país, Lires había sido apresado en el aeropuerto de Mendoza, como parte de la Operación Murciélago del Ejército.⁶⁴ Luego del interrogatorio bajo tortura, las FFAA lograron desarticular al resto de la UI.⁶⁵

Además de la UI de Cabezas y su grupo, en mayo de 1980 ingresó a Argentina la célula integrada por Jorge Falcone. Luego de su exilio, había retomado el contacto con la organización y, previo paso por España, había llegado a Cuernavaca para realizar el entrenamiento para retornar al país junto con su

pareja. Su UI, además, la componían Eduardo y el responsable de los tres, Jorge Villar. Su tarea era distinta a la que había sido asignada a la UI conformada por Cabezas: “Vinimos con la consigna de organizar el MPM en la Regional Norte de la provincia de Buenos Aires”, plantea Falcone.⁶⁶ La magnitud de la tarea encomendada para una sola célula de cuatro militantes demostraba las dificultades de la organización para desplegar sus políticas en el país. También evidenciaba la escasa cantidad de militantes que Montoneros tenía en ese momento.

Falcone había entrado a Argentina junto con su pareja, Perla, y la hija de ambos por Foz de Iguazú. Tuvieron la fortuna de dar con un matrimonio de personas mayores que estaba recorriendo el mismo camino y que les permitió una cobertura frente a la alerta de Operación Murciélago. Él, Heriberto Peralta, era un dirigente ferroviario que había sido cesanteado durante la dictadura. También había participado de la llamada resistencia peronista. Una vez en el país, fue uno de los contactos a partir de los cuales Falcone intentó acercarse al movimiento sindical. Antes, ayudó a él y a su pareja a sortear un control militar. Una vez en Argentina, Falcone y Perla llegaron temerosos a la Estación Once, donde ya habían sucedido los secuestros escalonados de las TEI, que desconocían. Se instalaron en la zona norte del conurbano y allí permanecieron ininterrumpidamente hasta el retorno de la democracia:

Empiezo a laburar con pibitos que estaban en el rock, con los humoristas [que luego trabajarían en] de Página/12, con Pati, con Jorh, con Rep, haciendo revistas alternativas. La movida era autogestiva. Se vendían en el quiosco de Corrientes y Cerrito, donde ahí se empieza a rescatar el tema de una nueva bohemia que se expresaba desde el cómic, desde el rock, desde la ciencia ficción, pero íbamos mandando palitos. Yo, con ese asentamiento; mi mujer, con las Ligas de Amas de Casa. Después, frecuentando a Heriberto Peralta, este compañero mayor sindicalista comienza a pedirme que colabore con la coordinadora gremial de base de la Unidad Ferroviaria en materia de prensa y yo les empiezo a diseñar un boletín que se llamaba La Locomotora e instaba a la huelga, al sabotaje, etc. Lo hacíamos juntos.⁶⁷

Las actividades de Falcone y Perla poco tenían en común con las que

Montoneros había diseñado para las y los militantes de las TEA durante 1979. Tanto las Ligas de Amas de Casa en las que había comenzado a participar Perla como las publicaciones con las que colaboraba Falcone demostraban que la preparación de la insurrección masiva significaba también, a corto plazo, la posibilidad de los militantes de volver a vivir en Argentina con sus familias.⁶⁸

Marina Siri y Ricardo Rubio habían llegado a Panamá en diciembre de 1979 para realizar las evaluaciones correspondientes a su actuación en las TEA-Sur. Luego, partieron a Cuba a buscar a sus hijas. Volvieron con ellas al país en abril de 1980 para establecerse en el sur del conurbano como parte de una UI conformada, también, por otra pareja. Sus tareas incluían el asentamiento definitivamente en Argentina y la legalización de sus identidades. Rubio recuerda al respecto: “Volví [...] e hice política hasta recuperar la identidad propia, en el 81, que nos vamos a Córdoba”.⁶⁹ La experiencia política de Siri y Rubio en 1980 fue distinta a la del año previo. Al igual que Falcone y Cabezas —e hipotéticamente el resto de los retornados de las UI—, no se habían enterado de que Montoneros había conformado grupos de TEI para 1980. Muchos años después, Rubio reflexiona: “Si yo me hubiera enterado, no sé si volvía. Yo estaba muy en contra de eso. No volvía por más entusiasmado que tuviera de volver al territorio a hacer política, insertarme, desarrollarme”.⁷⁰

Sin estar al tanto de la continuidad del accionar militar, Rubio y Siri no vivieron la segunda Contraofensiva como una campaña ni como una continuidad de la de 1979. La UI la integraron junto a otra pareja que, una vez en Argentina, desistió de seguir con su militancia: “Yo no sé qué pasó con ellos, si se volvieron o se quedaron hasta hoy. Tuvieron mucho miedo. Ella estaba aterrorizada en cada paso que hacíamos, cuando nos acercábamos al país”.⁷¹ Como señala Rubio, el contexto represivo de la dictadura era lo suficientemente intimidatorio como para provocar desertiones. Sumado a esa situación, la percepción sobre la efectividad de la propia acción también pesaba al momento de tomar la decisión. Si en la Contraofensiva de 1979, sobre todo en algunos grupos de TEA, se habían producido varios desenganches una vez cruzada la frontera, la de 1980 no sería una excepción. Ante esa desertión, Siri y Rubio quedaron aislados, y este último debió volver a Cuba para retomar contacto con Montoneros. Fue el abandono de la otra pareja, paradójicamente, el que provocó que Rubio y Siri se enterasen de los secuestros ocurridos en la primera parte del año y del “Documento de Madrid”. En La Habana, Rubio pasó un mes intercambiando posiciones políticas con la conducción, en especial con Yäger. Luego, retornó a Argentina la noche previa al censo llevado a cabo en septiembre de 1980. Temía

por la suerte de Siri, que al igual que él tenía documentos falsos. Por fortuna para la pareja, los censistas no divisaron la vivienda, que estaba ubicada “atrás de una casa señorial, y no se dieron cuenta de que había un pasillo, con los árboles que había, así que nos quedamos encerrados ahí, tranquilitos”.⁷²

Luego se trasladaron a Córdoba, donde tenían mayores contactos y, si bien continuaron ligados a Montoneros a través de los nuevos espacios que se fueron constituyendo a principios de la década de 1980, como Intransigencia y Movilización Peronista, la Comisión Peronista de Derechos Humanos y el Peronismo Revolucionario, comenzaron también a explorar otras actividades. Siri se inclinó por la militancia sindical y la docencia, al tiempo que Rubio continuó vinculándose con distintos grupos de militantes en el país. Para la pareja, al igual que para Falcone —y quizás también lo hubiese sido para Cabezas de no haber sido secuestrado—, el regreso de 1980 fue experimentado como la posibilidad de instalarse en el país de manera definitiva.

La Contraofensiva fue reconfigurada bajo la nueva situación de Montoneros, casi en estado de dilución, y también en el marco de una sociedad que empezaba a pensar la salida de la dictadura sin demasiada confrontación con su régimen militar. Desmanteladas las TEI, Montoneros había favorecido la reinserción de sus militantes en Argentina sin plazos ni actividades estipuladas y con objetivos más modestos. Y con variable éxito, también, ya que una cantidad considerable de ingresantes fue secuestrada en las fronteras. El fracaso de la opción armada habilitó otras instancias que asimismo se encontraban dentro del repertorio de la organización y que, además, eran coincidentes con los deseos de varias y varios de sus militantes.

El final de la lucha armada de Montoneros no fue producto de una transformación ideológica de sus dirigentes ni de una readecuación a un contexto que entendían como novedoso. La conducción y sus aliados partidarios continuaron respaldando los métodos militares de la política. Su suspensión obedeció, en cambio, a la constatación de una imposibilidad. Los malos resultados políticos, la efectividad represiva del PRN, las disidencias y los desacuerdos entre militantes acabaron con las pretensiones de los jefes montoneros de conducir una revuelta generalizada en contra del régimen. Serían otros actores políticos los que pondrían en jaque la dominación dictatorial.

¹ [Paula Canelo, La política secreta de la última dictadura argentina \(1976-1983\), Buenos Aires, Edhasa, 2016, pp. 165 y ss.](#)

² [Clarín, 13 de marzo de 1980.](#)

³ [Prefectura Naval, “Informe Especial de Inteligencia N° 02/80”, en Claudia Peiró, “Archivos secretos de la dictadura revelan su alto conocimiento de los planes de Montoneros”, en Infobae, 11 de diciembre de 2016.](#)

⁴ [Jorge Lewinger, entrevista con el autor, Ciudad Autónoma de Buenos Aires \(CABA\), 11 de junio de 2016.](#)

⁵ [Ibid.](#)

⁶ [Ibid.](#)

⁷ [Ibid.](#)

⁸ [Prefectura Naval, “Informe especial de inteligencia N° 02/80”, op. cit.](#)

⁹ [Sobre el “Movimiento de Opinión Nacional”, véanse Marcos Novaro y Vicente Palermo, La dictadura militar 1976-1983. Del golpe de Estado a la restauración democrática, Buenos Aires, Paidós, 2003, pp. 357 y ss.; Hugo Quiroga, El tiempo del “Proceso”. Conflictos y coincidencias entre políticos y militares 1976-1983, Rosario, HomoSapiens, 2004, pp. 106-110, y Paula Canelo, El proceso en su laberinto. La interna militar de Videla a Bignone, Buenos Aires, Prometeo, 2008, pp. 150 y ss.](#)

¹⁰ [Jorge Falcone, entrevista con el autor, CABA, 10 de marzo de 2016.](#)

¹¹ [Ibid.](#)

¹² [Aníbal García Fernández, “Rompiendo el cerco. La experiencia de Radio Noticias del Continente en Costa Rica \(1979-1981\)”, en Diálogos. Revista Electrónica de Historia, vol. 19, núm. 2, 2018, pp. 36-57.](#)

¹³ [Ricardo Rubio y Marina Siri, entrevista con el autor, San Miguel, provincia de Buenos Aires, 27 de abril de 2017.](#)

¹⁴ [Ibid.](#)

¹⁵ Ibid.

¹⁶ Falcone, Rubio y Siri destacan que no supieron en aquel momento de la conformación de las TEI de 1980 ni de los secuestros que las desarticularon entre febrero y marzo de 1980 (Jorge Falcone, entrevista con el autor; Ricardo Rubio y Marina Siri, entrevista con el autor).

¹⁷ Roberto Perdía, entrevista con el autor, City Bell, provincia de Buenos Aires, 14 de diciembre de 2016.

¹⁸ Ibid.

¹⁹ Ibid.

²⁰ Edgardo Binstock, entrevista con el autor, CABA, 8 de septiembre de 2016.

²¹ Ibid.

²² Marcelo Larraquy sostiene que hubo una reunión de la conducción en diciembre de 1980 que aprobó el final de la lucha armada (Fuimos soldados. Historia secreta de la Contraofensiva montonera, Buenos Aires, Aguilar, 2006, p. 235).

²³ Cristina Zuker, El tren de la victoria. La saga de los Zuker [2003], Buenos Aires, Del Nuevo Extremo, 2010, pp. 206-215.

²⁴ Verónica Cabilla y Jorge Benítez tenían 16 años y habían sido autorizados por sus familiares a participar de la Contraofensiva.

²⁵ Ejército Argentino, “Orden de operaciones 01/80 ‘Operativo Guardamuebles’”, Jefatura Área II, Palermo. Véase también Dirección de Inteligencia de la Policía de la Provincia de Buenos Aires, Mesa “D(s)”, Carpeta Varios, legajo 16851, pp. 84-141, que reconstruye las comunicaciones efectuadas entre las distintas fuerzas a propósito del “Operativo Guardamuebles”.

²⁶ Dirección de Inteligencia de la Policía de la Provincia de Buenos Aires, Mesa “D(s)”, Carpeta Varios, legajo 16851, p. 101.

²⁷ Otra hipótesis podría cambiar el orden de los factores, aunque siempre en el terreno de las suposiciones. Podría haber sucedido la localización del

guardamuebles antes del incendio y que dicho incendio haya sido la excusa para publicitar el hecho. Para Cristina Zuker, el origen de la información habría sido obtenida por medio de la tortura a algún militante apresado (op. cit., p. 247).

²⁸ Dirección de Inteligencia de la Policía de la Provincia de Buenos Aires, Mesa “D(s)”, Carpeta Varios, legajo 16851, pp. 134-141.

²⁹ “La subversión hoy”, en Somos, 1º de febrero de 1980, p. 35. El énfasis pertenece al original.

³⁰ Roberto Perdía, entrevista con el autor.

³¹ Gustavo Molfino, entrevista con el autor, CABA, 31 de octubre de 2016.

³² Daniel Cabezas, entrevista con el autor, CABA, 3 de noviembre de 2014.

³³ Edgardo Binstock, entrevista con el autor.

³⁴ Ejército Argentino, Central de Reunión, Batallón de Inteligencia 601, “Situación de la BDT Montoneros al 1 Mar 80”, en Claudia Peiró, op. cit.

³⁵ Ejército Argentino, Central de Reunión, “Procedimiento sobre las TEI efectuado por Zona IV”, marzo de 1980, en Claudia Peiró, op. cit.

³⁶ Ibid.

³⁷ Ejército Argentino, Central de Reunión, “Procedimiento sobre las TEI efectuado por Zona IV”, op. cit.

³⁸ Los posibles objetivos del ataque de las TEI se encontraban vinculados con la política económica de la dictadura y los sectores empresariales: Juan Antonio Nicholson, subsecretario de Coordinación Económica; Marcos Raúl Firpo, miembro de la Sociedad Rural Argentina; Ricardo Gruneissen, integrante del grupo empresario Astra; Eduardo Braun Castillo, empresario; Arturo Acevedo, grupo ACINDAR; Fernando Campos Menéndez, miembro de la Sociedad Rural Argentina, y Luis Alberto Aragón, socio de Martínez de Hoz (Ejército Argentino, Central de Reunión, Batallón de Inteligencia 601, “Situación de la BDT Montoneros al 1 Mar 80”, op. cit.).

³⁹ Víctor Hugo Díaz, entrevista con el autor, La Plata, provincia de Buenos

Aires, 27 de diciembre de 2016.

⁴⁰ Para una selección mínima, véanse Joan P. McSherry, Los Estados depredadores. La Operación Cóndor y la guerra encubierta en América Latina, Santiago de Chile, LOM Ediciones y Banda Oriental, 2005; Vania Markarian, “Una mirada desde Uruguay a la coordinación represiva regional, 1973-1984”, en Ernesto Bohoslavsky (ed.), Problemas de historia reciente en el Cono Sur, Buenos Aires, Prometeo, 2011; Melisa Slatman, “El Cono Sur de las dictaduras, los eslabonamientos nacionales en el interior de la Operación Cóndor y las particularidades del caso argentino”, en Gabriela Águila, Santiago Garaño y Pablo Scatizza (comps.), Represión estatal y violencia paraestatal en la historia reciente argentina. Nuevos abordajes a 40 años del golpe de Estado, La Plata, Universidad Nacional de La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 2016, y Facundo Fernández Barrio, “Diplomacia y represión extraterritorial: la actuación del Servicio Exterior argentino en el ‘caso Molfino’”, en Avances del Cesor, vol. XIV, núm. 16, 2017.

⁴¹ Lila Pastoriza, “Nido de cóndores brasileño en Campo de Mayo argentino”, en Página/12, 29 de mayo de 2000, disponible en línea: <<https://www.pagina12.com.ar>>.

⁴² Edgardo Binstock, entrevista con el autor.

⁴³ Causa N° 8905/07, “Simón Antonio Herminio s/Privación ilegal de la libertad personal”, Juzgado Nacional en lo Criminal y Correccional Federal N° 4, Secretaría N° 8, p. 61. Entre 1978 y 1980, siete militantes de Montoneros fueron objeto de la represión extraterritorial en Brasil realizada por agentes del Estado argentino en cooperación con represores brasileños. Además de Campiglia y Pinus, se trata de Norberto Habegger, Jorge Adur, Lorenzo Viñas, Liliana Goldenberg y Eduardo Escabosa. Al respecto, véase Facundo Fernández Barrio, “El Servicio Exterior argentino en la represión a la Contraofensiva de Montoneros en Brasil (1978-1980)”, en Débora D’Antonio (comp.), Violencia, espionaje y represión estatal. Seis estudios de caso sobre el pasado reciente argentino, Buenos Aires, Imago Mundi, 2018.

⁴⁴ Edgardo Binstock, entrevista con el autor.

⁴⁵ Sentencia causa N° 8905/07, op. cit., pp. 62 y 63.

⁴⁶ Un rumor nunca comprobado sostiene que Montoneros estaba preparando un

atentado contra Videla en Perú, que asistiría a Lima el 28 de julio para presenciar la transmisión del mando entre Francisco Morales Bermúdez y su sucesor, Fernando Belaúnde Terry. Perdía ha negado terminantemente esta intención, que, por cierto, hubiera vulnerado la doctrina montonera de no realizar atentados en el extranjero (Ricardo Uceda, Muerte en el Pentagonito. Los cementerios secretos del Ejército peruano, Lima, Planeta, 2004, p. 362).

⁴⁷ Ejército Argentino, Central de Reunión, Batallón de Inteligencia 601, 9 de mayo de 1980.

⁴⁸ Ricardo Uceda, op. cit., y Facundo Fernández Barrio, “Diplomacia y represión extraterritorial...”, op. cit., entre otros. Véase también la entrevista realizada por la Biblioteca Nacional a Gustavo Molfino, partícipe de los hechos en Perú, disponible en línea: <<https://www.bn.gov.ar>>.

⁴⁹ Noemí Gianetti fue integrante de Madres de Plaza de Mayo y colaboradora de Montoneros desde 1977. Ayudó a brindar protección para los militantes que se encontraban en el exterior (Gustavo Molfino, entrevista con el autor).

⁵⁰ Ramírez era cordobés y había sido seminarista. Arrestado en Buenos Aires, salió en dirección a México y se reconectó con Montoneros. Durante 1979, coordinó la precaria TEA de Córdoba (elaboración propia sobre la base de la biografía realizada por Roberto Baschetti, disponible en línea: <<http://www.robertobaschetti.com>>).

⁵¹ El cuerpo de Noemí Gianetti fue hallado el 21 de julio de 1980 en una habitación del Hotel Miralto en Madrid. Si bien nunca se supo fehacientemente la causa de su muerte, la ausencia de marcas de violencia física permitiría abonar la hipótesis de que fue envenenada. Previamente, Gianetti habría tenido un paso por el CCD Campo de Mayo, donde también estaban secuestrados desde octubre de 1979 su hija, Marcela Molfino, y su yerno, Guillermo Amarilla. Según su hijo Gustavo, es probable que Gianetti hubiera visto el embarazo de su hija o los primeros momentos de vida de su nieto y que ello le haya impedido, una vez llegada a Madrid, intentar escapar de los militares. El montaje de la escena del crimen lo realizó el Batallón de Inteligencia 601: dejaron los documentos falsos y verdaderos de Gianetti en la mesa de luz de la habitación, más los documentos y las huellas digitales de Ramírez. La idea de la dictadura era instalar la hipótesis de que nada había tenido que ver con la muerte de los militantes montoneros en Madrid (Gustavo Molfino, entrevista con el autor; Ricardo Uceda, op. cit., p.

369). En 2009, las familias Amarilla y Molfino se enteraron, por un militante que había compartido cautiverio con Marcela Molfino y Guillermo Amarilla, que Marcela Molfino había dado a luz en Campo de Mayo. Guillermo Martín Amarilla, hijo de ambos, que fue apropiado durante la dictadura, fue restituido a su verdadera identidad el 30 de octubre de 2009, a instancias de Abuelas Plaza de Mayo.

⁵² El número surge de un intercambio entre un miembro de la inteligencia militar, presumiblemente del Batallón de Inteligencia 601, con un funcionario de la Embajada de Estados Unidos (Sentencia causa N° 8905/07, op. cit., p. 63). Más allá de la incerteza que pudiera contener esta cifra, marca el nivel de destrucción de la organización.

⁵³ Son los casos de la UI de Federico Frías Alberga, Toni Agatina Motta, Salvador Privitera, Gastón Dillon y Mirta Simonetti y de la UI de Silvia Dameri, Orlando Ruiz y Alcira Macchi (Marcelo Larraquy, Fuimos soldados, op. cit., p. 221). No obstante, dada la estricta clandestinidad política en la que se desarrollaron la Contraofensiva y su represión, el número es parcial.

⁵⁴ Ejército Argentino, “Informe de Inteligencia Especial Nro. 02/80 Actualización de la situación de la BDT Montoneros”, octubre de 1980, p. 1, en Claudia Peiró, op. cit.

⁵⁵ Sentencia causa N° 8905/07, op. cit., pp. 56 y 57.

⁵⁶ Ejército Argentino, Central de Reunión, Batallón de Inteligencia 601, junio de 1980, p. 13.

⁵⁷ Ricardo Rubio y Marina Siri, entrevista con el autor.

⁵⁸ Roberto Perdía, entrevista con el autor.

⁵⁹ Daniel Cabezas, entrevista con el autor.

⁶⁰ Ibid.

⁶¹ Perdía recuerda al libro como un “conjunto de documentos, algo por el estilo, con la idea ya ahí de un proceso de tipo insurreccional” (Roberto Perdía, entrevista con el autor).

⁶² Daniel Cabezas, entrevista con el autor.

⁶³ Ibid.

⁶⁴ Ejército Argentino, “Informe de Inteligencia Especial Nro. 02/80”, op. cit., p. 2.

⁶⁵ Cabezas y su pareja fueron legalizados y puestos a disposición de un consejo de guerra y recuperaron la libertad en 1984. Edith Aixa María Bona fue conducida al CCD Campo de Mayo y el 27 de agosto fue puesta a disposición del Juzgado Nacional de Primera Instancia en lo Criminal y Correccional Federal N° 2, Secretaría N° 6. Allí la legalizaron y la trasladaron a la U2 de Villa Devoto. Años más tarde, con el retorno de la democracia, recuperó la libertad. Graciela Álvarez y Gervasio Guadix, al igual que Lires, continúan desaparecidos (Daniel Cabezas, entrevista con el autor).

⁶⁶ Jorge Falcone, entrevista con el autor.

⁶⁷ Jorge Falcone, entrevista con el autor.

⁶⁸ Falcone estuvo relacionado con lo que quedaba de Montoneros hasta 1990, momento en que el presidente Carlos Menem indultó a Firmenich —y a los militares condenados por la represión ilegal— y este último decretó la libertad de acción de los pocos militantes que aún respondían a su jefatura (Jorge Falcone, entrevista con el autor).

⁶⁹ Ricardo Rubio y Marina Siri, entrevista con el autor.

⁷⁰ Ibid.

⁷¹ Ricardo Rubio y Marina Siri, entrevista con el autor.

⁷² Ibid.

Conclusiones

Por desgracia, a fuerza de juzgar, se acaba casi fatalmente por perder hasta el gusto de explicar. Las pasiones del pasado, mezclando sus reflejos a las banderías del presente, convierten la realidad humana en un cuadro cuyos colores son únicamente el blanco y el negro.

MARC BLOCH¹

ENTRE 1980 Y 1981, el general Albano Harguindeguy, ministro del Interior del Proceso de Reorganización Nacional (PRN), fue el responsable de entablar el diálogo con los partidos políticos en busca de consensos básicos que permitieran entrever la continuación del régimen. Parcialmente victorioso en acordar la no revisión de lo actuado en la “lucha contra la subversión” y en proclamar la visión de las Fuerzas Armadas (FFAA) como vencedoras de la guerra interna que había atravesado el país, la búsqueda de acuerdos no tuvo el mismo éxito en torno al problema de los desaparecidos. Más allá de que dirigentes de la talla de Ricardo Balbín hubieran declarado durante 1980 que no había desaparecidos, que en todo caso había muertos, y despejaran hacia el futuro la pugna por las responsabilidades, Harguindeguy reconoció a la prensa durante 1981 la inexistencia de una solución concluyente con respecto al tema.

En marzo de ese año, se produjo el recambio de los principales dirigentes del régimen, que apartó del gobierno al triángulo que habían conformado desde 1976 los “moderados” Videla, Harguindeguy y Martínez de Hoz. Los tres eran responsables, además de la represión, de una situación económica difícil de controlar, que para ese momento arrojaba una elevada inflación, aumento de la desocupación y de la deuda externa, recesión y caída de los salarios reales. En este marco, el “consenso antisubversivo” se impuso como el único, y último, recurso cohesivo de unas FFAA que se encontraban cada vez más jaqueadas desde el exterior por el “frente de los derechos humanos”. En una conferencia de prensa realizada el 25 de abril de 1981 en Córdoba, el general Cristino Nicolaidis —jefe del Batallón de Inteligencia 601 y futuro comandante en jefe

del Ejército luego de la guerra de Malvinas— reconoció que el año previo “habían desarticulado dos células guerrilleras que habían logrado ingresar al país pese al férreo control de fronteras”. Además, agregó: “Yo he tenido la oportunidad de hablar con uno de esos delincuentes y puedo asegurar que tienen un alto nivel de preparación en todos los sentidos”.² Se refería al grupo de las Tropas Especiales de Infantería (TEI) que había vuelto al país durante la segunda Contraofensiva y había sido prontamente secuestrado por el Ejército. Si la infidencia de Nicolaidis sirvió para iniciar, una vez restaurada la democracia, una causa por los delitos de lesa humanidad que se cometieron contra las y los montoneros que participaron de la estrategia, su mensaje pasó desapercibido para la Argentina de esos años, a tono con el consenso que Harguindeguy había buscado trazar con la dirigencia civil.

Ya bajo la presidencia de facto del general Roberto Viola, el PRN continuó con sus intenciones de acercarse a la “civilidad”, aunque con menor éxito que el año previo. La Multipartidaria que nucleó a los dirigentes de la Unión Cívica Radical, el Partido Justicialista, el Partido Intransigente, el Movimiento de Integración y Desarrollo y la Democracia Cristiana planteó la necesidad de retornar al Estado de derecho, normalizar la actividad política y considerar el sufragio como elemento determinante de la transición que demandaban. Solicitaban al régimen que estableciera plazos concretos para su retirada del gobierno. Entre sus exigencias, no se encontraban los efectos de la “lucha contra la subversión” ni un pedido de resolución del tema de los desaparecidos. Las FFAA, aún, permanecían victoriosas.³

Desde Madrid, Bidegain escribió una carta representando al Partido Auténtico para que Montoneros pudiera integrarse a la Multipartidaria. Proponía, además, incorporar a la Confederación General del Trabajo (CGT), a las Madres de Plaza de Mayo, a la Asociación Permanente por los Derechos del Hombre, entre otros, y organizar la Multipartidaria como un “frente de liberación” contra la dominación dictatorial. Las palabras de Antonio Tróccoli, dirigente radical que luego sería ministro del Interior de Raúl Alfonsín, y de Deolindo Bittel, vicepresidente del justicialismo, son significativas del clima de época y del modo que adquirió la oposición a la dictadura. Los dirigentes “legales” no aceptaban que Montoneros formara parte de la renovada oposición al PRN: para el radical, Firmenich buscaba “perturbar, porque la acción subversiva se dirige a impedir el resurgimiento democrático de un país”. Para Bittel, se trataba, sencillamente, de “una intentona de Firmenich”.⁴

El estatus de FFAA victoriosas fue cuestionado a partir de la derrota bélica sufrida por el PRN en su intento de recuperar las islas Malvinas, entre abril y junio de 1982. Enablada la contienda durante la breve presidencia de facto del general Leopoldo F. Galtieri, que sucedió a Viola, y en un contexto de movilización sindical, su resultado minó la cohesión del régimen. Por lo pronto, desarticuló su Junta Militar, frente al abandono de la Fuerza Aérea y la Armada. Luego de la designación del general Reynaldo Bignone como presidente en julio de 1982, la dictadura comenzó a preparar su salida del gobierno. Se sancionó el Estatuto de los Partidos Políticos y se confirmó el retorno al orden constitucional para 1984.⁵

Un número considerable de exmilitantes entrevistados en esta investigación reclama una participación central en el proceso de desgaste de la dictadura. Desde su perspectiva, resulta inadmisibles pensar que la recuperación democrática haya estado más relacionada con Margaret Thatcher, primera ministra del Reino Unido de Gran Bretaña en la guerra de Malvinas, que con la acción de Montoneros durante la Contraofensiva. Lo cierto es que las actividades de las y los montoneros que formaron parte del retorno estuvieron aisladas de la sociedad a la que trataron de interpelar. Excepto por el recuerdo, a todas luces condenatorio, de los atentados de 1979 con los que aún hoy se caracteriza a la Contraofensiva, sus acciones fueron ahogadas entre la represión estatal, la censura de prensa y el rechazo social.

Con motivo del desembarco argentino en Malvinas, la dirigencia montonera ofreció su colaboración al PRN. Creía que el reclamo territorial era justo, independientemente de que fuera vehiculizado por sus enemigos. Ante la debilidad absoluta en que había quedado luego de la Contraofensiva, la anterior conducción había dejado de existir. Montoneros había unificado partido y movimiento —dentro del Movimiento Peronista Montonero (MPM)— y su máximo escalafón había quedado conformado, tras la muerte de Puiggrós en noviembre de 1980, por Firmenich, Perdía, Yäger, Vaca Narvaja, Pereira Rossi, Obregón Cano y Bidegain. Los encargados de entablar negociaciones con la Junta Militar a propósito del conflicto bélico fueron Bidegain y Obregón Cano. Recogieron las solidaridades de otras fuerzas políticas latinoamericanas y abordaron un avión hacia Buenos Aires. Acudían en representación del peronismo montonero cuando se enteraron, a través del cónsul argentino en Lima, de que si proseguían viaje serían arrestados. Ni siquiera ofreciendo auxilio al régimen serían admitidos en el país. En paralelo, Perdía, Yäger, Vaca Narvaja y Pereira Rossi ingresaron en secreto a Argentina para reactivar contactos

políticos de cara al fin de la dictadura. En el extranjero había quedado Firmenich.

Yäger y Pereira Rossi fueron asesinados en abril y mayo de 1983, momento en que la recompuesta Junta Militar publicó el “Documento final de la Junta Militar sobre la guerra contra la subversión y el terrorismo”. Ya establecidos los plazos para la elección que depositaría a Alfonsín en la primera magistratura del país, los militares quisieron asegurarse de que Montoneros no estuviera en condiciones de protagonizar ninguna readecuación política. De cara al retorno de la democracia, lo que quedaba de la organización había participado, junto con otros sectores del peronismo encarnados en figuras como Vicente Saadi, Andrés Framini, Susana Valle y Nilda Garré, de Intransigencia y Movilización Peronista. También había editado junto a Saadi el periódico La Voz. Sin embargo, su debilidad extrema y quizás también la dificultad de borrar su accionar militar pretérito en un contexto que condenaba cualquier tipo de violencia como instrumento de la política conspiraron contra la posibilidad de que ocupara una presencia significativa en la renovación del peronismo. La primera derrota electoral de la historia del Partido Justicialista en octubre de 1983 no haría más que confirmar la hondura de las transformaciones que habían ocurrido en el país durante el período dictatorial.

A lo largo de la década de 1980, la presencia de Montoneros en la prensa y en la escena pública nacional obedeció más a las persecuciones penales que sufrieron sus dirigentes más prominentes que a cualquier plataforma política delimitada para los tiempos de la posdictadura.⁶ La Contraofensiva había sido su última estrategia y también el detonante de su fracaso como proyecto político. Luego del secuestro y asesinato de más de ochenta militantes en el país y de las dos disidencias sufridas durante su transcurso, la organización había quedado prácticamente desarticulada.

Ese proceso de desarticulación fue el que analizó este libro. Para eso, en una de sus principales apuestas, buscó entender la Contraofensiva, no a partir de su resultado político, sino inscrita en el devenir más amplio en el que tuvo lugar, que se inauguró con la partida al exterior de los principales dirigentes a fines de 1976 y se inscribió, a la vez, en la identidad y trayectoria más amplia de Montoneros desde su origen. También fue necesario desplazar la interpretación de la Contraofensiva de la impugnación moral con la que había sido caracterizada desde la década de 1980, coyuntura de consolidación de los valores democráticos. Esa impugnación, válida para los balances políticos, resultaba

limitada a los fines del quehacer histórico. La derrota de Montoneros y el modo en que esta se produjo conspiraron contra la reconstrucción de sus últimos años.

Para investigar la Contraofensiva, fue necesario recuperar el quiebre que experimentó la historia de la organización hacia fines de 1976, meses después de producido el último golpe militar. Si bien desde antes de la implantación del terrorismo de Estado dictatorial Montoneros había abandonado la legalidad y reanudado su accionar militar (que nunca había sido resignado del todo), el nivel y la sistematicidad de la represión aplicada por el PRN obligaron a la organización a transitar caminos alternativos. Así fue entendida por este trabajo la decisión orgánica de preservar en el exterior a sus dirigentes y militantes de mayor trayectoria. Con la transnacionalización de su espacio político, las ideas y las prácticas de Montoneros y sus integrantes se modificaron. También lo hicieron sus expectativas y su relación con el contexto político nacional.

Los trabajos que se valieron del “desvío militarista” como clave explicativa de la trayectoria de Montoneros no tomaron en consideración la experiencia de la organización y sus militantes en el exilio ni sus vínculos con otros organismos en ese contexto. Adoptaron un modo de mirar su historia “desde arriba”, a través de las declaraciones de sus dirigentes, de los comunicados internos por ellos redactados y de los editoriales de la prensa partidaria. Con distinto grado de refinamiento, los resultados de los análisis tendieron a explicar el despliegue de la historia de Montoneros prefijado a partir de un modelo preestablecido y de un movimiento determinado, en forma de “desvío”, “espejo” o “quiebre”. Otras intervenciones, que rechazaron estos modelos, consideraron el devenir montonero como una consecuencia, más o menos directa, de su cultura política, omitiendo o restándoles importancia a los distintos actores y momentos que marcaron su trayectoria. Ya sea a través del deslizamiento de lo político a lo militar, o del desarrollo autocontenido de una cultura política, estos trabajos reconstruyeron la historia montonera situados, de lleno, en el interior de la organización. Como vimos a lo largo de estas páginas, esa identidad colectiva, conformada por experiencias, mandatos y expectativas, fue puesta en examen a lo largo de la Contraofensiva y fue extensamente debatida por las dos disidencias que sacudieron a Montoneros durante su realización. Incluso fue criticada por militantes que participaron del retorno.

El arribo de la conducción al extranjero provocó una transformación de las relaciones que previamente habían establecido las y los montoneros en el exilio y también de las lógicas políticas que hasta ese momento había promovido la

organización. Desde allí, la cúpula partidaria pretendió delinear una estrategia internacional para enfrentar al régimen. En México, destino exiliar de mayor desarrollo político de Montoneros, las y los militantes tejieron distintos circuitos de sociabilidad en torno a las diversas actividades allí realizadas. Esa diversidad afectó, incluso, la definición misma que las y los militantes hicieron de sus vivencias en el extranjero. En sus reelaboraciones de la experiencia, algunos optaron por renegar de la categoría de exiliados, connotada como corolario de una derrota que no habían estado dispuestos a asumir. Otros, en cambio, definieron como exilio su estadía en el extranjero. Estas diferentes ideas tuvieron su correlato, aunque no de un modo mecánico y taxativo, con las diversas tareas desarrolladas. Quienes se desempeñaron en las estructuras públicas que Montoneros conformó en México y en otros puntos del exterior fueron más proclives a denominar su experiencia como exilio. Aquellos que mantuvieron la clandestinidad aun en el extranjero y consideraron su estancia fuera de Argentina como una extensión de sus actividades en el país se rehusaron a identificarse con ese mote.

En el exilio, las actividades de denuncia de los crímenes dictatoriales convivieron con la preparación militar o con la confección de prensa partidaria. Ese equilibrio inicial se vio afectado a partir de la presentación pública del MPM en 1977 en Roma, que marcó la voluntad disciplinadora de la conducción. Aun así, no todos los militantes que se referenciaron en el espacio del montonerismo compartieron plenamente los designios de su máxima dirigencia. Si bien estuvieron de acuerdo en sus rasgos más generales, como la legitimidad de los métodos político-militares, las y los militantes motorizaron las actividades con las que coincidieron más plenamente y entraron en contradicción numerosas veces con la visión de la cúpula partidaria. En conjunto, la experiencia de Montoneros en el exterior no constituyó un sucedáneo de sus actividades en el país. Tampoco fue un paréntesis. Se resignificó y retroalimentó con su historia previa.

La consideración de las tensiones que recorrieron a las y los montoneros en el extranjero permitió matizar dos proposiciones dominantes en las producciones académicas, una relacionada con Montoneros y otra, con el exilio. En primer lugar, brindó la oportunidad de complejizar el entramado conformado por las y los militantes de la organización, subsumido muchas veces al pensamiento y la acción de sus principales dirigentes. En particular, los conflictos entre los militantes del montonerismo se visibilizaron en torno a las políticas de denuncia. Mientras la conducción y sus aliados partidarios las consideraron como

actividades instrumentales supeditadas a su estrategia de poder más amplia, quienes las llevaron a cabo lo hicieron con la certeza de que representaban un aporte necesario en sí mismo para oponerse al PRN.

La reconstrucción de la experiencia exiliar montonera permitió, también, reexaminar el vínculo entre exilio y política humanitaria. Sobre todo, en dos puntos cruciales. Primero, porque la política de denuncia no implicó forzosamente en todos los casos el abandono de la identidad partidaria previa de las y los militantes, si bien se entiende que así fue la generalidad del proceso. Esto no quiere decir que las iniciativas de denuncia tuvieran el mismo espacio en los distintos agrupamientos o destinos en el exterior, pero sí implica tomar en cuenta que la narrativa humanitaria fue transversal al exilio y encontró también su expresión al interior de Montoneros. Segundo, y como contraparte de lo anterior, puesto que la militancia en el exterior del país no fue exclusivamente denunciante. El estudio de la experiencia de las y los montoneros en México permitió la aproximación a un grupo de exiliados y exiliadas que continuó abonando la posibilidad de derrotar a la dictadura con métodos militares. Las grandes diferencias que, con el correr de la década de 1980, se establecieron entre los dos paradigmas centrales de oposición al PRN, uno revolucionario que moría y otro humanitario que se consolidaba, tuvieron en el exilio y en la segunda mitad de los años setenta sus espacios y momentos de articulación, como lo prueban los vínculos entre Montoneros y la Comisión Argentina de Derechos Humanos (CADHU). Montoneros participó de todas las iniciativas políticas que tuvo a su alcance. La mirada normativa sobre sus actividades, que llevó a oponer taxativamente la militancia revolucionaria con la humanitaria, solidaria con las ideas que tenía la conducción al respecto, terminó oscureciendo sus intersecciones.

Para la conducción, el inicio de la Contraofensiva fue la circunstancia idónea para homogeneizar y disciplinar la trama política surgida en el exterior y también para reafirmar su primacía al interior de la organización. Por eso lanzó una amplia convocatoria que se extendió por la mayoría de los destinos exiliares donde había militantes o exmilitantes de Montoneros. El llamado los trascendió en aras de abarcar a todos aquellos que desearan regresar al país bajo las directivas de la organización. La experiencia exiliar, primero, y la Contraofensiva, después, reorganizaron las lealtades previas, que fueron dispuestas en torno al regreso. Militantes que habían transitado su experiencia previa en organizaciones de superficie o que directamente no habían pertenecido a Montoneros —si bien habían tenido distintos grados de proximidad a partir de

lazos afectivos— se vincularon con otros militantes orgánicos que habían decidido la estrategia.

¿Por qué un grupo de militantes que había logrado eludir el aparato represivo estatal resolvió volver al país? La decisión de las y los militantes estuvo condicionada por el contexto en el cual se produjo y, si bien fue individual, se enmarcó en dinámicas grupales, compartidas y heredadas, que involucraron la relación con sus trayectorias previas, con el extranjero, con Argentina, con sus compañeros y compañeras de militancia y también con el imaginario político de la organización. Todos los participantes del retorno tuvieron margen para negarse. Lógicamente, dicho margen fue más estrecho en quienes tenían vínculo orgánico, puesto que de la aceptación de la Contraofensiva dependió también su continuidad en Montoneros.

Una cantidad considerable —si bien no cuantificable— de exiliadas y exiliados cercanos a Montoneros se negó a participar de la Contraofensiva. Aunque no fueron objeto privilegiado de este libro, vale destacar que algunos ya habían renunciado a permanecer en la organización desde su llegada al exilio y, pese a que fueron convocados para el retorno, desistieron de ello. Otros, aún relacionados con Montoneros en el exterior, se alejaron a propósito del inicio de la Contraofensiva. Las vivencias transitadas durante el terrorismo de Estado en Argentina y el rechazo a la estrategia de la organización fueron sus principales razones. También se registraron casos de militantes que, no convencidos con el retorno, permanecieron en Montoneros y cumplieron funciones en el exterior. Por ejemplo, quienes estuvieron a cargo de la guardería montada en La Habana o de trabar acuerdos con fuerzas políticas de otros países.

Quienes aceptaron el retorno lo hicieron a partir de motivos diversos. La pluralidad de razones que acompañó la decisión de las y los militantes se fundamentó en las distintas apropiaciones que hicieron del imaginario de la organización, de su proyecto político y de sus deseos de regresar al país. Aun dentro de parámetros colectivos comunes, no todos comulgaron del mismo modo con los lineamientos de la Contraofensiva y hubo quienes, incluso, manifestaron posturas críticas durante su realización. En estas críticas, incidieron sus experiencias previas y sus definiciones sobre su quehacer político, pero también las vivencias transitadas durante el exilio y el retorno.

El entrenamiento montonero consideró la variedad de recorridos previos de las y los militantes que se sumaron a la Contraofensiva. Con un entendimiento militar

de la política, Montoneros repuso los símbolos que enmarcaban sus prácticas, que fueron más allá del uso de armas de fuego y recrearon una estructura propia de un cuerpo militarizado. Sin embargo, quienes se sumaron al retorno no lo hicieron por la fascinación militarista de la situación bélica ni por la nostalgia de la adrenalina que implicaba la vida clandestina. Si bien esto pudo haber funcionado así en algunos casos, no puede considerarse como una regla, a riesgo de simplificar el proceso. Sobre todo cuando las miradas de los actores acerca de su propia experiencia —también cristalizadas en informes o cartas escritas durante la Contraofensiva— destacaron la desconexión, el temor y las inquietudes con las que transitaban su regreso y estaba en secreto en el país.

Las y los montoneros que ingresaron a Argentina sabían del destino que corrían los apresados por el régimen. La información que había circulado en el exterior, provista por algunos militantes que habían podido fugarse de los centros clandestinos de detención (CCD), permeó la conciencia de quienes, una vez en el país, se sintieron muy amenazados por el aparato represivo dictatorial. Esto tampoco quiere decir que todos supieran detalladamente de qué se trataba el ciclo de secuestro, tortura y desaparición, pero sí que la causa de su retorno no puede fundarse en tal desconocimiento. Pensar de este modo implicaría restar capacidad de elección a quienes volvieron, pretendiendo que lo hicieron engañados o imaginando que la situación política nacional era similar a la de la Revolución Argentina de principios de la década. A pesar de la feroz represión practicada desde el Estado, las y los montoneros regresaron igual.

La fusión entre las esferas público-política y privada fue característica del tipo de lazo que Montoneros estructuró con sus integrantes y también se expresó en el caso de Contraofensiva. Este esquema tuvo una manifestación diferencial en las razones que adujeron los actores. En un extremo, se encuentran quienes basaron su decisión —o al menos así lo ponderan en sus reelaboraciones posteriores— en circunstancias emotivas. Para integrar la Contraofensiva, ni siquiera sintieron la necesidad de estar al corriente del diagnóstico que Montoneros había elaborado sobre el contexto argentino. En la mayoría de los casos, dicha consideración afectiva habilitó un discurso político que convalidaba la forma de entender la militancia al interior de la organización. En estas circunstancias, el imaginario del sacrificio y del compromiso colectivo tuvo su encarnación más clara. Esto no implicó necesariamente que las y los militantes aceptaran con postura acrítica todas las prácticas y experiencias que establecían la preparación y el desarrollo de la estrategia. La discusión surgida en Líbano, las disidencias, las críticas de las TEA I y las TEA II y el aplazamiento de uno de

los atentados de las TEI son indicadores contundentes al respecto. También hubo militantes que justificaron su participación a partir de un discurso explícitamente político. Adujeron razones que destacaron tanto los límites que la dictadura comenzó a mostrar hacia 1979 como los topes de sus tareas en el extranjero. Articularon su acción revolucionaria con los procesos triunfantes en Nicaragua e Irán e intentaron, de este modo, anclar la revolución proyectada en una dimensión transnacional. No obstante, la incomodidad y el malestar transitados en el exterior tampoco fueron causas en todos los casos. Incluso se sumaron a la Contraofensiva militantes que recuerdan haberse integrado con comodidad a sus países de destierro. Entre las constantes rastreadas en el proceso de incorporación, ocupó un lugar preponderante el deseo que manifestó la mayoría de los entrevistados de regresar al país. La Contraofensiva permitió desmontar el hiato que se había alzado desde fines de 1976 entre Argentina y el exterior, y en esa clave puede ser entendida también la participación de las y los montoneros.

En el plano de los dirigentes, la Contraofensiva se encuentra íntimamente vinculada al proyecto e imaginario revolucionario de Montoneros. La oportunidad de revalidar el rol autopercebido de vanguardia, una constante en los escritos de la organización desde sus primeros años, fue un motivo central. La Contraofensiva no fue diseñada de manera intempestiva; estuvo en los planes de la conducción desde su “paso a la resistencia”. A partir de su alejamiento del país, la contraofensiva como etapa estratégica se amalgamó con el retorno. La vida de Montoneros, para sus jefes máximos, no dependió de la preservación de sus militantes en el extranjero, sino, al contrario, de la presencia de sus integrantes en el país.

No todos los participantes de la estrategia fueron exiliados o exiliadas. La consideración del grupo que continuó su militancia de modo interrumpido en Argentina permitió interrogar otros motivos para sumarse a la Contraofensiva y relativizar el peso de los análisis de la conducción sobre la decisión de los protagonistas. Si bien el diagnóstico oficial fue central en la percepción que muchos retornados tuvieron sobre el proceso dictatorial, en la práctica estuvo entrelazado con motivos que lo excedieron. En el país, las y los militantes pudieron contrastar los análisis que la dirigencia partidaria había elaborado en el exterior con sus propias vivencias. La voracidad represiva del PRN y la indiferencia y el rechazo de la sociedad frente a sus acciones fueron el escenario en el que se manifestaron las mayores incomodidades con el mandato sacrificial. Para los militantes, y para algunos dirigentes, no era lo mismo la idea abstracta de exponer su vida en aras del prestigio de la organización que enfrentarse con la

posibilidad de la propia muerte o con la materialidad de la de sus compañeros.

El inicio de la Contraofensiva fue la coyuntura propicia para la explicitación de disconformidades previas existentes en Montoneros. En una organización que arrastraba una larga crisis, fue la proximidad con el retorno la que visibilizó insatisfacciones más longevas que numerosos dirigentes acumulaban con la conducción y que hacían a la dinámica interna de Montoneros. También desató nuevos desacuerdos. La necesidad de la cúpula partidaria de centralizar y verticalizar los recursos y las actividades que habían surgido en el extranjero implicó la pérdida de autonomía para los espacios políticos que habían surgido en el exterior. Amparados en objeciones de más largo plazo que cuestionaron la representatividad de los máximos dirigentes e hicieron hincapié en la nula participación al interior de la organización, la imposibilidad de explicitar descontentos sin ser considerados traidores o la discrecionalidad de la jefatura montonera en el manejo de los fondos partidarios, las y los militantes auscultaron sin complacencia el proyecto político de la organización.

En las interpretaciones que los disidentes hicieron de la historia de la organización anidan también las posturas de otros exiliados y exiliadas que habían descartado la práctica político-militar y buscaban nuevas formas de oposición al PRN detrás de la denuncia de sus crímenes y la revalorización de los horizontes democráticos. Muchos, incluso, habían pertenecido a Montoneros en los primeros años de la década de 1970. Los cuestionamientos de los críticos constituyeron antecedentes nativos de la interpretación dominante que se haría del recorrido de la organización a partir de los años ochenta. Una vez recuperada la democracia, el “desvío militarista”, el “espejo” y el “quiebre” entre dirigentes y militantes devinieron aproximaciones hegemónicas en el análisis de la historia de Montoneros.

Las dos disidencias que Montoneros sufrió durante el proceso impugnaron aspectos centrales de su política que se articularon con las autocríticas sobre el accionar armado que habían surgido en el exilio. Tanto el Peronismo Montonero Auténtico (PMA) como Montoneros 17 de Octubre exigieron una apertura de la política interna y de la asignación de recursos. En ambos casos, aun con matices, la conducción no dio lugar a las objeciones. Estas situaciones desnudaron dos características intrínsecas de la política montonera. En primer lugar, la imposibilidad de expresar cualquier postura crítica, ya que los cuestionamientos derivaban inevitablemente en la ruptura. Más allá de su variada intensidad, todos los reclamos fueron entendidos por la cúpula partidaria como posicionamientos

que invalidaban la esencia del proyecto montonero y, por lo tanto, culminaban en la traición a sus principios. Para poder expresar sus inquietudes sin ser considerados traidores o enemigos, los disidentes apelaron a estrategias discursivas que concedían aciertos a una política con la que no coincidían plenamente. Esas estrategias no alcanzaron solo a los críticos, sino también a militantes que, rubricando su compromiso con Montoneros, demostraron sus dudas durante el desarrollo de la Contraofensiva.

Los cuestionamientos también evidenciaron la impermeabilidad de la conducción a discutir el autopercebido rol de vanguardia de Montoneros. Esta definición, que tenía anclaje en los orígenes mismos de la organización y que fue compartida también por los disidentes, se mantuvo indemne para la jefatura montonera más allá de los resultados de la Contraofensiva y las vicisitudes de los y las militantes. No obstante, las disidencias no pudieron forjar, por el amplio universo compartido con la cúpula partidaria y su injerencia en la trayectoria de la organización, un espacio propio y duradero al margen de Montoneros. La conducción obturó cualquier modificación de la estrategia propuesta y fustigó los cambios políticos del exilio, aunque esta postura no fue privativa de la jefatura. Entre las y los montoneros que participaron de la Contraofensiva, también se destacó el rechazo a cuestionar la marcha de los acontecimientos. Detrás de argumentos que planteaban la improcedencia de hacerlo en el exterior o por fuera de la estructura de la organización, estas negativas llevaron a clausurar algunas discusiones transversales entre los militantes. Para discutir, debía hacérselo en Argentina como parte de la Contraofensiva.

La actitud de la conducción ha sido siempre la más destacada en las recuperaciones históricas de los últimos años de Montoneros. Si bien es central en el proceso, no es suficiente para dar cuenta del devenir de la organización. Se conformó una visión monolítica de su trayectoria, que quedó encorsetada dentro de las ideas de su cúpula partidaria. Por eso, este libro repuso la heterogeneidad del universo montonero sin descuidar los parámetros comunes de entendimiento de la realidad que atravesaron tanto a sus dirigentes como al grueso de sus integrantes. Esto implicó trascender la definición de las y los militantes en sentido restringido, enfocada exclusivamente en aquellos que tenían inserción en el partido o, más aún, en quienes regresaron al país. No todos los montoneros fueron “soldados”. Algunos formaron parte de la estructura pública de la organización y no tuvieron entre sus tareas la actividad militar. En esta consideración amplia, descansó la posibilidad de sugerir y visibilizar las tensiones que se produjeron al interior de la organización sobre los significados

de la acción política. También permitió dar cuenta de los vínculos entre militantes de Montoneros y otros organismos.

Así como el recuerdo de Montoneros quedó subsumido a las acciones de sus dirigentes, la memoria de la Contraofensiva quedó reducida a los atentados. Esta mirada sobre los métodos armados invisibilizó otras dimensiones de la estrategia, como el accionar propagandístico. Si bien en el contexto político de 1979 y 1980 incluso las y los militantes que debían realizar las transmisiones clandestinas portaron armas, lo cierto es que no desarrollaron una práctica armada. En algunos casos, ni siquiera tuvieron formación militar. La Contraofensiva replicó el binomio político-militar que había caracterizado la historia de la organización.

Quienes se encargaron de los atentados padecieron temores y tuvieron una relación conflictiva con las reglas que imponía la clandestinidad. Del mismo modo que lo habían hecho aquellos que realizaron las interferencias, se preocuparon por la integridad de la propia vida y la de sus compañeros, y por la seguridad de las operaciones a realizar. En sus recuerdos de la experiencia, transmitieron sus angustias por la feroz represión estatal y, particularmente, por la posibilidad de ser capturados. En algunos casos, estas preocupaciones derivaron en la suspensión de un operativo o en la desertión de varios militantes en la frontera. Las inseguridades fueron experimentadas por la mayoría de quienes regresaron al país y se toparon con la amenaza del terrorismo de Estado. Este costado de las y los montoneros estuvo lejos de representar el tipo ideal con el que se ha definido a los combatientes revolucionarios, dispuestos a ofrendar sin miramientos la propia vida por la causa.

Entonces, ¿por qué el recuerdo de la Contraofensiva quedó subsumido a los hechos armados, y la recuperación del semblante de sus protagonistas, al militarismo extremo o, inversamente, al desconocimiento más absoluto? En estas imágenes que cristalizaron sobre los años finales de Montoneros, deben contemplarse factores que no anidan únicamente en la reconstrucción histórica del proceso. La Contraofensiva y sus participantes se evidenciaron más complejos que las aproximaciones que los analizaron. No solo por las diferencias existentes entre cualquier mapa y el territorio al que está consagrado, sino también por el contexto y las motivaciones políticas y morales de quienes interrogaron ese proceso.

La recuperación de la democracia descansó en la condena a ultranza de los

métodos violentos como forma de cambio de la sociedad. Fechado su inicio en el exilio a fines de los años setenta y proyectado hacia la década de 1980, este imperativo de la no violencia devino inseparable de la afirmación de los valores de la libertad, la pluralidad y el consenso, propios de la posdictadura. Tuvo su principal contracara en la obstinación militar de Montoneros y su conducción, que, pese al contexto esquivo y sus grandes pérdidas humanas y políticas, seguía propiciando un enfrentamiento abierto contra el PRN y confiaba en los métodos armados para hacerlo. Lejos de justificar, o demonizar, ese uso de la violencia, este libro intentó comprenderlo. La Contraofensiva quedó descontextualizada y anacrónica frente a las exigencias de la democracia recuperada. Para el caso, baste recordar que en julio de 1984, con motivo de la transmisión del documental *Nunca más*, elaborado por la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (CONADEP), Tróccoli debió realizar una alocución que enfatizara que los hechos retratados por el filme —la violencia perpetrada desde el Estado— constituían tan solo una parte de la violencia previa. El malestar de las FFAA obligó a que el gobierno democrático debiera repudiar al mismo nivel la violencia de las organizaciones armadas, a las que consideró ajenas a la historia y el sentir nacional.⁷ Esta alteridad dificultó la comprensión histórica de Montoneros y, más aún, de la Contraofensiva, que selló la derrota y propició la desarticulación de la organización con trágicos resultados. Como última encarnación de la lucha armada y, además, como la prueba final de su dolorosa ineficacia, la Contraofensiva condensó los males atribuidos a la violencia instrumental y a un ciclo de radicalización política que, al momento de su ocaso en el país, ya llevaba más de una década de duración.

La negativa de la conducción a precisar quiénes y cuántos habían sido secuestrados y desaparecidos durante la estrategia y a realizar cualquier autocrítica sobre su actuación alentó acercamientos que puntualizaron sobre su malicia y soberbia. Sobre todo en el contexto de la década de 1980, en el que los dirigentes sobrevivientes buscaron, sin éxito alguno, ocupar un lugar en la renovada escena nacional. El nivel de conocimiento que alcanzó la inteligencia militar sobre la organización y la reticencia de sus máximos dirigentes a modificar sus políticas, o a dar cabida a una discusión con otros sectores que cuestionaban que la muerte fuera parte necesaria del proyecto político, permitió lecturas que explicaron la desarticulación de Montoneros por la infiltración de su jefatura. Esta idea atravesó a propios y ajenos a la organización. En el caso de las y los militantes, posibilitó proyectar los errores sobre la conducción y silenciar las tramas compartidas de la derrota, más difíciles de asumir. En el caso de otros actores, permitió discutir no solo las estrategias, sino también las intenciones de

la organización.

Las claves que guiaron las intervenciones sobre Montoneros, una vez finalizada la dictadura, deben buscarse en la forma en que se produjo su desarticulación. Que los fenómenos referidos hayan estado confinados a la más absoluta clandestinidad habilitó lecturas que se identificaron más con las urgencias políticas de sus contextos de producción que con la reconstrucción histórica de la experiencia. La “hermenéutica de la derrota”, toda vez que habilitó un discurso crítico de algunos participantes de la Contraofensiva y también de parte de una generación de militantes armados y no armados, produjo un relato impugnador sobre el uso de la violencia como herramienta política. En esta línea, fue, y sigue siendo, más contundente ubicar la Contraofensiva como una serie de atentados realizados por fanáticos militaristas o víctimas engañadas que intentar comprenderla en su complejidad, habitada por la variedad de tonalidades que componen la paleta de colores de la realidad histórica.

¹ [Marc Bloch, Introducción a la historia \[1949\], Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1982, p. 110.](#)

² [“Nicolaidese, hoy ante el juez”, en Página/12, 15 de noviembre de 2002, disponible en línea: <<https://www.pagina12.com.ar>>.](#)

³ [Marina Franco, El final del silencio. Dictadura, sociedad y derechos humanos en la transición, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2018, pp. 89 y ss.](#)

⁴ [Vencer, núm. 9, 1981, p. 33.](#)

⁵ [Paula Canelo, La política secreta de la última dictadura argentina \(1976-1983\), Buenos Aires, Edhasa, 2016, pp. 198-217.](#)

⁶ [A principios de 1982, Montoneros había publicado su nueva plataforma, el “Proyecto Nacional Revolucionario”, que proponía un “acuerdo social antioligárquico” e instaba a un desarrollo capitalista nacional, de tintes corporativos \(Vencer, núm. 12, enero-febrero de 1980\). Como es de suponer, no fue considerado por el resto de los actores políticos del país.](#)

⁷ [Emilio Crenzel, La historia política del Nunca Más. Las memorias de las desapariciones en la Argentina, Buenos Aires, Siglo XXI, 2008, pp. 80-89.](#)

Epílogo. Cincuenta años después

“No estamos refundando la organización Montoneros”, aclara en sus últimas líneas el pronunciamiento que firmaron conjuntamente, por primera vez en más de tres décadas, Mario Firmenich, Roberto Perdía y Fernando Vaca Narvaja el 7 de septiembre de 2020.¹ Lo hicieron en conmemoración del cincuentenario de los asesinatos de Fernando Abal Medina y Carlos Gustavo Ramus, dos de los jefes originales de la organización y ambos partícipes del secuestro y fusilamiento del exdictador Pedro Eugenio Aramburu. Además de los máximos jefes sobrevivientes, suscribieron la solicitada más de setecientas personas vinculadas de distintos modos a la experiencia montonera. Algunas de ellas, según puntualiza el escrito, no militaron en la organización, pero de igual modo acordaron con el homenaje.²

El documento recuerda que el 7 de septiembre fue la fecha instituida, a partir de 1973, como el “día del montonero” en “homenaje a la totalidad de las compañeras y los compañeros que murieron luchando heroicamente contra la proscripción del movimiento popular”. Además, describe el 17 de octubre de 1945 como el inicio de una “revolución inconclusa”, que persiguió la construcción de “una patria sin explotadores ni explotados”. El tono épico de la intervención se complementa con la definición de las y los montoneros no como “víctimas inocentes” o “jóvenes ingenuos manipulados” (ambas lecturas que se cristalizaron en la década de 1980), sino como “militantes políticos en la guerra civil intermitente que la Argentina ha vivido desde 1955”,³ es decir, desde el derrocamiento del gobierno de Juan Domingo Perón. Como si hubieran quedado suspendidas en el tiempo, las definiciones políticas planteadas por los excomandantes en 2020 son análogas a las sostenidas durante las décadas de 1970 y 1980 y solidarias con las “memorias militantes” de tinte heroico que comenzaron a publicarse desde la segunda mitad de los años noventa. La consideración del conflicto político de aquellos años como una guerra, que ya había sido prenda de debate entre la conducción y las disidencias que se produjeron durante la Contraofensiva, es un claro ejemplo de ello. Con una retórica encendida, el escrito fustiga a los partidos políticos y, en particular, al expresidente Raúl Alfonsín, por haberlos “perseguido con la ‘teoría de los dos

demonios’”, “encubriendo sus complicidades con las dictaduras y la Triple A”.⁴

Esta notoria continuidad entre los marcos de enunciación y las lógicas de la militancia setentista se refuerza con la apelación que hace la intervención de 2020 a un pronunciamiento suscripto por la conducción en el ocaso de la dictadura, en julio de 1983, tres meses antes del triunfo del radicalismo.⁵ En aquel texto, titulado “La responsabilidad de todos” y publicado ante las inminentes elecciones presidenciales, Montoneros se había presentado como una fuerza que había luchado por la vigencia de la democracia y de la Constitución, rescatando sus iniciativas públicas, como la conformación del Partido Auténtico en 1975 o la del Movimiento Peronista Montonero (MPM) en 1977 y las gestiones ante el Episcopado Argentino o el Vaticano en las que demandaba las condiciones para lograr la “pacificación”.⁶ La dimensión militar de su proyecto político, en cambio, era entendida únicamente como mandato constitucional y respuesta legítima frente al terrorismo de Estado. Nada se decía de la Contraofensiva ni de las aspiraciones revolucionarias e insurreccionales de la organización.

El final de la solicitada, que plantea “seguimos creyendo [...] que la opción de hierro para nuestra patria es Liberación o Dependencia”,⁷ ilustra que los valores en torno a los cuales se organiza el recuerdo son prácticamente los mismos que rigieron en su momento, aunque el contexto actual sea totalmente distinto. Si en el marco de la transición democrática las palabras de la entonces conducción tenían una función política clara —esto es, lograr una activa participación en la reorganización del movimiento peronista y, de modo más general, en la escena democrática nacional que se abría—, su reiteración en 2020 indica que las últimas batallas de (los ex) Montoneros se librarán en el plano de las memorias y de los usos políticos del pasado reciente argentino.

¹ [Mario Firmenich, Roberto Perdía y Fernando Vaca Narvaja, “Murieron para que la patria viva”, 7 de septiembre de 2020, disponible en línea: <https://drive.google.com>.](https://drive.google.com)

² [“Murieron para que la patria viva” es el título de la solicitada que entroniza el sacrificio de los militantes de la organización. Firmado por aliados de la exconducción, como Héctor Pardo, Jorge Falcone y Polo Martínez Agüero, el documento también cuenta con el aval de exdisidentes del Peronismo Montonero](#)

Auténtico (PMA), como los hermanos Pablo y Miguel Fernández Long, que se alejaron de la organización con Rodolfo Galimberti y Juan Gelman a propósito del inicio de la Contraofensiva.

³ Mario Firmenich, Roberto Perdía y Fernando Vaca Narvaja, op. cit.

⁴ Ibid.

⁵ Movimiento Peronista Montonero (MPM), “La responsabilidad de todos”, julio de 1983, disponible en línea: <<https://eltopoblindado.com>>.

⁶ Ibid.

⁷ Mario Firmenich, Roberto Perdía y Fernando Vaca Narvaja, op. cit.

Bibliografía

FUENTES PRIMARIAS

Entrevistas

BERGEROT, Adolfo, entrevista con el autor, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, 18 de febrero de 2016.

BINSTOCK, Edgardo, entrevista con el autor, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, 8 de septiembre de 2016.

CABEZAS, Daniel, entrevista con el autor, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, 3 de noviembre de 2014.

CALCAGNO, César, entrevista con el autor, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, 25 de agosto de 2016.

CRISTINA, entrevista con el autor, Rosario, provincia de Santa Fe, 25 de abril de 2015.

DÍAZ, Víctor Hugo, entrevista con el autor, La Plata, provincia de Buenos Aires, 27 de diciembre de 2016.

FALCONE, Jorge, entrevista con el autor, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, 10 de marzo de 2016.

GONZÁLEZ GARTLAND, Carlos, entrevista con el autor, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, 30 de noviembre de 2016.

JULIÁN, correos electrónicos intercambiados con el autor, diciembre de 2016 y

febrero de 2017.

JAURETCHE, Ernesto, entrevista con el autor, La Plata, provincia de Buenos Aires, 17 de julio de 2017.

LANGIERI, Marcelo, entrevista con el autor, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, 13 de febrero de 2017.

LEWINGER, Jorge, entrevista con el autor, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, 11 de junio de 2016.

MOLFINO, Gustavo, entrevista con el autor, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, 31 de octubre de 2016.

PEDREIRA, Manuel, entrevista con el autor, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, 31 de marzo de 2016.

PERDÍA, Roberto, entrevista con el autor, City Bell, provincia de Buenos Aires, 14 de diciembre de 2016.

RUBIO, Ricardo y Marina Siri, entrevista con el autor, San Miguel, provincia de Buenos Aires, 27 de abril de 2017.

YUYO, entrevista con el autor, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, 6 de enero de 2017.

MEMORIA ABIERTA, Testimonio de Elvio Alberione, Ciudad Autónoma de Buenos Aires y Córdoba, 7 de junio y 4 de agosto de 2008 y 10 de diciembre de 2009.

—, Testimonio de Adolfo Bergerot, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, 12 y 23 de agosto de 2002.

—, Testimonio de Ernesto Jaureche, 13 y 17 de diciembre de 2002.

—, Testimonio de Liliana Mazure, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, 20 y 29 de junio de 2007.

—, Testimonio de Juan Salinas, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, 6 y 11 de diciembre de 2002.

Archivos de la Dirección de Inteligencia de la Policía de la Provincia de Buenos Aires

Mesa “D(s)”, Actualización de la BDT Montoneros.

Mesa “D(s)”, Informe especial, Montoneros, septiembre de 1977.

Mesa “D(s)”, Informe especial, Montoneros, octubre de 1978.

Mesa “D(s)”, Actualización de la BDT Montoneros, enero de 1980.

Mesa “D(s)”, Carpeta Varios, legajo 13431.

Mesa “D(s)”, Carpeta Varios, legajo 16851.

Mesa D “(e)”, factor social por localidad, legajo 253, Capital Federal.

Otros archivos de inteligencia

EJÉRCITO ARGENTINO, “Informe de Inteligencia Especial Nro. 02/80. Actualización de la situación de la BDT Montoneros”, octubre de 1980, en Claudia Peiró, “Archivos secretos de la dictadura revelan su alto conocimiento de los planes de Montoneros”, en Infobae, 11 de diciembre de 2016.

—, Central de Reunión, Batallón de Inteligencia 601, “Situación de la BDT Montoneros al 1 Mar 80”, en Claudia Peiró, “Archivos secretos de la dictadura revelan su alto conocimiento de los planes de Montoneros”, en Infobae, 11 de diciembre de 2016.

—, Central de Reunión, “Procedimiento sobre las TEI efectuado por Zona IV”, en Claudia Peiró, “Archivos secretos de la dictadura revelan su alto conocimiento de los planes de Montoneros”, en Infobae, 11 de diciembre de

2016.

—, “Orden de operaciones 01/80 ‘Operativo Guardamuebles’”, Jefatura Área II, Palermo.

—, Central de Reunión, Batallón de Inteligencia 601, 9 de mayo de 1980.

—, Central de Reunión, Batallón de Inteligencia 601, Informe sobre la BDT, junio de 1980.

PREFECTURA NAVAL ARGENTINA, “Informe Especial de Inteligencia 02/80”, 11 de abril de 1980.

“Síntesis de declaraciones del DT NG ‘Cacho’ o ‘Negro Cacho’. Nivel Tte. 1° de la BDT ‘montoneros’. Jefe de la unidad integral”, s/a, 1979.

Documentos partidarios

Prensa partidaria

La Causa Peronista

Evita Montonera

Vencer

Noticias de Argentina

Documentos montoneros

Movimiento Peronista Montonero (MPM), “Documento de Roma”, abril de

1977, disponible en línea: <<https://eltopoblindado.com>>.

—, Secretaría de Relaciones Exteriores, 12 de septiembre de 1978.

—, “Testimonio de Edgar Tulio Valenzuela, 18 de enero de 1978”.

—, “La responsabilidad de todos”, julio de 1983, disponible en línea: <<https://eltopoblindado.com>>.

“Anexo: Versión completa del comunicado que extracta “Le Monde” del 25-2-79”, disponible en la Bibliothèque de Documentation Internationale Contemporaine (BDIC), Nanterre, Francia.

Partido Montonero, “Manual de RLTV”, 1978.

—, “Reunión de la Conducción Nacional del Partido Montonero. Anexo I, autocrítica del Teniente I Rodolfo Galimberti”, mayo de 1978, disponible en la Bibliothèque de Documentation Internationale Contemporaine (BDIC), Nanterre, Francia.

—, “Resolución 045/79: Sobre la deserción de cinco militantes del Partido y cuatro milicianos en el exterior”, 10 de marzo de 1979, disponible en la Bibliothèque de Documentation Internationale Contemporaine (BDIC), Nanterre, Francia.

Peronismo Montonero Auténtico, “Algunas reflexiones para la construcción de una alternativa Peronista Montonera Auténtica”, 9 de junio de 1979, disponible en la Bibliothèque de Documentation Internationale Contemporaine (BDIC), Nanterre, Francia.

Montoneros 17 de Octubre, s. t., abril de 1980.

Montoneros, “Ante la crisis del Partido. Reflexiones críticas y una propuesta de superación”, en “Boletín interno N° 13”, febrero de 1980.

Comunicaciones internas

“Boletín interno N° 9”, mayo de 1979.

“Boletín interno N° 12”, enero de 1980.

“Boletín interno N° 13”, febrero de 1980.

Otros documentos

Centro de Estudios Legales y Sociales, “Informe sobre la situación de los Derechos Humanos en Argentina (octubre de 1979- octubre de 1980)”.

“Causa Esma unificada (Causas N° 1. 282 y otras)”, alegato de la fiscalía ESMA III, leído entre el 6 de julio y el 9 de diciembre de 2015.

“Denuncia del COSPA”, diciembre de 1976, en Archivo Delia Carnelli de Puiggrós.

Causa N° 19.580, “Incidente de apelación en autos Scagliusi, Claudio Gustavo por privación ilegal libertad personal”, Juzgado Federal N° 11, Secretaría N° 21, Registro N° 20725, disponible en línea: <<http://www.desaparecidos.org>>.

Causa N° 8905/07, “Simón Antonio Herminio s/Privación ilegal de la libertad personal”, Juzgado Nacional en lo Criminal y Correccional Federal N° 4, Secretaría N° 8.

Ministerio del Interior, Fondo OEA ONU, Caja AH/0123.

Carta de un emigrado sindicalista a Denis Jacquot, Confederación Francesa Democrática del Trabajo, s. d.

Controversia para el Examen de la Realidad Argentina, Buenos Aires, Ejercitar la Memoria, 2009.

IKONICOFF, Ignacio, “Correspondencia”, disponible en línea: <<https://eltopoblindado.com>>.

Diarios

Ámbito

Clarín

Infobae

La Nación

La Razón

Página/12

Perfil

Popular

Unomásuno (México)

ABC (España)

Fuentes audiovisuales

ÁVILA, Benjamín, Infancia clandestina, 2011.

CROATTO, Virginia, La guardería, 2015.

RAFART, Horacio, La victoria de Beto, 2013.

ROSELL, Ulises, 9 mm, crímenes a medida de la historia, 2007.

SEIJAS, Julián, Tropas Especiales de Agitación, 2018.

FUENTES SECUNDARIAS

ABÓS, Álvaro, Los sindicatos argentinos. Cuadro de situación, Buenos Aires, Centro de Estudios para el Proyecto Nacional, 1984.

ACHA, Omar, La nación futura. Rodolfo Puiggrós en las encrucijadas argentinas del siglo XX, Buenos Aires, EUDEBA, 2006.

ÁGUILA, Gabriela, Santiago Garaño y Pablo Scatizza (comps.), Represión estatal y violencia paraestatal en la historia reciente argentina. Nuevos abordajes a cuarenta años del golpe de Estado, La Plata, Universidad Nacional de La Plata, 2016.

ÁGUILA, Gabriela, Santiago Garaño y Pablo Scatizza (coords.), La represión como política de Estado. Estudios sobre la violencia estatal en el siglo XX, Buenos Aires, Imago Mundi, 2020.

ALTAMIRANO, Carlos, Peronismo y cultura de izquierda, Buenos Aires, Siglo XXI, 2001.

AMORÍN, José, Montoneros: la buena historia, Buenos Aires, Catálogos, 2005.

ANGUITA, Eduardo y Martín Caparrós, La voluntad. Una historia de la militancia revolucionaria en Argentina [1997-1998], Buenos Aires, Booket, 2010.

ANZORENA, Oscar, Tiempo de violencia y utopía. Del golpe de Onganía (1966) al golpe de Videla (1976), Buenos Aires, Pensamiento Nacional, 1998.

ARGENTO, Analía, La guardería montonera. La vida en Cuba de los hijos de la Contraofensiva, Buenos Aires, Marea, 2013.

ASTIZ, Eduardo, Lo que mata de las balas es la velocidad. Una historia de la contraofensiva montonera del 79, La Plata, De la Campana, 2005.

BARTOLETTI, Julieta, Montoneros. De la movilización a la Organización, Rosario, Laborde, 2011.

BASCHETTI, Roberto, Documentos 76/77. Golpe militar y resistencia popular, La Plata, De la Campana, 2001.

—, Documentos 76/77. Resistir es vencer, La Plata, De la Campana, 2001.

—, Documentos 78/80. Del Mundial a la Contraofensiva, La Plata, De la Campana, 2014.

BELZAGUI, Pablo (comp.), No matar. Sobre la responsabilidad, Córdoba, Del Cíclope, Universidad Nacional de Córdoba, 2007.

BERNETTI, Jorge y Mempo Giardinelli, México: el exilio que hemos vivido. Memoria del exilio argentino en México durante la dictadura 1976-1983 [1983], Buenos Aires, Octubre, 2014.

BLOCH, Marc, Introducción a la historia [1949], Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1982.

BONASSO, Miguel, Recuerdo de la muerte [1984], Buenos Aires, Planeta, 1994.

—, Lo que no dije en Recuerdo de la muerte, Buenos Aires, Sudamericana, 2014.

BROCATO, Carlos, La Argentina que quisieron, Buenos Aires, Sudamericana y Planeta, 1985.

BUFANO, Sergio, “La violencia en Argentina: 1969-1976”, en Controversia, núm. 1, octubre de 1979.

—, “La vida plena”, en Lucha Armada en la Argentina, núm. 1, 2005.

CALVEIRO, Pilar, Política y/o violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años 70, Buenos Aires, Norma, 2005.

CAMPOS, Esteban, “¿Locura, épica o tragicomedia? Las historias de la contraofensiva montonera en la era de la democracia consolidada”, en Estudios,

núm. 29, Centro de Estudios Avanzados, Universidad de Córdoba, junio de 2013.

—, Cristianismo y revolución. El origen de Montoneros, Buenos Aires, Edhasa, 2016.

CANELO, Paula, El proceso en su laberinto. La interna militar de Videla a Bignone, Buenos Aires, Prometeo, 2008.

—, La política secreta de la última dictadura argentina (1976-1983), Buenos Aires, Edhasa, 2016.

CARNOVALE, Vera, “Aportes y problemas de los testimonios en la reconstrucción del pasado reciente en la Argentina”, en Marina Franco y Florencia Levín (comps.), Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción, Buenos Aires, Paidós, 2007.

—, Los combatientes. Historia del PRT-ERP, Buenos Aires, Siglo XXI, 2011.

—, “El PRT-ERP en el exilio. Armas, comunismo y derechos humanos”, en Revista de Historia, núm. 15, 2014.

CASOLA, Natalia, “Una valija y un carnet. El lugar del Partido Comunista en el exilio argentino”, en Silvina Jensen y Soledad Lastra (eds.), Exilios: militancia y represión. Nuevas fuentes y nuevos abordajes de los destierros de la Argentina de los años setentas, La Plata, Edulp, 2014.

CATELA, Ludmila, “Etnografía de los archivos de la represión en la Argentina”, en Marina Franco y Florencia Levín (comps.), Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción, Buenos Aires, Paidós, 2007.

CAVIASCA, Guillermo, Dos caminos. PRT-ERP y Montoneros, la guerrilla argentina en una encrucijada, La Plata, De la Campana, 2013.

CHAVES, Gonzalo y Jorge Lewinger, Los del 73. Memoria montonera, La Plata, De la Campana, 1999.

CELESIA, Felipe y Pablo Waisberg, Firmenich. La historia jamás contada del jefe montonero, Buenos Aires, Aguilar, 2010.

CONFINO, Hernán, “Las redes montoneras. Revolución, solidaridad y derechos humanos (1974-1980)”, en Gabriela Águila, Santiago Garaño y Pablo Scatizza (coords.), *La represión como política de Estado. Estudios sobre la violencia estatal en el siglo XX*, Buenos Aires, Imago Mundi, 2020.

CONFINO, Hernán y Rodrigo González Tizón, “Revolución, derechos humanos y exilio: Montoneros y la Comisión Argentina de Derechos Humanos en los orígenes de la denuncia de la dictadura argentina (1976-1980)”, en *Sociohistórica*, en prensa.

CORTINA ORERO, Eudald, “Internacionalismo y revolución sandinista: proyecciones militantes y reformulaciones orgánicas en la izquierda revolucionaria argentina”, en *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, vol. 28, núm. 2, 2017.

—, “Brigada Sanitaria Adriana Haidar: solidaridad técnica montonera con la revolución sandinista”, en *Secuencia*, núm. 108, 2020.

CRENZEL, Emilio, *La historia política del Nunca Más. Las memorias de las desapariciones en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2008.

DICÓSIMO, Daniel, “Dirigentes sindicales, racionalización y conflictos durante la última dictadura militar”, en *Entrepasados*, vol. XV, núm. 29, Buenos Aires, 2006.

DONATELLO, Luis, *Catolicismo y Montoneros. Religión, política y desencanto*, Manantial, Buenos Aires, 2010.

EL KADRI, Envar y Jorge Rulli, *Diálogos en el exilio*, Buenos Aires, Foro Sur, 1984.

ESQUIVADA, Gabriela, *Noticias de los montoneros. La historia del diario que no pudo anunciar la revolución*, Buenos Aires, Sudamericana, 2009.

FALCÓN, Ricardo, “La resistencia obrera a la dictadura militar (una reescritura de un texto contemporáneo a los acontecimientos)”, en Hugo Quiroga y César Tcach (comps.), *A veinte años del golpe. Con memoria democrática*, Rosario, HomoSapiens, 1996.

FALCONE, Jorge, *Memorial de guerralarga. Un pibe entre cientos de miles*, La

Plata, De la Campana, 2001.

FELD, Claudia y Marina Franco (dirs.), *Democracia, hora cero. Actores, prácticas y debates en los inicios de la posdictadura*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2015.

FERNÁNDEZ BARRIO, Facundo, “Diplomacia y represión extraterritorial: la actuación del Servicio Exterior argentino en el ‘caso Molfino’”, en *Avances del Cesor*, vol. XIV, núm. 16, 2017.

—, “El Servicio Exterior argentino en la represión a la Contraofensiva de Montoneros en Brasil (1978-1980)”, en Débora D’Antonio (comp.), *Violencia, espionaje y represión estatal. Seis estudios de caso sobre el pasado reciente argentino*, Buenos Aires, Imago Mundi, 2018.

FLASKAMP, Carlos, *Organizaciones político-militares. Testimonio de la lucha armada en la Argentina (1968-1976)*, Buenos Aires, Nuevos Tiempos, 2002.

FRANCO, Marina, *El exilio. Argentinos en Francia durante la dictadura*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2008.

—, *Un enemigo para la nación. Orden interno, violencia y “subversión”, 1973-1976*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2012.

—, *El final del silencio. Dictadura, sociedad y derechos humanos en la transición*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2018.

FRANCO, Marina y Daniel Lvovich, “Historia reciente: apuntes sobre un campo de investigación en expansión”, en *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”*, núm. 47, 2017.

FRANCO, Marina y Florencia Levín (comps.), *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*, Buenos Aires, Paidós, 2007.

GAGGERO, Jorge, “Notas acerca de un extravío argentino”, en *Lucha Armada*, núm. 11, 2008.

GAGO, Verónica, *Controversia. Una lengua del exilio*, Buenos Aires, Biblioteca Nacional, 2012.

GARAVAGLIA, Juan Carlos, Una juventud en los años sesenta, Buenos Aires, Prometeo, 2015.

GARCÍA FERNÁNDEZ, Aníbal, “Rompiendo el cerco. La experiencia de Radio Noticias del Continente en Costa Rica (1979-1981)”, en Diálogos. Revista Electrónica de Historia, vol. 19, núm. 2, 2018, pp. 36-57.

GASPARINI, Juan, Montoneros. Final de cuentas [1988], La Plata, De la Campana, 2008.

GIL, Germán, La izquierda peronista. Transitando los bordes de la revolución (1955-1974) [1989], Buenos Aires, Prometeo, 2019.

GILLESPIE, Richard, Soldados de Perón. Los Montoneros [1987], Buenos Aires, Grijalbo, 1998.

GILMAN, Claudia, Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003.

GIUSSANI, Laura, Buscada. Lili Massaferro: de los dorados años cincuenta a la militancia montonera, Buenos Aires, Norma, 2005.

GIUSSANI, Pablo, Montoneros. La soberbia armada, Buenos Aires, Sudamericana, 1984.

GONZÁLEZ CANOSA, Mora y Mariela Stavale, “Peronismo, izquierda y lucha armada. Balance bibliográfico y perspectivas analíticas sobre las organizaciones armadas peronistas en clave comparada”, en Páginas, núm. 31, 2021.

GONZÁLEZ TIZÓN, Rodrigo, “‘Los desaparecidos empiezan a hablar’: una aproximación histórica a la producción testimonial de los sobrevivientes de la dictadura argentina desde el exilio (1976-1983)”, en Páginas, núm. 31, 2021.

GRAMMÁTICO, Karin, Mujeres montoneras. Una historia de la Agrupación Evita (1973-1974), Buenos Aires, Luxemburg, 2011.

HILB, Claudia, Usos del pasado. Qué hacemos hoy con los setenta, Buenos Aires, Siglo XXI, 2013.

—, Por qué no pasan los 70, Buenos Aires, Siglo XXI, 2018.

HILB, Claudia y Daniel Lutzky, La nueva izquierda argentina: 1960-1980. (Política y violencia), Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1984.

JAMES, Daniel, Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina [1990], Buenos Aires, Siglo XXI, 2006.

JAURETCHE, Ernesto, Violencia y política en los 70. No dejés que te la cuenten, Buenos Aires, Colihue, 1997.

JELIN, Elizabeth, Los trabajos de la memoria [2002], Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2021.

JENSEN, Silvina, “Identidad, derrotero y debates del exilio peronista en Cataluña (1976-1983)”, en Hispania Nova, núm. 5, 2005.

—, La provincia flotante. El exilio argentino en Cataluña (1976-2006), Barcelona, Fundació Casa América Catalunya, 2007.

—, Los exiliados. La lucha por los derechos humanos durante la dictadura, Buenos Aires, Sudamericana, 2010.

KAHAN, Emmanuel, Recuerdos que mienten un poco. Vida y memoria de la experiencia judía durante la última dictadura militar, Buenos Aires, Prometeo, 2014.

KRUIJT, Dirk, Eduardo Rey Tristán y Alberto Martín Álvarez (coords.), Latin American Guerrilla Movements. Origins, Evolution, Outcomes, Nueva York, Routledge, 2020.

LANUSSE, Lucas, Montoneros. El mito de sus 12 fundadores, Buenos Aires, Vergara, 2007.

LARRAQUY, Marcelo, Fuimos soldados. Historia secreta de la Contraofensiva montonera, Buenos Aires, Aguilar, 2006.

—, “Los cuerpos políticos y la vigencia del cadáver de Rucci”, en Lucha Armada, núm. 11, 2008.

—, Un siglo de violencia política. 1890-1990, de Roca a Menem, la historia del país, Buenos Aires, Sudamericana, 2017.

LARRAQUY, Marcelo y Roberto Caballero, Galimberti. De Perón a Susana, de Montoneros a la CIA, Buenos Aires, Norma, 2000.

LASTRA, Soledad, Volver del exilio. Historia comparada de las políticas de recepción en las posdictaduras de la Argentina y Uruguay (1983-1989), La Plata, Universidad Nacional de La Plata/Universidad Nacional de General Sarmiento/Universidad Nacional de Misiones, 2016.

LEIS, Héctor, Un testamento de los años 70. Terrorismo, política y verdad en la Argentina, Buenos Aires, Katz, 2013.

LENCI, Laura, “Justicia, política y violencia. Un análisis de los cuerpos normativos montoneros, 1972-1975”, en Revista Tiempo Histórico, núm. 3, 2011.

LEVENSON, Gregorio, De los bolcheviques a la gesta montonera. Memorias de nuestro siglo, Buenos Aires, Colihue, 2000.

LEVENSON, Gregorio y Ernesto Jaureche, Héroes. Historias de la Argentina revolucionaria, Buenos Aires, Ediciones del Pensamiento Nacional, 1998.

LEWINGER, Jorge, Vueltas. Relatos autobiográficos de un militante de los '70, La Plata, De la Campana, 2013.

LONGONI, Ana, Traiciones. La figura del traidor en los relatos acerca de los sobrevivientes de la represión, Buenos Aires, Norma, 2007.

LORENZ, Federico, Algo parecido a la felicidad. Una historia de la lucha de la clase trabajadora durante la década del setenta (1973-1978), Buenos Aires, Edhasa, 2013.

—, Cenizas que te rodearon al caer. Vidas y muertes de Ana María González, la montonera que mató al jefe de la Policía Federal, Buenos Aires, Sudamericana, 2017.

MANGIANTINI, Martín, “Redes militantes y acciones en el exilio. La política internacionalista del Partido Socialista de los Trabajadores (1976-1982)”, en Estudios, núm. 38, 2017.

MANZANO, Valeria, La era de la juventud en Argentina. Cultura, política y

sexualidad desde Perón hasta Videla, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2017.

MAO TSE-TUNG, Problemas estratégicos de la guerra revolucionaria en China [1936], en Obras escogidas de Mao Tse-Tung, Pekín, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1968, t. I, pp. 230-260, disponible en línea: <<https://www.marxists.org>>1936.

MARCHESI, Aldo, Hacer la revolución. Guerrillas latinoamericanas, de los años sesenta a la caída del Muro, Buenos Aires, Siglo XXI, 2019.

MARKARIAN, Vania, Idos y recién llegados. La izquierda uruguaya en el exilio y las redes transnacionales de derechos humanos, 1967-1984, Montevideo, Correo del Maestro, La Vasija, Centro de Estudios Interdisciplinarios Uruguayo, Universidad de la República, 2006.

—, “Una mirada desde Uruguay a la coordinación represiva regional, 1973-1984”, en Ernesto Bohoslavsky (ed.), Problemas de historia reciente en el Cono Sur, Buenos Aires, Prometeo, 2011.

MCSHERRY, Joan P., Los Estados depredadores. La Operación Cóndor y la guerra encubierta en América Latina, Santiago de Chile, LOM Ediciones y Banda Oriental, 2005.

MERO, Roberto, Contraderrota. Montoneros y la revolución perdida. Conversaciones con Juan Gelman, Buenos Aires, Sudamericana, 2014.

MOCHKOFSKY, Graciela, Timerman. El periodista que quiso ser parte del poder (1923-1999), Buenos Aires, Sudamericana, 2003.

MONTERO, Hugo e Ignacio Portela, Rodolfo Walsh. Los años montoneros, Buenos Aires, Continente, 2010.

NOVARO, Marcos y Vicente Palermo, La dictadura militar 1976-1983. Del golpe de Estado a la restauración democrática, Buenos Aires, Paidós, 2003.

OBERTI, Alejandra y Roberto Pittaluga, Memorias en montaje. Escrituras de la militancia y pensamientos sobre la historia, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 2006.

O'DONNELL, María, *Born*, Buenos Aires, Sudamericana, 2015.

—, *Aramburu*, Buenos Aires, Planeta, 2020.

OLLIER, María Matilde, *El fenómeno insurreccional y la cultura política, 1969-1973*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1986.

—, *La creencia y la pasión. Privado, público y político en la izquierda revolucionaria*, Buenos Aires, Espasa Calpe y Ariel, 1998.

—, *Golpe o revolución. La violencia legitimada, Argentina 1966/1973*, Buenos Aires, Eduntref, 2005.

OSUNA, María Florencia, “El exilio del Partido Socialista de los Trabajadores en Bogotá (1976-1982). Entre los discursos militantes y las miradas policiales”, en Silvina Jensen y Soledad Lastra (eds.), *Exilios: militancia y represión. Nuevas fuentes y nuevos abordajes de los destierros de la Argentina de los años setentas*, La Plata, Edulp, 2014.

OTERO, Rocío, *Montoneros y la memoria del peronismo*, Buenos Aires, Prometeo, 2019.

PACHECO, Mariano, *Montoneros silvestres (1976-1983). Historia de resistencia a la dictadura en el sur del conurbano*, Buenos Aires, Planeta, 2014.

PALOMINO, Héctor, “Los cambios en el mundo del trabajo y los dilemas sindicales”, en Juan Suriano (dir.), *Dictadura y democracia (1976-2001)*, en *Nueva historia argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2005, t. X, pp. 378-439.

PERDÍA, Roberto, *La otra historia. Testimonio de un jefe montonero*, Buenos Aires, Ágora, 1997.

—, *Montoneros. El peronismo combatiente en primera persona*, Buenos Aires, Planeta, 2013.

PITTALUGA, Roberto, “Miradas sobre el pasado reciente argentino. Las escrituras en torno a la militancia setentista (1983-2005)”, en Marina Franco y Florencia Levín, (comps.), *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*, Buenos Aires, Paidós, 2007.

PONZA, Pablo, “La izquierda en su laberinto: intelectuales argentinos, ideas y publicaciones en el exilio (1976-1983)”, en *Boletín Americanista*, núm. 60, Barcelona, 2010, pp. 247-262.

PORTELLI, Alessandro, “Lo que hace diferente a la historia oral”, en Dora Schwarzstein, *La historia oral*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1991.

POZZI, Pablo, *La oposición obrera a la dictadura (1976-1982)*, Buenos Aires, Contrapunto, 1988.

QUARETTI, Lucía, “¿Castigar a las organizaciones armadas? Los intentos de persecución penal a las guerrillas en el marco de la reapertura de los juicios por crímenes de lesa humanidad (Argentina 2003-2007)”, en *Revista Izquierdas*, núm. 42, 2018.

QUIROGA, Hugo, *El tiempo del “Proceso”. Conflictos y coincidencias entre políticos y militares 1976-1983*, Rosario, HomoSapiens, 2004.

RISLER, Julia, *La acción psicológica. Dictadura, inteligencia y gobierno de las emociones 1955-1981*, Buenos Aires, Tinta Limón, 2018.

ROBLEDO, Pablo, *Montoneros y Palestina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2019.

ROSTICA, Julieta, “La coordinación represiva entre Argentina, Guatemala, Honduras y El Salvador (1976-1983). Avances, dificultades y desafíos”, en Gabriela Águila, Santiago Garaño y Pablo Scatizza (coords.), *La represión como política de Estado. Estudios sobre la violencia estatal en el siglo XX*, Buenos Aires, Imago Mundi, 2020.

ROT, Gabriel, *Itinerarios revolucionarios. De la Resistencia al Partido Revolucionario de los Obreros Argentinos*, La Plata, De la Campana, 2015.

SADI, Marisa, *Montoneros. La resistencia después del final*, Buenos Aires, Nuevos Tiempos, 2004.

—, *El caso Lanuscou, Columna Norte. La otra historia*, Buenos Aires, Nuevos Tiempos, 2009.

SALAS, Ernesto, “El debate entre Walsh y la conducción Montonera”, en *Lucha*

Armada, núm. 5, 2006.

—, De resistencia y lucha armada en la Argentina, Buenos Aires, Punto de Encuentro, 2014.

SALCEDO, Javier, Los Montoneros del barrio, Caseros, Eduntref, 2011.

SARLO, Beatriz, Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005.

SCHMITT, Carl, Teoría del partisano. Acotación al concepto de lo político [1963], Buenos Aires, Struhart & Cía., 2005.

SCIPIONI, Néstor, Las dos caras del terrorismo, Barcelona, Círculo de Estudios Latinoamericanos, 1983.

SEMINARA, Luciana, Bajo la sombra del ombú. Montoneros Sabino Navarro, historia de una disidencia, Buenos Aires, Imago Mundi, 2015.

SERVETTO, Alicia, 73/76. El gobierno peronista contra las “provincias montoneras”, Buenos Aires, Siglo XXI, 2010.

SIGAL, Silvia y Eliseo Verón, Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista [1986], Buenos Aires, EUDEBA, 2010.

SLATMAN, Melisa, “Archivos de la represión y ciclos de producción de conocimiento social sobre las coordinaciones represivas en el Cono Sur de América Latina”, en Taller. Revista de Sociedad, Cultura y Política en América Latina, vol. 1, núm. 1, 2012, pp. 47-66.

—, “El Cono Sur de las dictaduras, los eslabonamientos nacionales en el interior de la Operación Cóndor y las particularidades del caso argentino”, en Gabriela Águila, Santiago Garaño y Pablo Scatizza (comps.), Represión estatal y violencia paraestatal en la historia reciente argentina. Nuevos abordajes a 40 años del golpe de Estado, La Plata, Universidad Nacional de La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 2016.

SLIPAK, Daniela, Las revistas montoneras. Cómo la organización construyó su identidad a partir de sus publicaciones, Buenos Aires, Siglo XXI, 2015.

—, “Sobre desvíos, espejos y cúpulas. Las disidencias montoneras y las lecturas sobre los años setenta”, en *Revista Izquierdas*, núm. 32, 2017, pp. 39-57.

—, “Armas revolucionarias. Discusiones sobre la violencia en los grupos disidentes de Montoneros en los años setenta”, en *Páginas*, vol. 13, núm. 31, 2020.

SMULOVITZ, Catalina, “En búsqueda de la fórmula perdida: Argentina, 1955-1966”, en *Desarrollo Económico*, vol. 31, núm. 121, abril-junio de 1991.

TORTTI, Cristina, *El “viejo” Partido Socialista y los orígenes de la “nueva” izquierda*, Buenos Aires, Prometeo, 2009.

UCEDA, Ricardo, *Muerte en el Pentagonito. Los cementerios secretos del Ejército peruano*, Lima, Planeta, 2004.

ULANOVSKY, Carlos, *Seamos felices mientras estamos aquí*, Buenos Aires, De la Pluma, 1983.

VEZZETTI, Hugo, *Pasado y presente. Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002.

—, *Sobre la violencia revolucionaria. Memorias y olvidos*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2009.

VIGNOLLÉS, Alejandra, *Doble condena. La verdadera historia de Roberto Quieto. Secuestrado por los militares y acusado de traición por los Montoneros*, Buenos Aires, Sudamericana, 2012.

YANKELEVICH, Pablo, *Ráfagas de un exilio. Argentinos en México, 1974-1983*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2010.

ZOLOV, Eric, “Expanding our Conceptual Horizons: The Shift from an Old to a New Left in Latin America”, en *A Contracorriente*, vol. 5, núm. 2, 2008, pp. 47-72.

ZUKER, Cristina, *El tren de la victoria. La saga de los Zuker [2003]*, Buenos Aires, Del Nuevo Extremo, 2010.

Índice de nombres

Abal Medina, Fernando

Abós, Álvaro

Abu Hatem

Acevedo, Arturo

Acha, Omar

Adur, Jorge

Agustín

Alberione, Elvio

Alberto: véase López, Manuel

Alcides

Alemann, Juan Ernesto

Alfonsín, Raúl

Alonso, José Alonso

Altamirano, Carlos

Álvarez, Graciela

Amarilla, Guillermo

Amarilla, Guillermo Martín

Amorín, José

Anguita, Eduardo

Ana: véase Libenson, Marta Elina

Ani

Antonio Fuerichs, Miriam

Any

Anzorena, Oscar

Añón, Juan Carlos

Arafat, Yasser

Aragón, Luis Alberto

Aramburu, Pedro Eugenio

Aricó, José

Arrostito, Norma

Astiz, Alfredo

Astiz, Eduardo

Ávila, Benjamín

Balbín, Ricardo

Bartoletti, Julieta

Baschetti, Roberto

Basso, Lelio

Bavio, Gerardo

Belaúnde Terry, Fernando

Benítez, Ángel Servando

Benítez, Jorge

Berger, María Antonia

Bergerot, Adolfo

Berliner, Alfredo José

Bermann, Sylvia

Bernetti, Jorge

Bidegain, Oscar

Bignone, Reynaldo

Binstock, Edgardo

Binstock, Guillermo

Bittel, Deolindo

Bloch, Marc

Bonadio, Claudio

Bona, Edith Aixa María

Bonasso, Miguel

Born, Jorge

Born, Juan

Brardinelli, Susana

Braun Castillo, Eduardo

Brocato, Carlos

Bufano, Sergio

Bullrich, Julieta

Bullrich, Patricia

Caballero, Roberto

Cabezas, Daniel

Cabezas, Gustavo

Cabilla, Francisco

Cabilla, Verónica

Cacho

Calcagno, César

Caletti, Rubén Sergio

Cali, la: véase Bullrich, Patricia

Calveiro, Pilar

Campiglia, Horacio

Cámpora, Héctor José

Campos, Esteban

Campos Menéndez, Fernando

Canaris: véase Rapaport, Horacio Luis

Canelo, Paula

Caparrós, Martín

Caprioli, Carlos

Capuano Martínez, Carlos

Carbajal, Ángel

Cardacci, José

Cardozo, Cesáreo

Carlón: véase Pereira Rossi, Eduardo

Carnelli, Delia

Carnovale, Vera

Carrizo, Caledonio

Carter, James

Casola, Natalia

Castaño Blanco, María Consuelo

Casullo, Nicolás

Catela, Ludmila

Caviasca, Guillermo

Cecilia: véase Cabilla, Verónica

Ceijas, Marcia

Celesia, Felipe

Cendón, Néstor

Chacho

Chaco

Changuito

Chasseing, Carlos

Chaves, Gonzalo

Chávez, René

Chino: véase Ferré, Ernesto Emilio Manuel

Claudia

Confino, Hernán

Cortina Orero, Eudald

Cotota

Crenzel, Emilio

Cristina

Croatto, Armando

Croatto, Virginia

Cúneo, Santiago

Dalmaso López, José

Dameri, Silvia

Del Carril, Hugo

De Pedro, Eduardo

Díaz Bessone, Ramón G.

Díaz Meza, E. A.

Díaz, Olimpia

Díaz, Víctor Hugo

Dicósimo, Daniel

Di Florio, Silvia

Dillon, Gastón

Donatello, Luis

Dricas, Isaac

Dri, Jaime

Duhalde, Carlos María

Duhalde, Eduardo Luis

Duhalde, Marcelo

Durán, Ricardo

Eduardo

El Kadri, Envar

El Negro Hugo

El Santiagueño

Emiliano

Enrique: véase Carbajal, Ángel

Escabosa, Eduardo

Esteban: véase Zuker, Ricardo Marcos

Esquivada, Gabriela

Eusebio

Facundo: véase Genoud, Julio César

Falcone, Jorge

Falcón, Ricardo

Fassano, Carlos

Federico, Martín

Ferguson, Pamela

Fermín: véase Benítez, Ángel Servando

Fernández Barrio, Facundo

Fernández Long, Miguel

Fernández Long, Pablo

Fernando: véase Ferré, Ernesto Emilio Manuel

Ferré, Ernesto Emilio Manuel

Feuer de Binstock, Mina

Firelli, Horacio

Firmenich, Mario

Firpo, Marcos Raúl

Flaco Tony, el

Flaskamp, Carlos

Framini, Andrés

Franco, Marina

Frías Alberga, Federico

Gadano, Jorge

Gaggero, Jorge

Gaggero, Manuel

Gago, Verónica

Galante, Oscar

Galimberti, Rodolfo

Galtieri, Leopoldo Fortunato

Garavaglia, Juan Carlos

García Fernández, Aníbal

García Pérez, Ángel

Gargnelotti, Piero

Garré, Nilda

Garzón Maceda, Lucio

Gasparini, Juan

Gelman, Juan

Genoud, Claudia

Genoud, Julio César

Gianetti, Noemí

Giardinelli, Mempo

Gil, Germán

Gillespie, Richard

Gilman, Claudia

Giussani, Laura

Giussani, Pablo

Goldenberg, Liliana

González Canosa, Mora

González Gartland, Carlos

González, Regino Adolfo

González, Remigio Elpidio

González Tizón, Rodrigo

Graciela

Graffigna, Omar

Grammático, Karin

Gras, Martín

Griffia, Patricio

Gringa: véase Antonio Fuerichs, Miriam

Gruneissen, Ricardo

Guadix, Gervasio

Gualda, Diego

Guangiroli, Lía Mariana

Habegger, Norberto

Harguindeguy, Albano

Hilb, Claudia

Hobert, Carlos

Ikonicoff, Ignacio

Itiman, Jorge

Jacquot, Denis

James, Daniel

Jara de Cabezas, Thelma

Jauretcche, Ernesto

Jelin, Elizabeth

Jensen, Silvina

Jensen, Víctor

Jitrik, Noé

Jorh, Jorge Lepera, llamado

José

Jouvé, Héctor

Juan

Juan Pablo II

Juárez Juárez, Juana

Julián

Kahan, Emmanuel

Karis, Carlos

Klein, Esteban

Klein, Guillermo Walter

Klein, Marina

Klein, Matías

Klein, Pedro

Lambruschini, Armando

Langieri, Marcelo

Lanusse, Lucas

Larraquy, Marcelo

Larrubia, Nora

La Rubia Alicia

Lastiri, Raúl

Laura

Leis, Héctor

Lenci, Laura

Lencinas, Coca

Lera, Luis Alberto

Lesgart, Adriana

Lesgart, Susana

Levenson, Gregorio

Levingston, Roberto Marcelo

Lewinger, Arturo

Lewinger, Jorge

Libenson, Ana Victoria

Libenson, Marta Elina

Liendo, Horacio

Lijo, Ariel

Lili

Lires, Alfredo

Lizaso, Arnaldo

Loco, el: véase Galimberti, Rodolfo

Logiurato, Haroldo

Lohlé, Marcos

Longoni, Ana

López, Atilio

López, Ernesto

López, Manuel

López Rega, José

Lorenz, Federico

Lovey, Osvaldo

Lucía: véase Antonio Fuerichs, Miriam

Luder, Ítalo

Luján Vich, Jesús María

Lutzky, Daniel

Lvovich, Daniel

Macchi, Alcira

Magario, Raúl

Maggio, Horacio

Mangiantini, Martín

Manolo: véase Pedreira, Manuel

Manuel

Manuel: véase García Pérez, Ángel

Manzano, Valeria

Mao Tse-Tung

Maradona, Diego Armando

Marchesi, Aldo

María

Marisa: véase Rodríguez de Carbajal, Matilde Adela

Markarian, Vania

Marta

Martí, Ana María

Martínez Agüero, Polo

Martínez de Hoz, José Alfredo

Martínez de Perón, María Estela

Massaferro, Lidia

Massera, Eduardo

Mattarollo, Rodolfo

Mauriño, Héctor

Mazure, Liliana

McSherry, Joan Patrice

Mecha

Mendizábal, Horacio

Menem, Carlos Saúl

Menéndez, Luciano Benjamín

Mero, Roberto

Meza Cuadra, Antonio

Mignone, Emilio

Miguel: véase Olmedo, Osvaldo

Milberg, Raúl

Milia, Alicia

Mochkofsky, Graciela

Molfino, Gustavo

Molfino, Marcela

Molinas, Alberto

Momo

Montero, Hugo

Montoto, Mario

Morales Bermúdez, Francisco

Moreno, Julio César

Morillo, Ricardo

Motta, Toni Agatina

Muñoz, Susana

Nanic, P.

Nati: véase Rodríguez de Carbajal, Matilde Adela

Navarro, José Sabino

Negro, Raquel

Nicholson, Juan Antonio

Nicolaides, Cristino

Niebieskikwiat, Natasha

Noelia

Novaro, Marcos

Oberti, Alejandra

Obregón Cano, Ricardo

O'Donnell, María

Olaf

Ollier, María Matilde

Olmedo, Carlos

Olmedo, Osvaldo

Onganía, Juan Carlos

On Travolta

Orgambide, Pedro

Ortega, Daniel

Ortega, Humberto

Osorio, Hernán

Osuna, María Florencia

Otero, Rocío

Pacheco, Mariano

Padilla, Miguel

Pájaro: véase Salinas, Juan

Palermo, Vicente

Palomino, Héctor

Pancho: véase Langieri, Marcelo

Pardo, Héctor

Pastoriza, Lila

Pati, Adrián Franco, llamado

Pato Varieté: véase Zuker, Ricardo Marcos

Pato: véase Zuker, Ricardo Marcos

Pedreira, Manuel

Pedro

Pedrotta, Oscar

Peiró, Claudia

Pepe

Peralta, Heriberto

Perdía, Roberto

Pereira Rossi, Eduardo

Pérez Esquivel, Adolfo

Pérez, Rafael

Perla

Perón, Juan Domingo

Píccoli, Carlos Servando

Pinochet, Augusto

Pinus, Mónica

Pittaluga, Roberto

Ponza, Pablo

Portantiero, Juan Carlos

Portela, Ignacio

Portelli, Alessandro

Pozzi, Pablo

Privitera, Salvador

Puiggrós, Rodolfo

Quaretti, Lucía

Quieto, Roberto

Quijano, Carlos

Quique: véase Carbajal, Ángel

Quiroga, Hugo

Rafart, Horacio

Ramírez, Julio César

Ramón

Ramos, Pablo

Ramus, Carlos

Rapaport, Horacio Luis

Raúl: véanse Benítez, Jorge y Genoud, Julio César

Raverta, María Inés

Rep, Miguel Repiso, llamado

Révora de De Pedro, Lucía

Ricardo: véase Milberg, Raúl

Righi, Esteban

Risler, Julia

Rivero, Graciela

Robledo, Pablo

Roca, Gustavo

Rodríguez Anido, Julio

Rodríguez de Carbajal, Matilde Adela

Rolo

Ronco, Patricia Susana

Roqué, Juan Julio

Rosell, Ulises

Rostica, Julieta

Rot, Gabriel

Rubio, Ricardo

Rucci, José Ignacio

Ruiz, Orlando

Rulli, Jorge

Saadi, Vicente

Sadi, Marisa

Salame, Ismael

Salas, Ernesto

Salcedo, Javier

Salinas, Juan

Sanabria, Manuel

Sanz, Susana

Sarlo, Beatriz

Scarpatti, Juan Carlos

Schmitt, Carl

Schmucler, Héctor

Schwarzstein, Dora

Scipioni, Néstor

Seijas, Julián

Seminara, Luciana

Servetto, Alicia

Sigal, Silvia

Silvia

Simonetti, Mirta

Siri, Marina

Slatman, Melisa

Slipak, Daniela

Smulovitz, Catalina

Solano Lima, Vicente

Solarz, Sara

Soldati, Francisco

Solimano, Susana

Somoza Debayle, Anastasio

Stagnaro, J. C.

Stavale, Mariela

Stern, Marcelo

Suárez, Julio

Suárez Mason, Carlos G.

Talento, Miguel

Thatcher, Margaret

Timerman, Jacobo

Tolchinsky, Bernardo Daniel

Tolchinsky, Silvia

Torrejón, Nilo

Tortti, María Cristina

Toti: véase Guangioli, Lía Mariana

Trimarco, Juan Carlos

Tróccoli, Antonio

Tula, Jorge

Ubaladini, Saúl

Uceda, Ricardo

Urien Berri, Jorge

Vaca Narvaja, Daniel

Vaca Narvaja, Fernando

Vaccaro, Victoria

Valenzuela, Edgar Tulio

Valle, Susana

Vandor, Augusto

Verón, Eliseo

Vezzetti, Hugo

Vicente

Victoria: véanse Bullrich, Julieta y Dameri, Silvia

Videla, Jorge Rafael

Videla, María Zelmira

Vignollés, Alejandra

Villanueva, Ernesto

Villar, Jorge

Villarreal, Miguel

Viñas, Lorenzo

Viola, Roberto

Waisberg, Pablo

Walsh, Rodolfo

Walsh, Victoria

Wiessen, Ana Dora

Yacaré

Yäger, Raúl

Yankelevich, Pablo

Yuyo

Zolov, Eric

Zorreguieta, Jorge

Zucker, Marcos

Zuker, Cristina

Zuker, Ricardo Marcos

■

Confino, Hernán

La contraofensiva : el final de Montoneros / Hernán Confino. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Fondo de Cultura Económica, 2021.

(Tezontle)

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-719-298-8

1. Montoneros. 2. Historia Argentina. I. Título.

CDD 306.0982

■

Diseño de cubierta: Juan Balaguer

Conversión a formato digital: Libresque

D.R. © 2021, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA DE ARGENTINA, S.A.

Humboldt 2355, 2° piso; C1425FUE Buenos Aires, Argentina

fondo@fce.com.ar / www.fce.com.ar

Comentarios y sugerencias: editorial@fce.com.ar

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

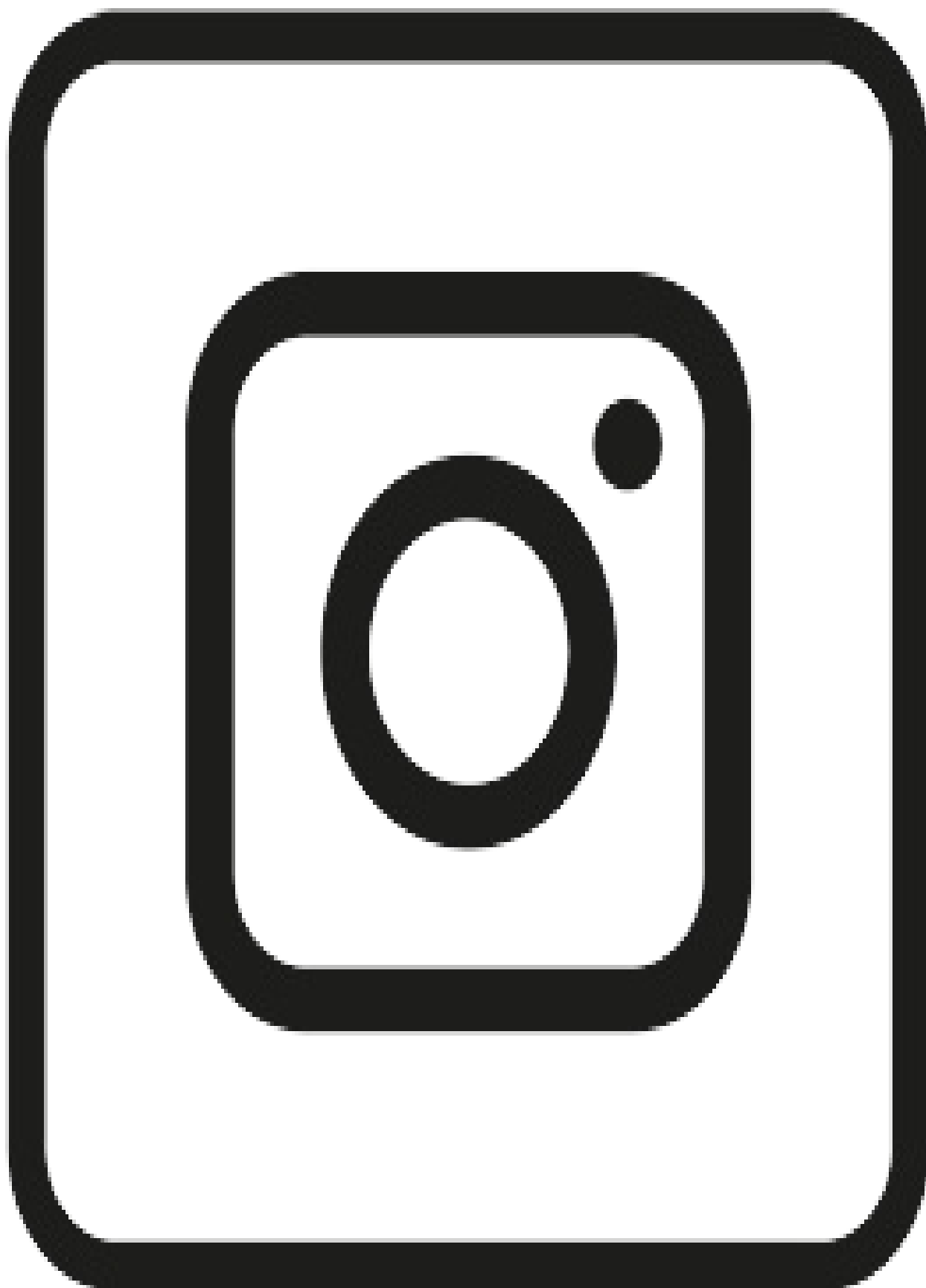
Carretera Picacho Ajusco, 227; 14738 Ciudad de México

ISBN 978-987-719-298-8

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión o digital, en forma idéntica, extractada o modificada, en español o en cualquier otro idioma, sin autorización expresa de la editorial.



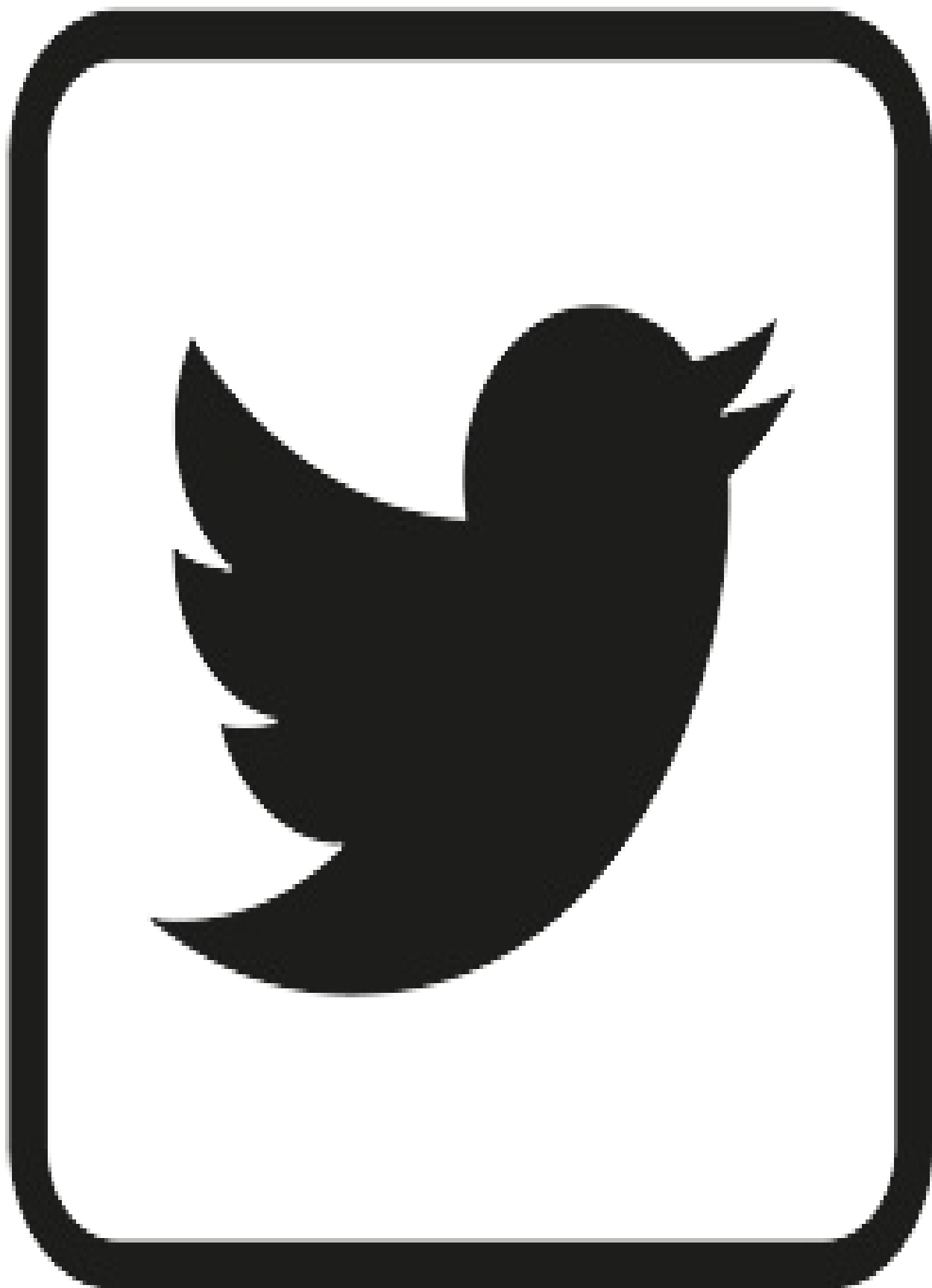
SIGAMOS CONECTADOS



[@fceargentina](#)



[@FCEdeArgentina](#)



[@FCEArgentina](#)



[FondoDeCulturaEconómicaDeArgentina](#)

www.fce.com.ar